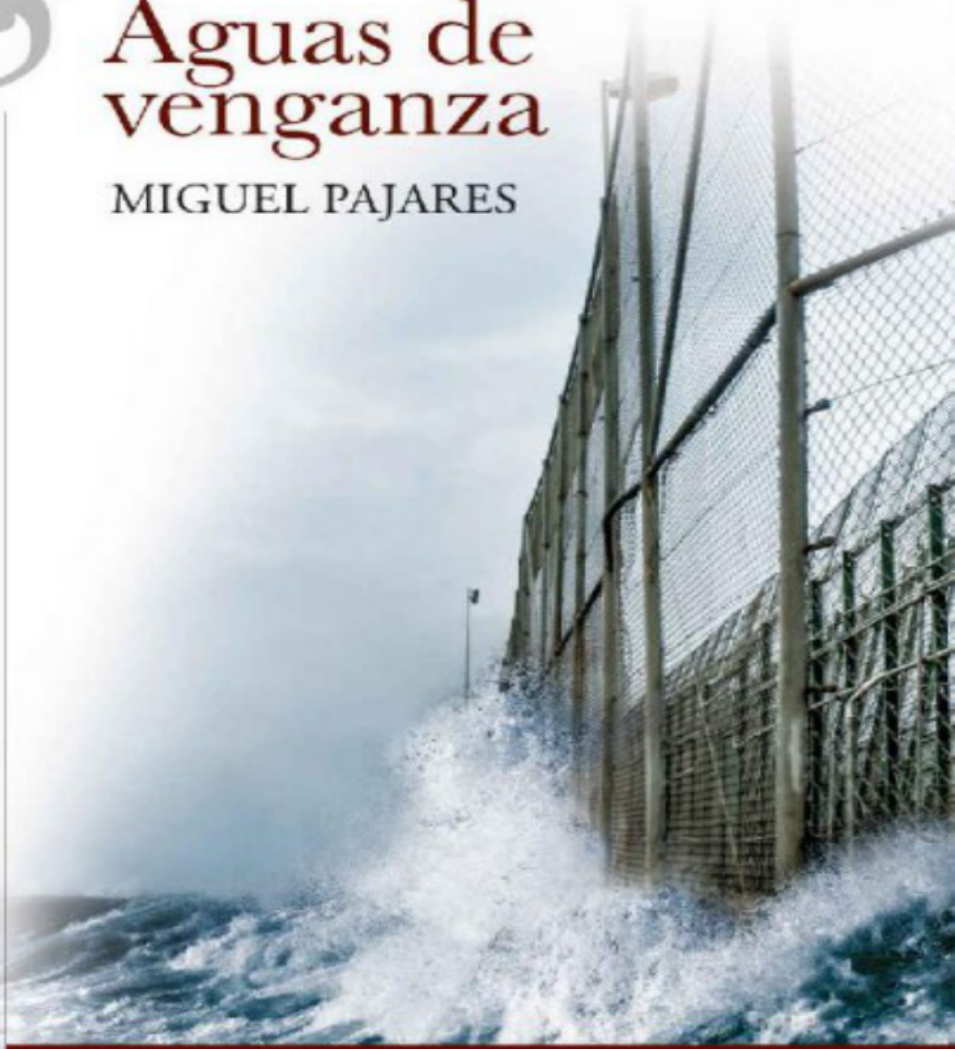
Aguas de venganza

MIGUEL PAJARES



«La violencia contra **inmigrantes** y **refugiados** y los **crímenes en la frontera** dejan secuelas…»

ALREVÉS
NOVELA NEGRA

Miguel Pajares es antropólogo social y presidente de la Comisión Catalana de Ayuda al Refugiado. Su primera novela,*Cautivas*, publicada en el año 2013, fue finalista al Premio Nadal en su 68.ª edición y al premio a la mejor primera novela de género negro en la Semana Negra de Gijón de 2014. El tema que en ella abordó fue la trata de mujeres. Con susegunda novela,*La luz del estallido*, continuó cultivando el género negro de denuncia social, adentrándose esta vez en el racismo más extremo. Ha escrito varios libros de ensayo y numerosos artículos. El primero de sus libros, *La inmigración en España*, se publicó en 1998, y después le siguieron otros ocho títulos, centrados en temas como la lucha contra el racismo, la inmigración, el asilo y los derechos humanos. En los veinticinco años que lleva trabajando sobre esos temas, ha sido asesor o miembro de distintas instituciones, como el Foro para la Integración Social de los Inmigrantes, el Comité Económico y Social Europeo, o el Sistema de Observación Permanente de las Migraciones de la OCDE.

La frontera es territorio criminal. Lo es porque concita delitos de gran magnitud, como el tráfico de drogas o el de armas, pero también porque marca el límite del Estado de derecho, y en ese linde se diluyen las garantías que las leyes ofrecen a los ciudadanos, más aún cuando los ciudadanos no lo son del propio Estado. Las fuerzas policiales que custodian las fronteras luchan contra los muchos delitos que se congregan en ellas, pero protagonizan también ciertas acciones que se sitúan en los márgenes de lo admisible y que quedan lejos del alcance de la justicia. Son muchos los inmigrantes y refugiados que mueren en su intento de cruzar la frontera sur y, a veces, las acciones policiales no son ajenas a esas muertes. Esta novela invita a la reflexión sobre la difusa responsabilidad criminal que existe en esos casos. El **inspector Samuel Montcada** se ve obligado a investigar ciertos crímenes cometidos en la frontera sur para desvelar unos asesinatos producidos en Barcelona. En su recorrido, obtiene información sobre actuaciones concretas de la Guardia Civil española y de los policías y militares marroquíes.

AGUAS DE VENGANZA

Miguel Pajares

ALREVÉS
BARCELONA 2016

Primera edición: octubre de 2016

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
Passeig de Manuel Girona, 52 5è 5a
08034 Barcelona
info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© Miguel Pajares, 2016
© de la presente edición, 2016, Editorial Alrevés, S.L.
© Diseño: Ernest Mateu
En la composición de la portada se ha utilizado una foto cedida por José Palazón

Editorial Alrevés aportará al programa de acogida a refugiados de la Comisión Española de Ayuda al Refugiado el 5% de las ventas de este libro.

Printed in Spain
ISBN: 978-84-16328-72-7
Producción del ebook: booqlab.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

La violencia contra inmigrantes y refugiados
y los crímenes en la frontera dejan secuelas…

1

La consciencia le llegó remisa.

Lo primero que notó fue que tenía todo el cuerpo dolorido, incluida la cara. Se despertaba de un sueño extraño, pero no lo hacía en la cama. Ni siquiera estaba tumbado. ¿Qué le ocurría? ¿Dónde se hallaba? ¿Qué le producía el entumecimiento que percibía en todo su cuerpo?

Estaba sentado y con el tronco caído hacia un lado. Intentó moverse y al punto reparó en que se encontraba atado de pies y manos. Algo le sujetaba también la boca y le impedía mover las mandíbulas y los labios. Enderezó ligeramente la cabeza y abrió los ojos. No había mucha luz, pero la suficiente como para darse cuenta de que no reconocía el entorno, aunque lo que más lo turbaba era su propio cuerpo. Se miró a sí mismo, pese a la dificultad con la que movía la cabeza. Se encontraba sentado sobre el lado izquierdo de un herrumbroso banco metálico de jardín; aunque aquello no era un jardín, ni mucho menos. Tenía los brazos atados a la espalda, quizá con cordel, pero además una cinta adhesiva ancha y gris le cubría el tronco y los brazos con gran número de vueltas y, a su vez, lo ataba al respaldo del banco. Sus piernas también estaban envueltas por la misma cinta y enganchadas por debajo de las rodillas a una pata del asiento. Y, aunque no podía verla, supuso que esa misma cinta era la que le envolvía la cabeza a la altura de la boca dejando inmóviles sus mandíbulas. No tenía la más mínima posibilidad de moverse, ni siquiera para aliviar el dolor que le producían esas ataduras y la postura en la que probablemente llevaba bastantes horas. Notó, no obstante, que la cinta que lo amordazaba tenía una apertura en la línea de los labios. Quien le hubiera hecho esto no quería que se ahogara en caso de que no pudiera respirar por la nariz. Volvió a prestar atención a su entorno. Era una especie de garaje, con mucha suciedad y gran número de objetos: herramientas, sillas viejas, restos de vehículos, cajas de botellas vacías, maderas… No sabía dónde estaba.

Pero ¿quién lo había traído hasta aquí y lo había atado de esta manera?

¿Y cuándo?

¿Y por qué?

Hurgó en los recuerdos más recientes, hasta darse cuenta de que lo último de lo que tenía constancia era el momento en el que aparcó el

coche en el parking del edificio donde vivía, después de haber dejado a su hijo en el colegio. Se bajó del coche, cerró la puerta, apretó el botón de la llave y… Sí, ahora lo recordaba. Alguien lo agarró por detrás y le tapó la boca y la nariz con un trapo. Un trapo que olía a… Lo anestesiaron, eso debió de suceder. ¿Por qué?, volvió a preguntarse. ¿Y quién? Escrutó de nuevo el lugar en el que se encontraba para intentar identificarlo, pero nada le resultó reconocible. Definitivamente, era un garaje para no más de un par de vehículos, aunque, en lugar de éstos, lo que había eran muchos trastos. Un gran portón de entrada se cruzaba en el suelo con dos surcos, hechos seguramente por el movimiento de carros, más que de coches. Una vieja cochera de una casa no menos vieja. O una antigua cuadra. Las ventanas habían desaparecido tras unas tablas clavadas a la pared, aunque por sus muchas rendijas se filtraban líneas de luz. Nada de lo que veía a su alrededor le daba ninguna pista sobre dónde podía hallarse. Trató de percibir ruidos, pero el silencio era absoluto. Salvo por un lejano trino que creyó oír. Probablemente no se encontraba en una ciudad ni núcleo urbano. Una casa en el campo, más bien.

Hacía frío.

Tenía ganas de orinar.

Todo le dolía.

Quien le hubiera hecho esto algo quería de él. Quizá se tratara de un secuestro para pedirle dinero. Pero él no tenía dinero; y tampoco sus familiares —ninguno muy cercano— eran ricos; y aunque alguno tuviera algún dinero ahorrado, difícilmente lo daría para salvarle la vida. En realidad, aparte de su hijo, casi podía decir que no tenía familia alguna. Si la intención de su secuestrador era pedir dinero por su rescate, había errado el tiro por completo. Tampoco los del consulado invertirían un céntimo para sacarlo de este trance. No, no era un rescate lo que querían de él. Nadie que se hubiera tomado tantas molestias para hacer lo que había hecho podía ignorar que él no valía más que los pocos euros que le quedaran en la cuenta corriente en un día de la segunda quincena del mes, como era el caso.

Intentó mover alguna de sus extremidades para aliviar el dolor y la sensación de parálisis que lo dominaba, primero los brazos y después las piernas, pero nada logró contra la cinta que cubría casi todo su cuerpo. Ningún centímetro le ganó a la rigidez que esa faja imponía. Pensó que acaso apretando los pies contra el suelo podría mover el banco, aunque fuera a riesgo de caer de espaldas y darse un golpe en la cabeza, pero enseguida comprobó que ni eso sería posible: el banco parecía muy pesado y sus piernas estaban atadas a la pata delantera impidiendo que pudiera presionar con ellas para levantarlo. ¿Cuánto iba a durar este calvario? ¿Le oiría alguien si pedía socorro? Intentó

gritar, y algunos sonidos salieron de su boca, incluso logró articular palabras que pudieran resultar audibles, pero no gritos. La imposibilidad de separar suficientemente los labios le impedía emitir sonidos fuertes.

Tenía sed. Mucha. Y muchas ganas de orinar.

Una venganza. Si no se trataba de un secuestro para pedir un rescate, lo más probable era que alguien estuviera vengándose de él por algún motivo. ¿Tenía cuentas pendientes que merecieran lo que estaba pasándole? Su vida no había sido un ejemplo de probidad, desde luego. Se la había ganado como había podido, y había realizado cuantas actividades furtivas le permitían aumentar los escasos ingresos que el Reino asignaba a los funcionarios de su nivel. Pero ¿había quedado algún hilo suelto?; ¿alguien lo suficientemente enfadado con él como para esto? ¿Algún canalla que se hubiera sentido engañado, estafado o denunciado por él?

Estas preguntas comenzaron a repetirse machaconamente en su cabeza mientras los minutos iban pasando.

Primero los minutos y después las horas.

Fue repasando una por una las actividades que le parecieron más subrepticias y onerosas de las que en años anteriores había realizado, y las personas que participaron en ellas. Recordó algunas amenazas que profirieron en su contra, pero ninguna le parecía con la suficiente entidad como para ser ejecutada años después.

Los dolores aumentaban y el malestar que recorría todo su cuerpo resultaba cada vez más insoportable, pero ahora además sentía mucho frío. Mucho más que cuando despertó. La disminución de luz indicaba que estaba cayendo la tarde y, tratándose de un día de mediados de diciembre y de un lugar posiblemente apartado de la ciudad, la temperatura bajaba muy deprisa.

Se orinó.

Su hijo también le preocupaba. Habría llegado a casa, después del colegio, y estaría preguntándose dónde estaba su padre.

Volvió a tratar de forzar algún movimiento, pero la tumefacción de algunas partes de su cuerpo convertía en un suplicio esos intentos y, además, se dio cuenta de que no le quedaban fuerzas ni para tensar los músculos. Si horas atrás no había logrado mover ninguno de sus miembros, ahora le resultaba mucho más difícil. Moriría sin más si alguien no lo liberaba de aquellas implacables ataduras. Quizá lo habían dejado ahí para que su vida fuera extinguiéndose poco a poco, dominado por los dolores de todo su cuerpo y por el frío, atormentado por las preguntas de quiénes y por qué lo habían sentenciado.

Ahora no se veía nada. Fuera de aquel trastero se había hecho de noche.

Las horas seguían pasando.

En algunos momentos debió de perder la consciencia, pues creía tener la sensación de despertar golpeado por el frío y los dolores.

Y la sed.

Lentamente, volvió a entrar algo de luz por las rendijas de las ventanas y otros huecos. Se hacía de día.

La confusión se adueñaba de su cerebro cuanto más lo martilleaba con la misma pregunta: ¿quién o quiénes le habían hecho esto? Pero ahora lo que más le preocupaba era su hijo. ¿Qué estaría pensando, después de una noche entera en la que su padre no se había presentado en casa? ¿A quién habría llamado? Él tenía un primo en Barcelona, pero el niño no sabría cómo localizarlo; hacía meses que no lo veían; puede que ni siquiera estuviera ya en Barcelona.

Su querido hijo. ¿Cómo iba a arreglárselas a sus once años si le faltaba el padre? Aquí no tenía otros familiares, aparte de ese primo. Y allí… Sin abuelos ni tíos carnales, los demás parientes poco estarían dispuestos a hacer por él. ¿Recibiría ayuda por parte del consulado? Alguna recibiría, sí, pero poca, sin duda.

Oyó el ruido de un coche. Primero débilmente; después cada vez más cerca. Hasta que pareció que se había detenido a escasos metros del portón del garaje. En pocos segundos, el motor se paró. Esto le devolvió la esperanza. Quien hubiera llegado en ese coche podía no estar implicado en lo que le habían hecho. Tenía que hacer ruido para que supieran que estaba dentro del garaje. No logró gritar, pero sí hacer sonidos pidiendo socorro que tal vez pudieran ser oídos.

De pronto percibió pasos en el exterior aproximándose a donde se encontraba. Sonaban como si alguien caminase por una zona de tierra y hojarasca.

Ruidos en el portón: alguien manipulaba un candado.

La puerta se abrió y la silueta de un hombre alto se dibujó contra la luz exterior. No podía verle la cara.

El hombre se internó en el garaje y se le acercó; tomó una silla y se sentó a horcajadas frente a él. Pero mientras lo veía hacer estas operaciones, ya sabía que no estaba allí para ayudarlo porque probablemente era su secuestrador: tenía la cabeza cubierta con un pasamontañas que apenas contaba con dos pequeños huecos para los ojos. Ni éstos podía vérselos bien. Las manos las tenía enguantadas y vestía una cazadora de cuero que le daba aspecto de matón. Además de alto, era fuerte, o tal era su apariencia.

Ahora al menos le diría lo que quería de él.

Pero nada dijo. El recién llegado se mantuvo en silencio durante más de tres minutos. Sólo lo miraba como si se recrease en la obra realizada. A veces apoyaba el mentón sobre los brazos que cruzaba por encima del respaldo de la silla y dejaba ladear un poco la cabeza. Relajado. Disfrutando acaso con lo que veía. Hasta que se levantó y se

dirigió hacia la puerta.

Él balbuceó precipitadamente algunas palabras: ¡espere!, ¿qué quiere de mí?, ¿por qué…?, pero el precinto que cubría sus mandíbulas las hacía escasamente audibles, y, en cualquier caso, el encapuchado no se detuvo a escucharlo. Cuando éste salió y cerró la puerta, lo que él sintió fue desamparo. Su mayor temor en ese momento era oír arrancar el coche y que luego se alejara de allí, abandonándolo a una muerte lenta, con unos dolores que seguirían creciendo con el paso de las horas, y volviéndose loco por no saber la causa de esta tortura.

Sin embargo, lo que oyó durante un rato no fue el motor del coche, sino otros ruidos diversos que sólo lograba identificar parcialmente. El enmascarado estaba moviéndose por el exterior y arrastrando algunas cosas. Percibió algo que le parecieron quejidos de una persona, e intentó aguzar el oído, pero no logró hacerse una idea clara de lo que sucedía en el exterior.

Pasó un rato largo hasta que los pasos volvieron a aproximarse y la puerta del garaje se abrió. Pero esta vez vio cómo el hombre del pasamontañas giraba las dos piezas del portón, agarraba el banco metálico y comenzaba a arrastrarlo hacia afuera. En el exterior, mientras aquel forzudo lo acarreaba, intentó observar el lugar: era algo parecido a un jardín abandonado, con maleza, embaldosados muy estropeados, macetas rotas… Giró la vista hacia el portón que acababan de atravesar y comprobó que se trataba de una casa de campo un tanto deteriorada, como en estado de abandono. Volvió la cabeza hacia el lado al que avanzaban y vio el lateral de una piscina. No tenía agua, o al menos no llegaba a la altura que él podía observar.

Quiso girar más el cuello, y por el rabillo del ojo entrevió el coche; pero eso debió de molestar al enmascarado, porque se detuvo, dejó caer el banco, sacó otro pasamontañas de su cazadora y se lo enfundó a él en la cabeza, pero con los huecos de los ojos colocados hacia la nuca, de forma que después de eso ya no pudo ver nada. Notó, eso sí, que el banco volvía a ser arrastrado, hasta que, llegados a un punto, fue girado y sus cuatro patas volvieron a apoyarse sobre el suelo. Supuso que había quedado colocado frente a la piscina. ¿Con qué intención? ¿Qué iba a hacerle aquel forzudo tras estas maniobras? ¡¿Qué quería de él?!

—¿Por qué me hace esto? —atinó a decir, más como un sollozo o una súplica que como una pregunta.

No hubo respuesta, y el llanto afloró de sus entrañas.

Intentó poner oído a lo que sucedía a su alrededor, pero sólo lograba oír sus propios lamentos. Aunque hubo unos gemidos que no supo si los profería él u otra persona. Prestó atención. Sí, seguramente había alguien más en una situación parecida a la suya porque antes ya

había percibido esos quejidos. Trató de calmar los suyos propios y se dio cuenta de que quien fuera que también sollozaba estaba más bajo que él. Quizá dentro de la piscina.

De pronto sonó el motor del coche y el ruido de las ruedas alejándose. Pero no acabó de irse, puesto que el motor siguió oyéndose de forma regular, aunque a cierta distancia. Después volvió a oír los pasos de alguien que se le acercaba y al punto notó que una mano le quitaba el gorro de un tirón. Era el mismo hombre enmascarado, que ahora volvía a dejar ver su corpulenta figura.

—¿Qué quiere de mí? —volvió a mascullar, mirándolo a aquellos diabólicos ojos que se apreciaban tras los agujeros del pasamontañas.

Pero el enmascarado se limitó a hacerle un gesto para que dirigiese la vista hacia la piscina.

Lo hizo, y lo que vio lo dejó estupefacto.

Quien estaba en el fondo de esa piscina sin agua, atado como él mismo a otro banco de hierro, con la misma cinta de embalaje, era su hijo.

Aquello era mucho peor que cualquiera de las cosas que había temido en las últimas horas. Sintió ahogo y dolor físico en el pecho, como si una garra le horadara las entrañas y le arrancara el corazón. El niño, con la boca también sellada por la cinta, gemía y lo miraba con ojos suplicantes.

Él se volvió hacia su captor.

—Dígame lo que quiere —quiso gritar, aunque más que palabras le salieron gruñidos. Volvió a intentarlo—: No le haga daño, se lo suplico. Dígame lo que quiere de mí. Dígame…

Pero hablando con la boca casi cerrada no sabía si se hacía entender. Y además el enmascarado no le prestaba atención.

Entonces se percató de los movimientos que aquel cruel individuo estaba realizando: arrastraba una manguera larga por uno de sus extremos y se acercaba con ella a la piscina. Cuando estuvo en el borde, la dejó caer en el fondo y se volvió hacia el otro extremo que estaba enganchado a lo que parecía un grifo. Lo era, puesto que unos segundos después de haberlo girado soltaba agua sobre el suelo de la piscina.

—¡No! ¡No! ¡No! ¿Qué hace? ¿Qué…?

Comenzó a removerse y a tratar de deshacer sus ligaduras con todas las energías que en ese momento le quedaban, aunque sólo para comprobar que nada había cambiado: no tenía movilidad alguna y sus posibilidades de soltarse eran nulas.

El enmascarado observó la escena durante unos segundos. Miró alternativamente a padre e hijo y asintió con la cabeza como dándose por satisfecho. Después sacó una cartulina de su bolsillo, se acercó al padre y la colocó sobre sus piernas. Y, sin más, se volvió y comenzó a

alejarse.

—¡Espere! ¡Espere! —balbuceó el padre, mientras veía cómo el enmascarado se marchaba hacia el lugar del que procedía el ruido del motor.

Enseguida oyó cómo el coche se ponía en marcha, y segundos después ya no oyó nada; sólo sus propios quejidos y los sollozos de su hijo.

Miró la cartulina que tenía sobre las piernas. «En memoria de Jimmy», ponía.

Pese a estar extenuado, vio muy clara la situación que estaba produciéndose: el agua iría subiendo en la piscina hasta que, ante su vista e impotencia, su hijo acabara ahogándose.

Pero eso no iba a ocurrir. Él lo impediría fuera como fuese. El agua entraba despacio; parecía un chorro de poca presión. Aunque la piscina era pequeña, pasarían muchas horas antes de que alcanzara el nivel de la boca de su hijo; y en ese tiempo, quizá habría podido soltarse, o alguien los habría divisado, o la policía los estaría buscando y daría con ellos, o… No, no podía esperar milagros. La única forma de salvar a su hijo era deshacerse de aquellas ataduras.

Así, sin quitar la vista de su hijo para que éste no perdiera la esperanza, comenzó a hacer fuerza con los brazos y las manos para aflojar las ligaduras. Parecían inamovibles, pero él tenía que vencerlas. Consiguió establecer un ligero roce entre sus muñecas y el cordel que las ataba, y decidió que ése era el camino, pese al horrible dolor que estaba produciéndole.

Entre tanto, su hijo tiritaba, aterido por la poca ropa que llevaba y la baja temperatura que a esa hora de la mañana se producía, y sollozaba, y emitía ruidos que quizá el niño creía palabras.

—Hijo. Hijo mío —iba repitiendo el padre, aunque no sabía si su hijo lo entendía—. Te sacaré, hijo.

«Te sacaré de ésta», se repetía a sí mismo.

—No desesperes. Te sacaré —volvió a decir, esforzándose al máximo para que su hijo lo entendiera.

Y mientras iba balbuceando estas palabras, seguía frotando las muñecas e intentando conseguir pequeños movimientos de los brazos.

Cuando el agua, sin duda muy fría, comenzó a bañar los pies del niño y éste aumentó sus gemidos y espasmos, las muñecas del padre ya estaban empapadas de sangre, y el dolor que sufría al moverlas entre las cuerdas le resultaba insoportable. Aunque lo peor de todo era que no había obtenido ningún logro en su intento de aflojar las ataduras.

No podía conseguirlo. Así no.

Decidió intentarlo con los pies. Recuperó aquella idea de presionar sobre el suelo para intentar volcar el banco y comenzó a hacer fuerza

con tal propósito. Lo hizo durante un buen rato, pero no logró nada. Sus piernas estaban firmemente sujetas a la pata y no tenían ninguna libertad de movimiento.

Lo intentó con todo su cuerpo. Durante mucho tiempo. Y conseguía mover un poco las nalgas, pero nada más. Lo siguió intentando con los brazos, con las piernas, balanceando la cabeza…

Cuando ya se encontraba completamente agotado, el agua estaba por encima de los tobillos de su hijo y sus gemidos sonaban cada vez más angustiosos. El padre, entre tanto, no dejaba de decirle «hijo», y «no desesperes», y «te sacaré de ahí»…, aunque él cada vez estaba menos esperanzado.

Gritar: ésa era su única opción, pensó. Si lograba gritar, alguien podría oír su petición de socorro. Pero para ello tenía que romper de alguna forma la mordaza que le impedía abrir la boca. Comenzó a hacer fuerza con las mandíbulas y con los labios, a tratar de morder la cinta que los envolvía, y estuvo haciéndolo durante mucho rato, incluso después de que la sangre empezara a bañarle la boca, como antes había bañado sus muñecas, hasta que el dolor que le provocaban sus propios mordiscos lo obligó a desistir.

Pero había conseguido ampliar un poco el corte que la cinta tenía en línea con sus labios y ello le permitía emitir palabras o sonidos un poco más altos que antes. Así que, salpicando sangre, fue intercalando las palabras que seguía dirigiéndole a su hijo con pequeños gritos de socorro.

Las horas pasaban, y lo que continuaba con un ritmo muy lento pero imparable era la crecida del agua, que ya alcanzaba la cintura del niño. Éste emitía gemidos cada vez más débiles, que ya no parecían ni siquiera humanos, y mantenía casi todo el tiempo la cabeza baja, aunque de tanto en tanto la levantaba para dirigir una mirada de espanto, o de súplica, a su padre. Miradas que a éste le desgarraban las entrañas.

Pero ya estaba exangüe. Ninguno de los esfuerzos que en las primeras horas había hecho podía repetirlos ahora, porque sólo le quedaban fuerzas para débiles palabras y para llorar, cosa que su hijo ya no hacía, pero él sí.

Cuando la tarde comenzó a caer y el sol se ocultó entre los árboles, dejando un tono cárdeno sobre el horizonte, el niño tenía la cabeza alzada hacia el cielo, porque sólo así podía seguir respirando, mientras el padre, incapaz ya de proferir palabra alguna, gimiendo como un animal moribundo, veía cómo el agua comenzaba a tocar los orificios de la nariz de su amado hijo. Su único hijo. El ser sobre el que había volcado todas sus esperanzas y todos sus deseos de una vida mejor, menos amarga que la que él había vivido. La única persona de este mundo a la que había querido con toda su alma.

Para entonces, ya sabía por qué le habían hecho esto.

2

El inspector Samuel Montcada miró su reloj: las dos y media de la tarde, hora de irse a comer. Y, además, tenía hambre. De las comilonas de Navidad habían pasado ya varios días, en los que había procurado hacer ingestas muy leves para compensar las anteriores. Podría decirse que aquellos excesos habían sido ya purgados. Se palpó la barriga. A sus cincuenta y seis años había conseguido mantenerse relativamente delgado, pero necesitaba evitar que la panza descollase más de lo debido, especialmente ahora que había vuelto a quedarse sin pareja. Sin embargo, tomó la decisión de que hoy, lunes 11 de enero, tocaba comer de forma apropiada para comenzar bien la semana; aunque, eso sí, de menú del día, que el presupuesto no daba para más. Iría a aquel gallego que servía unos platos generosos.

Con la parka a medio poner, le sonó el teléfono. Descolgó y escuchó durante un rato; el suficiente como para saber que la comida planeada acababa de irse al garete. Tras colgar, mirar de nuevo el teléfono con fastidio y acabar de abrigarse, salió del despacho a la sala más amplia en la que los miembros de su grupo tenían sus mesas de trabajo. Sólo vio a la subinspectora Planells, los demás se habrían ido a comer o estaban fuera por alguna tarea, pero le bastó, porque era a ella a quien necesitaba.

—Vamos, Eulàlia, que tenemos dos homicidios.

La subinspectora se levantó rauda y, mientras ambos caminaban en busca del coche, le preguntó por los detalles.

—Es en un chalé deshabitado y en mal estado que lleva años en venta —respondió Samuel—. Está por la zona de Collserola, parece que bastante apartado de cualquier urbanización. Y sí, son homicidios, porque los muertos estaban atados de pies y manos. Uno de ellos, dentro de una piscina.

Mientras se alejaban de la comisaría de Les Corts, con Eulàlia al volante, el inspector contactó con uno de los agentes de los Mossos d'Esquadra que se encontraban en el lugar y recibió nuevos detalles. Los muertos fueron descubiertos por un vecino que solía hacer caminatas por senderos de esa zona. Llevaba un par de semanas viendo un reguero de agua que alcanzaba el camino, y le llamaba la atención porque últimamente no había llovido y aquel reguero nunca había estado ahí antes; hasta que esta mañana decidió subir la ladera hacia la casa de la que parecía proceder y vio mucha agua en torno a una piscina rebosante. De lejos, vio además a un hombre sentado en

un banco en medio del enorme charco, pero cuando aguzó la vista comprendió que lo que tenía ante sus ojos era mucho más aterrador que una simple fuga de agua.

Eulàlia paró el coche cuando alcanzaron un cruce en el que estaba estacionado un vehículo patrulla. Se bajaron y un agente que los esperaba allí les indicó el sendero por el que tenían que ascender para llegar a la parte de atrás de la casa. Mientras caminaba, Samuel se ciñó la parka, se subió la cremallera y miró al cielo. No tardarían en llegar las lluvias que habían anunciado los meteorólogos, aunque esperaba que no comenzara a llover en ese momento.

De pronto, ante sus ojos se abrió un amplio espacio, con una vieja casa a un lado y un inmenso charco frente a ella. Era como un lago del que hubiera emergido una escultura, la de un hombre cabizbajo sentado sobre un banco de jardín. El agua reflejaba el cielo gris, así como la figura humana y las ramas desnudas de los árboles caducifolios que había por el entorno. En algunos puntos del lago se habían formado pequeños lechos de hojas agrupadas que lucían como nenúfares marchitos. Samuel pensó que la estampa podría haber sido bella.

Con el frío que hacía, la idea de calarse los pies para llegar hasta los muertos resultaba poco seductora. Pero, como si le hubiera leído el pensamiento, un agente dijo a su lado:

—Hemos pedido que traigan unos cuantos pares de botas de agua, para ustedes, los del juzgado y todos los que tengan que acercarse ahí. El compañero que se aproximó antes a la piscina está ahora calentándose los pies dentro del coche, porque, según parece, el agua está helada.

El inspector decidió seguir el consejo y esperar a que llegasen esas botas. Entre tanto, habló por teléfono con su jefe, Artur Rueda, y con Jaume, el inspector de la policía científica, que venía de camino. También supo que una jueza y un secretario judicial, acompañados por un forense, habían salido ya de la Ciudad de la Justicia y no tardarían en llegar.

Las botas llegaron primero, de modo que Samuel y Eulàlia pudieron aproximarse a la piscina y observar de cerca una escena que al inspector se le antojó espeluznante: dos cadáveres frente a frente que, salvo por el hecho de que les faltaban los ojos, parecían estar mirándose entre sí, como unidos por un enigmático vínculo que atravesaba el agua de la piscina.

—El que está dentro parece un niño —dijo Samuel—. Tiene la cara muy deformada, pero a juzgar por el tamaño corporal…

Eulàlia movió la cabeza con un gesto que tanto podía ser de afirmación como de duda.

—Se necesitará una grúa para sacarlo de ahí —agregó el inspector

—; el banco al que está atado es de hierro. Y esa manguera… Seguramente está soltando agua. Pero mejor no tocar el grifo. Ya lo harán ellos —dijo, mirando hacia el lugar por el que aparecía Jaume con cuatro miembros de su equipo de la científica.

Unos metros detrás de ellos, también se acercaba la comitiva judicial. Todos se calzaron las botas que les ofrecieron los agentes y enseguida se aproximaron a donde estaban Eulàlia y Samuel.

La jueza era Lorena Rivas, una mujer unos quince años más joven que Samuel pero que llevaba al menos diez en la judicatura y había coincidido con él en varios casos. El inspector sabía que a ella le gustaba dirigir minuciosamente las investigaciones que instruía, y solía hacerlo con buen criterio. El médico se llamaba Antoni Sereno, tenía unos sesenta años, patillas largas de roquero y un pendiente en la oreja derecha. Samuel lo consideraba un hombre afable y comunicativo.

Tras los saludos, el inspector comentó lo poco que sabía hasta el momento y cada uno se puso a lo suyo. El más activo fue Jaume, que enseguida dio instrucciones a su gente para comenzar a balizar y procesar la escena.

El forense se acuclilló delante del cadáver que se hallaba fuera de la piscina, como si quisiera ponerse a su altura para empatizar con él, y en esa postura se mantuvo durante unos segundos, hasta que Samuel optó por interrumpir lo que estuviera habiendo en ese momento entre cadáver y forense:

—¿Qué te parece, Antoni?

—Que los han jodido bien, ¿no? —dijo el forense mientras se incorporaba.

—Da la impresión de que no llevan muchos días muertos —aventuró el inspector—. La putrefacción no está muy avanzada.

—No creas, pueden llevar semanas. A éste sólo le vemos la cara, y ten en cuenta que el frío que ha hecho últimamente le ha provocado un proceso de momificación. Mira, toca estos pliegues; parecen cuero.

Lo parecían, aunque el inspector no quiso tocarlos. Por encima de la cinta que le cubría la boca, la cara del cadáver tenía un color marrón rojizo, muy oscuro en algunas partes; los ojos habían desaparecido bajo los abultados párpados, pero la piel había formado pliegues variados y era sólida y brillante como el cuero.

—Y ése de la piscina —dijo Antoni, dándose la vuelta— está macerado, lo que también retrasa mucho la putrefacción. Por cierto, juraría que es un niño.

—Sí, a mí también me lo parece.

En ese momento se les acercó Jaume, y Samuel aprovechó que tenía ante sí a las dos personas competentes respecto a los cadáveres para plantear la cuestión que más le interesaba.

—Hemos de ver cuanto antes si llevan algún tipo de documentación encima. ¿Cuándo podremos romper las cintas que éste tiene rodeándole el cuerpo?

—Yo preferiría que tengamos también al otro fuera de la piscina —respondió Jaume—. Tenemos que observar las ataduras para ver si han podido ser hechas por la misma persona o por más de una.

—De acuerdo —se resignó Samuel—. Ya he pedido que vengan los de la unidad subacuática y una grúa.

—Lo sé.

El inspector se separó un poco de los otros dos. Observó el entorno: los agentes de la científica buscaban cosas por el suelo encharcado, tomaban medidas, hacían fotografías, se desplazaban de un punto a otro…; el secretario judicial escribía algo que parecía estar siendo dictado por la jueza; y Eulàlia estaba inmóvil, en el borde de la piscina, mirando fijamente al cadáver que había dentro.

Samuel se le acercó, pero fue ella la que comenzó a hablarle.

—Me pregunto la razón por la que los cadáveres están colocados de esta manera: frente a frente, pero uno dentro y otro fuera de la piscina.

Eso hizo reflexionar a Samuel, y lo que imaginó le produjo un escalofrío.

—Creo que sé lo que estás pensando —le dijo a Eulàlia—: Éste de fuera fue obligado a presenciar la muerte del de dentro.

—Pues sí… —repuso ella con un gesto de repugnancia—. Si fue así, se trata de un asesinato con ritual. Un castigo, una venganza, un ajuste de cuentas… Y, si el de dentro es un niño, nos enfrentamos a gente muy cruel.

Samuel no supo qué añadir.

—Vamos a ver la casa —dijo al fin.

Había un cartel de una inmobiliaria. El inspector llamó al sargento Bernat Anclado para que obtuviera datos sobre los dueños de la propiedad, las visitas de compradores que había tenido y cualquier otra cosa que pudiera relacionar a cualquier persona con esa casa.

Media hora más tarde llegó la grúa y, bajo la dirección de Jaume, dos submarinistas hicieron las operaciones necesarias para sacar de la piscina el cadáver con el banco al que estaba enganchado. Mientras se hacía eso, anocheció, pero el escenario se iluminó con cuatro focos de gran potencia.

Samuel y Eulàlia se acercaron al cadáver recién sacado, que ya estaba siendo observado por el forense.

—¿Ves lo que te decía? —inquirió Antoni Sereno, dirigiéndose a Samuel—. Está macerado. Si le aprietas con un dedo en la cara, se queda el hueco del dedo. —No se limitó a decirlo; lo hizo y, efectivamente, el hueco quedó como si se tratara de una masa de

plastilina—. Esto es bueno, muy bueno, porque, aunque lleve semanas muerto, los tejidos estarán bastante bien conservados. Este cadáver nos dará más información que el otro.

Eulàlia hizo un leve gesto de asco y se dio media vuelta. Samuel pensó que quizá los forenses estaban tan acostumbrados a tratar con cadáveres que no se hacían a la idea de que antes fueron seres humanos. Este cadáver era, sin duda, de un niño, por el tamaño y por las ropas que llevaba. Iluminado con los focos de luz blanquecina resultaba aún más espeluznante que el otro: por encima de la cinta, la cara era un conjunto de ondulaciones y bultos, como si alguien con poco arte hubiera querido hacerla con algún material moldeable.

Finalmente, las cintas que ataban los dos cadáveres fueron cortadas y guardadas en bolsas, lo que permitió hurgar entre las ropas para ver si llevaban documentación.

El adulto sí la llevaba. Hammed Benali, se había llamado en vida. Un carné y otros papeles que tenía en la cartera indicaban que trabajaba o había trabajado en el consulado de Marruecos en Barcelona. También había dinero —180 euros—, lo que revelaba que sus asesinos no se habían interesado por robarle.

Pero había una cosa más: una fotografía de un niño de unos diez o doce años que obligó a Samuel a girar la cara hacia el otro cadáver, mientras, como padre que también él era, se veía sacudido por una desazón que lo dejó paralizado por unos instantes. ¿Habían obligado a ese hombre, Hammed Benali, a presenciar la muerte de su hijo? La imagen de Raúl, el suyo, se le incrustó como un hachazo en la mente. Se imaginó a sí mismo viviendo algo similar y sintió una profunda piedad hacia ese hombre. En ese momento se juró que buscaría sin descanso a los desalmados que habían hecho algo tan horroroso.

—Creo que nosotros podemos irnos ya —le dijo a Eulàlia—. Hay que comenzar a averiguar cosas sobre este hombre y localizar cuanto antes a los responsables del consulado de Marruecos.

Sacó el teléfono de su bolsillo y llamó al cabo Ramón Jiménez. Le pidió que él y la otra cabo, Catalina Vergés, se dedicasen a buscar toda la información posible sobre Hammed Benali, averiguasen si tenía un hijo y, de ser así, obtuviesen sus datos. Después llamó al sargento Bernat Anclado para que acumulase tanta información como pudiera sobre el cónsul de Marruecos en Barcelona y sus empleados.

Eran casi las nueve de la noche cuando el inspector Montcada y la subinspectora Planells llegaban de nuevo a la comisaría de Les Corts. Lo primero que él hizo fue informar a Artur Rueda, el jefe del Área de Investigación Criminal de Barcelona de los Mossos d'Esquadra, y después convocó a los miembros de su grupo de homicidios para poner en común lo que cada uno había averiguado —aunque, antes de iniciar la reunión, Samuel llamó a su hijo: necesitaba saber si estaba

bien, y pese a que las respuestas de Raúl se limitaron a unos cuantos monosílabos, para él fueron suficientes.

El sargento y los cabos aportaron nuevos datos. Hammed Benali tenía, efectivamente, un hijo de once años que se llamaba Farid. Un miembro del consulado supo decir cuál era el colegio en el que estudiaba el niño y una profesora a la que pudieron localizar confirmó que Farid desapareció del colegio dos días antes de las vacaciones de Navidad, concretamente el 17 de diciembre, y que hoy, pasadas las vacaciones, no se había incorporado; allí daban por hecho que su familia había alargado su estancia en Marruecos sin dar explicaciones.

A las once, el inspector se fue a su casa. De la comida que no hizo se había olvidado por completo. Y de la cena también. Aquel niño con la cara macerada le había aniquilado el apetito.

Samuel Montcada estaba citado a las diez de la mañana, pero no con el cónsul, que se encontraba en Marruecos y no se lo esperaba de vuelta hasta dentro de unos días, sino con Rachid Ziani, el segundo de la legación.

—Pase, pase, por favor. Estoy desolado. ¡Hammed Benali! ¡¿Cómo ha podido alguien hacerle eso?! ¡Y su hijo! ¡Pobre muchacho! ¡¿Qué culpa podía tener él?!

—Sí, terrible. —El inspector hizo una pausa asintiendo con la cabeza—. Dígame: ¿desde cuándo trabajaba Hammed en el consulado?

—Pues…, desde hace un par de años.

Rachid señaló una butaca al inspector, al tiempo que se sentaba en otra, ambas situadas ante una mesita octogonal de mosaico en la que había una tetera humeante y varios vasos coloreados sobre una bandeja de alpaca.

—¿Cuáles eran sus funciones?

—¿Sus funciones? Bueno…, comerciales…, turismo y esas cosas.

—¿Y de qué podía tener él alguna culpa?

Rachid hizo un mohín de sorpresa. Acercó el cuerpo hacia la mesa, cogió la tetera y llenó dos vasos de té.

—No entiendo la pregunta.

—Antes ha dicho que el niño no podía tener culpa —aclaró el inspector—. ¿El padre sí? ¿De qué?

—Me parece que ha malinterpretado mis palabras. Lo que yo he dicho es que un niño es inocente por naturaleza. Si alguien quería ajustar cuentas con su padre, no tenía por qué…

—¿Ajustar cuentas? —lo interrumpió Samuel—. ¿Podía haber algún motivo por el que alguien tuviera asuntos pendientes con Hammed?

—No, que yo sepa —respondió el marroquí, airado.

El inspector tenía prisa, porque a las doce estaba citado por la jueza, pero pensó que debería ir más despacio y bajar el tono. Rachid

era un hombre joven y bien parecido, alto y fuerte, vestido con un traje caro, que debía de estar acostumbrado a imponer su autoridad y a que lo trataran con deferencia, y si se rebotaba contra él no le sacaría mucha información. Así que se recolocó sobre la butaca para alcanzar el vaso de té que Rachid le había ofrecido, le dio un sorbo e hizo un gesto de agrado y agradecimiento. Después intentó hablar de forma más pausada.

—Según nos dijeron por teléfono, Hammed Benali no se presentó al trabajo el 17 de diciembre y ya no supieron nada de él. ¿Denunciaron su desaparición? ¿Comunicaron a alguien…?

—Hammed había pedido vacaciones para pasar en Marruecos todos los días que su hijo tenía vacaciones escolares. Es verdad que desapareció un par de días antes de lo previsto, y que ayer, cuando le tocaba incorporarse, no lo hizo, pero esperábamos que lo hiciera hoy, o mañana…

—Así, no hicieron nada…

—No —volvió a interrumpir Rachid—. Aunque yo estaba a punto de comunicárselo a Rabat. Puede que lo hubiera hecho hoy, si no…

—¿Comunicárselo a Rabat?

—Sí, Hammed recibía sus órdenes directamente del Ministerio de Asuntos Exteriores.

—¿Hacía simplemente labores comerciales y recibía las órdenes de las altas instancias del Estado marroquí?

—Yo no he dicho altas instancias.

Samuel miró fijamente a Rachid por unos instantes y decidió volver a dar un giro al interrogatorio.

—¿Sabe usted con quiénes se relacionaba Hammed fuera de su trabajo? Si hacía algún tipo de actividad, si pertenecía a algún club, si tenía algún grupo de amigos…

—No controlamos la vida privada de nuestros empleados.

—Pero quizá él comentó algo en algún momento.

—Lo cierto es que no. Aunque, por lo poco que yo sabía, creo que era un hombre muy hogareño. Se dedicaba a su hijo, básicamente.

El inspector se pensó un par de segundos la siguiente pregunta.

—¿Sabe si había tenido diferencias con algún otro empleado del consulado?

—No me consta ninguna. Era una persona afable y sencilla.

—¿Y fuera? ¿Sabe si…?

—Ya le he dicho que no.

Samuel decidió que, ante *tanta* disposición para aportar información concreta por parte de Rachid, lo mejor sería finalizar la entrevista obteniendo algunos datos sobre los empleados del consulado que pudieran haber tenido mayor relación con Hammed, y Rachid se los aportó —quizá también él quiso dar un giro

contemporizador—, pero el inspector no disponía ya de tiempo para entrevistarse con ellos, de modo que quedó en volver por la tarde. O quizá enviaría a Bernat, pensó.

De camino hacia la Ciudad de la Justicia, habló por teléfono con Jaume y éste lo informó de dos objetos encontrados en el escenario del crimen. De inmediato, llamó al cabo Ramón Jiménez para que buscase información sobre comercios en los que pudieran haber sido comprados.

A las puertas del edificio de los juzgados de instrucción, Samuel se encontró con Eulàlia, que también iba a asistir a la reunión, y juntos entraron en una sala en la que ya estaban el forense, el fiscal y la jueza.

Lorena Rivas les dispensó sonrisas generosas y un par de besos a Eulàlia, pero enseguida quiso comenzar la reunión. Todos se sentaron y la jueza pidió a Samuel que hiciera una primera exposición de lo que tenían hasta el momento. El inspector la hizo, pero rápidamente le pasó la palabra a Antoni.

—Aún no hemos acabado las autopsias, pero el ADN confirma que eran padre e hijo; y puedo adelantar que llevarían más de tres semanas muertos. De modo que, si el niño dejó de ir al colegio el 17 de diciembre pasado, ésa podría ser la fecha de su muerte. Las causas de la defunción están claras: el niño murió ahogado y su padre murió de sed.

Hubo unos instantes de silencio.

—Fueron reducidos mediante anestesia —añadió el forense.

La jueza pareció querer preguntar algo, pero giró lo vista hacia el inspector como animándolo a hablar.

—La inmobiliaria que tiene la casa en venta nos ha dicho que la piscina les constaba como vacía —dijo Samuel—, y esa manguera que soltaba agua indica que pudo ir llenándose cuando las dos víctimas estaban ya enganchadas a los bancos de hierro, o sea que el padre presenció el lento proceso hasta el ahogamiento de su hijo.

—Y después estuvo viendo durante varios días cómo iba deformándosele la cara. ¡Qué horror! —exclamó Lorena.

—Sí —dijo Eulàlia—, había una intención clara de hacer sufrir a Hammed. Estaban haciéndole pagar por algo…

—Bueno, ¿qué dicen los de la científica, Samuel? ¿Hay huellas…? —preguntó la jueza.

—Dactilares ninguna, pero hay marcas de pisadas en el garaje, que tenía el portón abierto, y unos surcos probablemente producidos al sacar de allí al menos uno de los dos bancos metálicos, o sea que esas pisadas podrían ser del homicida. También hay rastros de neumáticos, de un solo coche, en una zona que no había alcanzado el agua.

—¿Nada más?

—Se ha encontrado un pasamontañas, de los que sólo tienen un par de agujeros para los ojos, en el lugar en el que estuvo parado el coche. Y también una llave de grilletes en el garaje. No está oxidada y, teniendo en cuenta que esa casa llevaba mucho tiempo deshabitada, es posible que tenga algo que ver con los crímenes. Le he pedido a uno de mis hombres que intente averiguar qué marca de grilletes son y dónde han podido ser comprados. Y lo mismo con el pasamontañas.

—Analizaremos bien las muñecas de los muertos —dijo Antoni—. Las tenían atadas con cordel por debajo de la cinta adhesiva, pero puede que encontremos marcas de que antes las tuvieron con grilletes.

—¿Eso es todo? —La jueza miró al inspector.

—Sí. Bueno, también se ha encontrado un papel en un hueco del banco al que Hammed estaba atado. Había algo escrito en él, pero se ha borrado. Los de la científica van a tratar de ver qué ponía.

—¿Y qué sugieres, Samuel? Me refiero a la investigación, en general.

Si Lorena pedía sugerencias, pensó él, era porque se hallaba tan perdida como los demás.

—De momento, centrarnos en la vida de Hammed Benali. Interrogar a todos los que lo conocían, obtener datos sobre sus familiares en Marruecos… Empezaremos por todos los miembros del consulado. Aparte de esto… Habría que ir de inmediato al piso en el que Hammed vivía con su hijo. Y pedir la tarifación de su teléfono móvil, claro.

—Sí, ahora hago las órdenes. Pero sobre Hammed parece que lo más importante es hurgar en su pasado. Un crimen tan brutal indica que debió de haber algo muy gordo. Tendréis que ir a Marruecos.

Hablaron un poco más sobre los pasos a dar y la jueza dio por acabada la reunión. Pero cuando Samuel iba a levantarse de la silla, su móvil vibró y él comprobó que se trataba de un mensaje de Ramón. Lo leyó y reclamó la atención de los demás.

—El cabo Jiménez, al que he pedido que buscara información sobre el pasamontañas y los grilletes a los que correspondía la llave, me ha enviado un mensaje importante.

Todos lo miraron expectantes y él fijó la vista en la pantalla de su móvil.

—«Tanto el pasamontañas como los grilletes pueden pertenecer a la Guardia Civil.»

Se produjeron unos segundos de denso silencio en los que la jueza miraba al inspector, pero todos los demás la miraban a ella.

—Quizá no sea en Marruecos donde tenemos que concentrar la investigación —dijo Lorena, al fin—. Voy a decretar el secreto de sumario.

3

La reunión del grupo de homicidios de Barcelona había comenzado cuando casi era la una de la tarde y ya llevaban hora y media revisando toda la información acumulada. Entre la tarde de ayer y la mañana de hoy, el sargento Bernat Anclado, ayudado a ratos por alguno de los cabos, había tomado declaración a buena parte de los empleados del consulado de Marruecos, y ahora repasaban con detenimiento todas las declaraciones, pero para disgusto del inspector Montcada, ninguna aportaba nada sustancial. A todos les habían preguntado por posibles problemas de Hammed con funcionarios o con policías españoles, o contactos de algún tipo que hubiera podido tener con ellos, pero ningún interrogado supo aportar dato alguno. Lo único que quedó claro fue que Hammed no era el tipo afable y sencillo que había dicho Rachid a Samuel, sino más bien una persona reservada, taciturna e irritable que apenas había establecido relación con los demás empleados. El trabajo que realizaba tampoco pudo ser muy bien precisado. Tras el repaso de las declaraciones, el sargento Bernat Anclado lo resumió así: «Parece que se pasaba el día rascándose los cojones, porque nadie ha sabido decir qué hostias hacía».

Sobre la casa de la piscina tampoco hubo información de interés. Cuando murió el matrimonio propietario, la heredó una sobrina que vivía en Estocolmo, y desde allí contactó con una agencia inmobiliaria para que la pusiera en venta. La agencia se la mostró a algunas personas entre el 2008 y el 2009, pero después, con la crisis, bajó la posibilidad de colocar ese tipo de casas y no se la mostraron a nadie más. Lo único que hacían era gestionar el pago de los recibos de agua, luz y contribución, y ni siquiera sabían en qué estado se encontraba en estos momentos. La cabo Catalina Vergés, que habló con la responsable de la agencia, le preguntó si no habían recibido avisos de la compañía de aguas, y la mujer de la agencia respondió que tenían una carta sin abrir. Catalina acabó la conversación diciéndole que fueran preparando una provisión sustanciosa para pagar el próximo recibo.

Las huellas de zapatos y de neumáticos encontradas en la casa serían útiles cuando se diera con algún sospechoso al que pudieran mirarle el calzado y el coche, pero, entre tanto, poco provecho tenían. En el pasamontañas había saliva que era de Hammed, pero no se encontraron restos que pudieran atribuirse a otra persona. Lo escrito

sobre el papel hallado en el banco ya se había averiguado: «En memoria de Jimmy», y ello introducía un nombre anglosajón al caso, pero no se sabía si ese papel tenía algo que ver con los homicidios. Y, finalmente, tampoco el registro del piso que compartían Hammed y su hijo había aportado datos de interés.

Así las cosas, todas las expectativas de la investigación se circunscribían a lo relacionado con la Guardia Civil.

—El problema —dijo Samuel, con ganas de acabar ya la reunión e irse a comer, pues parecía haber recuperado el apetito— es que Lorena, la jueza, no quiere que los mandos de la Guardia Civil se enteren, de momento, de que puede haber un guardia implicado; cosa que a mí me parece bien, pero nos obliga a abordar el tema con ellos de forma muy superficial. Ayer envié una petición a la subcomisión de policía judicial que hace la coordinación de cuerpos policiales para que nos informen de si se investigaba por algo a Hammed. Dije que queríamos hablar con cualquier policía, de cualquier cuerpo, que supiera algo sobre él.

—¿Ha respondido ya alguien? —preguntó Catalina.

—No. Pero he llamado a la Zona de la Guardia Civil para hablar con un teniente que conozco y he quedado con él luego, a las cinco.

Acabada la reunión, Samuel le propuso a Eulàlia comer juntos.

Entraron en uno de los restaurantes cercanos a la comisaría de Les Corts que ofrecían menú del día y que eran bien conocidos por el inspector. Demasiado bien conocidos, se decía cada día.

Se disponían a leer el menú, cuando sonó su móvil.

La llamada era de Antoni, y lo primero que el forense le dijo al inspector fue que se podía confirmar que Hammed había tenido puestos unos grilletes en las muñecas antes de que se las atasen con cordón.

—Pero también te llamaba por otra cosa. Un médico que tenemos en el Instituto de Medicina Legal, con el que acabo de cruzarme en el laboratorio, me ha dicho que conocía a Hammed Benali.

—¿Lo conocía? ¿De qué?

—No lo sé, pero le he planteado que a ti podría interesarte hablar con él.

—Por supuesto. ¿Hasta qué hora estará por allí esta tarde? ¿Podríamos vernos a eso de las siete? —Samuel pensó en la reunión que tenía a las cinco con el guardia civil.

—Me ha dicho que a las cuatro se irá. Ha sugerido que os veáis mañana.

—¡Joder! Bueno, iré allí mañana a primera hora. O irá Eulàlia, ya veremos.

Cuando colgó, comenzó a explicarle a la subinspectora la parte de la conversación que ella no había oído, pero mientras lo hacía se dio

cuenta de que ese médico, en el caso de que no fuera marroquí, era la primera persona española que encontraban que hubiera conocido a Hammed en vida.

Eulàlia debió de tener el mismo pensamiento, porque dijo:

—¿Vamos a verlo ahora?

Samuel miró con tristeza la hoja del menú del día, pero respondió:

—Vamos.

A las tres y veinte de la tarde, Samuel y Eulàlia volvían a estar en la Ciudad de la Justicia, pero en lugar de dirigirse al edificio de los juzgados de instrucción, como hicieron el día anterior, esta vez entraron en el que albergaba al Instituto de Medicina Legal. Enseguida se encontraron con Antoni.

—Acompañadme, que os presento a Ibra. Ocupa un pequeño despacho en el laboratorio de antropología —dijo el forense.

—¿Ibra?

—Sí, Ibra Faye.

El inspector sufrió una decepción. Iban a verse con otro marroquí, no con un español como él había supuesto, y ya habían tomado declaración a dieciocho marroquíes sin sacar nada en limpio.

Pero éste no era funcionario del consulado, por lo que las expectativas de información podían ser diferentes, pensó después.

—¿Desde cuándo trabaja aquí como forense? —preguntó Eulàlia a Antoni, mientras éste apretaba el botón del sótano en el ascensor.

—Llevará un año, o algo así. Pero no trabaja como médico, sino como técnico especialista en patología forense. Tiene un contrato laboral, no es funcionario.

Tras salir del ascensor, pasearon por unos pasillos amplios y enseguida accedieron a una pequeña sala en la que Antoni los obligó a ponerse sendas batas blancas. Según dijo, iban a pasar a la *zona sucia*.

A través de otros pasillos, que de sucios no tenían nada, llegaron al laboratorio de antropología. Allí sólo había una joven envuelta en su correspondiente bata blanca.

—¿Sabes dónde está Ibra? —le preguntó Antoni.

—Sí, en histopatología. Está haciendo cortes con el micrótomo.

En el laboratorio de histopatología había dos mesas largas llenas de aparatos, cajas de muestras, pantallas de ordenador, soportes con tubos de ensayo… Dos mujeres hacían algo con unos portaobjetos y un microscopio en la primera mesa y un hombre estaba ocupado con otra máquina en la segunda. Éste era negro, por lo que Samuel pensó que tampoco aquí estaba el marroquí. Pero fue a él a quien se dirigió Antoni.

—Hola, Ibra. Éstos son el inspector Montcada y la subinspectora Planells.

Ibra mostró una afable sonrisa, se acercó a los policías y les tendió

la mano. El apretón que dio al inspector fue vigoroso pero breve; en cambio, el que dio a la subinspectora se alargó un poco más, y Samuel creyó apreciar en ella un gesto de complacencia que le llamó la atención. Entonces se dio cuenta de que Ibra, además de estar cerca del metro noventa, era un hombre realmente guapo.

—¿Podríamos hablar un rato? —preguntó el inspector, antes de que el hechizo que acababa de contemplar se prolongase más de la cuenta.

—Sí, ya he acabado con lo que estaba haciendo.

—¿Dónde…?

—Vamos a mi despacho —dijo Antoni.

Al salir de la *zona sucia*, los dos policías se quitaron las batas y todos subieron por el ascensor hasta la planta cuarta. Entraron en un despacho amplio y con un gran ventanal, y Antoni los invitó a acomodarse, pero después se excusó.

—Nos ha dicho que conocías a Hammed —dijo Samuel con un movimiento de cabeza que señalaba la puerta por la que acababa de salir el médico.

—Sí, así es. Lo atendí durante cinco meses. Quizá seis. Pero ahora hacía algo más de un año que no lo veía.

—Lo atendiste… ¿Como médico? —preguntó Eulàlia.

—Como psicólogo. Yo hice psicología en Senegal, aunque la medicina forense también me interesaba mucho y acabé haciendo las dos especialidades. Hace tres años, o casi cuatro, comencé a colaborar en un consultorio de otro psicólogo y allí fue donde un día acudió Hammed.

El inspector pensó que este encuentro tenía mucho más interés del que él había supuesto hacía unos instantes. Un paciente podía contar cosas a su psicólogo que mantuviera ocultas para los demás. Iba a preguntar sobre la atención que le había dado a Hammed, pero Eulàlia se le adelantó con otra pregunta.

—¿Te fue fácil trabajar como psicólogo cuando llegaste a España?

Ibra le regaló otra prolongada sonrisa a la subinspectora.

—¿Fácil? No. Nada es fácil para un africano que… Yo vine para trabajar, de psicólogo o de lo que fuera. Durante bastantes años hice todo tipo de trabajos. No tenía papeles. Y cuando me dieron la residencia, en el 2009, inicié el proceso de homologación de títulos, pero sólo he podido homologar el de técnico en patología forense.

—Entonces, el trabajo en el consultorio de psicología… —Eulàlia hizo un gesto de duda mostrando las palmas de las manos. Seguía dirigiendo la conversación por un derrotero que no era el que interesaba a Samuel. Él quería ir al grano para llegar a tiempo a su cita con el teniente de la Guardia Civil.

—Ese trabajo… Bueno, espero no estar metiéndome en un lío si os digo que lo hacía sin contrato.

Por un instante, nadie habló. Samuel iba a preguntar dónde estaba ese consultorio, pero no quiso poner en un compromiso a Ibra después de haberles dicho que lo tenían allí de forma irregular.

—Mi título, escrito en francés —continuó el africano—, podía verse expuesto en la pared, y a ningún paciente le interesaba si estaba homologado o no. Cuando Hammed apareció, mi jefe me pidió que me encargara de él. En esa ocasión puse algún reparo, porque dudaba de que un marroquí se dejara atender por un negro, pero el jefe insistió.

—Sin embargo, Hammed se dejó —apuntó Eulàlia.

—Tuvo un primer momento de duda en el que parecía que iba a largarse, pero después accedió a que yo lo atendiera. Me sorprendió, pero unos meses más tarde llegué a pensar que hubo alguna razón para que no me dejara allí plantado. Como si de repente hubiera pensado que yo era la persona adecuada para explicarme ciertas cosas.

—Bien, eso es precisamente lo que nos interesa —dijo Samuel, confortado por la última frase que acababa de oír por boca de Ibra—: cosas conflictivas que hubiera en la vida de Hammed, problemas que tuviera con otras personas…

—Ya, pero… —Ibra miró hacia la ventana, pensativo, y pasados unos segundos continuó—: Lo cierto es que nunca llegó a explicarme nada demasiado concreto. Me decía: «Un día te revelaré todo lo que pasaba en aquella frontera, todo lo que hicimos, unos y otros»; y a veces me decía: «Te hablaré de…», y me daba un nombre, y después me comentaba cosas sueltas relacionadas con alguien, pero no quedaba claro a quién se refería. Era un hombre afligido y confuso. Resultaba difícil seguirle la conversación.

Eulàlia volvió a adelantarse con la pregunta que también Samuel tenía en la punta de la lengua:

—¿A qué frontera se refería?

—Bueno, no sé… A la suya.

—¿La de Marruecos?

—Claro.

—¿Con España?

—Supongo. Ése era su trabajo, ¿no?

Samuel intercambió una mirada con Eulàlia. Él no sabía si reconocer ante Ibra que no tenían ni idea de cuál era el trabajo de Hammed o intentar disimular tal desconocimiento. Pero Eulàlia se adelantó una vez más:

—La verdad es que no sabemos cuál era su trabajo antes de estar en el consulado de Barcelona.

—Él decía que era capitán, aunque a veces los militares se ponen más galones de los que de verdad tienen.

—Capitán del ejército marroquí… —dijo Eulàlia, a modo de pregunta.

—Sí, de la Marina. Por lo que me dijo en algunas ocasiones, estuvo varios años en la base naval de Alhucemas.

—¿Y cuando hablaba de la frontera…? ¿Qué frontera…? —preguntó Samuel.

Ibra negó con la cabeza, bajó la vista y alzó los hombros, como si no supiera qué responder.

—¿La de Melilla? ¿La de Ceuta? ¿El Estrecho? —El inspector comenzaba a impacientarse.

—La de Melilla, supongo. Si estaba en Alhucemas…

Samuel lamentó no haber mirado un mapa de Marruecos desde tiempos inmemoriales, así como su ignorancia sobre un país tan cercano. Hizo otra pregunta:

—¿Dijo algo sobre cuál era su función en el consulado de Barcelona?

—Nunca fue muy explícito, pero a veces decía cosas sueltas. No había mucha coherencia en lo que explicaba. Yo llegué a pensar que tenía funciones policiales, o relacionadas con los servicios secretos. Pero no le pregunté al respecto; no me interesaba, porque estaba claro que lo que a él lo atormentaba venía de más atrás, y yo quería que me hablara de ello.

—¿Te habló?

Ibra negó con la cabeza, arrugó los labios y abrió los brazos.

—Yo tomaba notas sobre hojas que arrancaba de una libreta y se me iban acumulando en un cajón. Un día pensé que debería cogerlas todas y releerlas para ver si descubría lo que aquel hombre trataba de explicarme, pero nunca lo hice.

—¿Tienes aún aquellas notas? —siguió preguntando Samuel.

—Sí, mezcladas en una caja con las de todos los demás pacientes. En el consultorio las tenía más o menos ordenadas, pero cuando dejé aquel trabajo decidí llevármelas porque consideré que eran algo personal, de mi propiedad, así que las metí todas en una caja y me las llevé a mi casa. Y ahí están. No volví a tocarlas.

—¿Podríamos verlas?

—Eso es complicado. Los otros pacientes siguen vivos y lo que se le explica al psicólogo es casi como secreto de confesión.

—Podrías separar las relacionadas con Hammed —sugirió Eulàlia.

—Sí, claro, pero están entre varios cientos de notas. O miles. Atendí a muchos pacientes en el tiempo que estuve allí. Y ahora están todas desordenadas.

Nadie dijo nada, pero Eulàlia parecía estar insistiéndole con la mirada.

—A ver si puedo hacerlo esta tarde…

Samuel se dio cuenta de que Ibra se mostraba mucho más solícito ante las peticiones que le hacía Eulàlia que ante las que le realizaba él.

Pensó que lo mejor sería dejar que ella llevara la voz cantante, pero no pudo reprimir la pregunta que quería formular desde hacía rato.

—Ya sabes cómo fueron asesinados Hammed y su hijo, ¿hay algo que recuerdes de tus conversaciones con Hammed que pueda estar relacionado con esos crímenes?

—Desde que esta mañana me enteré de que teníamos aquí esos cadáveres, he estado pensando en ello, pero no puedo decir nada con certeza. La verdad es que no.

—No te pedimos certezas —dijo Eulàlia con un tono que sonó maternal, o esa impresión tuvo Samuel—, cualquier cosa que se te haya pasado por la cabeza puede sernos útil.

Ibra alzó los hombros, recolocó las manos sobre sus rodillas e hizo un gesto de negación mientras miraba al suelo.

—Creo que… Bueno, lo que voy a deciros sólo es una conjetura mía. Pero creo que hacía negocios con alguien del otro lado. A veces hablaba sobre un oficial de la Guardia Civil; o quizá era más de uno, no lo sé.

Samuel y Eulàlia se miraron de soslayo, pero trataron de disimular el efecto que les había producido esa mención a la Benemérita.

—¿Dio pistas sobre el tipo de negocios que hacían? —preguntó Samuel.

—A veces me decía: «Tú podrías informarte sobre lo que pasó con…», y me daba el nombre de una persona. Pero cuando yo le preguntaba algo más se retraía y ya no había forma de que explicara nada nuevo.

—Pero sobre esos negocios con la Guardia Civil, ¿dio alguna pista? —insistió Eulàlia.

—Antes de daros las notas escritas que tengo, voy a releerlas; quizá así me vengan a la cabeza algunas de las cosas que yo suponía o imaginaba cuando le oía hablar. O algunas de las conexiones que yo hacía entre lo que me había dicho en un momento y lo que me decía en otro.

—Así, ahora no te viene nada a la cabeza sobre su relación con la Guardia Civil… —afirmó Eulàlia, tratando de reiterar en su pregunta anterior.

—Mmm… Bueno, repito que es una conjetura, pero si tengo que decirte lo que a mí me parecía, te diré que podían estar haciendo tráfico de drogas. Aunque no lo sé. Nunca dijo nada coherente durante mucho rato.

Volvió a mirar hacia la ventana y al cabo de un instante añadió:

—Era un hombre atormentado.

4

En el trayecto desde la Ciudad de la Justicia hasta la Zona de la Guardia Civil, el inspector Samuel Montcada tuvo tiempo de elaborar ocho o diez formas diferentes de plantear el asunto al teniente Manolo González y de descartarlas todas. No podía decirle que cabía la sospecha de que algún guardia civil estuviera implicado en los asesinatos de Hammed y su hijo, pero tenía que conseguir que él averiguara si algún miembro de ese cuerpo policial había tenido relación de cualquier tipo con Hammed. Por eso ahora, cuando Manolo se le acercaba sonriente y tendiéndole la mano en la misma puerta de entrada de la Zona, Samuel no sabía aún con qué cuento tenía que abordarlo.

—Vamos a hacer un cafecito por ahí —dijo el guardia civil con las palmas derechas aún enlazadas y dando a Samuel un golpe en la espalda con la izquierda.

—Venga, vamos. Pero yo, más que un café, lo que me tomaré es un bocadillo, que no he comido nada desde el desayuno.

Comenzaron a caminar sin que Manolo apartara la mano del hombro del inspector.

—Joder, Samuel, vaya caso te ha caído encima. He visto cómo se han cargado a los moros ésos y tiene tela la cosa. Eso es un ajuste de cuentas por tráfico de drogas. Me apuesto los cojones.

—No te los apuestes, que la cosa puede ser más compleja.

—¡Va, para lo que me sirven ya! Pero hay que ver qué bárbaros son los jodidos moros cuando se dan leña entre ellos, ¿eh?

—Sí, bueno, de momento, los bárbaros son los que los han matado. Y…

—Mira, vamos a ese bar de enfrente, que es tranquilo y no suele haber picoletos.

—Cuando entremos, habrá uno.

—Yo estoy casi jubilado. Y no sabes las ganas que tengo.

Cambiaron de acera sin dejar la Travessera de Gràcia.

La conversación siguió así, incluso cuando ya estaban en la mesa, con un café para el teniente y un bocadillo de jamón con caña de cerveza para el inspector. Tras los primeros bocados, Samuel comenzó a sentir cierto confort y dejó que Manolo diera rienda suelta a sus comentarios sobre lo que pensaba hacer después de jubilarse y lo poco que iba a echar de menos a la Benemérita. Como el inspector no sabía de qué manera abordar el tema que lo había llevado hasta allí, no

tenía prisa por hacerlo. Pero tras apurar su café, el guardia miró fijamente al inspector, frunció el ceño y dijo:

—Bueno, al grano: ¿de mí qué cojones quieres en el caso de los moros ésos?

Samuel tragó lo que tenía en la boca, con intención de responder de alguna forma, pero fue Manolo quien siguió hablando.

—Ya sé que ésta es una conversación informal y que nos conocemos desde hace muchos años, pero, joder, entre unos y otros me tenéis mosca. Tú me telefoneas y me dices que habéis pasado una petición a través de la subcomisión de policía judicial para ver si alguien sabía algo sobre Hammed Benali, pero quieres hablar conmigo, sin esperar a que te llegue la información por medio de esa subcomisión. Y luego…

—En realidad, lo que quiero es…

—Espera, que no he acabado. Luego le comento a mi jefe, el capitán Ángel Laguna, que voy a verme contigo por este tema y se pone como una moto. Dice que por qué cojones los Mossos no podéis esperar a que se os informe en la subcomisión; y después me dice que quiere que le cuente con todo detalle la conversación que tengamos.

—O sea, que he de tener cuidado con lo que te digo.

—¡No tienes que tener ningún cuidado! ¡El capitán Laguna me la suda! Pero aquí hay gato encerrado, si no, el capitán no se hubiera puesto así; o sea que dime qué quieres de mí exactamente.

Tenía que pensar rápido, se dijo Samuel, mientras dejaba lo que quedaba del bocadillo sobre el plato y daba un trago de su caña de cerveza. A Manolo lo conocía desde hacía muchos años y había tenido buena relación con él, pero la jueza había dejado claro que no quería que la Guardia Civil fuera alertada de las sospechas que había. No tenía más opción que seguir escondiendo las cartas.

—Apenas tenemos pistas relacionadas con esos asesinatos, y lo único que queremos averiguar es si alguien, de cualquier cuerpo policial, sabe algo sobre Hammed Benali; cualquier cosa. Puede que algún guardia civil se tropezara con él en algún momento, fuera cual fuese la circunstancia.

—Ya te adelanto que yo no lo conocía de nada. Lo mismo que le he dicho al capitán Laguna.

—No lo digo por ti. Lo que yo quiero…

—Ya sé lo que quieres. He mirado en nuestras bases de datos y no hay nada sobre ese tipo.

—Pero podría haber algún guardia civil que lo conociera de algo —insistió.

Manolo lo miró inquisitivo y con una sonrisa ladina.

—Si lo que pretendes conmigo es poner una pica en Flandes, tienes que decírmelo. A mí me gusta jugar, pero quiero saber a qué juego.

Tenía que explicarle algo, pensó Samuel, o no valía la pena seguir

con ese teatro.

—Tenemos algún indicio de que podría haber un miembro de algún cuerpo policial implicado en el asesinato de los dos marroquíes.

—¡Acabáramos! Te ha costado, joder. Bueno, no voy a preguntarte cuáles son esos indicios; me fío de ti. A mí los moros no me caen bien, pero te ayudaré en lo que pueda. Por los viejos tiempos. Averiguaré si algún picoleto conocía de algo al tal Hammed.

—Con discreción, por favor.

—No me jodas, Samuel, que soy perro viejo. Pero cuando tenga información para ti te la daré delante de una buena paella que pagarás tú. En el Set Portes.

—Vale, pero hay mejores paellas en sitios más baratos.

—Me habré quedado anticuado, entonces. Iremos donde tú digas.

—¿Por qué crees que el capitán Laguna se alarmó tanto por nuestro encuentro?

—Eso estaba preguntándome yo antes incluso de verte a ti. Forma parte de lo que tengo que averiguar.

De vuelta en la comisaría, lo primero que hizo el inspector Montcada fue dar cumplida información a su jefe, Artur Rueda, quien mostró cierto disgusto por los escasos avances producidos en el tercer día de investigación. Le preocupaba la evolución que podían tomar las cosas cuando la prensa se cebara en el caso, y apostaba por que eso iba a ocurrir mañana, jueves. Milagrosamente, los medios escritos apenas habían hablado de los asesinatos ni ayer ni hoy, pero al final había trascendido la forma como se encontraron los cadáveres y desde esta mañana los digitales habían comenzado a hervir. El carácter macabro de los asesinatos daba mucho juego en los medios. Además, el consulado de Marruecos, pese a la poca colaboración que le había prestado al inspector Montcada, había hecho pública una airada nota de prensa con sus propias exigencias de celeridad en la investigación, y el cónsul había llamado desde Marruecos al presidente de la Generalitat, además de anunciar que adelantaría su vuelta a Barcelona para seguir de cerca el asunto.

—Así que ya ves el marrón que estoy comiéndome —concluyó Rueda.

Pero Samuel, ya fuera del despacho de su jefe, pensó que quien de verdad se comía el marrón era él y que no necesitaba tanta presión para hacer bien su trabajo. Al fin y al cabo, en la entrevista de la que acababa de salir, Rueda no le había aportado ni una sola idea sobre los próximos pasos a dar para avanzar en la investigación. Pocas veces acababa las conversaciones con su jefe con la sensación de que hubieran servido para otra cosa que no fuera perder el tiempo.

En la sala contigua a su despacho encontró a la subinspectora

Planells en su mesa de trabajo y le pidió que entrara con él al despacho. A ella también le explicó su conversación con el teniente Manolo González, pero añadiendo algo que no había dicho a Rueda:

—He tenido que reconocer que sospechamos de la implicación de un miembro de algún cuerpo policial.

—A la jueza no va a gustarle.

—No pienso decírselo.

Hubo unos instantes de silencio.

—Se necesitaría una investigación externa de la Guardia Civil —señaló ella.

Samuel la miró a la espera de que añadiera algo más, pero Eulàlia se limitó a mirar hacia la ventana. Parecía cansada. En ese momento, el inspector se preguntó cómo digería ella el hallazgo de un niño tan cruelmente asesinado. Ante algo así, ¿las sensaciones de una mujer eran diferentes a las de un hombre? Las que él mismo había tenido le habían abrasado las entrañas, pero suponía que se debía a que él era padre de otro niño y no había podido evitar imaginarse como protagonista del sufrimiento vivido en aquella piscina. Eulàlia, en cambio, no tenía hijos; sin embargo, parecía más afectada de lo normal desde que se tropezaron con la imagen espectral del niño macerado.

—Deberías hablar con tu amigo Xavier Domènech.

Samuel necesitó un segundo para conectar lo que acababa de oír con la frase anterior de Eulàlia.

—¿Quieres decir que deberíamos meter en esto a la Policía Nacional para que investigue a la Guardia Civil?

—No, a la Policía Nacional no, sólo a Xavier. Muchos guardias civiles han sido investigados en distintos momentos por el Cuerpo Nacional de Policía. Sobre todo en el sur, por tráfico de drogas en el Estrecho o cosas parecidas. Xavier podría buscar nombres de guardias investigados por ellos. Quizá haya algunos sobre los que ha recaído la sospecha de estar asociados con militares o policías marroquíes. Quizá alguno de ésos está en la Zona de Barcelona o en algún cuartel cercano de la Guardia Civil. Xavier podría buscar coincidencias de este tipo.

Cansada o no, Eulàlia era capaz de dar en el clavo en los momentos en los que más se necesitaba. Samuel apreciaba su talento para aportar alguna idea que permitía avanzar por algún sitio cuando todas las puertas parecían cerradas.

5

A las nueve de la mañana, el inspector Samuel Montcada se encontró con el inspector Xavier Domènech en un bar de la avenida de la Catedral, muy cerca de la Jefatura Superior de Policía, donde Xavier tenía su puesto de trabajo.

—Esta vez no me has citado en ese café diminuto que tienes al lado de tu casa —dijo Samuel mientras se daban un apretón de manos.

—Ya no existe. Por eso me he ido a vivir fuera.

Samuel hurgó en su memoria preguntándose qué sabía él sobre un cambio de domicilio de su amigo, pero nada encontró. Xavier llevaba muchos años viviendo en el casco antiguo de Barcelona y Samuel no le oyó nunca decir que tuviera intención alguna de mudarse. Pero lo cierto era que hacía meses que no se habían visto, pese a la honda amistad que los unía desde que estuvieron juntos en la comisaría que la Policía Nacional tenía en el barrio del Raval, allá por los años ochenta del pasado siglo. Se separaron profesionalmente cuando Samuel ingresó en los Mossos d'Esquadra, pero siguieron viéndose con relativa frecuencia. Sin embargo, la relación de pareja que Samuel había tenido durante el último año le había hecho descuidar a los viejos amigos. El propio Xavier se lo echó en cara la noche pasada —cuando Samuel lo llamó para proponerle la cita de hoy— diciéndole: «¿Qué pasa, has roto con la mossa y me llamas para irnos a hacer unas copas?». A lo que Samuel tuvo que contestar que no lo llamaba para irse de juerga, pero que había acertado en lo de la ruptura con la mossa.

—¿Cómo que te has ido a vivir fuera?

—A una casita en un barrio de Cerdanyola. ¿Qué pasó con esa guapa inspectora con la que te habías liado? —Xavier parecía tener ganas de entrar en este tema.

—¿Qué pasó? Si quieres que te diga la verdad, no lo sé. Me dejó. Así de sencillo. Dijo que la chispa había ido apagándose…, que podíamos darnos un tiempo…

—Un tiempo. Eso siempre es un eufemismo. Nadie lo deja por un tiempo, salvo que por tiempo entendamos eternidad.

—Ya lo sé.

—¿Y estás bien?

—Bueno… Tengo la impresión de ir perdiendo por el camino a personas que debería saber conservar para toda la vida. Me pregunto qué hago mal…

El camarero se les acercó y le pidieron dos cafés con leche y dos bocadillos.

—¿Y tú qué? —agregó Samuel con ganas de cambiar de asunto—, ¿te has ido a vivir fuera porque aquí han cerrado tu bareto preferido?

—Me he ido porque el centro de Barcelona ya no es para los vecinos. Ese bar era lo de menos, pero en los últimos años he visto cómo se cerraba la pescadería en la que yo compraba, mi sastrería de toda la vida, dos librerías, dos droguerías, dos ferreterías, una tienda de electricidad, una mercería, un rápido… Se cierran los establecimientos útiles para el vecindario y no paran de abrirse otros llenos de cosas que quizá puedan interesar a los turistas, pero no a mí. Además, por las calles de esta zona cada vez es más difícil caminar entre las riadas de gente que las transitan. En mi edificio, casi todos los vecinos se habían ido ya y sus viviendas las habían convertido en pisos turísticos. En fin, que el centro de Barcelona se ha convertido en una especie de *gran resort*.

—Vaya, hombre. ¿Y qué esperabas para invitarme a ver tu nueva casa? Vas a tener que ir preparando una barbacoa…

—Cuando quieras. Vente este domingo, si te va bien.

—Mejor el siguiente, que tengo a mi hijo y así lo ves. ¿Tú tendrás a los tuyos?

—Sí, el domingo de la semana próxima los tengo.

El camarero les puso sobre la mesa lo que habían pedido y la conversación quedó interrumpida durante unos instantes. Tras los primeros bocados, volvió a reanudarla el inspector de la Policía Nacional.

—Bueno, suelta lo que querías contarme, que ayer me dejaste en ascuas con eso de que tenía que ser totalmente confidencial.

—Es sobre los dos marroquíes asesinados. Habrás visto…

—Joder si lo he visto. La prensa de hoy se ha explayado a gusto. Además, me ha llegado la petición que cursasteis a través de la subcomisión de policía judicial.

—Pues voy a contarte algo que no aparece en los medios y que es bastante delicado.

Samuel explicó a Xavier las evidencias que habían aparecido sobre la posible participación de algún miembro de la Guardia Civil en los asesinatos y la decisión que la jueza instructora había adoptado de iniciar la investigación sin que la Benemérita fuera alertada.

—Un pasamontañas, la llave de unos grilletes, las conversaciones de Hammed con el psicólogo… —dijo Xavier, como tratando de sintetizar lo que acababa de oír, pero dubitativo al mismo tiempo.

—Sí, del psicólogo sabremos más cuando haya recuperado las notas que escribía en sus consultas.

Xavier miró hacia el fondo del bar, pensativo.

—Así —dijo al fin—, lo que quieres que haga…

En ese momento sonó el móvil de Samuel y vio que lo llamaba la subinspectora Planells.

—Dime, Eulàlia.

—Acabo de hablar por teléfono con Ibra Faye y dice que ya ha analizado una cuarta parte de sus notas y que tiene once que pertenecen a sus conversaciones con Hammed. Las lleva encima, por si queremos vernos con él.

—Vale. Yo estoy con Xavier. En cuanto acabemos me voy para la Ciudad de la Justicia. Tú puedes ir yendo para allí.

Se despidieron y Samuel quiso volver a la conversación interrumpida, pero se le adelantó Xavier.

—¿Y Eulàlia, qué? ¿No ha vuelto a emparejarse, después de romper con aquel novio que tuvo hace un montón de años?

—No. De modo que si quieres tirarle los tejos…

—A lo mejor está esperando a que se los tires tú.

—¡Venga ya!

—No me jodas, Samuel. Tienes en tu equipo a la poli más guapa que hay en muchos kilómetros a la redonda. Además de lista, simpática… No me digas que no se te ha pasado por la cabeza...

—Lleva más de una década trabajando conmigo.

—¿Y qué?

—Joder, qué pesadito estás hoy con esto de las relaciones. ¿Comienzas a sentirte solo o qué?

Xavier soltó una risotada por respuesta y aprovechó que el camarero pasaba cerca para pedirle otro café. También Samuel pidió uno, al tiempo que pensaba en Eulàlia. Realmente, él no tuvo nunca intenciones sentimentales o sexuales respecto a su subordinada, lo que no era óbice para que reconociera su atractivo y a veces le despertara la libido con algún cruce de piernas. Pero él también se había preguntado cuán exigente era la subinspectora para que llevara tanto tiempo sin conocérsele relación alguna. Evocó en ese instante el brillo que apreció en los ojos de Eulàlia cuando enlazó su mirada con la de Ibra Faye. ¿La había visto en algún otro momento anterior con esa expresión en el rostro delante de algún otro tío? Samuel no recordaba haberse percatado nunca de tal destello.

—Bueno, volvamos a lo nuestro.

—Sí, vale. Te preguntaba qué quieres que yo…

Le explicó lo que quería de él y lo discutieron durante un rato, pero no tardaron en despedirse porque Samuel estaba impaciente por ver las notas del psicólogo.

Cuando accedió a la explanada que mediaba entre el edificio de los juzgados de instrucción y el del Instituto de Medicina Legal, Samuel vio a Eulàlia charlando con Ibra muy cerca de la puerta del Instituto.

Mientras se acercaba a ellos, pudo observar que la subinspectora se reía con soltura de lo que fuera que el africano estaba explicándole, pero cuando les dio alcance, ella se limitó a decir:

—Hola, inspector, te esperábamos fuera para ir a tomar un café porque Ibra no ha desayunado aún. Lleva las notas consigo.

—Para mí será el tercer café de la mañana, pero bueno, vamos —repuso él con cierto fastidio, pensando que para ver esas notas era más adecuada la mesa de un despacho que la de un bar, y diciéndose que la subinspectora estaba demasiado atenta a las necesidades fisiológicas del guapo y esbelto africano.

Por suerte, en el bar al que entraron había poca clientela. Los policías pidieron café y el técnico forense pidió un vaso de leche fría y un dónut de chocolate.

Ibra puso sobre la mesa un fajo de papeles. Eran hojas del tamaño de medio folio, arrugadas y con dientes en un lateral que daban prueba de haber sido arrancadas de la espiral de una libreta. Fue mirándolas una por una y las separó en dos montones. Samuel observó que no todas las notas habían sido arrancadas de la misma libreta, puesto que unas eran de fondo cuadriculado y otras no. Tampoco tenían todas el mismo tamaño, ni habían sido escritas con el mismo color de tinta, aunque el tipo de letra era el mismo en todas ellas.

—Estas ocho —dijo Ibra— se refieren a cosas relacionadas con el pasado familiar de Hammed, o con su hijo. Las que creo que pueden seros útiles son estas tres.

El africano empujó las tres notas hacia el inspector, deslizándolas sobre la mesa, pero Samuel extendió la mano para coger también las otras ocho.

—Echemos primero un vistazo a éstas.

Colocó las ocho notas esparcidas sobre la mesa, de modo que quedaran a la vista de él y de Eulàlia. Ambos se entretuvieron un rato leyéndolas, pero el inspector acabó reconociendo que aquellas ocho notas no aportaban nada que pudiera relacionarse con los asesinatos. Los temas recurrentes eran el pasado familiar de Hammed y sus proyectos respecto a su hijo, como Ibra les había advertido. Sobre el pasado familiar, se notaba que el psicólogo había intentado hurgar en los conflictos o frustraciones que Hammed hubiera podido tener; y sobre la relación con su hijo, destacaba su interés por que la vida del niño fuera mejor que la que él había tenido; y poco más: una frase decía que no había lamentado la muerte de la madre de su hijo, producida cuando Farid tenía nueve años, aunque le preocupaba que el niño se hubiera quedado sin otra familia que no fuera él mismo. Finalmente, Samuel decidió apartar esas notas y coger las otras tres.

Puso la primera entre Eulàlia y él. Al igual que las anteriores, parecía redactada a base de frases textuales dichas por Hammed.

El pálido aquél. No era legal en los negocios.
No daba el dinero que tenía que dar. Un delincuente.
Otro que jodió bien a un compatriota tuyo.
Mamadou se llamaba. Entérate. Busca información sobre él.
Hasta un organismo internacional tuvo que intervenir.
Yo lo conocí después. No estaba por allí cuando lo de Mamadou.

El inspector estaba releyéndola cuando la subinspectora preguntó:

—¿A quién conoció…? Dice: «Yo lo conocí después». ¿A quién, al Pálido o a Mamadou?

Ibra tomó en sus manos la nota para releerla.

—Al Pálido, sin duda.

—¿Dijo algo más sobre Mamadou? —preguntó esta vez el inspector.

—Creo recordar que sí, pero no sé si lo escribí. Aún me faltan muchas notas por encontrar. Ayer estuve hasta las tres de la mañana con esto; leí más de un centenar de notas para dar con estas once. En muchas no me ha resultado fácil saber a qué paciente correspondían y he tenido que estar un buen rato pensando y releyendo. Yo no solía poner el nombre del paciente cuando escribía una nota porque daba por sentado que después sabría a quién correspondía y porque las guardaba por separado, pero ahora…

Samuel no supo si eso era una queja o una disculpa por no haber traído más notas a este encuentro, pero pensó que Ibra estaba haciendo lo que podía.

—¿Tienes alguna idea de quién podría ser ese Mamadou? ¿Recuerdas algún dato, alguna pista?

Ibra se tomó un par de segundos para responder.

—No. Ahora no. Quizá, si hay algo escrito en otras notas… Lo que sí recuerdo es que pensé que Hammed quería decirme algo, sobre Mamadou y sobre algún otro africano; parecía que ésta fuera la razón por la que me había aceptado como psicólogo.

Samuel asintió y después fijó la vista, como Eulàlia, sobre la segunda nota.

En Ceuta tuve muchos problemas, pero hice buenos negocios.
Un cabrón con el pelo blanco como la nieve me la jugó. Eso fue antes de que se hiciera famoso por… Famoso no, pero me enteré de lo que hizo.
Al canoso también te gustaría conocerlo.
Me explicaron lo que le hizo a uno de los tuyos.
Yo estaba ya en Barcelona, pero me enteré.

Sin que mediara comentario alguno, pasaron a leer la tercera.

Un día te explicaré cómo me engañó el rubito aquel de los cojones.

El paliducho.
Sargento era, pero nunca iba de uniforme cuando hablaba conmigo.
El tricornio se lo dejaba en casa.

—¡Joder! —exclamó Samuel—. El Pálido, el Canoso, el Rubito… A todos los definía por el color del pelo o de la piel. ¿O son todos la misma persona?

—¿La misma persona? Creo que no…

—El Rubito y el Pálido parece que sí son el mismo, ya que al Rubito lo menciona en la tercera nota como el Paliducho. Y si son el mismo, estamos hablando de un sargento de la Guardia Civil que hacía negocios con Hammed y que también le hizo algo a un senegalés llamado Mamadou. ¿Lo ves así o no, Ibra?

—Sí… La verdad es que no lo sé. —Ibra se encogió de hombros y agachó un poco la cabeza, como el alumno que lamenta no poder responder a la pregunta del profesor.

6

Samuel había comido lo que le pareció más ligero del menú: ensalada y pescado; su apetito hacía altos y bajos desde su turbador encuentro con el cadáver del niño preservado por treinta o cuarenta metros cúbicos de agua. Se arrepintió de haber pedido un café, porque sería el cuarto del día, pero comenzó a tomárselo mientras pensaba en la reunión que iba a hacer con su equipo en cuanto volviera a la comisaría. Se sentía falto de ideas y le abrumaba no contar ya con una línea clara de investigación. Pero ¿qué tenía en estos momentos, aparte de las crípticas notas que aportaba Ibra Faye? Nada, en realidad. De Manolo no esperaba revelaciones muy provechosas, y ya se había arrepentido de haber hablado con él porque si se iba de la lengua podía arruinar la investigación. De su amigo Xavier esperaba más, pero sólo si se daba la coincidencia de que la Policía Nacional hubiera investigado al guardia que estuviera implicado en los asesinatos. Los de la científica acababan de pasarle sus resultados definitivos y tampoco había nada nuevo, más allá de un listado de los modelos de zapatos que podía vestir el asesino y de las marcas de coche que podía haber usado. Y el forense, por su parte, había establecido el producto con el que fueron anestesiadas las víctimas. Eso era todo. La investigación corría el riesgo de estancarse a partir de este momento, o él corría el riesgo de quedar atrapado como un idiota en un callejón sin salida.

Antes de comer había hablado con la jueza. Lorena Rivas lo cosió a preguntas, y él acabó explicándole con pelos y señales su conversación con el inspector de la Policía Nacional y el encuentro con el técnico forense —de su cita con el teniente de la Guardia Civil, Samuel no le hizo comentario alguno—. La jueza no tardó en decir que quería una reunión para mañana, viernes, a primera hora, y que convocaría a los dos mencionados. Al inspector, eso le resultó extraño, porque los jueces de instrucción solían reunirse sólo con el policía que dirigía la investigación, pero sabía que esta jueza era peculiar y tenía sus propias maneras de hacer.

Samuel dio comienzo a la reunión del grupo de homicidios haciendo un par de comentarios sobre las presiones con las que les tocaba lidiar en esta investigación y la presteza con la que había que trabajar, pero enseguida dio la palabra a la cabo Catalina Vergés. Ella y el cabo Ramón Jiménez habían dedicado la tarde de ayer y la mañana de hoy a entrevistarse con personas del entorno escolar de

Farid. Hablaron con la directora del colegio y con varios profesores; también lo hicieron con unos cuantos niños de su curso y algunos padres. Las preguntas eran parecidas para todos: ¿había algo extraño en el comportamiento del chico antes de que desapareciera el pasado 17 de diciembre?; ¿hubo algún desconocido que se le acercara a la salida del colegio o en algún otro momento?; ¿alguien que no fuera su padre preguntó por él?... Pero tras relatar todas las entrevistas, la cabo dijo que no habían sacado nada en limpio.

—Nadie observó nada que le llamara la atención —agregó Ramón, desalentado.

En ese instante, Samuel pensó en la inminente jubilación del cabo. La semana próxima cumpliría sesenta y cinco años, y a final de mes abandonaría el grupo de homicidios en el que tanto tiempo llevaba junto a él. Iba a echarlo de menos. Los demás también; especialmente Catalina, la más joven del grupo, a la que Ramón a menudo aleccionaba como si fuera responsable de su formación.

El sargento Bernat Anclado fue el siguiente en informar. Él había seguido yendo al consulado marroquí para continuar con las entrevistas.

—Ha habido una pequeña mejora. Ayer y anteayer parecía que nadie sabía nada sobre Hammed Benali, pero hoy, nada más llegar, me ha recibido Rachid Ziani y me ha dicho que el cónsul ha llamado desde Marruecos y les ha pedido que presten la máxima colaboración y ayuda a la investigación policial. Yo, en principio, no me lo he creído, claro, y menos viniendo de un moro, mentirosos por naturaleza como ellos son, pero la verdad es que los que he entrevistado después han largado más que los de ayer. —Ahí se detuvo y se arrellanó en el asiento, como tratando de generar expectativas, o esperando que alguien le sonriera sus epítetos.

A los comentarios racistas de Bernat estaban todos bastante acostumbrados, y a Samuel más que hirientes le resultaban cansinos, pero Eulàlia no los toleraba y, antes de que ella saltara hecha una furia, el inspector se apresuró a pedir al sargento que continuara.

—Poco a poco les he ido sonsacando que Rachid y Hammed no se llevaban del todo bien. Parece que competían por el control de la gente del consulado. Pero mientras Rachid ejerce ese control porque forma parte de sus funciones, Hammed parece que lo hacía a escondidas, como en secreto, o no sé. Eso no he acabado de entenderlo. Ya sabéis lo turbios que son los moros. Pero esa labor de control que realizaba Hammed parece que se extendía a todos los marroquíes que viven aquí, especialmente a los comerciantes, a los de las asociaciones y a los líderes religiosos.

Se calló como si ya hubiese terminado su informe. A Samuel lo exasperaba el toque enigmático que el sargento Anclado daba siempre

a sus explicaciones.

—A ver, explícate. ¿Qué es, en concreto, lo que te han dicho para que llegaras a la conclusión de que Hammed ejercía un control secreto sobre los marroquíes? ¿Les hacía preguntas? ¿Se sentían vigilados por él?...

—No sé… Es como si tuviera otro despacho para controlarlos.

—¿Otro despacho? —preguntó Eulàlia, un tanto airada—. ¿Podrías explicarte mejor, como te ha pedido el inspector?

Eso sí que Bernat no lo toleraba: las reprimendas de la subinspectora. A ella la tenía entre ceja y ceja porque consideraba que le había quitado un puesto que por antigüedad y méritos le correspondía a él. Y acaso también por ser hombre. Pero ahí estaba también el inspector, mirándolo como un basilisco, de modo que tenía que responder.

—Sí, dos de ellos me han dicho algo en francés, que cuando les he pedido que me hablaran en cristiano lo han traducido como «segundo despacho».

—*Deuxième bureau* —dijo Eulàlia, mientras se levantaba de la silla como impulsada por un resorte, mostrando así su hartazgo respecto al sargento—. Los marroquíes utilizan esta expresión para referirse a los servicios secretos. No es que tuviera otro despacho ni nada parecido, ¡qué chorrada!, es que tenía otras funciones aparte de las declaradas oficialmente. Lo que al sargento intentaban decirle es que Hammed trabajaba para los servicios de inteligencia marroquíes.

—Eso es lo que yo había dicho, ¿no? —replicó Bernat, ceñudo.

Ya con el rabo entre las piernas, el sargento continuó atendiendo a las preguntas del inspector y precisó un poco más lo que textualmente le habían dicho las personas a las que había entrevistado, pero lo cierto fue que ello no sirvió para obtener nueva información de interés. Lo único de valor que se desvelaba ahora era que Hammed pertenecía a los servicios secretos, algo que Ibra Faye había intuido en las terapias de psicólogo que le proporcionó. Algo que también explicaba las reticencias del consulado a dar información sobre él. Pero el hecho de que Hammed fuera un espía, pensó Samuel, podía no tener la más mínima relación con su asesinato.

O sí la tenía. ¿Cómo saberlo?

El inspector pasó a explicar lo que le había encargado a Xavier Domènech, al que todos conocían, y habló de Ibra Faye y el papel que jugaba en esta investigación. Releyó para todos las tres notas del psicólogo, y al final hizo un resumen:

—Así, tenemos tres apodos: el Pálido, el Canoso y el Rubito. Puede tratarse de tres personas distintas o no. Y por descontado que tales motes podrían ser sólo la forma como Hammed quiso identificarlos ante Ibra, no demos por sentado que son apodos por los que eran

conocidos. Del Rubito sabemos que es guardia civil, por la mención a su tricornio, y que era sargento cuando Hammed trató con él. Del Pálido sabemos que le hizo algo a alguien llamado Mamadou y que algún organismo internacional intervino de alguna manera; y lo que fuera que le hizo a Mamadou no se lo hizo en Melilla, ya que Hammed dijo que había conocido al Pálido cuando éste llegó a Melilla y que lo de Mamadou había sucedido antes. Por último, lo que sabemos del Canoso es que le hizo algo a un africano. Probablemente en Ceuta, y después de septiembre del 2013, puesto que Hammed dijo que ocurrió cuando él estaba ya en Barcelona.

El inspector le pidió a la subinspectora que se dedicara por completo a indagar acciones que hubiera podido realizar algún organismo internacional en las que apareciera de alguna manera el nombre de Mamadou. Le dijo que dispusiera de los agentes que necesitara y que contactara con la Unidad Central de Documentación para que le echaran una mano.

—Concéntrate sólo en eso. Y tú también, Catalina; deja para mañana las entrevistas del colegio que te faltan por hacer y ayuda a Eulàlia en esta tarea. Ramón, tú dedícate a interrogar a los vecinos del piso de Hammed.

Pero de inmediato se dio cuenta de que la subinspectora no podía abandonar otra tarea para la que era idónea.

—Bueno, Eulàlia, te pones con eso, pero sin abandonar el contacto con Ibra Faye. De esto también te encargas tú.

Samuel percibió una sonrisa maliciosa en su rostro, como si estuviera diciéndole que entendía por qué le encargaba a ella tal tarea. ¿Pensaría que él intentaba aprovechar sus encantos para sacar de Ibra el máximo provecho? Si lo pensaba, seguramente no le molestaría demasiado. Además, en ese instante creyó ver también el mismo mohín pícaro en la cara de Catalina y la mirada fugaz que cruzaban las dos mujeres. ¿Habían hablado entre ellas sobre Ibra? El inspector renunció al punto a entender lo que subyacía en esas señales; no se consideraba apto para interpretarlas.

Antes de volver a su despacho, Samuel se dirigió a la máquina de café. Mientras veía cómo iba llenándose el vaso, se dio cuenta de que sería el quinto café del día y pensó en verterlo en el lavabo, pero cuando lo tuvo en la mano comenzó a tomárselo.

—Me has jubilado con unas semanas de antelación.

Quien le hablaba a su espalda era Ramón, que también tenía una moneda en la mano, dispuesto a sacar otro café de la máquina.

—¿Cómo? ¿Qué…?

—Joder, Samuel, me has encargado las tareas más tontas que podían ocurrírsete —dijo, mientras metía la moneda en la ranura y apretaba el botón de café solo.

—De eso nada. Bueno, sí… No he querido encargarte tareas que puedan durarte muchos días. ¿Cuándo cumples los sesenta y cinco, el miércoles, el jueves? Por cierto, nos invitarás a algo, ¿no?

—Sé cómo te sientes con este caso.

—¿Qué?

—La forma como asesinaron a ese niño te ha calado hondo. Vi cómo hablabas con tu hijo el lunes por la noche, cuando volviste del escenario de los crímenes.

—¿Te me estás ofreciendo como psicólogo, Ramón? Ya tenemos a un psicólogo africano en el equipo, no me jodas.

Ramón no sonreía.

—Te pongas como te pongas, no voy a dejarte tirado en medio de esta investigación. Que me jubile no quiere decir que me volatilice.

Ramón hablaba en serio, estaba claro. Y si se empeñaba en seguir en el caso, seguiría. Era tozudo. Y también era el tipo adecuado para esas tareas que en toda investigación requieren paciencia y perseverancia, y Samuel sabía que podría echarlo en falta en muchos momentos. De modo que asintió y le puso una mano sobre el hombro.

—Gracias, Ramón.

—Y ahora, ¿vas a darme alguna tarea que valga la pena o no?

—Sí, vas a encargarte de obtener información sobre el lado oscuro de Hammed Benali. Preguntaremos a nuestros compañeros de la Comisaría General de Información sobre los marroquíes que consten en nuestros archivos como espías o sospechosos de serlo, y tú luego te entrevistas con dirigentes de asociaciones, mezquitas…

—Vale, eso me gusta. Por cierto, ¿cómo se te ocurrió encargar a Bernat las entrevistas con los del consulado? Lo primero que dijo fue que se pondría tapones en los orificios de la nariz para soportar el mal olor. Si lo oye Eulàlia la tenemos liada.

—Ya, pero…

Pero nada. Samuel pensó que Ramón tenía razón. Él solía repartir tareas sin considerar este tipo de cosas, y quizá sí debiera tenerlas en cuenta.

En lo que quedaba de la tarde, todos estuvieron entretenidos con el trabajo que a cada uno le había tocado. Samuel recibió una información que no esperaba tan pronto: los destinos que como militar había tenido Hammed Benali en el norte de Marruecos. La gestión había sido realizada por una de las jefas de la Central que debía de tener unos recursos que el inspector ignoraba por completo. No fueron tan exitosos los esfuerzos de Eulàlia y Catalina para relacionar a un Mamadou con actuaciones de organismos internacionales.

—Es como buscar una aguja en un pajar —dijo la subinspectora—. Salen tantas entradas en Internet que…

—¿En qué organismos os habéis fijado?

—Teniendo en cuenta que lo de Mamadou pudo tener que ver con alguna actuación policial, nos hemos centrado en los relacionados con los derechos humanos: la OSCE, la Agencia de Derechos Fundamentales de la Unión Europea, el Tribunal Europeo de Derechos Humanos, el Comisario para los Derechos Humanos del Consejo de Europa… Y organismos relacionados con el asilo: el ACNUR, el ECRE…

—Y nada —apostó Samuel.

—Nada —sentenció Eulàlia.

—Pues por hoy ya está bien, que son las nueve de la noche. Venga, apagad los ordenadores y a casa.

7

No cabía duda de que Lorena Rivas era peculiar, además de expeditiva, pensó Samuel. En la reunión que estaba a punto de iniciarse, además de él, Eulàlia y el fiscal, se encontraban el inspector Xavier Domènech y el técnico forense Ibra Faye. De ayer a hoy, la jueza había conseguido meter a la Policía Nacional en la investigación y que los jefes del Instituto de Medicina Legal aprobasen la inclusión de Ibra. Al inspector le resultaba extraña esta forma de hacer de una jueza de instrucción, pero no le importó, se sintió a gusto teniendo a Xavier de compañero en este caso, y no dudaba de que Eulàlia también se sentiría a gusto teniendo a Ibra. La subinspectora se había visto con el africano antes de la reunión porque éste le dijo que tenía nueve notas más. Samuel sabía ya su contenido porque ella se las había leído por teléfono. De las nueve, sólo tres tenían interés, y de ésas, una parecía tener mayor importancia, ya que aportaba un nombre nuevo.

Lorena Rivas hizo una breve síntesis de lo que ya sabían todos y de inmediato se dirigió al inspector Montcada:

—A ver, Samuel, ¿qué hay de nuevo?

—No mucho. Ibra ha encontrado tres nuevas notas y tenemos los destinos de Hammed Benali por el norte de Marruecos. Pero los interrogatorios a miembros del consulado, a personas relacionadas con el hijo de Hammed y a los vecinos del piso en el que vivían no nos han aportado nada nuevo.

—Venga, veamos esas notas.

Ibra estaba cabizbajo y tardó un par de segundos en percatarse de que todos lo miraban y esperaban algo de él.

—¿Puedes leérnoslas? —insistió la jueza.

—Sí, claro —repuso el técnico forense, algo acobardado, poco acostumbrado quizá a este tipo de reuniones—. Os he hecho una fotocopia con las tres notas.

Dicho eso, se levantó de la silla y repartió unos folios.

Todos se pusieron a leer las notas, también Samuel, aunque sabía su contenido.

Ya te expliqué lo que hizo el paliducho tres años antes de que yo llegara a Tetuán, ¿no? Lo de Mamadou. Te lo contaré un día con detalle.

A mí, saberlo me fue bien. Cuando le dije lo que sabía, perdió el culo

para pagarme. Supongo que desde aquel día me odia.
Él tenía motivos para odiarme. Y yo los tenía para odiarlo a él.
Menudo hijo de puta.

—Están hechas a base de frases textuales de Hammed —dijo Ibra cuando Samuel acababa de leer la primera nota—, aunque… Bueno, en realidad, yo anotaba sólo aquello que me parecía interesante para seguir indagando en su estado psicológico.

Samuel releyó la segunda nota.

Mataron a más de una docena, ¿lo sabías?
Yo ya no estaba en Marruecos, pero sé lo que hizo el canoso.
Si yo me fuera del pico tendría problemas.
Qué gordo era el malnacido aquél.

Y detrás, la tercera.

Te dije lo que le hicieron a Mamadou, ¿no? Ese caso sí fue sonado.
Hubo una testigo. ¡Qué tía, joder! Tozuda como una mula.
No sé cuántas veces lo intentó. Yo la conocí porque la tuve una semana en el calabozo. Aminata Awa Diallo. Me contó lo de Mamadou.
Deduje quién lo hizo. Un día tengo que contártelo.

La jueza levantó su folio de la mesa con la mano izquierda, lo movió un poco en el aire, como irritada, y espetó:

—Muy bien. Tres notas que no hay dios que entienda. ¿Alguna interpretación?

El técnico forense escondió ligeramente la cabeza entre los hombros y la subinspectora se apresuró a salir en su defensa.

—Creo que nos dan alguna pista importante.

—¿Ah, sí?

Eulàlia miró a Samuel.

—Si lo relacionamos con los destinos de Hammed Benali, sí —dijo él—. Están en ese otro documento del que os he dado copia. Como podéis ver, en el 2002 fue trasladado a Alhucemas, que está cerca de Melilla. —Samuel ya se había mirado el mapa de Marruecos—. Allí estuvo ocho años, hasta que en el 2010 lo trasladaron a Tetuán. El siguiente destino fue ya Barcelona, donde llegó en septiembre del 2013.

—¿Y? —preguntó la jueza, impaciente.

—La primera nota vuelve a relacionar al Pálido con Mamadou, y nos aporta un dato nuevo si tenemos en cuenta los destinos de Hammed. Lo que le hiciera el Pálido a Mamadou se lo hizo tres años antes de que Hammed llegara a Tetuán, o sea, en el 2007. Y también parece indicar que fue en Tetuán donde se conocieron, es decir, al

lado de Ceuta. Por tanto, podemos meter en el mismo saco cuatro datos: Pálido, Mamadou, año 2007 y Ceuta. Y recordemos otro dato: que el Pálido, de acuerdo con las primeras notas, podría ser un sargento de la Guardia Civil.

La jueza asintió con un movimiento de cabeza.

—La tercera nota —continuó el inspector Samuel Montcada— nos aporta otro nombre que podemos meter en ese mismo saco, puesto que lo relaciona con Mamadou, el de Aminata Awa Diallo. Testigo de lo que fuera que ocurrió.

—¿Y la segunda nota, Samuel?

—Yo diría que nos habla de algo sucedido unos cuantos años después. Dice: «Yo ya no estaba en Marruecos». Podría referirse a que ya había sido trasladado a Barcelona, lo que nos sitúa después del 2013.

—¿Otro saco, pues?

—Sí, eso creo.

—¿Y qué metemos en ese otro saco?

—Más de una docena de muertos y una fecha posterior a septiembre del 2013. Y parece que en ese saco está también el Canoso.

—Dos sacos —repitió Lorena—. ¿Tú también ves dos sacos, Ibra?

—Dos situaciones diferentes, producidas en distintas fechas —dijo el fiscal, como si temiera que el africano no estuviera entendiendo la metáfora de los sacos.

—Sí…, puede ser —respondió Ibra—. A ver si encuentro más notas y…

El psicólogo parecía un poco apesadumbrado por la responsabilidad que estaba recayendo sobre sus hombros. O más bien sobre su memoria.

—De acuerdo —la jueza miró a los policías—, tendremos que buscar casos en los que haya habido guardias civiles implicados en esas fechas. ¿Ideas?

Los inspectores Montcada y Domènech se miraron entre sí.

—El problema —dijo Xavier— será que, aunque encontremos casos en los que hubo guardias civiles que hicieron *algo* a africanos, que los encontraremos y muchos, tales guardias no fueran identificados. Es decir, que la Guardia Civil no llegara a dar los nombres ni a un juez, ni a la prensa…, es algo que suele pasar.

—Sí, pasa con todos los cuerpos policiales —replicó la jueza en tono áspero—. Sois jodidamente corporativos. Todos. —Miró alternativamente a Samuel y a Xavier.

—Y si le pedimos los nombres a la Guardia Civil —intervino por segunda vez el fiscal— tardarán meses en dárnoslos, en el mejor de los casos.

—Inventaos algo —ordenó la jueza, mirando a los dos inspectores

—. Y tú —ahora miró a Ibra— date prisa para encontrar todas las notas que escribiste cuando atendías a Hammed Benali.

Ibra asintió, como si, tratándose de una jueza, su sentencia fuera inapelable. También los inspectores asintieron, y antes de que nadie pudiera añadir nada más, Lorena se levantó de la silla y dijo que la reunión había concluido.

Eulàlia, Xavier, Ibra y Samuel salieron juntos a la explanada de la Ciudad de la Justicia. El policía nacional propuso ir a tomar un café y todos asintieron; salvo Ibra.

—Me voy a mi trabajo. Por la tarde seguiré mirando las notas. Te llamo si encuentro algo nuevo —dijo el africano, dirigiéndose a Eulàlia.

Hizo ademán de despedirse, pero antes de marcharse añadió:

—En la reunión, pensando en Aminata Awa, se me ha ocurrido que podría ser bueno hablar con el presidente de la Asociación de Senegaleses de Barcelona. Lo conozco y sé que es una persona que lo sabe todo sobre todo el mundo; bueno, me refiero a todos los senegaleses que viven en Barcelona y en otras ciudades. Puede que… No sé, es algo que se me ocurrió mientras estábamos con la jueza.

Samuel reflexionó un instante sobre lo que acababa de decir Ibra.

—Sí, estaría bien. Prepáranos una cita con él.

—¿Queréis que lo llame ahora?

—Vale. Pero no le expliques nada sobre el motivo por el que queremos hablar con él. Hemos de pensar qué le decimos.

Ibra sacó su teléfono del bolsillo e hizo la llamada. Alguien al que saludó como Babacar la atendió y la conversación duró un par de minutos. Los policías la escucharon como si prestasen atención, pese a que no entendieron nada porque los africanos hablaron en su lengua, fuera ésta la que fuese.

—Dice que si hoy os apetece comer cuscús… Él va a ir a la calle Robador.

Samuel y Xavier se miraron con cara de pocas ganas de responder afirmativamente a la invitación.

—Los viernes hay cuscús —añadió Ibra, como si tuviera que justificar algo.

—A mí no me va bien —dijo Xavier.

Samuel hizo un mohín, pero antes de que pudiera decir nada, habló Eulàlia:

—Supongo que es el restaurante marroquí de la calle Robador del barrio del Raval, ¿no? Lo conozco. ¿A las dos está bien?

—Sí, claro. Vuelvo a llamarlo y le digo que a las dos.

Samuel no tuvo ya tiempo de protestar. Comer con un testigo era algo de lo más irregular, pero parecía que esta investigación estaba inclinada a las peculiaridades. Lo único que se le ocurrió para

enmendar ese quebranto fue llamar a la comisaría para que hubiera un par de agentes de paisano por los alrededores del bar mientras ellos comían.

El inspector y la subinspectora caminaron por la calle Hospital y giraron a la izquierda para entrar en Robador, una calle estrecha, de edificios viejos, portales de oscura apariencia y negocios austeros. Un indigente, sentado en el suelo junto a su perro, los miró de forma incisiva y aspiró ostensiblemente por la nariz. Quizá estaba diciéndoles que olían a polis. Otra indigente muy joven no los miró porque más bien parecía dormida, recostada sobre la persiana de un negocio cerrado. En esta calle se masticaba la exclusión social. Antes de llegar a la siguiente esquina, Samuel vio a varias prostitutas africanas charlando entre sí, pero no llegaron a cruzarse con ellas porque Eulàlia giró para entrar en un bar.

Un joven camarero les señaló una mesa vacía, invitándolos a que la ocupasen, y mientras estaban haciéndolo, un hombre alto, de pelo gris, con un bolso en bandolera y con aspecto de profesor poco preocupado por su indumentaria, se acercaba hacia otra de las mesas que seguían vacías. A Samuel le recordó al profesor Nadal, que tanto lo ayudó en el caso de los neonazis, y pensó que quizá podría visitarlo para que le aportase alguna luz sobre lo que pasaba en las fronteras de Ceuta y Melilla.

Eulàlia dijo al camarero que iban a ser cuatro y que podían ir preparando cuscús para todos. También le pidió dos vasos de leben.

—¿Eso que has pedido es para beber?

—Sí.

—Yo quiero una cerveza.

—Aquí no sirven nada con alcohol.

—Comenzamos bien.

Ibra y Babacar llegaron con media hora de retraso. Para entonces, Samuel se había bebido dos vasos de leben y estaba esperando un tercero. Babacar fue saludando a varios comensales y a los camareros antes de llegar a la mesa ocupada por los policías; parecía bastante popular. Era casi tan alto como Ibra, más grueso y de más edad.

Se hicieron las presentaciones y Eulàlia inició la conversación preguntando por la Asociación de Senegaleses: dónde tenía su local; si llevaba mucho tiempo constituida; si desarrollaba muchas actividades… Babacar no hablaba un castellano tan fluido como Ibra, pero era locuaz. Le gustaba dar largas explicaciones y hablar de sus actividades, aunque a lo que más tiempo dedicó fue a quejarse de cómo la crisis había castigado al mundo asociativo. Samuel se limitaba a escuchar y dejaba que Eulàlia fuera dándoles conversación; él se encontraba muy entretenido, disfrutando de un cuscús que le había

causado una grata sorpresa. Lo había comido en otros restaurantes, pero nunca tan bueno como éste.

Todos iban comiendo, pero el plato de Samuel era el que descendía más deprisa, mientras al de Babacar le ocurría lo contrario, ocupado como él estaba en lo que cada vez se parecía más a un monólogo. Pero, repentinamente, bajó la vista hacia su plato y se concentró en la comida. Así, se produjeron unos instantes de silencio en los que los demás se limitaron a hacer lo mismo que Babacar: atender sólo a su plato.

Volvió a ser él quien rompió el silencio:

—A ver, ¿qué es eso de lo que no podías decirme nada por teléfono, pero tanto os urge? —Miró primero a Ibra y después a los policías—. ¿En qué puedo seros útil?

El inspector dejó sobre el plato la cucharada que iba a llevarse a la boca.

—Necesitamos localizar a una mujer: Aminata Awa Diallo.

—¿Senegalesa? ¿Vive en Barcelona?

—Me temo que no sabemos su nacionalidad. Ni dónde vive. Puede que ni siquiera esté en España.

Babacar hizo un gesto de sorpresa y el inspector se temió que lo próximo que dijera fuera: «¿Y qué pinto yo en esta vaina?». Por eso se apresuró a exponer lo que una hora antes se había inventado.

—Fue testigo de un asesinato producido en el 2007. Hay un organismo internacional investigándolo y necesitan dar con la testigo. Nos han pedido ayuda para localizarla, como supongo que también se la habrán pedido a otros cuerpos policiales.

—¿Dónde se produjo ese asesinato? ¿Quién fue el muerto?

—Sólo sabemos que la víctima fue un subsahariano de nombre Mamadou. Y el asesinato pudo haberse producido en Ceuta, o cerca.

Babacar seguía con la misma cara de desconcierto.

—En el 2007 —repitió Samuel, esperando que con ello reconociera que no era tan exigua la información que le daba.

—¿Un subsahariano asesinado en Ceuta o por allí? ¿A lo largo de todo el año 2007? ¿Sabéis —miró alternativamente a los dos policías — cuántos subsaharianos son asesinados cada año por las fuerzas de seguridad de un lado o del otro de la frontera? ¿Creéis que voy a decir: «Ah, un subsahariano muerto, entonces tuvo que ser fulanito»?

De pronto, Samuel no supo cómo responder a las preguntas que como dardos lanzaba Babacar. Se quedó en blanco. Miró de reojo a Eulàlia, esperando ayuda, pero fue Ibra quien le echó un cable.

—Ella, la testigo, podría estar en peligro. Hay que localizarla.

Babacar miró con desconfianza a Ibra.

—¿Tú te crees que *ellos* —enfatizó esta palabra mientras hacía un gesto hacia los policías— no saben más de lo que nos cuentan? ¿Y si

están buscando a esa mujer por alguna razón distinta que no nos explican?

Algo se había torcido. El cuento de que un organismo internacional les había pedido ayuda no estaba funcionando. Pero Samuel no sabía cómo arreglar el entuerto.

—El inspector ha sido sincero contigo —siguió Ibra.

—¿Y tú cómo estás tan seguro?

—Trabajo en la Ciudad de la Justicia, ya lo sabes, y colaboro con los Mossos en investigaciones criminales. Conozco a Samuel y a Eulàlia.

Los dos africanos se miraron fijamente, como si se estudiaran el uno al otro.

—Tienes el nombre de la testigo —continuó Ibra— y sabes que se trata de algo que sucedió en Ceuta en el 2007. Para ti no tiene que ser tan difícil.

—Tú sabes igual que yo que tanto el nombre, Aminata Awa, como el apellido, Diallo, se dan en varios países del África occidental. ¿Que no tiene que ser tan difícil, dices?

El inspector decidió añadir más información; de hecho, toda la que tenía.

—Sabemos que estuvo una semana encerrada en un calabozo marroquí. Del ejército, o de las Fuerzas Auxiliares… Eso ocurrió del 2007 en adelante.

—En adelante, ¡oh…! —repitió Babacar, mofándose de la precisión aportada por Samuel Montcada.

Al punto, el africano miró a su plato de cuscús y, como si de pronto se diera cuenta de que acabárselo era más importante que la conversación que estaban manteniendo, cogió la cuchara y se puso a comer con apremio. Samuel optó por acabarse también el suyo, como hicieron los otros dos. Por dónde podía continuar la conversación cuando no quedaran granos sobre los platos era algo de lo que el inspector no tenía ni idea. Esperaba que Ibra siguiera siendo imaginativo.

—Quizá sí puedo ayudaros —dijo Babacar, tras la última cucharada con la que había dejado su plato limpio—. Y vosotros también a mí.

El inspector lo miró a la espera de que descifrara el enigma que acababa de plantear.

—Hay cinco inmigrantes, subsaharianos, como decís vosotros, en un CIE a punto de ser expulsados. Dos senegaleses, dos nigerianos y un camerunés.

—¿Y qué podemos hacer nosotros?

—Decir que esas personas colaboran en una investigación de los Mossos y se las necesita aquí.

—¿Estás pidiéndonos que vayamos con ese cuento a la Policía

Nacional, o a…?

—No es ningún cuento. Serán las cinco primeras personas a las que pediré ayuda para averiguar quién puede ser la Aminata a la que buscáis.

—¿No puedes empezar por otras cinco?

—No. Sólo por esas. O salen del CIE o no hay colaboración por parte mía. Ni mía ni de nadie de mi asociación.

El chantaje estaba servido. Como si fuera el postre adecuado para el excelente cuscús que acababan de comerse. Todo muy africano. Pero Samuel sabía que la Policía Nacional no haría ni puñetero caso de una petición así que les llegara de los Mossos d'Esquadra. Menudos eran: ni siquiera habían dejado entrar en el CIE de Barcelona al Síndic, el defensor de las personas de Cataluña. Así iba a decírselo a Babacar, cuando se le adelantó Eulàlia.

—Lo haremos. Pásanos los nombres y pediremos a algún juez que dé orden de ponerlos en libertad.

Samuel *acató* la resolución de Eulàlia. Estaba acostumbrado a que en algunos momentos fuera ella la que tomaba las decisiones, saltándose la jerarquía que había entre ambos. Y lo cierto era que no le molestaba; a Eulàlia se lo consentía de buen grado. Sin embargo, el inspector seguía teniendo sus dudas de que pudieran sacar a esas personas del CIE, aun cuando lograran que Lorena Rivas se implicara en ello.

8

Hacía rato que había oscurecido.

Las horas que le quedaban a esta tarde de sábado eran las peores: no tener nada que hacer cuando otra gente está preparándose para salir a cenar, tomar unas copas con amigos… Ésta era la cuarta tarde de sábado que seguía a la ruptura con su última pareja, pero dos de las anteriores las pasó con su hijo, y éste no le dejaba márgenes para el aburrimiento, ni casi para echar de menos a nadie. Con Raúl siempre estaba entretenido y hasta podría decir que se lo pasaba bien. Le gustaban los fines de semana que lo tenía consigo. Pero hoy a quien echaba de menos no era a Raúl, sino a María. La extrañaba tanto que había sacado una botella de whisky de un armario sin saber muy bien para qué —a él no le gustaba el whisky—, aunque luego había vuelto a guardarla sin más. Era como si de repente hubiera tomado conciencia de la absoluta ausencia de esa mujer, a la que, ahora se daba cuenta, se había habituado más de lo que él llegó a creer. Definitivamente, el sábado por la tarde era mal momento para la soledad.

Podría llamar a Xavier, y mientras se tomaban algo hablaban del caso.

¿Hablar del caso? Hablaron ayer por la tarde y el policía nacional le dijo que aún no tenía ningún nombre de guardia civil que pudiera relacionarse con la investigación.

Lo llamaría de todas formas. Aunque sólo fuera para lamentarse juntos de lo que para Samuel comenzaba a ser una evidencia: la falta de vías claras para seguir investigando. Por la mañana, se había reunido con su equipo en la comisaría y, al final, lo único que había quedado claro era que todo estaba cogido por los pelos. Las notas de Ibra aportaban datos sobre Hammed, pero nada garantizaba que tuvieran algo que ver con su asesinato y el de su hijo; la localización de guardias civiles que se hubieran relacionado con él no iba a ser fácil; la ayuda que esperaba recibir de Babacar era nimia o nula —el africano daría las gracias, eso sí, por la liberación de sus cinco compañeros encerrados en el CIE—. Pero dada la escasa información obtenida en el escenario del crimen, tenían que seguir escarbando en esos agujeros, por estériles que parecieran.

Y, además, con esa presión de los medios y los políticos que no cesaba de crecer. Que fuera sábado y hora de comer no había impedido que su jefe lo llamara a las tres de la tarde para decirle que

el lunes esperaba algo concreto que pudiera decir a los de arriba, al consulado marroquí y a la prensa. «Datos», le pidió. «Datos fehacientes.»

Después, él los había escrito en un papel.

Un niño y su padre habían sido asesinados de la forma más cruel que cabía imaginar. La ostentosa crueldad era un dato. Indicaba odio, resentimiento o venganza. O las tres cosas a la vez. Un psicólogo aportaba unas notas en las que se hablaba de cosas ocurridas en la frontera. La frontera era otro dato. Otro lo era el nombre que aparecía en una de las notas: Aminata Awa Diallo. Además estaba la posible pertenencia de Hammed a la DGED o a la DST. Los servicios secretos marroquíes eran otro dato. Y el último: la Benemérita; la implicación de alguien de la Guardia Civil, derivada tanto de la llave de grilletes y el pasamontañas hallados en la escena del crimen como de las alusiones que aparecían en las notas del psicólogo. ¿Eso era todo? Cinco líneas le había ocupado este listado. ¿Casi una semana de investigación para eso?

Dos horas más tarde de que hubiera anochecido, Samuel Montcada no había llamado a su amigo y, paraguas en mano, estaba bajando por la calle Nicaragua, en la que vivía, hacia el multicines cercano a la estación de Sants.

Cuando ya tenía la fachada del cine a la vista, recibió la llamada de Ramón.

—Hola, jefe, ¿por dónde andas?

—Por la calle. Vaya tarde de perros. ¿Y tú? ¿Por qué no viniste a la reunión de esta mañana?

—Ahora te cuento.

—¿O me llamas para celebrar tu jubilación invitándome a algo?

—Sí, pero hay un tercer convidado. Se llama Jamal Fadel, fue agente de los servicios secretos marroquíes y dice que conocía bien a Hammed.

—¡Joder! ¿Y de dónde has sacado esta joya? —El ánimo de Samuel sufrió una súbita mejora, como si los fantasmas que le habían rondado en las últimas horas se marcharan de estampida.

—He ido tirando del hilo a partir de los nombres de posibles espías marroquíes que me dieron los compañeros de la Comisaría General de Información. Lo que tú me encargaste. Ayer localicé a varios miembros de asociaciones marroquíes y a los imames de dos mezquitas; les mostré los nombres que llevaba para ver si alguien conocía a alguno de ellos, pero nada, nadie sabía nada, o eso decían. Hoy lo he repetido con los propietarios de algunos comercios marroquíes y, en principio, el resultado era el mismo. Nadie los conocía de nada. Pero hace un rato he recibido una llamada. Yo dejaba mis tarjetas…

—Recibiste una llamada, ¿y?

—El tipo es hablador, ya lo verás. Hemos quedado en la plaza de Sant Agustí del barrio del Raval. En media hora.

—Vale. Voy para allí.

Se despidieron.

¿A cuántos más tocaría sacar de algún CIE esta vez?, se preguntó el inspector. Sin embargo, la idea de hablar con alguien que había trabajado para los servicios secretos marroquíes y que conocía a Hammed Benali se le antojaba más productiva que las pesquisas que pudiera realizar el presidente de la Asociación de Senegaleses. Se alegró, por otra parte, de poder utilizar la noche del sábado en algo distinto a ver la primera película que fueran a proyectar en el cine más cercano a su casa.

Tomó el metro para bajarse en la estación Liceu. Cuando salió de nuevo al exterior, advirtió que la lluvia había arreciado. Parecía que los cielos quisieran soltar toda el agua que habían escatimado en los dos o tres últimos meses. Al llegar a la plaza de Sant Agustí, vio al cabo Jiménez junto al quiosco cerrado.

—¡Joder, Ramón, vaya paraguas que llevas!

—Lo compré en Bilbao hace unos años. Es un paraguas de verdad, no como la mierdecilla que llevas tú.

—Sí… Bueno, cuéntame algo más sobre Jamal, antes de que venga.

—Por lo que me ha dicho, estuvo a sueldo de la inteligencia marroquí hasta hace más o menos un año y medio, de modo que coincidió con Hammed.

—¿Jamal está seguro de que Hammed pertenecía a los servicios secretos?

—Dice que a Hammed lo hicieron jefe del área de Cataluña cuando se fue el anterior. Pero de eso es de lo que quiere hablarnos ahora, por lo que he entendido.

—Por cierto, Ramón, ¿cómo te explicas que nuestros compañeros de la Comisaría General de Información no supieran nada sobre Jamal?

—Tampoco lo sabían sobre Hammed Benali. Se les escapan cosas.

—Ya. ¿Y por qué Jamal está tan dispuesto a contarnos sus secretos a nosotros?

Ramón no llegó a contestar, porque un hombre alto, delgado y de aspecto bien aseado les preguntó si eran ellos los policías que lo esperaban y se presentó como Jamal Fadel. Se cubría con un paraguas negro, y vestía traje y corbata debajo de un abrigo que llevaba abierto. Elegante. Unos cuarenta y cinco años. De sonrisa amplia. El apretón de manos que dio a los policías fue enérgico.

—Supongo que no habréis cenado —dijo.

Ramón dijo que no y, sin dar tiempo a que Samuel dijera nada,

Jamal les propuso un restaurante indo-pakistaní que podía verse desde donde ellos estaban. El inspector pensó que esta vez tenía que negarse en redondo. Cenar con un completo desconocido, que podía ser parte de la investigación, y en un restaurante para él no menos desconocido era algo que no iba a hacer. Pero llovía a cántaros, y en algún sitio tenían que meterse, así que acabó dejándose arrastrar hacia donde ya caminaba Jamal.

El restaurante era pequeño y estaba necesitado de una reforma modernizadora. Los manteles eran de hule, unos con topos de colores y otros con motivos navideños. La primera impresión no fue muy buena para Samuel, de modo que le propuso a Jamal que eligiera por los tres. Ramón se mostró de acuerdo, y Jamal pidió *chicken mughlai*, *chicken tikka masala*, *karahi gosht*, tres platos de arroz y *naan* con queso.

—Así que conocías a Hammed Benali —dijo el inspector con ganas de entrar en materia.

—Digamos que bastante. Sí —respondió Jamal.

Samuel y Ramón lo miraron a la espera de que continuara hablando, pero Jamal no lo hizo. Él miraba a Samuel como dispuesto a escuchar una nueva pregunta. El inspector improvisó algo para continuar.

—Habrás leído cómo fueron asesinados Hammed y su hijo. Hubo mucha crueldad.

—Lo sé. Por eso estoy aquí con vosotros.

—¿Qué quieres decir?

Jamal cruzó los brazos y los apoyó sobre la mesa: miró fijamente hacia una esquina del mantel, como atraído por sus topos de colores, y después giró la cara hacia la barra del bar. En ese momento, un camarero se acercó a la mesa portando las tres cervezas que habían pedido. Jamal esperó a que se alejara y dio un trago de su botella. Después miró a los comensales de las demás mesas. A Samuel le parecía que trataba de asegurarse de que nadie pudiera oír lo que se disponía a decir.

—¿Recordáis a Akran Saidi, el agente marroquí expulsado de España?

Samuel y Ramón se miraron dubitativos. Ambos negaron con la cabeza.

—Vivía en Barcelona. La expulsión la ejecutó la Policía Nacional, pero la orden vino del Centro Nacional de Inteligencia —aclaró Jamal —. El motivo de la expulsión fue explícito: por espiar para Marruecos. Algo muy raro, ¿no?

—¿Raro? ¿Por qué es raro? —preguntó Samuel.

—Porque el CNI sabe de sobra quiénes son los agentes marroquíes y nunca le preocuparon en absoluto. No es normal que el Gobierno

español quiera expulsar a un espía marroquí. La intervención en España de los servicios de inteligencia de Marruecos está centrada en el control de los inmigrantes marroquíes y en las actividades de los saharauis, cosas ambas que los gobiernos españoles han tolerado siempre de buen grado. Además, desde hace unos cuantos años lo que más le interesa al Reino de Marruecos, aparte de los saharauis, son los islamistas. Trata de impedir que los wahabitas, o salafistas, como queráis llamarlos, se desarrollen entre la comunidad marroquí emigrada. Y esto es algo que también quieren los servicios de inteligencia españoles. En esto cooperan los servicios secretos de ambos países. Como lo hacen con los servicios de otros países. ¿Sabéis cuántas agencias de inteligencia de distintos países están instaladas en Barcelona con ese mismo objetivo?

Algo sabía el inspector Montcada, pero no le dio tiempo a hacer ningún comentario porque Jamal Fadel siguió hablando.

—Aquí está la CIA, el Mosad israelí, el ISI pakistaní, los servicios de inteligencia de Irán, Arabia Saudí, India, Argelia, Siria, Jordania… En fin, un montón. Todos tratando de combatir el yihadismo wahabita. Aunque algunos, como los saudíes o los pakistaníes, no se sabe si lo combaten o lo alientan, pero éste es otro tema. La cuestión es que el CNI conoce a muchos de los espías de distintos países que actúan en Barcelona, y los marroquíes no son precisamente los que más le molestan. Entonces, ¿por qué expulsaron a Akran Saidi? ¿Eh?, ¿por qué?

—Intuyo que vas a decírnoslo tú —intervino Ramón.

—Pues sí: porque Saidi cayó en desgracia en Marruecos. Fue el Gobierno marroquí el que lo dejó caer. Lo único que hizo el Gobierno español fue cumplir un deseo de los servicios de inteligencia marroquíes. ¿Y por qué Saidi cayó en desgracia?

Samuel estuvo a punto de repetir la misma frase que antes había dicho Ramón, pero no lo hizo para que no sonara a chiste. En cualquier caso, Jamal parecía aficionado a las preguntas retóricas y no hacía falta intervenir para que él siguiera con su disertación. El inspector seguía preguntándose por qué daba tantas explicaciones a dos policías con los que antes no había tenido ningún trato.

—Akran Saidi había establecido un acuerdo con un ayuntamiento de la costa, en nombre de unos inversores saudíes, para realizar una promoción de casas de lujo. Pero en el mismo paquete se incluía la construcción de una mezquita. Una gran mezquita, como la de la M-30 de Madrid. Y eso fue lo que llegó a oídos del consulado marroquí. El consulado informó a Rabat, y Rabat fue tajante: había que evitar por todos los medios posibles que el wahabismo se instalara aquí con una gran mezquita. Fue entonces cuando enviaron a Hammed Benali a Barcelona. Hammed y Akran formaban parte de la DGED, los servicios

de inteligencia del ejército marroquí, pero Akran tenía mayor rango militar, de modo que Hammed venía como simple ayudante; sin embargo, estaba claro que Hammed había sido enviado para vigilar a Akran.

Al punto, tres platos humeantes aparecieron sobre la mesa. Samuel casi había olvidado que estaban allí para cenar. Enseguida apareció también el arroz y el *naan*. Jamal puso en su plato tres cucharadas de uno de los guisos y lo mezcló con arroz, mientras invitaba a los policías a que hicieran lo mismo. Enseguida quedó claro que Jamal no tenía ninguna intención de seguir hablando en ese momento y los tres se concentraron en la comida. Para sorpresa de Samuel Montcada, los guisos estaban exquisitos, tan buenos como los de otros restaurantes indios mucho más caros a los que había ido en algunas ocasiones. En dos días seguidos, había sido favorablemente sorprendido por dos restaurantes baratos. Esto era el Raval, pensó. El Raval de la inmigración.

Cuando ya se habían comido buena parte de lo que les pusieron sobre la mesa, el inspector decidió que era buen momento para continuar la conversación.

—¿Qué pasó con la inversión de los saudíes y con la mezquita?

—Se desmoronó el proyecto. Akran lo jodió todo. Sabía que Hammed Benali había venido aquí para controlarlo y se asustó.

Se quedó callado. Miró otra vez a los comensales de las demás mesas.

El inspector aprovechó para llevar la conversación a otro terreno.

—Tú ya no estás en la inteligencia marroquí, ¿verdad?

—Cuando expulsaron a Akran, mi jefe pasó a ser Hammed Benali.

Nuevo silencio.

—¿Y?

—No me apetecía trabajar con él. Lo conocía demasiado bien.

—Lo conocías…, ¿de qué?

—Era mi primo.

«¡Joder!», pensó el inspector Samuel Montcada. Jamal Fadel podía convertirse en una fuente de información de primer orden. Por fin daban con alguien que pudiera explicar cosas sobre la vida de Hammed.

Pero lo que Jamal dijo a continuación redujo bastante esas expectativas.

—Aunque yo no tenía mucha relación con él. Ahora hacía cuatro meses que no lo veía. Era un hombre desagradable. Taciturno y desconsiderado. A los tres meses de tenerlo de jefe, comuniqué a la DGED que dejaba el empleo. Me largué.

—En cambio, ahora estás hablando con nosotros porque quieres ayudarnos a descubrir a sus asesinos, ¿no es así?

—Sí, pero no por él. Por mi sobrino. Entiendo que alguien quisiera matar a Hammed, pero a Farid… ¡Y de esa manera…! —Jamal movió la cabeza de un lado para otro, como negando, ceñudo, apretando los dientes y los labios, advirtiendo con un gesto de dolor que quien le hubiera hecho eso a Farid debería pagarlo con creces.

Los policías respetaron ese instante de duelo sin decir nada, pero después el inspector quiso hacer la pregunta crucial:

—¿Y quién crees tú que pudo hacerles eso?

—No lo sé. Pero yo también estoy investigando por mi cuenta. Akran Saidi fue el principal perjudicado por la llegada de Hammed a Barcelona. Pero Akran está en Marruecos y no parece que le vaya mal. No creo que su resentimiento dé para tanto. Pudo haber otros chanchullos en el consulado de Marruecos en Barcelona que Hammed desbarató. No sé…

—Parece que estás centrado en el entorno marroquí de Hammed, pero ¿y si los resentidos con él fueran españoles? ¿Has pensado en eso?

Jamal se encogió de hombros y miró al mantel, pensativo. Después negó con la cabeza. Su locuacidad parecía haberse evaporado.

Samuel insistió:

—¿Sabes si tenía contactos con españoles, funcionarios, policías…?

—Lo dudo.

—¿Sabes si los tuvo en sus destinos anteriores? ¿Españoles de Ceuta, de Melilla…?

—Yo tenía poca relación con él. ¿Contactos con quién, por ejemplo?

—Con policías, guardias civiles…

—No, no lo sé. ¿Por qué es importante eso?

En ese preciso momento, el inspector Samuel Montcada se dio cuenta de que estaba hablando demasiado. ¿Y si Jamal Fadel no era quien decía ser? Debería hacer algunas comprobaciones lo antes posible.

Así, con más tiento del que había demostrado con sus últimas preguntas, el inspector siguió interrogando a Jamal sobre lo que pudiera saber acerca de Hammed; sus destinos, sus actividades militares, etcétera. Jamal confirmó el historial de destinos militares que los policías ya conocían y añadió detalles sobre aspectos familiares que fueron dando confianza a Samuel sobre la veracidad de todo lo que les había contado. Sería necesario corroborar que Hammed y Jamal fueran primos, pero a medida que avanzaba la conversación, al inspector se le iban disipando las dudas al respecto. Sin embargo, los nuevos datos que esta cena le estaba aportando le generaban más inquietud que satisfacción, ya que abrían un nuevo terreno en el que también tendría que investigar: el mundo de los servicios secretos en el que Hammed Benali se había movido; algo

sobre lo que se había resistido a pensar hasta ahora.

9

Samuel Montcada no quiso convocar a los miembros de su grupo de homicidios el domingo. Consideró que se merecían un descanso. Pero a última hora de la mañana, Eulàlia Planells, que había estado junto con Catalina Vergés moviéndose por la retícula de la tela de araña, como ella se refería a veces a Internet, llamó al inspector para decirle que la historia del espía Akran Saidi era cierta y que también podía darse por confirmado que Jamal y Hammed fueran primos. Samuel le propuso comer juntos, pero ella declinó la invitación diciendo que quería seguir frente al ordenador.

A él le resultó extraño que rehusara la propuesta y no pudo evitar pensar en Ibra. ¿Era con él con quien iba a comer Eulàlia? De pronto se dio cuenta de que estaba sufriendo un ramalazo de celos, cosa que le disgustó, ya que él no había tenido nunca intenciones sentimentales respecto a ella. Trató de deshacerse de esa sensación, pero lo que le vino a la mente fue que, acaso, más que celos fuera envidia lo que padecía. Su malestar procedía de que él estaba solo, cuando lo que hubiera querido era estar con la mujer que lo había abandonado. A medida que iban pasando los días, tras esa reciente ruptura, mayor era su certeza de que él la amaba y mayor su impresión de que le faltaba algo que había llegado a formar parte de su vida. Al vacío que acompañaba a la soledad se sumaba la sensación de que le hubieran amputado un trozo de sí mismo.

Pero él sabía que esas dolencias no se curaban a base de pensar en ellas, de modo que, de momento, optó por ponerse su parka impermeable y salir de casa para buscar un bar donde comer. En la calle notaba menos la soledad que entre las paredes de su casa.

No llovía.

Las nubes abrieron un hueco en el cielo por el que comenzó a brillar el sol y eso le produjo un efecto agradable.

No llegó hasta el restaurante al que se dirigía, porque recibió la llamada de su amigo Xavier Domènech, que le hizo otra propuesta.

—La pizzería San Marino de la calle Ciutat. Esa pizzería pequeñita en la que hemos estado alguna vez.

—Sí, sé cuál dices. Pero ¿no me dijiste que ahora vives en Cerdanyola? ¿Qué haces aquí un domingo por la mañana?

—He estado en Jefatura. Trabajando para ti.

—Querrás decir para la jueza Lorena Rivas.

—Bueno, sí. Y he encontrado algo.

—¿Algo?

—Sí, venga, nos vemos en la pizzería en media hora.

El estado de ánimo de Samuel Montcada volvió a mejorar. Cada vez era más fluctuante, se dijo a sí mismo. Puede que estuviera haciéndose viejo. Había perdido la capacidad de sosiego con la que antes abordaba las investigaciones. O quizá todo se debiera a su actual desbarajuste emocional.

En la pizzería no había mucha gente, de modo que el camarero les entregó las cartas casi antes de que hubieran acabado de sentarse. De momento, le pidieron dos cervezas.

—Tú puedes mirarte la carta; yo siempre pido la misma pizza —dijo Xavier.

—¿Y cuál es?

—La calabresa. Tiene paté y chorizo.

—Pues pediremos dos calabresas. Pero venga, que estoy impaciente. ¿Qué es eso que has encontrado?

Xavier Domènech no contestó porque apareció el camarero y aprovechó para pedirle las dos pizzas.

—Hay un guardia civil en la compañía del puerto de Barcelona al que se investigó por un asunto de drogas en el 2006 mientras estaba destinado en Ceuta. —Xavier dijo eso de carrerilla, como si quisiera saciar rápidamente el impaciente apetito de información que mostraba Samuel.

Hizo una pausa, pero Samuel siguió mirando a su compañero a la espera de que continuara.

—Se llama Juan Pablo Lindo. El caso no fue investigado por nosotros, sino por la propia Guardia Civil. Según parece, tenían pinchado el teléfono del dueño de un bar de Ceuta, un burdel concretamente, del que sospechaban que formaba parte de una red de tráfico de drogas, y un día intervinieron una conversación en la que alguien le decía que tuviera cuidado porque se dirigían al bar unos guardias civiles que no eran de confianza. Eso los llevó a pensar que había otros guardias que sí eran de confianza para el traficante, de modo que ampliaron y alargaron la investigación para descubrir quiénes eran esos guardias. Finalmente, la investigación resultó bastante infructuosa porque sólo encontraron pruebas para implicar a uno: Juan Pablo Lindo.

—¿Acabó en los tribunales?

—Sí, lo condenaron a nueve meses, pero no llegó a entrar en prisión porque no era reincidente. A esa condena, la Guardia Civil añadió otro castigo administrativo, pero él siguió en el cuerpo, y en Ceuta. A Barcelona lo trasladaron en el 2010. Pero lo interesante es que los investigadores estaban convencidos de que Juan Pablo Lindo estaba protegiendo a un oficial.

—Al que no llegaron a identificar —apostó Samuel.

—Exacto.

—Ya. De todas formas, dudo mucho que Juan Pablo Lindo haya tenido algo que ver con Hammed Benali. En el 2006, Hammed no estaba cerca de Ceuta, estaba en Alhucemas. Cuando lo trasladaron a Tetuán fue en marzo del 2010. Eso quiere decir que sólo pudo coincidir en la misma zona geográfica con Juan Pablo Lindo durante unos meses en ese año.

—Es verdad. Pero quería que lo supieras…

Las pizzas aparecieron sobre la mesa y, mientras comenzaban a comérselas, los dos policías lamentaron que todo lo que iba apareciendo en esta investigación fuera siempre bastante colateral, nada directamente relacionado con los asesinatos. Pese a ello, hablaron sobre la conveniencia de saber todo lo posible acerca de la vida que Juan Pablo Lindo llevaba en Barcelona, para averiguar si podía haber tenido alguna relación, directa o indirecta, con Hammed Benali. También especularon sobre la posibilidad de que aquel oficial de la Guardia Civil que no llegó a ser descubierto estuviera ahora en Barcelona o cerca.

Acabaron de comer, salieron de la pizzería y se despidieron en la plaza de Sant Jaume. Samuel decidió volver a su casa caminando. Calculó que le costaría una hora y media, pero le apetecía hacer algo de ejercicio y esperaba que ello sirviera para que se le activaran un poco las ideas.

Al llegar a la calle Pelayo, sin embargo, decidió hacer otra cosa. Llamó a Manolo González y le propuso un encuentro inmediato. El teniente de la Guardia Civil no protestó en absoluto: probablemente, la tarde de este domingo estaba siendo tan aburrida para él como iba a serlo para Samuel si se encerraba en casa.

Cuando colgó, Samuel pensó que se había precipitado. Esta relación que mantenía con un guardia civil a espaldas de la jueza Lorena Rivas no debería prodigarla mucho, por muy necesitado que estuviera de encontrar algún hilo del que tirar en este puñetero caso. Pero la llamada ya estaba hecha, de modo que sólo le quedaba tratar de ser discreto y no dar a Manolo más información de la estrictamente necesaria.

Se encontraron en la plaza de la Universitat a las cinco y media de la tarde, justo cuando comenzaba a hacerse de noche.

—Me parece que habíamos dicho que nuestro siguiente encuentro sería frente a un plato de paella, y que tenías que pagarla tú, ¿no, Samuel?

—Eso será cuando tengas alguna información que darme, ¿no, Manolo?

—Joder, llevas las cuentas como si en ello te fuera la vida.

—Contigo hay que llevarlas. Pero venga, te invito a un cubata, o lo que sea. Vamos por la Ronda de Sant Antoni, que algún bar encontraremos.

Comenzaron a caminar.

—La prensa de hoy os da caña con el caso de los moros, ¿eh?

—Sí, desde el jueves está saliendo bastante en los medios. Pero hoy no he visto nada especial; claro que sólo he leído *El Periódico*.

—Yo leo lo que encuentro en los bares, y hoy he leído *La Vanguardia*.

Samuel esperó a que Manolo añadiera algo más, pero no lo hizo.

—¿Y por qué dices que nos dan caña?

—Joder, porque lo único que sale son las quejas del consulado marroquí y de las asociaciones. Todos dicen que no estáis haciendo nada por investigar esos asesinatos.

El tono jocoso de Manolo no impidió que esas palabras le generaran cierto malestar. Si los medios seguían apretando, también lo harían sus jefes. Y nadie quería tanto como él llegar hasta el fondo, pero ese tipo de presiones nunca lo ayudaban en nada.

Caminaban sin prestar atención a los bares que sobrepasaban y, cuando llegaron al final de la Ronda, optaron por entrar en Els Tres Tombs. Se sentaron junto a la cristalera, y el mercado en obras quedó a la vista de Samuel. Pidieron cerveza.

—Bueno, dime, que si me has llamado no es porque tuvieras ganas de pasar la tarde del domingo con este jubilado.

—Todavía no lo estás. Te falta un año, o más.

—Lo estoy en espíritu. Venga, desembucha.

—Tienes un compañero en la compañía del puerto de Barcelona del que me gustaría tener alguna información.

—Y el menda se llama…

—Juan Pablo Lindo.

—Sí lo conozco. Es jovencito. Cuarenta años o por ahí. Un pipiolo. ¿Y qué pasa con él?

—En el 2006 estuvo imputado en un caso de tráfico de drogas en Ceuta. Le cayeron nueve meses de cárcel, aunque no llegó a pisarla.

—Natural. ¿Y qué?

—Necesito saber cosas de él. Todo. Con qué tipo de gente se relaciona. Qué tipo de vida lleva.

—¿Por qué?

—Joder, Manolo, lo necesito. ¿Cómo que por qué?

La expresión del guardia civil se endureció.

—¿Tú, Samuel, te piensas que soy idiota o qué?

El tono jocoso de los comentarios de Manolo había quedado atrás. Esa frase la dijo como si llevara rato acumulando mala leche.

—A ver, ¿qué coño te pasa, Manolo?

—Tú estás con el caso de los moros asesinados. El otro día me dices que se sospecha de algún policía y hoy me vienes con éstas. Si lo que se sospecha es de algún guardia civil, lo menos que puedes hacer es decírmelo.

—¡No puedo decirte más de lo que te digo, hostia! ¿O no sabes tú cómo funcionan las investigaciones?

—¡Pues entonces no vengas a pedirme ayuda un domingo por la tarde! ¡Que yo estaba muy bien en mi casa con mi puta soledad!

—¿Quieres hacerme el puñetero favor de no levantar la voz? Volvamos al inicio. Te hago de nuevo la pregunta: ¿qué-coño-pasa?

El guardia negó con la cabeza y dio un trago de su cerveza.

—El capitán Ángel Laguna me ha dicho que si vuelvo a hablar contigo me pone a hacer guardias en la puerta de la Zona hasta que me jubile.

—¿Y tú vas a hacerle caso como un perrito obediente?

Y pensó: «¿Voy a tener que recordarte lo que hice por tu hijo hace ocho años?». En realidad, Samuel no tenía la más mínima intención de sacar ese tema, pero en ese momento recordó que casi se jugó su prestigio como policía por interceder a favor del hijo de Manolo, al que los Mossos d'Esquadra habían detenido por hacer estafas por medio de Internet.

Las miradas de Samuel y de Manolo se cruzaron durante unos segundos como agujas que tratan de penetrar en el cerebro contrario, y el inspector vio con meridiana claridad que los dos estaban pensando en lo mismo: la deuda moral que el otro tenía con él. Una deuda que nunca quiso cobrarle. Ésta era la primera vez que le pedía un favor.

Así que optó por no ahondar en esa mirada y giró la vista hacia el mercado de Sant Antoni. Samuel cayó en la cuenta de que las obras habían descubierto una bella fachada modernista.

Manolo, en cambio, sólo miraba el fondo de su vaso de cerveza.

—Vale. Recopilaré toda la información que pueda sobre el pipiolo. Hasta la marca de calzoncillos que usa. ¿Alguna cosa en particular?

—Sí. Quiero saber si pudo haber tenido relación de algún tipo con Hammed Benali. Si preguntó en algún momento por él o por cualquier otro marroquí. O si hizo comentario alguno que tenga relación con Marruecos, los marroquíes o cualquier cosa que se acerque a eso.

—Entiendo.

10

A las ocho y media de la mañana, el inspector Samuel Montcada salió de su casa para dirigirse a la comisaría. Se subió la cremallera de la parka y se colocó la capucha porque llovía de nuevo. También soplaba un viento frío. «Comienza bien la semana», pensó. Pero estas inclemencias dejaron pronto de preocuparle, porque desde que se había despertado estaba dándole vueltas a las tareas que debería encargar a los miembros de su grupo de homicidios sin acabar de verlas claras.

Y antes tenía que reunirse con su jefe.

Artur Rueda estuvo especialmente desagradable. Todo lo que el inspector le explicó le parecieron conjeturas sin fundamento alguno. Y lo malo era que las descalificaciones que hacía Rueda no le sonaban descabelladas a Samuel. Lo que en realidad le producía a él mayor malestar era no poder defender con un mínimo de contundencia la línea de investigación que estaba siguiendo, o al menos dejar claro que seguía alguna. Su jefe también le dijo que Rachid Ziani lo había llamado para exigirle resultados y para advertirlo de que no quería que se molestara más a los trabajadores de la legación.

Salió del despacho del jefe y se dirigió al suyo, pero lo primero que hizo fue decirle a la subinspectora que había que investigar a Rachid Ziani.

—Está claro que lo único que quiere es poner palos a las ruedas, y será por algo. Ponte en contacto con los compañeros de la Comisaría General de Información y pídeles una investigación cabal sobre el tipo.

Y lo segundo fue llamar a Jamal Fadel. Él sabría cosas sobre Ziani, supuso el inspector. Jamal atendió la llamada y quedaron para tomar un café a media mañana.

Tras la reunión con los miembros de su grupo de homicidios, el inspector Montcada salió de la comisaría para dirigirse a su cita con Jamal. Ya en la calle, recibió una llamada de Manolo González.

—He comenzado la mañana haciendo indagaciones para ti. Para que veas que cumplo, cojones —dijo el teniente de la Guardia Civil a modo de saludo.

—No tenía ninguna duda de que cumplirías. Pero cuenta. ¿Has averiguado algo?

—De momento, no he encontrado ningún indicio de que Juan Pablo Lindo se haya interesado por marroquí alguno en Barcelona, ni haya

tenido relación de ningún tipo con esa gente. Nada. Pero seguiré indagando.

«¿Y me llamas para decirme esto?», pensó Samuel.

—Vale, de acuerdo, sigue indagando. Llámame si encuentras cualquier…

—Espera, hombre, que yo te llamaba por otra cosa.

—Ah. Dime.

—Lo que he descubierto es que por aquí nadie sabe lo de su condena por tráfico de drogas en el 2006. Parece que los mandos taparon bien el tema y nadie dijo nada de eso cuando lo trasladaron a Barcelona. Creo que no lo sabe ni el capitán Laguna. Y como él se casó con una catalana el año pasado, me apuesto los cojones a que su mujer tampoco sabe nada de aquello.

Se produjo un momento de silencio en la línea. Samuel esperaba que Manolo dijera algo más, pero éste parecía haber dicho todo lo que tuviera que decir.

—Vale. De acuerdo… —masculló el inspector—. Pero ¿esto de qué nos sirve?

—Joder, Samuel, nos sirve por si queremos chantajearlo.

—¿Para qué?

—¿Y yo qué sé? Tú sabrás lo que quieres que te cuente.

—Si hubiera tenido algo que ver con el asesinato de los dos marroquíes, no creo que nos lo dijera sólo porque lo amenazáramos con divulgar ese asunto.

—Bueno… Creí que podría servirte de algo. Ya veo que aún no me he ganado la paella. Seguiré indagando.

Con los cafés ya en la mesa, el inspector explicó a Jamal las reticencias de Rachid Ziani para aportar información sobre Hammed Benali y le preguntó si Ziani podía trabajar también para los servicios de inteligencia marroquíes; si tenía algún tipo de enemistad con Hammed; si podía haber tenido algún motivo para matarlo… Soltó toda su retahíla de interrogantes y se calló, a la espera de las respuestas de Jamal.

Éste se quedó pensativo unos instantes.

—Ziani es un arribista y un cabrón, pero no ha formado parte de los servicios secretos ni creo que tuviera nada importante contra mi primo. Seguramente no sabe nada relacionado con los asesinatos, pero tiene miedo de que tu investigación salpique al consulado de alguna manera y por eso trata de que metas las narices lo menos posible en su terreno. No sé… Creo que él va a entorpecerte la investigación porque es lo que sabe hacer. Sólo tiene talento para joder a los demás. Como le pasaba a mi primo.

En esta investigación todo parecían caminos que no llevaban a

ningún sitio, pensó Samuel. Preguntó a Jamal alguna cosa más sobre Ziani, pero cuando apuraron los cafés, hizo ademán de levantarse para ir a pagar.

—Yo también quería explicarte una cosa —dijo en ese instante Jamal.

—¿Sí?

—Mi primo Hammed estuvo destinado en Tetuán entre marzo del 2010 y septiembre del 2013. Lo sabes, ¿no? Después lo trasladaron al consulado de Barcelona.

—Sí…

—En julio del 2013, la Gendarmería detuvo a varios militares en Tetuán acusándolos de tráfico de hachís hacia Ceuta. Ese tipo de detenciones no son muy habituales, pero de vez en cuando se producen.

—Ya.

—Después de hablar con vosotros, anteayer, recordé esos hechos y se me ocurrió indagar un poco más. Contacté con algunos amigos que me quedan en la DGED y en la Gendarmería y les pedí datos sobre aquella operación y sobre los detenidos.

Jamal hizo una pausa.

—¿Y?

—Uno de los detenidos era el ayudante de mi primo. Un sargento. ¿Sabías que mi primo era capitán?

—Pero Hammed no fue detenido, ¿no?

—Exacto. Hammed no aparece implicado en absoluto. A mí me resulta extraño. ¿Cómo se explica que su ayudante estuviera metido en el negocio de la droga y que él estuviera completamente al margen?

—Quieres decir que, si él también estaba involucrado, o no encontraron pruebas o lo taparon.

—Probablemente, lo segundo. Ser un capitán del ejército y trabajar al servicio de la DGED son dos buenas razones para taparlo y resolver el asunto con un traslado.

En ese momento, en la mente de Samuel Montcada hervía una pregunta que no sabía cómo formular.

—¿Y qué más información te han dado?

—No mucha más.

—Puede que en esa red de tráfico hubiera alguien que se sintió traicionado por tu primo… Tanto como para asesinarlo.

—Sí, claro, por eso estoy tras ese caso.

—La red tendría ramificaciones al otro lado de la frontera…, en Ceuta.

—¿Con traficantes españoles? Podría ser, claro.

—Jamal, creo que es muy importante que obtengas todos los nombres que aparezcan en el expediente policial de aquella

investigación.

—La semana próxima tengo que ir a Marruecos. Trataré de…

En ese instante sonaba el móvil de Samuel. En la pantalla aparecía el nombre de Eulàlia.

—Perdona un momento —dijo el inspector a Jamal, y cogió la llamada.

No había acabado de decir «sí» cuando oyó el grito de la subinspectora:

—¡Babacar ha dado con Aminata!

—¿Cómo?

—¡Acaba de decírmelo Ibra!

Caminaban de nuevo por la estrecha acera de la calle Hospital, Ibra Faye delante, Eulàlia Planells a su lado, cuando podía, y Samuel Montcada detrás, la mayor parte del tiempo. Esta vez no giraron al llegar a la calle Robador, sino que siguieron hasta la siguiente: un pasaje al que se accedía a través de un arco. Enseguida, se paró Ibra frente a un portón cerrado y dio una voz:

—¡Babacar!

El inspector miró el cuadro de los timbres y le hizo un gesto de interrogación a Ibra.

—No funcionan —dijo éste. Y a continuación dio otro grito—: ¡Babacar!

La puerta se abrió desde dentro y apareció un joven africano que no era Babacar.

—Pasad. Está arriba.

Entraron en un portal oscuro y ascendieron por una escalera estrecha y también escasa de luz. Las paredes estaban desconchadas y sólo en algunas partes se apreciaba lo que debió de ser su pintura original; pero el suelo estaba limpio.

La puerta del segundo piso se encontraba abierta. La cruzaron y accedieron a un pasillo ancho, oscuro y decorado con telas, máscaras y pinturas africanas. De ahí pasaron a una sala con el mismo tipo de decoración, en la que además había un gran mapa de África en la pared. Sobre una mesa descansaba una pequeña bombona de butano, con un hornillo encendido y una tetera encima.

Babacar saludó a sus visitantes.

—Sentaos, por favor —dijo, indicando un sofá y unas sillas que rodeaban una mesita baja.

No había más luz que la que entraba desde un balcón entreabierto que, al dar al pasaje, no recibía mucha del cielo. Babacar llevaba puesto el anorak y los recién llegados tampoco se quitaron sus prendas de abrigo.

—Perdonad por el frío. Hace dos semanas nos cortaron la luz.

Después colocó cuatro vasos sobre la mesa y vertió té sobre ellos.

—Explícales lo de Aminata —dijo Ibra—. No tenemos mucho tiempo porque a las cinco tenemos que estar en la Ciudad de la Justicia.

—Vosotros cumplisteis vuestra promesa y yo he cumplido la mía. —Babacar se refería claramente a que el mismo viernes, después del cuscús que comieron juntos, Samuel llamó a la jueza para explicarle lo de los cinco africanos que estaban en un CIE; no sabía cómo lo consiguió ella, pero a primera hora del sábado estaban libres—. He estado todo el fin de semana buscando a vuestra Aminata Awa Diallo, preguntando a africanos de todas las asociaciones: de Barcelona, de Girona, de Madrid…, de todas partes. He dado con nueve mujeres con ese mismo nombre; he conseguido hablar por teléfono con siete de ellas y he buscado coincidencias con lo que me dijisteis.

Dio un sorbo a su vaso de té.

—¿Y? —dijo Samuel, mientras tomaba también un sorbo del suyo, para no parecer impaciente o maleducado.

—Sólo hay una que cumple las circunstancias que me indicasteis. Y cumple las cuatro: fue testigo de un asesinato en el 2007, la víctima se llamaba Mamadou, un organismo internacional lo investigó y ella estuvo una semana en un calabozo marroquí en noviembre del 2011.

—¿Dónde? —preguntó Eulàlia.

—¿Te refieres al calabozo? En Tetuán.

Samuel sintió cierta euforia. Algo empezaba a ser coherente en esta investigación.

—Sigue, por favor —le pidió a Babacar.

—No hay más —respondió él.

—Algo más tiene que haber: sobre el asesino, sobre la víctima…

—No ha querido explicarme nada de eso.

Samuel se quedó con la boca abierta, como alelado. Eulàlia también. Ambos se miraron y después se centraron de nuevo en Babacar. Éste hizo una aclaración:

—Cuando le he comentado que unos policías querían saber cosas sobre el asesinato del 2007, me ha dicho: «Que vengan aquí y se lo explico».

—Ah, bien. ¿Dónde hay que ir?

—A Tánger.

Faltaba media hora para la reunión con la jueza, pero Samuel, Eulàlia e Ibra se encontraban ya en la Ciudad de la Justicia, de modo que este último se metió en el edificio del Instituto de Medicina Legal y los dos policías se fueron a tomar un café a un bar cercano.

—La jueza tendrá que hacer una comisión rogatoria para que podamos interrogar a Aminata en Tánger —dijo la subinspectora.

—Eso es precisamente lo que me preocupa. Vengo dándole vueltas al asunto desde que nos hemos despedido de Babacar. Si Lorena hace una comisión rogatoria a un juzgado de Tánger…, a saber lo que tardarán en responder y a saber qué dificultades nos pondrá luego la Gendarmería marroquí. Pueden pasar semanas antes de que podamos ir.

—¿Y qué has pensado?

—Comprarme un billete de avión y plantarme mañana en Tánger.

Eulàlia asintió con la cabeza y sonrió.

—¿Sin decírselo a la jueza?

—Ni a la jueza, ni a Artur Rueda, ni a nadie.

—Vaya, vaya. Me gusta. Pero al jefe sí tienes que decírselo porque si no tendrás que pagarte tú el viaje. Y de hoy para mañana no creo que encuentres billetes baratos.

—Tienes razón.

—¿Y a la jueza qué excusa…?

—Diré que me he puesto malo. Asegúrate de que Ibra no comente en la reunión que sabemos dónde está Aminata. Habla con él antes de entrar.

Se tomaron el café que un camarero acababa de ponerles.

—Si quieres irte mañana a Tánger, deberías ponerte malo ya. Tienes que buscar vuelos y tienes que volver a hablar con Babacar para que te facilite las cosas, al menos que asegure que Aminata te espera mañana.

—Sí, tienes razón, me voy ya. Y como ha dicho que Aminata habla castellano, también la telefonearé a ella.

—¿Qué le digo a la jueza? ¿De qué te has puesto malo?

—Dile que tengo diarrea. No la engañarás, porque está entrándome al pensar en este viaje. —Los dos rieron—. Invéntate lo que quieras y me lo explicas después.

Samuel se fue a su casa con la intención de hacer dos cosas: todos los preparativos del viaje y estar con su hijo. Hoy, lunes, comenzaba la semana que, alternativamente, Raúl pasaba con él, y tenía que procurar que el chico no estuviera muchas horas solo en casa desde que salía del colegio.

Raúl lo llamó para decirle que llegaría tarde porque tenía que ir a casa de un compañero por un asunto de apuntes. Samuel no se lo acabó de creer, pero el retraso del chico le sirvió a él para ir haciendo todas las gestiones que había previsto. Y todas salieron bien, de modo que el viaje quedó organizado. Los billetes no fueron baratos, pero Artur Rueda había aprobado la operación.

A las ocho de la tarde llegó Raúl.

—¿Para recoger unos apuntes has necesitado tanto tiempo?

—Es que he tenido que copiarlos. ¿Qué hay de cena?

—¿Qué día has faltado tú al colegio para que necesitaras copiar los apuntes de un compañero?

—No… Sólo tenía que copiar unas cosas. ¿Qué hay de cena? ¿Por qué no pedimos unas pizzas?

—Si sólo tenías que copiar unas cosas, podrías haber llegado antes a casa.

—Bueno, tú tampoco eres un máquina llegando pronto, normalmente.

«¿Un máquina? ¿Y ahora qué le digo yo a este mocoso?» Pero, al punto, Samuel se dio cuenta de que se sentía feliz discutiendo con su hijo. Era la primera vez que lo veía desde que descubrieron al niño asesinado, y tenerlo delante le generaba un ánimo del que en los últimos días había estado bastante escaso. Así que le pasó una mano por la cabeza y le removió el pelo, al tiempo que se lo acercaba un poco a sí mismo y decía:

—Venga, máquina, vamos a pedir esas pizzas. O mejor: vamos a una pizzería.

El chaval aplaudió con entusiasmo la idea y enseguida se pusieron en camino.

En el restaurante, Samuel le comentó a Raúl lo de su viaje y llamaron a la madre del chico para ver si al día siguiente, martes, podía quedarse con ella. La madre lo aprobó, pero pidió que se quedara también el miércoles, porque recibía la visita de una prima que vivía en Holanda.

En el aeropuerto de Tánger lo esperaba Saíd Tahiri, un abogado activista de ARMI, la Asociación para el Reencuentro Mediterráneo por la Inmigración y el Desarrollo. Babacar había hablado con él y ello había allanado el camino; algo imprescindible a juicio de Samuel, ya que, para una oenegé que luchaba por los derechos de los inmigrantes y los refugiados, la visita de un policía no debía de ser algo que de entrada suscitase entusiasmo.

Saíd se mostró simpático desde el principio y, mientras conducía por la ruta de Rabat y se adentraba por los barrios de Tánger, le explicó a Samuel las actividades que hacía su asociación para dar apoyo a los inmigrantes subsaharianos.

—¿Hay muchos subsaharianos en Tánger? —preguntó el inspector.

—Los hay. En algunos momentos ha habido bastantes.

—¿A la espera de poder pasar a España?

Saíd miró de reojo a Samuel y mostró una sonrisa burlona.

—Una parte de ellos sí, pero no todos. Los europeos creéis que todo el mundo está a la espera de poder entrar en vuestros países. En realidad, los subsaharianos tienen ahora tan pocas facilidades de trabajo en España como aquí. Los trabajos que encuentran aquí están

mal pagados, claro, y además tienen pocos derechos, pero tal y como han ido las cosas en España durante los últimos años, no creo que haya ya muchas diferencias. —Saíd acompañó esas últimas palabras con una risa.

El inspector también sonrió y asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Después de un rato de silencio, Saíd volvió a hablar:

—Si quitaseis las vallas de Ceuta y Melilla y permitierais la libre circulación, probablemente saldrían más subsaharianos de España de los que entraran. Con los latinoamericanos y los europeos del Este ha pasado eso cuando el trabajo ha escaseado en tu país, y es porque tienen más facilidades para entrar y salir. Supongo que la gente en España cree que las vallas sirven para que los inmigrantes no entren, pero, en realidad, lo que les impiden es salir, dado lo difícil que les resultó entrar. ¿Cuántos subsaharianos han retornado a sus países durante estos años de crisis económica? Muy pocos. En cambio, de los latinoamericanos se han ido muchos.

—Pareces bien informado —dijo Samuel, sin atisbo de sarcasmo, aunque temió haber dado esa impresión.

—Me dedico a esto, y mantengo estrechos contactos con asociaciones españolas. Estoy convencido de que, con menos barreras, las migraciones serían más fáciles de gestionar.

Circulaban ya por el centro de Tánger. El tráfico se había hecho intenso y una multitud de gente caminaba por las aceras o entre los coches.

—¿No habría más inmigración, con menos barreras?

—Más movimiento de entradas y salidas, sí; pero seguramente no habría más población inmigrada. Es distinto cuando la gente huye de una guerra; en ese caso, siguen llegando refugiados mientras dura el conflicto. Con barreras o sin ellas.

Se aproximaron a la medina antigua y a Samuel le sorprendió que Saíd condujera su coche hacia una entrada por la que parecía que no podría pasar. Pero pasó y circuló durante un rato por calles estrechas, hasta que se detuvieron en una pequeña plaza.

—Tenemos que seguir a pie —dijo el marroquí.

Caminaron por unas calles llenas de tiendas, puestos de venta y gente comprando y paseando, y después se internaron por otras más despejadas, sin comercios, con escalinatas por las que a veces ascendían y otras descendían, con casas que parecían en mal estado al lado de otras de elegantes puertas y balcones, hasta que Saíd se detuvo ante un portón y dijo que habían llegado.

Entraron sin llamar.

Atravesaron un pasillo y accedieron a un patio rectangular, con muchos tiestos y una pequeña fuente en medio. Dos mujeres, una negra y otra árabe, se acercaron a Saíd para saludarlo.

—Aminata os espera ahí —dijo la mujer árabe, señalando una puerta al otro lado del patio.

Saíd y Samuel cruzaron esa puerta y entraron en una sala amplia e iluminada por dos ventanas.

Una mujer que estaba sentada al fondo se puso de pie.

Negra, guapa, delgada, no muy alta, de melena rizada, vestida con pantalones tejanos y una blusa colorida.

Seria.

Aminata Awa Diallo

Mi ciudad era fronteriza, entre el norte rebelde y el sur gubernamental.

Quizá por eso nos tocó sufrir tanto.

Yo ni siquiera sabía si formábamos parte del sur o del norte. Aunque sí sabía que era diulá, como toda mi familia. Pero tenía un novio que no lo era. En cierto modo, él era del sur gubernamental y yo del norte rebelde, aunque vivíamos a poca distancia el uno del otro.

—Aminata, no te acerques al centro, que hay una manifestación —me dijo mi padre—. Y controla a tu hermana: que no salga de casa.

Mi hermana Habiba tenía quince años, siete menos que yo, y era difícil de controlar. Además, las dos queríamos ir a la manifestación. En aquellos días, la propaganda racista del Gobierno de Costa de Marfil contra los diulá era constante. Nos acusaban de no ser verdaderos marfileños y decían que nuestros apellidos musulmanes eran extranjeros.

Así que fuimos a la manifestación.

Pero no llegamos.

Por el camino nos sobrepasaron varios vehículos, llenos de hombres, algunos armados; no sabíamos si iban a la manifestación para sumarse o para reprimirla, pero Habiba sólo se quejaba del polvo que levantaban a su paso. De pronto, desde uno de los vehículos, alguien que debía de conocernos dijo:

—¡Son diulá!

El vehículo se detuvo, se bajaron seis hombres y vinieron hacia nosotras. Nos asustamos mucho, claro, y echamos a correr, pero nos alcanzaron enseguida. Cuando nos agarraron por los brazos y nos apartaron hacia una zona de mucha maleza, me entró pánico. Sabía lo que nos esperaba. Comencé a sentir ahogo y un fuerte dolor en el pecho.

Nos separaron y, a partir de ese momento, ya no vi a mi hermana. Sólo oía sus gritos y llantos. Y ella debía de oír los míos.

Uno de los hombres me agarró por el pelo, me aprisionó contra su cuerpo y me obligó a inclinarme, mientras otro me arrancaba la ropa por detrás. Sentí una terrible impotencia y un miedo atroz. Después, mi cuerpo se desgarró; noté que me destrozaban por dentro y que todo ardía en mi interior. Chillé, lloré, vomité… Aquello duró una eternidad… Finalmente, lo que detuvo a aquellos hombres fue el grito de otro que les ordenaba volver al vehículo. Entonces me soltaron y me dejaron allí tirada.

Tenía muchos dolores, pero enseguida me levanté y fui hacia donde suponía que estaba mi hermana. No la encontré. Salí de la espesura a tiempo de ver cómo la metían en un camión en el que había más niñas.

Con el camión en marcha, Habiba miró hacia los matorrales. Yo levanté el brazo. Creo que me vio.

Grité su nombre varias veces, pero no sé si me oyó.

No lo sé. No volví a verla jamás. Nadie de mi familia supo nunca nada de ella.

Eso fue el 5 de marzo del 2004.

Cuando el camión desapareció, me dejé caer de rodillas en el suelo. No sé el rato que estuve llorando y vomitando. Me sentía destrozada, rota, humillada. Y, sin mi hermana, terriblemente sola. Pensaba en ella; en la vida que le esperaba a partir de ese momento.

Ya se sabe lo que son las guerras para las mujeres… Y para las niñas.

Al final conseguí levantarme y empezar a caminar hacia mi casa. Pero por el camino me encontró la madre de mi novio y me llevó a la suya. Ella y otras mujeres me limpiaron y trataron de darme consuelo.

En ese momento no había hombres en la casa, pero después llegó mi novio con unos cuantos más. Él no me hizo ningún caso, porque todos estaban muy exaltados. Entendí que estaban produciéndose enfrentamientos en distintas partes de la ciudad. Ellos preparaban las armas; gritaban contra los diulá.

Cuanto más gritaban ellos, más me escondían las mujeres.

Ya parecía que el alboroto menguaba cuando se oyó la llegada de varios vehículos y el griterío de otros muchos hombres. Por los enfrentamientos que de inmediato se produjeron, supe que los que acababan de llegar eran de las Fuerzas Nuevas, las fuerzas rebeldes. Y eran muchos.

Hicieron una carnicería.

Yo estaba en una habitación con otras tres mujeres y nos sacaron a un patio en el que tenían a varios hombres y niños tendidos en el suelo. Algunos estaban desangrándose. Enseguida vi a mi novio, tumbado boca arriba y con heridas en la cabeza. Grité su nombre y él volvió la cara para mirarme; quise ir hacia él, pero uno de los atacantes me pegó un golpe y me hizo caer. Varios hombres se lanzaron sobre nosotras y comenzaron a arrancarnos la ropa. Yo creí que no podría soportar otra violación y le pedí a uno de ellos que me matara. Se lo pedí a gritos, pero no lo hizo.

Al final, fueron matando o rematando uno a uno a los hombres y los niños, y lo mismo hicieron después con las mujeres. Pero uno había dicho que creía que yo era diulá y a mí no me mataron.

Cuando se fueron, quedé desnuda y tirada en el suelo, en medio de todos aquellos cuerpos sangrantes. Me arrastré hasta donde estaba mi novio y vi que aún vivía. Junté mi cara con la suya y lloré durante un rato sobre su frente. Él apartó un poco la cabeza y quiso decir algo que no pude entender. Nos miramos hasta que sus ojos se quedaron quietos y dejaron de buscar los míos. Después lloré durante horas.

No me moví de allí hasta que anocheció.

Encontré algo de ropa en la casa y me fui. Caminé como sonámbula en

medio de la noche, pero llegué a mi casa, y allí pude cobijarme en los brazos de mi madre.

Las horas posteriores fueron muy tristes para mí. Las pasé sin moverme de la cama; sólo pensaba en mi hermana Habiba. Y en mi novio. Pero a media mañana del día siguiente, mi padre volvió a casa precipitadamente porque le habían dado el chivatazo de que los gendarmes iban a venir a detenerme. Había corrido la voz de que yo estuve en la casa de mi novio cuando se hizo la matanza y me acusaban de haber llevado hasta allí a los rebeldes de las Fuerzas Nuevas. Me dijo que cogiera algo de ropa, me montó en su coche y condujo durante diez horas hasta un pequeño pueblo de Liberia en el que teníamos un familiar. Allí me dejó, después de darme algo de dinero y de decirme que no podía volver a Costa de Marfil. Si los gendarmes me habían acusado de delatora, volviera cuando volviese, esa acusación estaría esperándome.

Así fue como me convertí en refugiada. Estuve ocho meses en un campamento del ACNUR en Liberia.

Allí conocí a Carmela, y me apunté a las clases de español que daba al caer la tarde, y esas clases me sirvieron para conocer a Ahmadou, otro marfileño, un hombre bueno con el que acabé casándome.

Él quería irse a España para pedir asilo y me explicó lo que necesitábamos para ello. Yo conseguí que mi familia me enviara un conjunto de papeles para demostrar que era una exiliada de la guerra de Costa de Marfil. En una carpeta que todavía guardo, tenía recortes de periódico que hablaban de la matanza que presencié, la denuncia que puso mi padre por el secuestro de mi hermana, la orden de búsqueda que los gendarmes tenían contra mí, las represalias que sufrió mi familia… Ahmadou también tenía sus propios papeles. Y más dinero que yo.

Nos marchamos el 23 de noviembre del 2004.

Durante cuatro semanas, fuimos de ciudad en ciudad, haciendo trayectos en autobuses y otros vehículos. Cruzamos Guinea para entrar en Mali, atravesamos este país hasta Níger, y así llegamos a Agadez. Recorrimos más de tres mil quilómetros, pero esa fue la parte fácil del viaje. Lo difícil comenzaba en Agadez, porque allí nos enfrentábamos al desierto. Además, casi se nos había acabado el dinero y tuvimos que quedarnos cuatro meses, haciendo los trabajos que nos ofrecían y ahorrando el máximo que podíamos.

Finalmente, pudimos pagar un viaje hacia el norte de Argelia en un camión con otras 128 personas.

Fue horrible.

Horas y horas de pie, apoyándonos los unos sobre los otros, con el sol sobre nuestras cabezas, sufriendo los baches de terrenos pedregosos, vomitando, cubriéndonos como podíamos la cara para que el polvo no se nos metiera por los ojos, la nariz y las orejas, sufriendo un aire caliente que apenas nos permitía respirar…

Aquel camión no nos llevó hasta el norte de Argelia como suponíamos que iba a hacer. Tras cuatro días de marcha, se detuvo en medio del desierto para lo que creímos que sería una parada de descanso, pero cuando todos estábamos fuera del camión, los pasadores se montaron y se largaron. Algunos los siguieron a la carrera, suplicándoles a gritos que no nos dejaran allí, pero no tardaron en volver sobre sus pasos.

Ahmadou y yo nos abrazamos sentados en el suelo. Y lloramos. Íbamos a morir en aquel inmenso desierto. La carpeta que cada uno llevábamos con los papeles que tenían que permitirnos pedir asilo en España estaba bien custodiada bajo nuestras ropas, pero ya no iba a servirnos de nada. Cuando alguien encontrara nuestros cadáveres y viera esos papeles, sabría que hubiéramos merecido una forma más fácil de llegar a un país de asilo.

Sin embargo, unas horas después apareció un camión y varios coches todoterreno. Enseguida comprendimos lo que había pasado: los pasadores nigerinos nos habían dejado allí para que nos recogieran los pasadores argelinos. En cuanto los tuaregs bajaron de sus vehículos, dispararon sus armas al aire para dejarnos claro que debíamos someternos a sus exigencias. Teníamos que pagarles a ellos también, si queríamos continuar el viaje.

Los tuaregs nos dejaron a quince kilómetros de Ouargla y nos dijeron que, desde ahí, debíamos continuar a pie. Llegamos exhaustos a esta ciudad y allí nos dispersamos. Los que aún tenían dinero encontraron transporte hacia el norte, a Argel o a Orán, los demás nos desperdigamos por Ouargla. Ahmadou y yo pasamos los primeros días mendigando, hasta que él encontró un trabajo. Cuatro meses después pudimos pagar un transporte hasta Argel.

En Argel estuvimos otros seis meses, trabajando y ahorrando todo lo que podíamos. Después fuimos hasta Maghnia, en la frontera con Marruecos, y allí pasamos cinco semanas, hasta que pudimos sumarnos a un convoy que se dirigía a pie para entrar en Marruecos y llegar hasta Nador.

Fue a finales de marzo del 2006 cuando llegamos al monte Gurugú, desde el que se ve la ciudad de Melilla.

España.

También se ve la valla que hay que saltar.

En ese momento ya sabíamos que si queríamos solicitar asilo en España teníamos que saltar esa valla. Sabíamos que no era posible acercarse a la frontera para pedirlo, porque la policía marroquí lo impedía, y que no hay forma de pedir asilo en un país si no es entrando en él.

—Alguna forma tiene que haber de saltarla —me dijo Ahmadou—. Y en cuanto la crucemos, al primer policía que veamos le diremos… Bueno, ya lo sabes: dices que quieres solicitar asilo y ya no pueden devolverte al otro lado. Tenlo bien presente, tienes que decir «asilo». Bien claro. En español.

Yo lo tenía bien presente, pero a él le gustaba repetírmelo.

La vida en el monte Gurugú fue… Bueno, puede que no fuera peor que lo que ya habíamos pasado, pero allí llegamos cansados, con el alma dolorida.

Entre los plásticos que los clandestinos utilizábamos como tiendas, siempre había perros, y yo sentía verdadera envidia de ellos. Comían de las mismas sobras que nosotros, las que encontrábamos en los mercados de los pueblos, pero no sufrían el mismo desprecio, ni las palizas de los gendarmes, ni tenían que ver cómo los gendarmes lo destrozaban todo y quemaban nuestras cosas cuando irrumpían en el campamento…

Ahmadou y yo estuvimos en el Gurugú hasta que se decidió hacer un intento de saltar la valla.

Se haría a las cinco de la mañana, pero esa noche no podríamos dormir porque teníamos que caminar varios kilómetros bajando del monte para acercarnos a la valla.

Cuando anocheció, todos estábamos inquietos, con las escaleras preparadas, con toda la ropa que queríamos llevarnos. Ahmadou y yo seguíamos llevando enganchados al cuerpo, debajo de la ropa, los papeles que nos permitirían pedir asilo.

Fuimos descendiendo poco a poco. En completo silencio. La oscuridad en el bosque era intensa, pese a que un cuarto de luna lo iluminaba.

Salimos del bosque y seguimos avanzando a campo abierto, viendo algunas casas y árboles aislados en torno nuestro. De pronto, la valla estaba allí, como si hubiera surgido de las entrañas de la tierra. La luz de la luna se reflejaba en sus cuchillas. Mi corazón comenzó a golpearme en el pecho con tal fuerza que creí que sufriría un ataque. Me pareció mucho más alta que el primer día que la vi, y con más pinchos, más cuchillas, más peligrosa, más infranqueable.

Nosotros éramos casi un centenar y sólo llevábamos siete escaleras. Por un instante, pensé que nadie iba a acercarse a la valla, porque todos estábamos quietos y callados. Yo estaba dominada por el pánico, así que casi deseé que diéramos marcha atrás. Pero algunos comenzaron a desfilar hacia aquella imponente muralla metálica. Cuatro de las escaleras se pusieron enseguida contra ella y los clandestinos empezaron a subir, y todos nos lanzamos hacia allí en tropel.

De inmediato, comenzamos a sentir el ruido atronador de unas sirenas que procedía del lado español, y enseguida llegaron los coches, y policías que daban gritos, y un helicóptero que iluminaba la zona a intervalos, y mucho ruido por todas partes.

Yo quedé agarrotada por el miedo. Ahmadou tiró de mí hacia la valla, pero cuando estábamos a unos diez pasos de ella, fue él quien se detuvo. Retrocedimos y seguimos a otros clandestinos que también lo hacían. Pero mi marido y yo nos paramos de nuevo, como si hubiéramos vuelto a cambiar de idea. No sabíamos hacia dónde ir: la desesperación tiraba de nosotros hacia la valla y el miedo tiraba hacia atrás. Agarrados de la

mano, dimos unos pasos hacia adelante, pero volvimos a detenernos. Los dos llorábamos de rabia e impotencia.

Así, paralizados, vimos que buena parte de los clandestinos seguían subiendo, pasaban tres escaleras al otro lado y conseguían saltar la segunda valla. Vimos cómo algunos se escapaban de los guardias españoles y corrían hacia el interior de Melilla, pero a otros los cogían. A éstos, los guardias les pegaban con sus porras y les daban patadas.

Cuando yo estaba ya agarrada a una escalera para empezar a subir, comencé a oír coches y a ver policías de las Fuerzas Auxiliares acercándose por el lado marroquí. Ahmadou y yo volvimos a retroceder hacia las casas que teníamos detrás, pero lo que encontramos más cerca fueron los restos oxidados de un coche al que sólo le quedaba parte de la carrocería. Nos metimos debajo y, desde nuestro escondite, vimos que los policías marroquíes comenzaban a golpear con bates de madera y barras de hierro a los clandestinos que encontraban a su paso. Todos los que no habían saltado todavía la primera valla retrocedieron para esconderse tras las casas o se dirigieron hacia los árboles más cercanos, pero los policías los perseguían y a algunos les daban caza. Varios quedaron malheridos en el suelo por los golpes que recibieron. Nosotros optamos por no movernos con la esperanza de que no nos vieran.

Llegó un momento en el que pareció imponerse la calma. Los policías marroquíes habían detenido a unos veinte clandestinos y los tenían en el suelo con las muñecas atadas. Al otro lado de la valla, también los guardias españoles tenían detenidos. Pensé que esos habían tenido una fortuna enorme, aunque algunos parecían heridos, porque ya estaban dentro de España.

Pero no habían tenido fortuna. De hecho, ellos fueron los que sufrieron la peor suerte. Los guardias abrieron una puerta de la valla y comenzaron a pasarlos a nuestro lado y a entregárselos a los policías marroquíes. La puerta estaba iluminada por los faros de un coche marroquí y vimos que algunos clandestinos sangraban por los cortes que tenían en varias partes del cuerpo. Dos cojeaban tanto que apenas podían caminar. A uno que estaba sin sentido lo metieron en volandas, agarrándolo de pies y manos, y lo dejaron caer en el lado marroquí. No sé si estaba vivo o muerto.

Aunque lo peor fue lo que vino después: una vez en el lado marroquí, los clandestinos recibieron una paliza descomunal. Uno a uno, los policías les iban pegando con sus barras en los brazos, las piernas, la espalda… Los guardias españoles observaron el espectáculo desde el otro lado, hasta que decidieron volver a sus vehículos y largarse de allí.

A las once de la mañana, cuando Ahmadou y yo estábamos de nuevo en el campamento, después de haber hecho el camino de vuelta ascendiendo por el monte, le dije que quería irme de aquel infierno de inmediato. Recogimos nuestras cosas y nos marchamos.

Pero lo que nos pasó después no fue mejor.

Estuvimos otro año y medio vagando, mendigando y haciendo trabajos esporádicos por distintas partes de Marruecos, hasta que optamos por probar suerte en Ceuta. Llegamos a los bosques de Beliones a mediados de septiembre del 2007.

Enseguida nos encontramos con Mamadou Sega, un senegalés al que habíamos conocido en el Gurugú. Comentamos lo que habíamos hecho desde que nos fuimos del Gurugú, y después él comenzó a explicarnos cómo era la vida en los campamentos de Beliones.

—Hay más jerarquía que en el Gurugú. En cada gueto hay un chairman *que lo controla todo.*

—No queremos quedarnos mucho tiempo en el campamento —dije yo.

Y mi marido preguntó a Mamadou por las posibilidades que había de saltar a Ceuta.

—Aquí las cosas no están mejor que en Melilla, puede que estén peor. La vía más segura es la patera, que te lleva directamente a la península, aunque muere mucha gente en el estrecho. Y cuesta unos mil euros por persona. Si no tenéis ese dinero, tendréis que intentarlo por la valla, pero aquí es más difícil acercarse a la valla que en Melilla. Y luego está la Guardia Civil. Yo he saltado dos veces la valla, y las dos me han detenido y me han entregado a los marroquíes. Los gendarmes me han llevado hasta el desierto argelino tres veces, una desde Melilla y dos desde aquí. La tercera vez estuve a punto de morir de sed.

—Pero has vuelto cada vez a la frontera.

—Sí, ¿qué otra cosa puedo hacer?

¿Qué otra cosa puedo hacer? Esa frase resumía a la perfección lo que yo sentía. Tanto si has huido de una guerra, como nos ocurría a mi marido y a mí, como si has emigrado, cuando estás en el norte de África no hay alternativa posible a intentar una y otra vez dar el salto hacia Europa. Además, la vida en los montes es tan cruel y tan miserable que perderla en un intento de salto acaba teniendo escasa importancia. Como Mamadou Sega, yo también estaba dispuesta a todo en aquel momento. No podía concebir seguir viviendo año tras año como lo habíamos hecho en los últimos tiempos. Sólo queríamos un sitio donde vivir, donde trabajar y criar a nuestros hijos, cuando los tuviéramos; sólo queríamos escapar de esa vida de perros que llevábamos. Y además, éramos refugiados, teníamos derecho a entrar en un país en el que pudiéramos pedir asilo.

Mamadou nos hizo un hueco en su tienda para que pudiéramos dormir esa primera noche. Hacía frío y nos pasamos casi toda la noche hablando con él, de nuestras vidas, de nuestras familias, de nuestros países, de nuestras ilusiones…

A la mañana siguiente, mientras tomábamos un café y comíamos un trozo de pan sentados sobre unas piedras, Mamadou Sega nos habló con cierta solemnidad.

—Yo voy a intentarlo mañana.

Nosotros lo miramos sin decir nada.

—Voy a intentarlo a nado. Si queréis, podéis venir conmigo. El agua estará fría, pero se puede hacer. En los meses próximos irá enfriándose más. Hay que hacerlo ahora.

—Aminata no sabe nadar —dijo Ahmadou.

—Yo tampoco. Tengo dos flotadores escondidos. Dos cámaras grandes. Podemos conseguir una tercera.

Ahmadou y yo nos miramos.

Le hice un gesto afirmativo.

Y así fue como tomamos la decisión de intentar entrar en Ceuta por el agua.

Lo hicimos un día de la semana siguiente. Ahmadou y yo envolvimos bien nuestros documentos con plástico y volvimos a enganchárnoslos a la barriga. A las cuatro de la mañana, con nuestras cámaras bien infladas rodeándonos el cuerpo, los tres nos acercamos sigilosamente al agua desde la playa marroquí. Era noche cerrada y yo tenía un miedo horrible: jamás me había metido en el mar. Cuando el agua comenzó a bañar mis piernas, sentí tanto frío que pensé que no sería capaz de soportarlo, pero seguí adelante, hasta que perdí pie y quedé flotando sobre el agua. Estaba aterrada. Busqué el suelo con las puntas de los pies, pero no lo encontré. En aquel momento, sentí una angustia enorme por tener que soportar tanto sufrimiento. Fue como si desfilaran por mi mente las imágenes de todos los momentos dolorosos y terribles que había vivido desde que hui de mi país, y me pregunté por qué me había tocado a mí padecer tanto. Deseé que el frío que estaba sintiendo acabara haciéndome perder la consciencia. Y que fuera para siempre.

Pero Ahmadou comenzó a tirar de mí, gracias a que habíamos añadido unas cuerdas a mi cámara, y a ratos también lo ayudaba Mamadou. Éste había dicho que no sabía nadar, pero era capaz de avanzar moviendo los brazos. Yo superé aquel primer momento de terror y también comencé a moverlos. Y así, poco a poco, los tres conseguimos adentrarnos hasta una distancia mayor que la del espigón. Puede que estuviéramos a unos treinta o cuarenta metros de la playa.

Después giramos hacia aguas españolas, superamos la línea del espigón, avanzamos un poco más y volvimos a girar para dirigirnos a la playa.

En esa dirección nadábamos ya cuando comenzamos a oír el ruido de un motor y, de pronto, como salida de las tinieblas, apareció junto a nosotros una lancha de la Guardia Civil. Dejamos de nadar y enseguida los guardias nos ayudaron a subir a bordo.

Cuando los tres estuvimos sentados en el suelo de la lancha sentí una alegría inmensa. Mi marido también tenía cara de felicidad. Por fin acababa nuestro viaje hacia un país de asilo. Casi cuatro años habían pasado desde que salí de Costa de Marfil. Habían sido cuatro años horribles, pero ya quedaban atrás. Ahmadou y yo nos cogimos de la mano.

Estábamos a punto de comenzar una vida nueva.

Él se dirigió a uno de los guardias civiles:

—Somos ciudadanos de Costa de Marfil y solicitamos asilo en España.

El guardia lo miró durante unos instantes, pero después giró la vista hacia otro lado.

Ahmadou y yo nos miramos, desconfiados, aunque no era posible que el guardia no le hubiera entendido porque mi marido se lo dijo en español y con voz clara.

—Llevamos los documentos que demuestran que estamos perseguidos —dije yo, también en español y tocándome el vientre para indicar dónde los tenía.

Pero a mí el guardia ni me miró.

—Solicitamos asilo —repitió Ahmadou, alzando un poco la voz.

De pronto vi cómo a Mamadou Sega le cambió el gesto. Estaba mirando hacia la costa y ponía cara de espanto.

—¡¿Qué hacen?! ¡¿Dónde nos llevan?! —gritó.

Ahmadou y yo miramos al exterior de la barca y entendimos la alarma de Mamadou. Estábamos de nuevo frente a la playa marroquí.

La barca se detuvo.

—Venga, poneos de pie —dijo un guardia.

Nosotros no nos movimos.

El guardia que había hablado pegó una patada a Mamadou, pero éste siguió sin moverse.

Los otros dos guardias me agarraron por los brazos y me tiraron al agua. Aún llevábamos puestas las cámaras, de modo que quedé flotando, y desde el agua vi cómo agarraban a los otros dos para tirarlos también.

Pero antes de lanzarlos, uno de los guardias sacó un cuchillo y les pinchó los flotadores. Inmediatamente, tiraron a Ahmadou. Mamadou Sega comenzó a gritar, diciendo que no sabía nadar; se agarró a los guardias y les suplicó que no lo lanzaran sin flotador.

Yo oía esa discusión, pero cada vez más lejos porque la barca estaba distanciándose de mí. De pronto vi a Ahmadou nadando hacia la orilla; lo hacía con muchas dificultades porque realmente no sabía nadar bien. Quise ir hacia él para que se agarrara a mi flotador, pero no lo alcancé, y los dos seguimos nadando durante un rato hasta que logramos hacer pie. Entonces nos volvimos para ver cómo estaba Mamadou Sega. La oscuridad no impidió que lo viéramos agitando los brazos unos diez metros más atrás. Ahmadou me pidió el flotador para ir hacia él, pero en ese momento vimos cómo un guardia civil se lanzaba al agua desde la lancha y nadaba hacia la posición de Mamadou. Lo agarró y siguió nadando con él para llevarlo hasta la orilla. Cuando llegaron hasta donde nosotros hacíamos pie, ayudamos al guardia a arrastrar a Mamadou hasta la arena. Estaba sin sentido.

El guardia comenzó a hacerle el boca a boca y a golpearle rítmicamente

en el pecho. Ahmadou y yo lo ayudamos, presionando también el pecho de nuestro amigo. Lo hicimos con mayor desesperación a medida que pasaban los segundos; no podíamos concebir que fuéramos incapaces de hacer volver a la vida a alguien que había sido tan bueno con nosotros.

Finalmente, el guardia dejó caer sus brazos y quedó rendido y arrodillado ante Mamadou. Estaba triste y negaba con la cabeza. Nos miraba a Ahmadou y a mí y mostraba las palmas de sus manos como si nos pidiera perdón. Nosotros seguimos durante un rato golpeando el pecho de Mamadou y gritando su nombre, con la esperanza de que se produjera un milagro.

Pero el milagro no se produjo.

Mamadou Sega había muerto.

11

A las siete de la mañana, Aminata Awa Diallo y el inspector Samuel Montcada seguían despiertos. Ambos habían pasado la noche en vela, ella explicando su historia y el inspector escuchándola atentamente. Saíd Tahiri se había retirado a eso de las tres.

Aminata volvió a servir té.

Samuel no llevaba ya la cuenta de los vasos que se había tomado, pero se lo agradeció y dio un sorbo.

—¿Qué pasó después, en la playa?

—Cuando amaneció, allí seguían estando los guardias civiles, con su lancha varada en la arena, y enseguida llegaron los gendarmes marroquíes. Hubo discusión entre ellos: los gendarmes decían que se quedaban con nosotros, los vivos, pero que el muerto se lo llevaran los españoles, que era cosa suya. Media hora después apareció una ambulancia por el lado español, los tres guardias civiles y un gendarme cargaron con el cuerpo de Mamadou, abrieron una puerta de la valla y lo metieron en la ambulancia. Unos meses más tarde supe que lo enterraron en el cementerio de Santa Catalina de Ceuta. A Ahmadou y a mí nos detuvieron los gendarmes, nos metieron en un calabozo y tres días después nos llevaron en un autobús, junto con otros veinte o veinticinco negros, al desierto de Argelia. Pudimos salir vivos del desierto, una vez más, pero yo le dije a Ahmadou que ya no quería ir a España. En ese momento, las autoridades españolas me parecían criminales y crueles con los refugiados. Así que nos fuimos hacia Rabat. Tardamos dos meses en llegar.

Aminata se recostó sobre los cojines y Samuel temió que fuera a quedarse dormida. Quizá podrían descansar un rato, pero él tenía el avión de vuelta al cabo de unas horas y aún le quedaban preguntas por hacerle.

—Y tu marido, Ahmadou… ¿No está contigo? —preguntó, recordando que ni ayer tarde ni a lo largo de la noche apareció ningún hombre negro por la casa.

—Estuvimos en Rabat durante más de tres años. Subsistíamos gracias a los trabajos esporádicos que nos daban y a las ayudas de una oenegé y del ACNUR, pero en el 2011 decidimos volvernos a Costa de Marfil. Nos pareció que era mejor arriesgar la vida en nuestra tierra que seguir malviviendo en Marruecos. Sin embargo, antes de partir, supimos que acababa de estallar una nueva guerra en nuestro país y Ahmadou quiso volver a intentar el asilo en España. Dijo que estando

el país entero en guerra no nos lo negarían. Pero el problema seguía siendo cómo llegar a suelo español para solicitarlo, y yo le propuse que lo intentara él solo, pagando un viaje en patera; y después, cuando tuviera el asilo, podría solicitar la entrada de su esposa. Así que juntamos todo el dinero que en ese momento teníamos, y algo más que nos prestaron, y nos volvimos al norte. Nos acomodamos en Tetuán y comenzamos a tratar de establecer contacto con la gente que gestiona lo de las pateras. Un día nos detuvieron unos militares. Estuvimos una semana en un calabozo, pero después nos soltaron sin más. Finalmente, Ahmadou encontró plaza en una patera.

—Así, está en España.

—No. La patera naufragó. Mi marido es uno de los treinta mil emigrantes y refugiados que están enterrados en esa enorme fosa común que es el Mediterráneo.

El que se recostó hacia atrás en ese momento fue Samuel. Con un nudo en la garganta.

—Deberías dormir un poco —dijo Aminata—. Dentro de unas horas tienes que volver a coger el avión.

Había una pregunta que ella no había hecho en ningún momento y eso le intrigaba al inspector.

—¿No quieres saber por qué he venido a Tánger para que me cuentes tu historia?

—Algo me dijo Babacar. Pero yo ya no confío en la justicia española. Te he contado mi historia porque aún no había tenido ocasión de contársela a ningún español y me apetecía hacerlo. Ha servido para desahogarme.

Samuel se dio cuenta de lo lejos que estaba de comprender lo que esa mujer tenía en su mente después de las experiencias vividas.

—Babacar me comentó —continuó ella— que vuelve a investigarse la muerte de Mamadou Sega y que necesitabas hablar con la testigo. Es algo así, ¿no?

El inspector se pensó un poco qué debía contestarle, y decidió que a ella no quería mentirle. Iba a saltarse una norma sagrada de cualquier investigación policial, pero Aminata no se merecía ninguna mentira más.

—En realidad, no. Ésa sólo ha sido la excusa para poder hablar contigo. Yo estoy aquí porque hay dos marroquíes asesinados en Barcelona y sospechamos que ha habido un guardia civil implicado. Y es posible que sea uno de los que mataron a Mamadou Sega.

Ella lo miró con dureza durante unos interminables segundos. Después cogió la tetera y volvió a llenar los vasos.

—Al menos eres sincero —dijo.

El inspector bebió té.

—Necesito tu ayuda. Tienes que describirme a los tres guardias

civiles que iban en aquella lancha.

Hubo una pausa en la que Samuel no supo si ella trataba de recordar o simplemente optaba por el silencio. Finalmente, dijo:

—No eran muy altos… No sé. Muy normales.

—¿De qué edad, más o menos?

—El que intentó salvar a Mamadou era muy joven. Unos veinte años. Los otros no lo sé, pero no tan jóvenes.

—¿Había alguno de tez especialmente pálida?

—No. Pero tampoco los miré mucho a la cara.

—¿Alguno rubio?

—No lo recuerdo.

—¿Alguno gordo? ¿De pelo blanco?

—Gordo ninguno. El pelo no lo recuerdo.

—Tampoco recordarás, claro, si alguno llamó a otro como sargento, o de alguna otra manera.

Aminata negó con la cabeza, pensativa, y acabó diciendo:

—No.

Samuel se quedó sin preguntas.

Después quiso dar a Aminata algo más de información, como muestra de confianza.

—Uno de los marroquíes asesinados es el capitán del ejército que os tuvo en el calabozo en Tetuán. ¿Lo recuerdas?

—No. Allí había varios hombres, pero no supe si eran capitanes o qué eran.

—A él le contaste lo de Mamadou.

—¿Sí? No lo recuerdo. Quizá se lo contó Ahmadou.

Un rato después, ella le dijo que se tumbara en el sofá a descansar un poco, y él lo hizo.

Cuando despertó estaba solo en la habitación. Se sobresaltó ante la posibilidad de que hubiera perdido el avión, pero consultó su reloj y comprobó que aún faltaban dos horas y media para el vuelo. Apenas había dormido poco más de una hora. Salió al patio y oyó ruidos tras otra puerta que daba a lo que parecía una cocina. Fue hacia allí. Saíd Tahiri estaba preparando unos platos con queso, pan de pita, dátiles, miel y mermelada. Sobre una mesa también había dos vasos con zumo de naranja y una cafetera que desprendía vapor y olor a café recién hecho.

—Iba a despertarte enseguida para que pudieras desayunar, pero te has adelantado tú.

—Sí… Aminata se ha ido, por lo que veo.

—Tenía que trabajar. Te llevaré yo al aeropuerto.

Ambos se sentaron ante una mesa y comenzaron a desayunar. Samuel dijo que todo estaba muy bueno, y no era sólo un cumplido.

—Tú ya no estabas cuando Aminata ha hablado esta noche de Mamadou Sega. ¿Sabías lo que le ocurrió? —preguntó el inspector.

—Sí. Es un caso muy conocido.

«En España, no», pensó Samuel.

—Tengo entendido que un organismo internacional lo investigó. ¿Sabes cuál?

—El Comité contra la Tortura de Naciones Unidas. El caso fue denunciado por CEAR, la Comisión Española de Ayuda al Refugiado, y un juzgado de Ceuta lo instruyó, pero no tardó en ordenar su archivo. Según el informe de otra oenegé, lo de pinchar los flotadores no fue una cosa que se le ocurrió al guardia civil que lo hizo, sino que cumplía órdenes de la Delegación del Gobierno de Ceuta; puede que el juez supiese eso y no quisiera tirar de la manta. Pero CEAR siguió en su empeño, y la madre de Mamadou Sega presentó una comunicación ante el Comité contra la Tortura de la ONU, que se resolvió a finales del 2011. El Comité se pronunció contra España, señalando que Sega había recibido trato cruel, inhu-mano y degradante, y que los guardias civiles que lo subieron a la lancha eran responsables de su integridad física.

—¿Sabes si salió a la luz quiénes eran en concreto los guardias que estaban en la lancha?

Saíd soltó una risilla.

—En España, igual que en Marruecos, a los policías y los militares se os protege todo lo posible de los jueces, ¿o no?

Samuel encajó la crítica y siguió comiendo.

De camino al aeropuerto, continuaron hablando sobre las vallas de Ceuta y Melilla, los comportamientos policiales de un lado y del otro, los muertos que se habían producido… Said explicó que ya casi no había intentos de salto de las vallas, porque la policía marroquí había puesto más efectivos para evitarlo y, sobre todo, por la nueva valla que el Gobierno marroquí había construido en torno a Melilla. Lo más frecuente ahora, dijo, eran los intentos por mar.

—No sabía que entrar en España para solicitar asilo fuera una tarea tan titánica —dijo el inspector, tras un momento de silencio.

—Todos los países europeos incumplen la Convención de Ginebra sobre refugiados al impedir que éstos alcancen su territorio para solicitar asilo. Los muros contra los que chocan los refugiados no son sólo las vallas, los más insalvables son los acuerdos que los Estados europeos tienen con los países vecinos para que sus policías impidan que lleguen a la frontera. Ya has visto lo que hacen los gendarmes y las Fuerzas Auxiliares marroquíes… Pues lo hacen porque España y la Unión Europea pagan a Marruecos para que lo hagan. Igual que el acuerdo al que la Unión Europea llegó con Turquía: seis mil millones de euros a cambio de que impidiera a los sirios llegar a las fronteras

europeas.

Los dos callaron durante un rato. Saíd, atento a la conducción del coche, y Samuel, tratando de digerir toda la información que había recibido en las últimas horas.

—Así está el derecho de asilo en Europa: por los suelos —agregó Saíd.

Sin saber por qué, el inspector preguntó:

—¿Y en Marruecos?

—Uy… ¡Mucho peor! Aquí ni siquiera podemos decir que lo tengamos. Aunque… Últimamente, están mejorando algunas cosas. Hay tres leyes en marcha: una sobre inmigración, otra sobre asilo y otra sobre trata de personas. Esperamos que con estas leyes…

Samuel quedó a la espera de que Saíd acabara la frase, pero éste no lo hizo; puede que dudara de que cupieran demasiadas esperanzas. Después, apenas hablaron durante el resto del trayecto. Ambos estaban cansados.

Ya sentado en su asiento del avión, Samuel decidió que debería aprovechar el vuelo para dormir. Pero durante la pri-mera media hora no logró conciliar el sueño. Su cerebro parecía estar en estado de *shock*: sentía una mezcla de indignación, mala conciencia y ganas de pasar de todo en la que no había equilibrio alguno. Él siempre pensó que hacía bien su labor policial y que la hacía para beneficio de la sociedad, pero ahora tenía la sospecha de que todo se reducía a mantener un *statu quo* en el que campaban a sus anchas unas injusticias monumentales. Era como si de repente hubiera dejado de estar a gusto con lo que hacía. Él investigaba los homicidios que se producían en Barcelona, pero ¿y si los treinta mil náufragos que habían muerto en el Mediterráneo, según Aminata, fueran también homicidios? ¿Había alguien que se planteara así el asunto? ¿Y qué pasaba con todos los que habían muerto en las vallas de Ceuta y Melilla? ¿No había ahí ninguna responsabilidad homicida que investigar? ¿Y cómo era posible que la muerte de Mamadou Sega quedara impune? Aunque los guardias civiles cumplieran órdenes, alguien debería haber sido imputado.

Comenzó a serenarse cuando logró concentrar sus pensamientos en las tareas que tenía por delante en cuanto llegara a Barcelona. Lo primero que le tocaba hacer era llamar a la jueza, entonar el *mea culpa* y explicarle que no había estado enfermo sino haciendo pesquisas. Después convocaría a su grupo de homicidios. También tenía que llamar al inspector Xavier Domènech para que centrara sus averiguaciones en los tres guardias civiles que intervinieron en la muerte de Mamadou Sega. Pero probablemente Xavier no fuera capaz de identificarlos, de modo que la principal baza con la que contaba para tal labor era su amigo Manolo González.

Ahí estaba el principal reto que tenía por delante: cómo convencer al teniente de la Guardia Civil para que averiguara la identidad de aquellos tres guardias.

Le dio algunas vueltas a eso, pero sus pensamientos se fueron haciendo cada vez más difusos.

Despertó en el momento en el que las ruedas del avión tocaron tierra.

12

Llamó a la jueza nada más salir del avión.

Le explicó lo que había hecho el día anterior, dónde había estado y la nueva información que traía consigo. Ella, lejos de quejarse por no haber sido informada con anterioridad, lo felicitó por la iniciativa. Después, la jueza comentó a Samuel que al día siguiente, jueves, no estaría en Barcelona, por lo que la próxima reunión con ella sería el viernes por la mañana.

En el taxi que lo llevaba a la comisaría, Samuel no quiso utilizar el teléfono, salvo para decirle a Eulàlia que ya estaba en Barcelona y que iba para allí. Se recostó sobre el asiento y, sin pretenderlo, se quedó dormido. Después pensó que esa cabezadita le habría ido bien, porque lo ayudaría a aguantar despierto hasta la noche; sobre todo, teniendo en cuenta que había decidido llamar a Manolo González para invitarlo a cenar.

En la comisaría, pasó primero por el despacho de su jefe. Artur Rueda dijo que se alegraba de que el viaje hubiera servido para algo, pero le recordó que ya habían pasado nueve días desde el descubrimiento de los cadáveres y seguían moviéndose más en el campo de las conjeturas que en el de las certezas.

—Tienes suerte —concluyó— de que la prensa de los dos últimos días se haya centrado en lo del accidente del autobús y se haya olvidado un poco de esos homicidios, pero no te me duermas en los laureles.

Samuel Montcada ni siquiera se había acordado de mirar los periódicos los dos últimos días para ver qué decían sobre el caso, pero lo único que quería era salir lo antes posible del despacho de Rueda para aprovechar la tarde en cosas más útiles, de modo que asintió a todo y se despidió.

Se encontró con Eulàlia y le pidió que entrara en su despacho. A ella sí quería explicarle con pelos y señales la información que había obtenido en Tánger. Pero antes llamó a Manolo González.

—No tengo nada nuevo, Samuel. Dame un respiro, joder —espetó el teniente de la Guardia Civil en cuanto el inspector le dijo «hola».

—Tranquilo, Manolo, que no te llamo para pedirte resultados. Te llamo para invitarte a cenar.

—¿Cómo?

—Una paella en el Set Portes, como pediste.

—Pero si aún no he…

—Me siento generoso. Ya ves.

—Uy… Aquí hay gato encerrado.

—En la paella espero que no. Lo único que te pido es quedar pronto, porque no quiero tener la barriga llena cuando me vaya a dormir.

—A la hora que usted diga, señor. A mandar.

—A las siete y media, entonces.

Cuando colgó, Eulàlia le preguntó:

—¿No tienes a Raúl hoy? Te tocaba esta semana, ¿no?

—Sí, pero ayer y hoy se lo ha quedado su madre.

Después, Samuel le relató su encuentro con Aminata. No se limitó a explicarle lo de Mamadou Sega, sino que le contó, aunque de forma resumida, el infausto periplo que había protagonizado la mujer desde que la guerra en Costa de Marfil la obligó a huir. Eulàlia escuchaba atenta, y su gesto se iba tornando cada vez más pétreo a medida que avanzaba el relato, hasta que Samuel dijo que había concluido y ella bajó la vista hacia el suelo. Después dijo:

—Y quieres que Manolo González descubra para nosotros quiénes fueron los tres guardias civiles de la lancha.

—Exacto. Pero ahora voy a llamar también a Xavier Domènech por si la Policía Nacional tiene información sobre aquellos hechos. Y quiero que tú te metas en todas las bases de datos y en todos los huecos y meandros de Internet para ver si en algún sitio aparecen los nombres de esos guardias, y, por supuesto, toda la información que haya sobre el caso Mamadou Sega. El Comité contra la Tortura de la ONU ha de tener un expediente bien gordo. Y la Comisión Española de Ayuda al Refugiado, también.

Eulàlia asintió.

—Coge a Catalina y a los que necesites para hacer eso —agregó Samuel—. Por cierto, ¿sabes si Ibra ha encontrado alguna nota más?

Eulàlia negó como antes había asentido: con un movimiento de cabeza. Samuel no supo si tal parquedad se debía a que no quería hablarle de Ibra o a que había quedado abatida por la historia de Aminata. Pero se dio cuenta de que eran ya las siete y diez y que no quedaba tiempo para más conversación.

Se encontró a Manolo González en la puerta del restaurante, entraron, les dieron una mesa y se miraron la carta de paellas. Pidieron un arroz a banda y un vino de aguja.

—Me tienes intrigado, Samuel —dijo el guardia en cuanto el camarero se alejó.

—¿Qué pasa, tú nunca has invitado a comer paella a un amigo?

—Lo he hecho siempre que me ha salido de los cojones, pero tú estás aquí para pedirme algo.

—¿Te vuelves un policía perspicaz justo cuando te falta un año para

jubilarte?

Así siguió la conversación durante un rato. Llegó el arroz a banda y comieron. Manolo lo elogió diciendo que el plato estaba a la altura de sus exigencias en lo que a arroces se refería y que los restaurantes buenos de toda la vida seguían siendo los mejores. El inspector esperaba justo ese momento: cuando el picoleto estuviera satisfecho con la comida y llevara un par de vasos de vino.

—Tienes que averiguar el nombre de tres guardias civiles.

—Mmm… Veo que te decides a ponerle ya precio a esta cena.

Samuel hizo caso omiso de ese comentario y le explicó a Manolo lo sucedido con Mamadou Sega.

El guardia no se había acabado su plato, pero dejó el tenedor, puso los codos sobre la mesa y entrelazó las manos debajo de su barbilla. Serio.

—Eso no puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque para averiguar esos nombres tendría que ir haciendo preguntas muy concretas a los compañeros que conozco en distintos destinos, y enseguida se sabría qué es lo que estoy indagando.

—¿Y qué? ¿No eras tú el que estaba ya más fuera que dentro del cuerpo? ¿Qué ha sido del tío al que sus jefes se la traen floja y todo eso que te gusta decir?

—¡*Cagüen* la leche, Samuel! Lo que yo no quiero es quedar ante mis compañeros como el que delató a uno de ellos. Ya he captado que sospecháis que el que mató a los moros ésos fue un guardia civil, y, por lo que me pides ahora, parece que puede ser uno de los que tiraron al *Mojamé* ése al agua.

—Mamadou, Mamadou Sega se llamaba.

—¿Y qué más da? Tú sabes bien que en todos los cuerpos policiales prima la solidaridad entre compañeros. No nos delatamos los unos a los otros. ¿O tengo que recordarte los casos que se han dado entre los Mossos d'Esquadra: lo de las pelotas de goma; lo de las palizas a detenidos, en tu propia comisaría, por cierto; lo del tío aquel que la palmó mientras lo reducían ocho mossos…? ¿Cuántos mossos fuisteis a denunciar a un compañero en cuanto supisteis algo sobre alguno de esos casos?

—Yo lo hubiera hecho. Me parece que me conoces y sabes que no soy de los que tapan esas cosas.

—No sé lo que tú habrías hecho. Lo que te digo es que dentro de los cuerpos no se entiende que un compañero denuncie a otro.

—¿Y dónde queda tu sentido del deber? ¿No te parece que si se produce un asesinato hay que descubrir y llevar a juicio a los asesinos? ¿No decimos siempre que en los cuerpos policiales puede haber manzanas podridas, pero no hay que identificar a todo el cuerpo

con ellas? ¿No decimos que los primeros interesados en apartar a esas manzanas somos nosotros?

—Bla, bla, bla…

—Joder, Manolo, ¿qué pasa si el culpable de esos asesinatos es un guardia civil? ¡¿Hay que ponerlo en manos de la justicia o no?! ¡Y no vuelvas a decir «bla, bla, bla», hostia!

—Bueno… Vamos a serenarnos, ¿eh?

Se callaron, se miraron y Manolo cogió el tenedor para seguir comiendo. Pero dio dos bocados y lo dejó. Después puso juntos el tenedor y el cuchillo sobre el plato para que el camarero se lo llevara. Samuel hizo lo mismo.

—No sé… —masculló el guardia.

—¿No sabes, qué?

—No sé… Yo no voy a hacer eso, pero… voy a darte una idea.

Samuel quedó a la espera, mirándolo fijamente.

—Hay uno que tiene que saber quiénes fueron esos tres guardias, porque estaba con ellos en Ceuta en el 2007: Juan Pablo Lindo. Él no tiene que ir preguntando por ellos, como tendría que hacer yo, le basta con decir: fulano, mengano y zutano. Y ya está.

—¿Y va a decírtelo?

—A mí no, a ti.

—¿Cómo?

—Te dije que podíamos chantajearlo, ¿no? Yo te lo pongo a tiro, me aparto y tú disparas.

Cuando Samuel se acostó, en su mente seguía pesando la duda de si Manolo sería capaz de hacer lo que había dicho, pero ni ese interrogante ni el arroz a banda que se había comido le impidieron quedarse dormido enseguida y mantener el sueño durante siete horas seguidas.

El jueves fue pasando sin que nada nuevo obtuviera el grupo de homicidios que pudiera ser útil. Los esfuerzos que dedicaron Eulàlia y algunos más a bucear por Internet no permitieron dar con los nombres de los tres guardias civiles. Tampoco Xavier Domènech los encontró en las bases de datos de la Policía Nacional, y las tres llamadas de teléfono que Samuel hizo a Manolo González sólo sirvieron para oír sus quejas. A las seis de la tarde, el inspector se fue a su casa para estar con su hijo y llegó unos minutos antes de que lo hiciera el chico. Éste quiso ponerse enseguida delante del ordenador —«sólo cinco minutos», dijo, «para actualizar un juego»—, pero no tardó en empezar con los deberes y, entre una cosa y otra, hubo tiempo para que padre e hijo conversaran sobre algunas cosas relacionadas con el colegio, lo que le resultó muy satisfactorio a Samuel porque no siempre lo lograba. Después cenaron y se sentaron juntos a ver un rato

la televisión.

Así estaban cuando el inspector recibió la llamada de Manolo.

—Ponte en marcha, que el pichón está a tiro —dijo el guardia.

—Habla claro, joder.

—Resulta que la mujer de Juan Pablo Lindo está de viaje y lo he convencido para irnos de putas. No ha sido muy difícil, la verdad: en cuanto le he dicho que conocía un localito en el que había unas nenas recién llegadas ha empezado a caérsele la baba.

—Joder, Manolo, ¿cuál es tu plan? ¿De verdad conoces un local así?

—¿Qué pregunta es ésa? Claro que lo conozco. Conozco unos cuantos. ¿Tú no?

—Venga. Te he preguntado cuál es tu plan.

Manolo se lo explicó.

Samuel le dijo a su hijo que tenía que dejarlo solo, pero que no se acostara más tarde de las once, y después llamó a Xavier para que lo acompañara en la extraña aventura que se proponía vivir esta noche.

Como el burdel al que tenían que ir era un bar de carretera que no quedaba muy lejos de Cerdanyola, el inspector, con su coche, recogió a Xavier en su casa, lo que le sirvió para saber dónde estaba ubicada y poder felicitar a su amigo por el entorno que había elegido para vivir. Después, el mismo navegador que lo había guiado hasta esa casa los siguió guiando hasta el burdel.

La oscuridad, el aspecto de covacha y el olor a cerrado produjeron una desagradable sensación a Samuel en cuanto cruzó la puerta. Cuando sus ojos se adaptaron a la penumbra, pudo ver que había pocos clientes y que las meretrices eran bastante jóvenes, pero no vio a Manolo. El local tenía algunos recovecos y los inspectores se internaron por él para escudriñarlo, hasta que descubrieron al guardia sentado con otro hombre en la mesa de una esquina.

—¡Hombre, Manolo, sí que te escondes! El compañero —dijo Samuel, señalando a Xavier— ya estaba diciéndome que te habías rajado.

—No, joder, si digo que vengo, vengo. Y con mi amigo Juan Pablo. Aquí lo tenéis.

El mencionado estaba poniendo cara de no entender nada, o de no estar gustándole el encuentro que se había producido.

Manolo le dio un golpe en la espalda.

—Juan Pablo, vas a conocer a dos tíos cojonudos. Son dos polis de lo mejor que puedes encontrarte. Choca los cinco con ellos, coño. Y vosotros sentaos, joder, que os pido un par de cubatas.

—Policías… —dijo Juan Pablo, un poco aturdido, mientras les daba la mano y los recién llegados se sentaban a ambos lados—. Y habías quedado aquí con…

—Sí, joder —lo interrumpió Manolo—. No sé qué coño investigan de Ceuta y me preguntaron si te conocía. Les dije: «Pero hostia, si hoy me voy con él de putas. Veníos vosotros también».

—De Ceuta… —Juan Pablo parecía cada vez más pasmado.

—No le hagas caso —dijo Xavier—. Sí, queremos hablar contigo de un asunto de Ceuta, pero no aquí. Ya pasaremos un día de éstos por la Zona. Antes de hablar contigo de ese asunto lo haremos con el capitán Ángel Laguna. Además, aquí estamos para otra cosa, ¿no? —Miró hacia la zona de la barra en la que se veía a tres mujeres con escasa ropa charlando entre ellas.

—Pero ¿vosotros quiénes…?

—Joder, ¿no te lo he dicho? —terció Manolo—. Dos polis cojonudos.

Él llamó de forma altisonante a una camarera y los *polis cojonudos* pidieron gin-tonic. Y como los cubalibres de los dos guardias estaban casi vacíos, Manolo pidió también que se los repusieran. Juan Pablo pareció que iba a decir que no quería otro, pero se le atascaron las palabras en la garganta.

Enseguida, Manolo condujo la conversación hacia otro tema y los dos *polis* lo secundaron: lo buenas que estaban las chicas, la experiencia que tenían todos sobre los garitos de la zona, los que se habían cerrado y los que se habían abierto últimamente… Pero, entre alarde y bravuconada machista, Manolo iba metiendo alusiones a que Juan Pablo estaba casado y a los cojones que tenía para pegársela a su mujer en cuanto ella se descuidaba.

El susodicho estaba cada vez más cohibido.

Hasta que, sin previo aviso, Manolo se puso en pie, señaló al punto en el que estaban las chicas y dijo que se iba a echar un polvo.

En realidad, lo que habían acordado Samuel y Manolo era que éste se iría del burdel, pero no sin antes avisar a la camarera de que, a partir de ese momento, a los gin-tonic que le pidieran desde esa mesa no les pusiera ginebra, y en cambio cargara bien de ron los cubalibres.

—Bueno, y… No sé, ¿vosotros qué…?

Estaba claro que Juan Pablo no sabía qué hacer. Cuando se levantó Manolo, él también hizo un amago de querer levantarse, pero se mantuvo sentado. Miraba con tensión a los dos policías. Parecía que se debatía entre salir de allí corriendo y quedarse para averiguar qué era aquello que los dos policías investigaban.

—Venga, Juan Pablo, acábate ese cubata, que pedimos otra ronda. Ésta va por mi cuenta.

—No, estoy bien. Ya me había tomado otros dos con Manolo. O sea que llevo tres.

Pero Xavier llamó a la camarera y le pidió un cubalibre y dos gin-tonic.

—En esto del puterío, los guardias civiles nos lleváis una ventaja de la hostia a los policías —dijo Samuel, volviendo a la conversación que había interrumpido la marcha de Manolo—. Yo siempre le digo a éste que tenemos que aprender de vosotros. Cada vez que entramos en un bareto de éstos, nos encontramos algún picoleto. Sois cojonudos. Y tú, con lo joven que eres, no debes de parar, ¿a que no?

—No creas. La parienta no siempre me… ¿Qué es eso que investigáis?

—Venga, venga, no digas que la parienta no te deja. Que ya se ve que sigues sus pasos. —Samuel indicó con un gesto hacia el lugar por el que había desaparecido Manolo, al tiempo que ponía una mano sobre el hombro de Juan Pablo.

Así siguió la conversación cuando les trajeron las bebidas, cuando se las bebieron, cuando pidieron una nueva ronda y cuando se bebieron también ésta. Juan Pablo decía en algunos momentos que debería irse ya, pero no lo hacía. Lo que hacía era iniciar, una y otra vez, alguna pregunta sobre la investigación mencionada, pero sin obtener aclaración de ningún tipo. Su borrachera iba haciéndose notar.

—¿Y tu mujer no te ha pillado nunca con olor a perfume de otra tía, o algo…? ¿No ha sospechado nunca que…? —Xavier le puso una mano en la nuca.

—¿Por qué iba a sospechar? —inquirió Samuel—. Luisa…, mientras Juan Pablo cumpla con ella cada noche, no tiene por qué buscarle tres pies al gato.

El guardia frunció el ceño.

—¿Os he hablado de mi mujer?

—No seas gilipollas, hombre —dijo Samuel—. Venga, acábate ese cubata, que pedimos otro.

La cara de Juan Pablo era más la de quien quiere vomitar que la de quien quiere beberse otra copa.

—Vale, pero esta ronda la pago yo. Y la próxima. Que sois dos tíos cojonudos. ¿Qué es lo que investigáis de Ceu…?

—Joder, ya lo hablaremos. Deja ya ese tema, hostia —espetó Xavier.

—Ya, pero…

—Joder, aquello de la droga por lo que te condenaron. Vuelve a investigarse. Pero ya lo hablaremos; ¿no te he dicho que primero hemos de hablar con el capitán Laguna?

—¿Vais a explicarle al capitán…?

—A ver si lo entiendes, Juan Pablo: el problema está en el alijo que iba en la lancha. Pero ya lo hablaremos, *mecagüen* la leche. —Xavier se mostró enfadado.

—¿Qué? ¿De qué lancha hablas?

Samuel se temió que Juan Pablo se pusiera a llorar en cualquier momento.

—Venga, acábate el cubata. ¿No decías que la próxima ronda la pagabas tú?

—Sí, sí… ¿De qué lancha?

Samuel llamó a la camarera y le pidió que repusiera las bebidas.

Los dos *polis* volvieron a hacer comentarios sobre las prostitutas que se veían desde donde ellos estaban, hasta que les pusieron las nuevas bebidas y todos les dieron unos tragos.

—¿De qué lancha?

—Joder, Juan Pablo, hostia, ¿de qué lancha vamos a hablar? —Xavier hizo ademán de estar cansado de ese tema—. Hablo de cuando os cargasteis al negro aquél, al que le pinchasteis el flotador. Hablo del alijo que llevaban en los flotadores y que os repartisteis entre los tres guardias. Hablo de que eso no salió en el juicio, pero ahora…

—Te juro… Te juro… Te juro que yo no estaba en esa lancha. —Ahora sí se le humedecieron ya los ojos. Juntó las manos y encorvó el cuerpo, como si quisiera situar la cabeza a la altura que hubiera estado de haberse puesto de rodillas.

—Mira, Juan Pablo, dejemos este tema, que no hemos venido aquí para hablar de esto. El puto Manolo nos ha liado con este encuentro. —El enfado que mostraba Xavier crecía—. Primero hemos de hablar con tu capitán.

—Espera… Espera…

Juan Pablo dio un largo y precipitado trago de su bebida e indicó con un gesto a los otros dos que hicieran lo mismo, como si quisiera cumplir lo antes posible su promesa de invitarles a una ronda más.

—Espera. Antes de hablar con el capitán… Te juro que yo no…

—Pero ¿sabes de qué lancha te hablo o no?, ¡joder!

—Sí, sí lo sé. Pero te juro que yo no…

—Tranquilo, Juan Pablo —terció Samuel—. Tú no ibas en la lancha. Ya lo has oído —se dirigió a Xavier—: él no iba en la lancha.

—Él no iba. Vale. Pero cambiemos de tema.

Juan Pablo los miró desconfiado durante varios segundos, en los que ellos se dedicaron a acabarse los gin-tonic. Él también se bebió lo que quedaba de su cubalibre.

—No me creéis.

—Joder, ¿todavía con eso? ¿Quién cojones iba en la lancha, según tú?

—Te juro… Joder, lo sabía toda la compañía: Florencio Roca, Lázaro Costa y Severino Gálibo. Te juro que yo no…

—Vale, vale, deja ya de jurar. Tranquilo —dijo Samuel, mientras escribía los tres nombres sobre una servilleta de papel—. ¿Estás seguro de que eran estos tres?

—Claro. Te lo…

—Si éste dice la verdad, nos han engañado —dijo Samuel mirando a Xavier.

—¡Qué coño va a decir la verdad!

—Vamos a hacer una cosa, Juan Pablo: nosotros investigaremos un poco más. Si nos has dicho la verdad, no tendrás que preocuparte de nada, no hablaremos con tu capitán ni con nadie de la Zona. Pero como nos hayas mentido…

—Te juro… Te…

—¡Vale! Tú tampoco hables con nadie sobre esta conversación, ¿de acuerdo?

—Sí…

Los inspectores se levantaron y dejaron allí a Juan Pablo Lindo hundido en el asiento y con lágrimas resbalando sobre las mejillas. Pagaron, dieron una buena propina a la camarera y se largaron.

En cuanto Samuel sintió el azote de la baja temperatura exterior, tuvo un escalofrío y se prometió a sí mismo que no volvería a hacer algo como lo de esta noche. Aunque dudó de que fuera un tipo de promesa de las que se pueden cumplir.

También se preguntó qué estaría pensando Xavier en esos momentos.

Pero en el coche, de vuelta hacia Cerdanyola, no hablaron sobre ética ni nada que se le pareciese, sino sobre lo que convenía hacer con los nuevos datos que acababan de lograr. Por eso, Samuel no tardó en parar el coche a un lado de la carretera para llamar a Manolo.

Le explicó el resultado: todo había ido según lo que predijo el guardia.

—Creo que le ha quedado claro que no tiene que hablar con nadie sobre nuestra conversación. O sea que mañana sigue ese juego y de paso me dices cómo reacciona.

—Bueno, ¿vas a decirme ya los tres nombres, o no?

—Claro. —Samuel sacó la servilleta de papel de su bolsillo—. Florencio Roca, Lázaro Costa y Severino Gálibo. A ver si mañana a primera hora, antes de que me reúna con la jueza, me dices ya los destinos y todo lo que puedas sobre ellos.

—El destino de uno de ellos puedo decírtelo ahora mismo: Lázaro Costa está en la Zona de Barcelona y es ayudante del capitán Ángel Laguna.

13

—Muy bien —dijo Lorena Rivas—, ahora que ya sabemos lo que pasó con Mamadou Sega, cuéntanos todo lo que se sepa sobre los tres guardias civiles.

A ella ya se lo había adelantado Samuel antes de iniciarse esta reunión en la que estaban también Xavier, Ibra, Eulàlia y el fiscal. Le había revelado que estaba recibiendo ayuda de un teniente de la Guardia Civil, pero nada le dijo sobre cómo obtuvo él los nombres de los tres guardias, más bien le dio a entender que toda la información había sido aportada por ese teniente.

—Lázaro Costa está en la Zona de Barcelona —respondió Samuel—. Casado y con dos hijos de quince y dieciocho años. Viven en la avenida Meridiana. Ahora es teniente, pero en el 2007 era sargento, lo que concuerda con la nota de Ibra en la que al Pálido lo menciona como sargento. —Samuel miró a Ibra y éste asintió con un movimiento de cabeza—. Pero no es rubio ni parece que sea especialmente pálido, y por tanto, ahí hay discordancias. Estuvo en Ceuta hasta mediados del 2014, de modo que durante todo el tiempo en que Hammed Benali estuvo en Tetuán coincidieron en la misma zona geográfica. En el 2007, Lázaro Costa tenía treinta y tres años. Lo más importante es que ahora está junto al capitán Ángel Laguna. Y recordemos que éste ha mostrado mucha inquietud cuando se ha enterado de que indagábamos sobre Hammed Benali en los entornos de la Guardia Civil.

Samuel miró a los demás, pero como nadie dijo nada siguió.

—Florencio Roca. En el 2007 era el mayor de los tres; tenía treinta y nueve años. Se casó en Ceuta y unos años después se divorció. No tiene hijos. Después de separarse, parece que pidió el traslado a su tierra natal y en el 2010 lo destinaron a una compañía de Teruel. Vive allí con una hermana diez años mayor que él en una casa un poco apartada de la ciudad. La única coincidencia que se da con las notas de Ibra es que es rubio, pero no se indica que sea pálido ni que lo fuera. Es bizco, aunque eso no nos sirve de nada. Ahora es capitán, pero en el 2007 era teniente, lo que tampoco concuerda con el mencionado en las notas de Ibra, que era sargento. Además, es difícil que coincidiera con Hammed, porque en el mismo año en el que a éste lo trasladaron a Tetuán, Florencio salió de Ceuta.

Samuel hizo una pausa.

—¿Y el tercero? —preguntó la jueza.

—Severino Gálibo. Vive en Barcelona, como Lázaro; en la calle Escudellers. No está casado. Es sargento, pero en el 2007 era cabo. Ahí hay una discordancia con las notas. Está en la compañía del puerto de Barcelona. —Samuel pensó: «Como Juan Pablo Lindo», pero de éste nada sabía la jueza y él se cuidó de no mencionarlo—. Su traslado de Ceuta a Barcelona se produjo a finales del 2014, de modo que estuvo en Ceuta durante todo el tiempo en el que Hammed Benali estuvo en Tetuán. Es el más joven de los tres guardias: en el 2007 tenía veintidós años. Ello hace pensar, por lo que explicó Aminata, que fue él quien se tiró al agua para intentar salvar a Mamadou Sega. Por tanto, difícilmente sería el mismo que le pinchó el flotador.

—O justo lo contrario —espetó la jueza—: se lo pinchó y, viendo que se ahogaba por su culpa, se lanzó al agua.

—Claro —dijo el inspector—, también podría ser así.

Se produjo otro silencio que los demás debieron interpretar como que Samuel había dicho ya todo lo que tenía que decir, puesto que, una tras otra, todas las miradas se volvieron hacia la jueza.

Y la jueza habló:

—Creo que, en el punto en el que ahora estamos, lo conveniente es contactar ya con la dirección de la Guardia Civil. Voy a comunicarles que investigamos a esos tres guardias y voy a pedirles información. Necesitamos su colaboración para encontrar indicios de cualquier tipo de conexión que esos guardias tuvieran con marroquíes, fueran militares o no, e identificar a todos los compañeros que tuvieran en el 2007 para tomarles declaración. Será un proceso bastante laborioso, porque se trata de gente esparcida por toda España. La Policía Nacional —dijo mirando a Xavier Domènech— deberá implicarse más para todo lo que tenga que hacerse fuera de Cataluña. Además, pondremos vigilancia a los tres guardias, comenzando por los que tenemos más cerca, Lázaro Costa y Severino Gálibo, e intervendremos sus teléfonos. Samuel, luego te preparo todas las órdenes. Ah, y por si tienes razón cuando dices que el capitán Ángel Laguna esconde algo, también a él le pondremos vigilancia.

Debatieron un rato sobre si convenía o no alertar ya a la Guardia Civil, pero al final prevaleció el criterio de la jueza. Después concretaron algunas cosas prácticas sobre la vigilancia y la intervención de los teléfonos de los cuatro guardias y, finalmente, Lorena le pidió a Ibra que leyera unas notas que traía. Samuel sabía que había encontrado tres nuevas notas porque Eulàlia se lo había dicho, pero también le dijo que a Ibra no le habían parecido muy importantes.

—Sí, bueno, dos no creo que sean muy útiles. La otra puede que sí —dijo el africano, al tiempo que separaba sobre la mesa los tres papeles que antes había tenido en la mano—. Se refieren a sueños o

pesadillas que a veces los pacientes me contaban. De éstas tengo muchas y es difícil saber a qué paciente corresponde cada una, pero estas tres podían ser de Hammed. Una seguro.

—Sí. Léelas, por favor —volvió a decir Lorena.

—Sí, claro. Leo primero las que no estoy seguro que sean de Hammed:

Yo sueño mucho con el desierto.
A veces la arena me ahoga.
No siempre son pesadillas.
A veces siento el calor de la arena.
Sí, a veces son pesadillas.
La arena cubría a mi hijo y desaparecía de mi vista.

Todos quedaron en silencio, como esperando algo más de Ibra.

—Bueno, ya dije que hay dos que no me parecían muy importantes. Pero creo que ésta es de Hammed por lo del desierto. La otra es parecida:

Creemos que somos como europeos.
A veces soñaba que vivía en Madrid.
Con el mismo calor.
El desierto llegaba hasta Madrid.
Veía cómo se ahogaban en la arena los que me perseguían.

Levantó la vista como diciendo «no hay más», pero nadie hizo comentario alguno.

—Creo que es de Hammed porque los demás pacientes que tuve sí eran europeos. Leo la tercera. Ésta sí es claramente de Hammed porque vuelve a mencionar al Canoso:

A veces sueño con ellos.
Los unos y los otros.
Soy yo quien machaca las manos al chico.
Me veo en el sitio del canoso.
Fue uno de los muertos.
Hemos hecho cosas parecidas.
Cuando el canoso venga a por mí, lo cuento.
Un día vendrá a por mí, estoy seguro.

—¡Joder! —exclamó el inspector Xavier Domènech, la misma exclamación que le había venido a la mente a Samuel—. «Un día vendrá a por mí», dice. Esto sitúa al Canoso como el principal enemigo de Hammed. Pero…

—Aquí hay algo que no cuadra —intervino el fiscal.

—Exacto —dijo Xavier—. Al Canoso lo habíamos ubicado en otros hechos distintos de los que afectaron a Mamadou Sega.

—Dos sacos, habíamos dicho. —El fiscal parecía estar haciendo dúo con Xavier en la interpretación de lo que acababa de leer Ibra.

Pero el inspector Samuel Montcada no necesitaba oír esas frases para saber que la última nota aportada por Ibra introducía un elemento de distorsión en la perspectiva que habían adoptado momentos antes, y eso le estaba produciendo cierto malestar. Lo más concreto que habían logrado hasta ahora era el nombre de tres guardias civiles que podían tener cuentas pendientes con Hammed Benali, pero ahora parecía que al que éste temía de verdad era a otro: al Canoso. Y de las notas anteriores habían deducido que el Canoso no estaba relacionado con la muerte de Mamadou Sega en el 2007, sino con otros hechos ocurridos después de septiembre del 2013.

—Hay que repasar de nuevo todas las notas anteriores —la jueza miró al técnico forense— para ver todo lo que hace mención al Canoso.

El inspector se las sabía de memoria, de modo que le aclaró la duda a la jueza.

—Más de una docena de muertos, en unos hechos sucedidos después de que trasladaran a Barcelona a Hammed Benali; es decir, después de septiembre del 2013. No había más menciones al Canoso, salvo que era gordo.

Lorena Rivas asintió, pensativa.

Pero la que habló fue la subinspectora:

—Quince muertos producidos en la playa del Tarajal de Ceuta en febrero del 2014. —Todos miraron a Eulàlia extrañados, como si estuviera cambiando de conversación—. El otro día, buscando información sobre Mamadou Sega, me tropecé con eso y pensé que Hammed podría haberse referido a esos hechos.

—Estamos especulando —dijo la jueza, visiblemente malhumorada.

Pero ella tampoco parecía que tuviese la solución para evitar las especulaciones, porque se quedó callada.

Todos se mantuvieron en silencio durante unos segundos.

—¿Hay más notas que tengamos que ver todavía? —preguntó la jueza directamente a Ibra Faye, levantando un poco la voz.

—No… No creo… No sé. Este fin de semana volveré a mirármelas una a una.

Samuel se percató de que Eulàlia miraba con encono a la jueza y con cierta conmiseración a Ibra.

—De momento, seguimos con la investigación de los tres guardias civiles, tal y como hemos dicho hace un momento.

Dijo algo más sobre la próxima reunión, que quería hacer el mismo lunes, y dio por terminada la sesión.

Todos se levantaron de sus sillas y el primero que se acercó a la puerta para desaparecer fue Ibra Faye, pero la jueza le cortó el paso y Samuel pudo oír lo que le dijo:

—Te agradezco mucho el esfuerzo que estás haciendo con esas notas. Nos son de gran utilidad, no lo dudes.

Había utilizado un tono suave, casi cariñoso, y al final le regaló una sonrisa. Parecía querer disculparse por el enojo que había mostrado un momento antes. Ibra también sonrió y volvió a prometerle que este fin de semana las repasaría a conciencia.

A las cuatro de la tarde, Samuel reunió a los miembros de su grupo de homicidios con la intención de hacer un repaso general de lo que tenían y repartir tareas. Él quería irse después a casa para estar con su hijo. Los viernes, además, solían ir al cine o ver una película en casa, y puesto que el día anterior lo había dejado solo cuando se fue con Xavier a emboscar a Juan Pablo Lindo, quería dedicarle la tarde. De modo que comenzó la reunión con el propósito claro de que no durara más de una hora y media. Explicó la historia contada por Aminata Awa Diallo y dio los nombres y la información sobre los tres guardias civiles.

—Vamos a comenzar de inmediato la vigilancia a Lázaro Costa y a Severino Gálibo, así como la intervención de los teléfonos de los tres guardias. También vigilaremos los movimientos del capitán Ángel Laguna y le intervendremos el teléfono. Desde la Central han hecho ya las gestiones con las compañías telefónicas. Es importante que los teléfonos queden intervenidos lo antes posible: tengamos en cuenta que a estas horas la jueza está hablando del asunto con la Guardia Civil, o ya lo ha hecho. Si alguien avisa de algo a cualquiera de los guardias por teléfono, hemos de enterarnos de lo que hablan. Tú coordinarás la vigilancia —le dijo a la subinspectora—, y tú, Bernat, junto con Ramón… Por cierto, Ramón, ¿no te jubilabas hoy?

—Hoy he cumplido sesenta y cinco años, pero tú ni siquiera me has felicitado. Me jubilo el último día de este mes.

—Joder, Ramón, perdona. Felicidades. Aunque tampoco veo que tú te hayas acordado de traer unas botellitas de cava.

—Están en el frigorífico —dijo Catalina.

—Vaya. No doy una —concluyó Samuel—. Pues venga, acabamos la reunión y lo celebramos. Decía que tanto a Lázaro Costa como a Severino Gálibo…

—Ese apellido está sonándome y no sé de qué —interrumpió Catalina.

—Sí, es un conocido terrorista de la ETA —dijo Ramón—, a quien nunca se localizó y por eso hay señales en las carreteras que dicen: «Control de Gálibo».

—Sí, es verdad —asintió Catalina—, lo he visto en algunas carreteras.

Samuel soltó una carcajada.

Eulàlia también sonrió y se dirigió a Catalina:

—Está tomándote el pelo. El gálibo es la altura de los puentes y los túneles.

—Viejo estúpido…

El reproche de Catalina tuvo tono de chanza y fue una muestra más del vínculo casi paternofilial que la unía con Ramón.

El inspector acabó de repartir las tareas. Después bebieron cava y Ramón siguió chinchando a Catalina.

14

El domingo fue soleado.

La comida que Samuel y su hijo iban a hacer en casa de Xavier para visitar su nueva morada acabó convirtiéndose en un encuentro de viejos amigos. Desde la tarde del viernes, Xavier había hablado con unas cuantas personas para invitarlas y finalmente fueron veinte los congregados. Cuando llegaron Samuel y Raúl, estaban ya algunos de ellos y no tardaron en aparecer todos los demás. Había tres compañeros, dos hombres y una mujer, de los tiempos en los que Samuel y Xavier estaban en la comisaría del Raval de la Policía Nacional, dos de los cuales hacía tiempo que ya no eran policías, y los acompañaban la mujer de uno de ellos, el marido de ella y tres hijos, un chico y dos chicas; estaban también dos amigos con los que años atrás Samuel y Xavier hacían recorridos en bicicleta, con sus dos mujeres y la hija de uno de ellos, además de una hermana de Xavier, su marido y la hermana de éste, a la que Samuel no conocía y le fue presentada al llegar.

La casa tenía un jardín bastante amplio. La mesa donde iban a comer estaba puesta dentro, pero de momento todos estaban en el jardín, charlando, bebiendo vino o cerveza y picando de unos entrantes que Xavier había dispuesto en una mesa exterior. Todos no: Raúl, junto con el hijo de Xavier y el otro chico, estaban dentro, frente al televisor y jugando con la PlayStation; y la hija de Xavier, junto con las otras tres chicas invitadas, se habían encerrado en su habitación. De modo que en el jardín sólo estaban los adultos y un pastor alemán que pasaba de un humano a otro, requiriendo sus caricias. O quizá lo que requería era algo de lo que ellos picaban, pero lo que recibía eran caricias.

Samuel charlaba con unos y con otros, tratando de enterarse de cómo iban las vidas de todos ellos, especialmente de los que hacía más tiempo que no veía. Se sentía a gusto en este ambiente y agradecía la idea que Xavier había tenido: realmente, necesitaba algo así con lo que evadirse un poco. Desde que vio el cadáver de Farid dentro de la piscina hacía ya casi dos semanas se había enfrentado a una de esas investigaciones que lo absorbían por completo, de las que se le incrustaban en el cerebro como si dejar de pensar en ellas supusiera perder hilos o conexiones que luego no se pudieran recobrar. Y más cuando, como ocurría en este caso, los hilos y las conexiones escaseaban y eran tan frágiles. Además, le interesaba pasar los fines de

semana entretenido, para no acordarse demasiado de todos los que durante más de un año había pasado con María. Ayer, sábado, pese a tener a Raúl consigo, la había echado de menos de forma bastante punzante.

A las dos y media, Xavier comenzó a poner chuletas de cordero y butifarras en la barbacoa, y no tardó en notarse un olor que excitó al pastor alemán más de lo que estaba y atrajo también el comentario de los humanos, que fueron entrando en la casa para ponerse a la mesa y empezar a servir las ensaladas. Samuel, en cambio, se quedó junto al cocinero para hacerle de pinche.

—¿Esa hermana de tu cuñado está casada, separada…?

—Es guapa, ¿eh? Se divorció hace un par de años, pero no tengo ni idea de cómo está ahora. Indagaré después un poco: le preguntaré a mi hermana.

—Bah, por mí no te molestes —dijo Samuel, triste.

—¡Venga ya! ¡No me jodas! A ver si vas a volverte un ermitaño. ¿O no sabes eso de que un clavo lo saca otro clavo?

—Mira quién fue a hablar. ¿Cuánto hace que no tienes…?

—¿Y a ti qué cojones te importa? Bueno, la verdad es que hace tiempo.

—Con esta casita…, más de una…

—No creas, antes de ver el envoltorio ven el contenido y no se animan.

—Ya. Me lo creo —dijo Samuel con sorna—. ¿Y a los chicos sigues teniéndolos sólo cada dos fines de semana?

—Eso ha cambiado un poco. El chaval ya tiene quince y la chavala diecisiete, y ahora deciden ellos. Hay semanas que están más días conmigo. Aquí se lo pasan bien.

—Y tú, para asegurarte de ello, les has puesto toda clase de artilugios: un ordenador para cada uno, Play, una buena conexión, supongo, etcétera.

—Pues sí. Antes se camelaba uno a los chavales diciéndoles que tenías un campo de fútbol o una piscina a dos pasos de casa y ahora hay que decirles que tienes cincuenta megas de conexión. Yo no tengo tantos, pero más que los que tienen en casa de su madre, o eso dicen ellos. ¿Cómo van las escuchas?

—He hablado antes con Eulàlia y me ha dicho que, por ahora, no hay nada de interés. No parece que nadie haya advertido a ninguno de los guardias de que estamos investigándolos.

Xavier retiró la primera tanda de chuletas, las colocó sobre una bandeja y puso más en la parrilla. Después dijo:

—Hablando de Eulàlia… ¿Has visto las miraditas que cruzan ella y el guapito africano que tenemos en el equipo?

—Tú también te has dado cuenta…

—Joder, ¡como para no darse cuenta! ¿Crees que hay algo entre ellos?

—No lo sé, yo no hablo de esas cosas con Eulàlia.

—Te advertí de que no debías despistarte. Ya se te han adelantado.

—Deja de tocarme los cojones con eso, ¿quieres? Ya te dije que nunca he tenido ese tipo de intenciones con Eulàlia.

—¿Sabes qué?: creo que estas chuletas tenemos que llevarlas adentro para que vayan comiéndoselas antes de que se queden frías.

—Ya las llevo yo.

—Y siéntate tú también a comer. Cuando retire estas otras, entro yo.

Así lo hizo Samuel. Entró, colocó la bandeja de chuletas sobre la mesa y se sentó al lado de uno de sus compañeros de bicicleta. Enseguida se pusieron a hablar sobre las excursiones que años atrás hacían y no tardaron en planificar un encuentro de fin de semana para hacer un recorrido por Collserola. Samuel conservaba aún su bici de entonces y no era una mala máquina.

Siguieron comiendo y conversando, algunos salieron fuera a fumar, después salieron casi todos a seguir charlando, más tarde comenzaron a irse los primeros y a las siete de la tarde quedaban sólo Xavier, sus hijos, Samuel y el suyo. La chica se había incorporado a la charla que mantenían los dos inspectores, pero los chicos seguían con la PlayStation. A esa hora, la conversación de los dos adultos se reducía a rememorar viejas anécdotas y la hija de Xavier parecía que disfrutaba oyéndolas.

A las nueve de la mañana del lunes, cuando el inspector Samuel Montcada se disponía a iniciar una reunión con los miembros de su grupo de homicidios, recibió una llamada que procedía de la Central de los Mossos d'Esquadra.

Le habló Pilar Truyol, la intendente de la División de Investigación Criminal.

—Ayer por la tarde hubo un crimen en Teruel. Un policía de los que han comenzado a investigarlo sabía algo del caso de Hammed Benali que llevamos nosotros y encontró semejanzas. A mí me ha llamado su jefe hace un rato.

—¿En Teruel? —El inspector se temió lo peor—. ¿Quién es la víctima?

—Un tal Florencio Roca. Un guardia civil.

Samuel sintió que se le debilitaban las piernas y que un cosquilleo le recorría todo el cuerpo. Intuyó en ese instante que el crimen había sido provocado por su investigación. Como si sus pesquisas hubiesen despertado a la fiera.

Ante el silencio del inspector, volvió a hablar la intendente:

—¿Ese guardia civil no será uno de los que estamos investigando?

—Pues sí, lo es.

—Uf, este caso se complica… Infórmate bien de lo que ha ocurrido.

—¿Qué más ha dicho el que ha llamado?

—Nada, pero me ha dejado el teléfono del policía que lleva el caso. Se llama Ignacio Iglesias.

La intendente le dictó el número y se despidieron. El inspector llamó de inmediato al policía de Teruel.

—¿Ignacio Iglesias?

—Sí, soy yo. ¿Con quién…?

—Samuel Montcada, inspector de los Mossos d'Esquadra.

—Ah, tú llevas el caso de Hammed Benali, ¿no?

—Sí, así es.

—Esperaba tu llamada. Ayer hubo aquí un asesinato que creo que te conviene conocer. Florencio Roca, un guardia civil.

—Sí, eso me ha dicho mi jefa. ¿Por qué crees que debo conocerlo? —El inspector no quiso desvelar que desde el viernes estaban investigando a Florencio Roca, y además, eso era algo que la policía de Teruel no tenía por qué saber. Debía de haber otras razones por las que Ignacio veía conexión entre los dos crímenes.

—Porque lo que le han hecho a Florencio Roca se parece un poco a lo que les hicieron a Hammed Benali y a su hijo, más que nada por lo del agua.

—¿Lo del agua?

—Bueno, yo veo algunas semejanzas, aunque quizá es una tontería. Si quieres te informo a última hora de hoy de lo que hayamos sabido ya.

—No, prefiero ir. Ahora. Vaya, si no os importa.

—No, claro, ven si quieres. ¿Ahora, has dicho?

—Sí, me pongo en marcha de inmediato. En unas tres o cuatro horas estoy allí. ¿Me dices dónde...?

—Sí, claro. Es una casa a las afueras de Teruel en la que la víctima vivía con su hermana. —Le dio la dirección que debía poner en el navegador—. Ella se llama Valentina Roca y ahora están tratando de reanimarla los sanitarios. Sólo ha podido decirnos algunas frases un poco incoherentes. La interrogaremos en cuanto comience a encontrarse mejor. Ha sido testigo del crimen.

—Te agradecería mucho que esperéis a que yo llegue. Me gustaría oír su versión desde el primer momento.

—¿Tú también crees que este crimen está relacionado con el de los marroquíes?

—Sí, puede estarlo.

—Pero si todavía no te he explicado cómo se lo han cargado.

—Hay otras razones. Te lo cuento cuando esté allí, ¿vale?

—Vale, no hay problema, te esperamos.

El inspector salió raudo del despacho y le dio una orden perentoria a la subinspectora:

—Al coche, rápido, que tú y yo nos vamos a Teruel. —Se dirigió después al sargento—. Suspendemos la reunión, pero te llamo ahora para explicártelo.

Eulàlia se puso al volante, anotó la dirección en el navegador y colocó la sirena sobre el techo. Cuando se alejaban de la comisaría, Samuel le expuso lo que acababa de saber y después llamó a la jueza.

—Hola, Samuel —saludó Lorena Rivas—. Yo también iba a llamarte, y supongo que ambos queríamos hablar de lo mismo.

—¿Te han explicado lo de Florencio Roca?

—Sí, acaban de llamarme desde el Servicio de Asuntos Internos de la Guardia Civil. El mismo coronel, por cierto, con el que yo había hablado para que hicieran la investigación sobre los tres guardias; sólo que el viernes estuvo amable conmigo y hoy me ha mostrado una mala leche descomunal: gritándome que quería saber con todo detalle por qué se investigaba a Florencio, que quería toda la información que tuviéramos… Poco menos que acusándonos del asesinato. He tenido que ponerlo en su sitio, pero no hay duda de que la situación es complicada.

—Joder —dijo Samuel, incapaz de decir cualquier otra cosa.

—Sí, eso, «joder». Si se han cargado a Florencio Roca es porque ha habido una filtración por algún lado, y eso tenemos que analizarlo bien. Pero ahora conviene que averigües todo lo que puedas sobre este asesinato.

—Estoy yendo con Eulàlia para Teruel.

—Bien. Me llamas en cuanto sepas más cosas. Adiós.

El inspector se guardó el teléfono, se retrepó en el asiento, soltó un bufido, miró a Eulàlia y dijo:

—La he cagado.

Ella lo miró de reojo, inquisitiva, a la espera de que Samuel continuara.

—No me preguntaste cómo obtuve de Juan Pablo Lindo los nombres de los tres guardias.

—Dijiste alguna cosa y ya preferí no saber más.

—Nos lo llevamos a un burdel, lo emborrachamos, lo engatusamos con cosas de machos y lo engañamos con una investigación inexistente. Cuando ya estaba medio atontado, nos soltó los nombres. En fin…

Ambos se quedaron pensativos.

—Pues eso va a ser un problema —dijo Eulàlia.

Sí, lo iba a ser, pensó Samuel. Suponiendo que Juan Pablo Lindo hubiera tenido algo que ver con el asesinato de Florencio Roca, podría

encontrar una forma fácil de escabullirse cuando alegara que hubo dos tipos que obtuvieron de su boca el nombre de Florencio y que necesariamente ellos eran los principales sospechosos. Y en el caso de que Juan Pablo no tuviera relación alguna con este crimen, al enterarse de que se había producido podría pensar que los que lo interrogaron en el burdel sí la tenían, y eso lo llevaría a explicar a sus superiores lo que pasó en ese antro. Al final, no tardaría en saberse que quienes lo engañaron en el burdel fueron Samuel y Xavier. Y esto significaba que… Que estaban jodidos.

Le explicó a Eulàlia tales pensamientos.

—Xavier y tú podríais acabar siendo investigados como sospechosos de este crimen —dijo ella.

—Joder —contestó, después de unos segundos de silencio—. Menos mal que tenemos dieciocho testigos de que ayer estuvimos todo el día en una barbacoa…

El inspector cerró un momento los ojos, pero no tardó en abrirlos para hacer otras llamadas a las que estaba obligado. La primera, al inspector Xavier Domènech, al que explicó lo que había pasado y le pidió que se pusiera en contacto con Ignacio Iglesias y, aprovechando que los dos pertenecían al mismo cuerpo de policía, le pidiera que le facilitara las cosas al máximo a él. También llamó al sargento Bernat Anclado para informarle y darle algunas instrucciones.

Al volver a guardar el teléfono, se le ocurrió algo que debería preguntar de inmediato a Ignacio Iglesias y volvió a llamarlo.

—Dime, Samuel.

Menos mal que este policía parecía un tipo amable, pensó el inspector.

—Hola, Ignacio. Hay un par de cosas sobre las que necesitaría saber algo enseguida: si habéis encontrado huellas de zapatos y también si habéis encontrado huellas de neumáticos. De un coche que no sea de la víctima, claro.

—Se lo pregunto a los de la científica, que andan por aquí, y te llamo. Quieres cotejarlas con huellas que encontrasteis en el caso de los marroquíes, supongo.

—Sí, supones bien.

—Vale. Ah, otra cosa: los sanitarios dicen que no podremos tomar declaración a Valentina Roca hasta las tres o las cuatro de la tarde, o sea que no hace falta que corras mucho.

Eso estaba bien, pensó Samuel: podría oír la versión de Valentina desde el principio.

15

Valentina volvió a mirar el reloj de la mesita de noche.

Las siete de la mañana. Hora de levantarse.

En eso poco importaba que fuera domingo o cualquier otro día de la semana, porque ella trabajaba todos los días por igual. La pequeña granja que mantenía no le daba tregua ningún día del año. Cada domingo pensaba en ello.

Por las mañanas, la casa siempre estaba muy fría en esta época del año, porque el fuego de la chimenea que había en el comedor iba extinguiéndose durante la noche. Florencio se quejaba a menudo de eso, y decía que ya era hora de instalar la calefacción, pero no decía que estuviera dispuesto a pagarla él, y ella no pensaba gastarse sus ahorros en ese tipo de cosas.

Remoloneó un poco en la cama. Quería aprovechar los últimos segundos, antes de apartar las cuatro mantas y someterse a la temperatura de la habitación.

Oyó pasos por el pasillo. Florencio se había levantado a orinar, pensó. Luego se volvería a dormir porque los domingos nunca dejaba la cama antes de las doce. Pero después le pareció que los pasos se oían abajo, en la cocina o el comedor, lo que le resultó más extraño. Finalmente decidió incorporarse, se calzó las zapatillas y se puso la gruesa bata que siempre dejaba a los pies de la cama.

Salió al pasillo.

—¿Florencio?

Nadie contestó. Sólo oía sus propias pisadas sobre el viejo suelo de madera que la casa tenía en toda la planta de arriba.

Encendió la luz del pasillo y vio que la puerta de la habitación de su hermano estaba abierta. Se asomó. La cama estaba deshecha, pero Florencio no estaba allí. Echó un vistazo al lavabo y también lo encontró vacío.

—¡Florencio! —volvió a decir, pero ahora gritando para que se oyera abajo.

Tampoco hubo respuesta. «¿Qué estará haciendo este hombre para no querer contestarme?», pensó.

Bajó las escaleras, entró a oscuras en el comedor y, cuando estiró la mano hacia el interruptor de la luz, unos brazos la envolvieron desde atrás. Dio un grito, pero de inmediato notó cómo le tapaban la boca y la nariz con un trapo que olía a…

Despertó con el cuerpo dolorido y se sobresaltó: enseguida se

percató de que se encontraba sentada pero incapaz de moverse porque su cuerpo estaba enganchado a una silla. Sintió miedo. Quiso gritar, pero no pudo. ¿Quién le había hecho esto? Estaba sola y completamente inmovilizada; una cinta gris envolvía su tronco y la enganchaba al respaldo de la silla, como también ataba sus piernas a una de las patas; la misma cinta, supuso, que rodeaba sus mandíbulas. Estaba en el comedor de su casa, colocada ante la puerta exterior, que se encontraba abierta. La luz del sol le hizo pensar que ya podía ser mediodía, aunque el frío seguía siendo intenso. ¿Por qué la torturaban de esta manera? ¿Había sido su hermano? Recordó que no estaba en su habitación a las siete de la mañana y que hacía ruidos en el comedor. Probablemente había sido él. Nunca fue muy buena persona y hacía tiempo que venía reclamando su parte de la herencia. Quizá estaba amenazándola; diciéndole de lo que era capaz.

Como la puerta estaba completamente abierta y ella se hallaba a un metro del marco, podía ver una amplia zona del exterior: parte del porche, un lateral del huerto, el cobertizo donde acumulaban aperos y un segmento de la acequia que pasaba a quince metros de su casa. ¿Dónde estaba su hermano? ¿Por qué la castigaba de esta manera? ¿Hasta cuándo iba a tenerla así? No acababa de entenderlo: últimamente apenas habían discutido, y ella siempre le tenía la comida preparada; casi podría decir que le hacía de criada; aunque lo cierto era que él nunca cambiaba ese gesto de persona mortificada con el que volvió de Ceuta. Divorciado, sin hijos, bizco, rozando los cincuenta años…

Cuando se orinó, dos horas después de haberse despertado, rompió a llorar de forma desconsolada y con profunda amargura. ¿Acaso la había abandonado ahí para que fuera muriéndose poco a poco? Pero tuvo que contenerse porque los mocos no la dejaban respirar.

De pronto levantó la cabeza y vio algo junto al cobertizo. Un hombre sentado en el suelo y recostado sobre la pared. Desnudo, con un flotador rodeándole el tronco y con las piernas enganchadas con la misma cinta que la envolvía a ella. La cabeza estaba caída hacia un lado, como si estuviera desmayado o muerto. No le veía la cara, pero aquel pelo rubio y escaso…

¡Era Florencio!

¡Dios santo! ¡Él estaba en la misma situación que ella! O peor: si aún estaba vivo no tardaría en morir de frío. Se compadeció de él y lloró de nuevo, pero tuvo que volver a contenerse para no ahogarse. Se percató de que ella y su hermano habían caído en manos de gente mala y cruel, y pronto llegó a la conclusión de que tenía que tratarse de gente relacionada con Florencio. Ella no llegaría a saber quiénes eran sus ejecutores ni las razones que habían tenido para hacer algo tan atroz. Seguramente estaba pagando por algo de lo que sólo tenía la

culpa su hermano. Si unos instantes antes había sentido compasión por él, ahora lo odiaba. ¡Maldito! Siempre fue el preferido de sus padres; siempre se llevó lo mejor. Ella sólo fue la sirvienta, que ni siquiera pudo casarse ni salir de casa. Él estuvo fuera mientras ella cuidaba a sus padres enfermos, y cuando murieron, también tuvo que ser ella la que se quedara para mantener la granja. Todo lo peor le tocó a ella.

Y ahora le pasaba esto por su culpa.

Maldiciéndolo todo, incluida a sí misma, llorando, a veces de dolor y otras de rabia, sufriendo un malestar cada vez más intenso por la inmovilidad en la que se encontraba, sintiendo a veces piedad y otras odio hacia su hermano, al que ya creía muerto, fueron pasando los minutos y sonando los cuartos en el reloj del comedor.

El cielo se había nublado y la tarde se había vuelto gris y aún más fría, cuando Valentina vio que su hermano comenzaba a mover el cuerpo.

Primero fueron unas pequeñas convulsiones, quizá producidas por el frío, después se incrementaron los movimientos espasmódicos, hasta que pareció volver en sí e incorporó un poco el tronco. En un pequeño giro que Florencio hizo con el cuerpo, Valentina vio que tenía las muñecas ligadas. Sus brazos pasaban por encima del flotador y acababan enganchados por la espalda con la misma cinta gris que envolvía sus piernas. Las sacudidas de su cuerpo se hicieron más fuertes y algunas parecían provocadas por él en un intento de zafarse de las ligaduras. Comenzó a hacer sonidos, que no llegaban a ser gritos porque la cinta que le rodeaba la boca los apagaba. Después empezó a mover el tronco a saltos contra el suelo, acaso intentando hacer estallar el flotador.

Entonces se oyó una voz.

—¡No haga eso, mi teniente!

Procedía del porche, pero Valentina no podía ver al hombre que había hablado. Puede que hubiera estado sentado junto a la puerta de la casa todo el tiempo que ella estuvo viendo a su hermano sin saber si estaba vivo o muerto.

De pronto apareció en el campo de visión de Valentina. Se alejaba de la casa para ir hacia donde estaba Florencio. Era alto y fuerte. Vestía cazadora de cuero, guantes y un pasamontañas, que estaba un poco levantado por la parte de la nuca y dejaba ver un pelo blanco.

Florencio se quedó inmóvil, mientras veía cómo ese hombre se le acercaba. Hasta que lo alcanzó, lo agarró por los brazos y lo arrastró hasta la orilla de la acequia.

Valentina sufrió un nuevo sobresalto: ¿iba a tirarlo así, desnudo, a la acequia? En ese punto, la acequia tenía unos tres metros de anchura y era profunda, suficiente como para cubrir a Florencio, aunque no se

hundiría porque llevaba un flotador puesto. El agua se estancaba ahí, porque había una pequeña esclusa hecha en tiempos inmemoriales con el objetivo de acumular agua para el regadío. Si lo tiraba ahí al agua, Florencio quedaría flotando sin verse arrastrado por la corriente y sin posibilidad alguna de salir, atado de pies y manos como estaba. Lo que ese criminal quería no era que se ahogara, era que acabara muriendo de frío: por eso le había puesto el flotador. ¿Le haría a ella lo mismo cuando hubiese acabado con Florencio?

Durante un rato no pasó nada. El encapuchado miraba a Florencio y éste, desde el suelo, lo miraba a él, haciendo sonidos guturales que podían ser súplicas y temblando de frío con sacudidas cada vez más violentas. Así pasaron unos diez minutos, hasta que el criminal le pegó un empujón con un pie y Florencio rodó hasta la acequia.

Valentina sintió el ruido del cuerpo de su hermano chocando contra el agua y un escalofrío le recorrió todo el tronco, como si la fría temperatura que estaba sufriendo hubiera bajado diez grados más de golpe. Desde su posición, sólo podía ver la parte superior de la cabeza de su hermano. Pero oía los sonidos que salían salvajes y ahogados de su garganta y el pequeño chapoteo que producía al moverse.

Ella, aterrada y desesperada, sólo pensaba en que al cabo de un momento también iba a encontrarse en la misma situación.

Pasaron otros diez o quince minutos en los que la escena apenas cambió: el encapuchado, muy quieto, miraba a Florencio, que seguía haciendo pequeños movimientos con el cuerpo muy cerca de la pared de la esclusa. Pero entonces el fornido comenzó a caminar y desapareció por un momento de la vista de Valentina. Cuando volvió a aparecer llevaba en la mano un palo.

Parecía una lanza, porque en un extremo tenía un cuchillo enganchado.

Se acercó a la orilla, le dijo algo a Florencio que Valentina no logró entender y dirigió su lanza hacia él. Ella pensó que iba a clavarle el cuchillo en la cabeza, pero el ruido que oyó le indicó que lo que había pinchado era el flotador.

A Valentina el corazón comenzó a golpearle con fuerza en el pecho mientras veía que la cabeza de su hermano se movía con más furor y que los sonidos que salían de su garganta eran más estridentes.

Hasta que dejó de ver aquella cabeza y desapareció todo sonido.

El encapuchado siguió mirando la escena durante unos minutos. Después se volvió hacia la casa, entró y se colocó detrás de Valentina.

Ella volvió a orinarse y comenzó a hacer los mismos sonidos que le había oído a su hermano. Quería implorar misericordia, pero no le salían las palabras.

Sin embargo, lo que el hombre hizo fue cortarle la cinta que le envolvía la boca. Ella dio un grito y entonces sí pudo empezar a

suplicar clemencia, pero enseguida volvió a notar sobre su nariz y su boca aquel trapo que tenía un olor extraño…

16

Llegaron a Barcelona de vuelta de Teruel a las cuatro de la mañana. El inspector Samuel Montcada dejó primero a la subinspectora Eulàlia Planells en la puerta de su casa y después se fue a la suya. Antes de despedirse de Eulàlia, Samuel le dijo que descansara y no pretendiera estar a las nueve en la comisaría, aunque él sí tenía intención de ser puntual porque le esperaba un día largo.

Ya en la comisaría, a las nueve en punto, llamó a la jueza Lorena Rivas y le explicó lo que su viaje a Teruel le había permitido saber. Ella hizo unas reflexiones sobre cómo hacer las cosas para que el caso, incluido el asesinato de Florencio Roca, siguiera íntegramente en manos del juzgado y los investigadores que ahora lo llevaban.

—Dadas las pruebas que han aparecido en la escena del crimen de Teruel —añadió la jueza—, voy a formalizar un exhorto con el juzgado de allí para hacer yo la instrucción y que tú dirijas la investigación completa. Ya veremos cómo lidiamos el asunto con la dirección de la Guardia Civil.

A las diez, aprovechando que Xavier Domènech acababa de llegar a la comisaría de Les Corts para hablar con Samuel, y que Eulàlia no le había hecho caso y estaba en la comisaría desde las nueve, el inspector convocó una reunión de los miembros de su grupo de homicidios más el inspector de la Policía Nacional. Antes, charló un rato con él sobre las consecuencias que podría tener que Juan Pablo Lindo se fuera de la lengua y planteara a sus superiores la posibilidad de que los asesinos de Florencio Roca fueran los dos policías que lo engañaron el jueves pasado.

En la reunión, Samuel hizo primero un repaso general y luego se centró en los últimos descubrimientos.

—Podemos dar por hecho que el asesino de Florencio Roca es el mismo que el de Hammed Benali. En la casa de Valentina Roca había unas huellas de neumáticos y otras de zapatos que eran idénticas a las que encontramos en la casa de la piscina. Además, la cinta adhesiva gris, con la que enganchó a Florencio y a Valentina, también es igual a la que usó con Hammed y su hijo Farid, y la forma de envolverlos es similar.

—Y la forma de matarlos tampoco difiere mucho —agregó Eulàlia —. El agua…

—Efectivamente, el ahogamiento es el método que el asesino elige en ambos casos. Cabe añadir que en su segunda acción sólo quiso

matar a Florencio, porque cuando acabó con él se dirigió a su hermana Valentina, la anestesió por segunda vez y le cortó las cintas con las que la había enganchado a una silla.

—Lo más intrigante es el parecido que tiene la forma de matar a Florencio con la forma como se cargaron a Mamadou Sega —dijo el inspector Domènech.

—Sí, eso es lo que quería dejar para el final. Ahora lo analizamos, pero antes querría señalar un par de cosas más. Según Valentina, el asesino sólo dijo cinco palabras: «No haga eso, mi teniente». No dijo capitán, que es lo que ahora era. Ello puede indicarnos que el asesino conocía a Florencio de los tiempos en los que tenía grado de teniente.

—Por ejemplo, de los tiempos en los que mataron a Mamadou Sega —dijo Xavier.

—Por ejemplo —asintió Samuel—. Y la segunda es que le dice «*mi* teniente», lo que indica una posible pertenencia o un vínculo con el mundo militar. Alguien que no tiene lazos con lo militar, probablemente diría sólo «teniente» o lo hubiera llamado por su nombre.

El inspector Montcada hizo una pausa para que todos entendieran la importancia de lo que acababa de decir. La subinspectora dijo:

—Seguimos teniendo a los guardias civiles en el punto de mira.

—De momento, sí. Eso creo yo. Y también lo cree la jueza Lorena Rivas. Bien, otro dato a considerar es que Valentina Roca dice haber visto el pelo del asesino asomando bajo el pasamontañas, y era blanco.

—El Canoso —aventuró la cabo Catalina Vergés.

—Sí, ahí tenemos una coincidencia con ese personaje que aparece en las notas de Ibra Faye y que habíamos vinculado con otros hechos producidos unos años más tarde de lo de Mamadou Sega.

Nadie dijo nada durante unos segundos.

—Y creo que la importancia de las notas de Ibra ha quedado reforzada —continuó Samuel—. Como ha dicho antes Xavier, Florencio Roca ha tenido el mismo final que tuvo Mamadou Sega: los dos mueren porque les pinchan el flotador, aunque Mamadou se ahoga porque no sabía nadar, mientras que Florencio se ahoga porque no podía hacerlo.

—Hay una carga simbólica claramente intencionada —agregó la subinspectora—, como la hubo en la forma de asesinar a Hammed y a su hijo. Y vuelve a apreciarse especial crueldad: se hace saber a las víctimas cómo será su final para intensificar su sufrimiento.

—Así es —dijo Samuel—. Pero volviendo a la coincidencia que estaba señalando, lo que quiero remarcar es que el asesinato de Florencio Roca evidencia un vínculo claro con lo que Hammed Benali decía sobre esos guardias civiles a los que consideraba enemigos: Florencio ha sido asesinado justo cuando nosotros hemos sabido que

participó en el homicidio de Mamadou Sega y habíamos comenzado a investigarlo. Alguien ha querido que Florencio Roca no pudiera explicar alguna cosa, y esa cosa está relacionada con Hammed Benali.

—Eso tiene lógica —dijo Xavier—, pero si querían tapar la boca a Florencio no veo por qué tuvieron necesidad de darle la misma muerte que tuvo Mamadou Sega.

Todos se quedaron callados. El cabo Ramón Giménez abrió los labios y adelantó el tronco como si fuera a hablar, pero no lo hizo. Samuel lo animó.

—¿Ibas a decir algo, Ramón?

—Sí… Puede que, al asesinar a Florencio de esa manera, el asesino haya querido enviar un mensaje o una advertencia a otros. Algo así como: «Lo que pasa en la frontera, se queda en la frontera». Quizá pensó que si supimos quiénes fueron los tres guardias que participaron en el homicidio de Mamadou Sega fue porque uno lo dijo; quizá creyó que el chivato había sido Florencio.

Sí, eso tenía sentido, pensó Samuel. Iba a decir algo, pero se adelantó Catalina.

—Florencio Roca seguía en Ceuta en el 2014, ¿no? Puede que quien haya querido taparle la boca haya sido alguien relacionado con los otros hechos de los que hablaba Hammed, y ahí tenemos al Canoso. Y canoso es el tipo que ha asesinado a Florencio.

—Sí…

Samuel Montcada tuvo en ese instante la impresión de que estaban especulando. Quizá las cosas no eran como se perfilaban con todos estos razonamientos, pero apartó esa idea y planteó lo que había pensado antes de iniciarse la reunión:

—Como dice Catalina, tendremos que investigar esos hechos en los que hubo más de doce muertos. Tú, Eulàlia, dijiste que pueden referirse a los quince muertos que hubo en la playa del Tarajal de Ceuta en febrero del 2014, ¿no?

—He buscado otras posibilidades y no las he encontrado. Creo que Hammed Benali se refería a esos hechos.

—¿Y se sabe quiénes fueron los guardias civiles que participaron?

—Sí —respondió Eulàlia—. Hubo dieciséis guardias imputados, aunque la jueza de instrucción sobreseyó el caso. Lo que no se sabe es lo que hizo cada uno, porque todos declararon más o menos lo mismo: que las pelotas de goma no las dispararon hacia los inmigrantes, que se ahogaron porque ellos se amontonaron en el agua, etcétera. De las notas de Ibra se deduce que el Canoso machacó las manos a uno de los inmigrantes, pero eso no ha aparecido en la investigación.

—Necesitamos saber quién es el Canoso —sentenció Xavier—. No hay que olvidar que Hammed lo identificó como su mayor enemigo al decir «un día vendrá a por mí». Si esos dieciséis guardias están

identificados, podemos averiguar quién es canoso y gordo. Hammed también lo identifica como gordo.

A Samuel se le ocurrió volver a requerir los servicios del teniente de la Guardia Civil para que averiguara los datos físicos de esos dieciséis guardias, pero no sabía con qué ánimo estaba Manolo después de que la encerrona a Juan Pablo Lindo hubiera acabado con la muerte de Florencio Roca. En cualquier caso, más pronto que tarde tendría que enfrentarse a una conversación con él.

—Bueno, vamos a ir concluyendo —dijo Samuel—. Intentaremos averiguar todo lo que podamos sobre esos dieciséis guardias. A ver qué tenéis vosotros en la Policía Nacional, Xavier; pero tú, Eulàlia, dedícate también a eso. Además, no hay que olvidarse de Severino Gálibo y de Lázaro Costa, que participaron con Florencio Roca en el homicidio de Mamadou Sega, sobre todo del segundo, que seguía en Ceuta en febrero del 2014; aunque ninguno de los dos ha podido asesinar a Florencio Roca, porque han estado vigilados desde el viernes. Y, por último, convendría dar con algún testigo de los hechos del Tarajal. Quizá Babacar pueda encontrarnos alguno, ¿no, Eulàlia?

—Sí. Le pediré a Ibra que vuelva a hablar con él.

El inspector asintió y después repartió algunas tareas más. Catalina y Bernat tenían que ayudar a Eulàlia en la búsqueda de información; Ramón debía seguir en contacto con Jamal Fadel y averiguar si él, o su primo Hammed, o algún otro marroquí habían mantenido contacto de cualquier tipo con Severino Gálibo, con Lázaro Costa o con Ángel Laguna; y todos tenían que repasar bien las pesquisas y, sobre todo, las declaraciones tomadas para ver qué cosas cabía repetir o faltaban por hacer.

Samuel comió solo, pese a que su intención fue volver a invitar a Manolo González, porque cuando lo llamó su móvil estaba apagado o no tenía cobertura, pero cuando estaba en el postre recibió la llamada del guardia civil y quedaron en verse a las diez de la noche en la coctelería Boadas. Al inspector no le gustaba mucho ese sitio, porque era tan pequeño que resultaba difícil mantener una conversación sin que otros clientes se creyeran con derecho a participar en ella, pero su amigo parecía dispuesto a cobrarse la información que le daba a base de dejarse invitar en restaurantes y bares caros. A este paso, pensó Samuel, más le valdría quedarse las facturas de estas invitaciones para ver si podía cobrarlas de alguna manera. Pero lo que le satisfizo fue que Manolo se mostrara simpático, lo que quería decir que no culpaba a Samuel de la muerte de Florencio Roca y que Juan Pablo Lindo aún no se había ido de la lengua.

O quizá Manolo reservaba sus baterías para después de haberse tomado unos cócteles.

17

Manolo González estaba ya dentro de la coctelería cuando llegó Samuel y tenía en la mano un cóctel del que sólo quedaba medio vaso. Un Vodka Collins, dijo que estaba tomándose, y sin preguntar al inspector pidió otro para éste al camarero. A Samuel sólo le quedó opción a decir que se lo hiciera con poco vodka. El bar se encontraba lleno de gente.

—Aquí poco vamos a poder hablar —dijo el inspector, después de dar un trago largo a su bebida.

—Aquí no vamos a hablar —respondió el teniente de la Guardia Civil—. Vamos a beber. Sólo a beber.

Lo dijo como si estuvieran iniciando una larga sesión en la que se irían sucediendo un cóctel detrás de otro. Caro iba a salirle esto, pensó Samuel.

—Pero hablar, tenemos que hablar —continuó Manolo—. Salimos luego fuera y nos damos un paseo hasta el puerto.

¿Iba a tirarlo al mar?, se preguntó Samuel. Manolo hablaba vocalizando bien, separando las palabras, con gesto duro y con el tronco bien estirado, cual gallo que se prepara para la pelea.

—¿Vienes mucho por esta coctelería? —preguntó el inspector con la intención de charlar de algo ligero hasta que hubieran salido del bar—. Yo hacía muchos años que no la pisaba.

—Yo vengo cuando mi bolsillo me lo permite, pero hoy no va a ser mi bolsillo el que sufra.

Y tras esas palabras, se acabó lo que quedaba en su copa y llamó al camarero para pedir un nuevo cóctel.

—O sea que me toca pagar a mí todas las rondas, ¿no? Espero que no te animes mucho.

—¿Crees que la información que te di vale poco? Después de lo que ha pasado, además, el precio ha subido considerablemente. Y me temo que si me llamaste es porque quieres algo más. Para la próxima paella tengo echado el ojo a otro restaurante. Tampoco será barato, ya te lo digo yo.

Samuel asintió, resignado. Manolo trataba de dejar claro que la información que le daba se la cobraba a base de comidas y bebidas, aunque los dos sabían que él nunca se la hubiera dado sólo por estas invitaciones; si lo hacía era por la deuda que tenía con él por lo que hizo por su hijo ocho años atrás; pero al hablar de *las invitaciones* evitaban que Samuel tuviera que reconocer que estaba cobrándose

aquella deuda. De modo que el inspector, en última instancia, agradecía este juego. Sólo lamentaba su coste económico.

No hubo más rondas. Samuel pagó, salieron y comenzaron a pasear Ramblas abajo, hacia el puerto, como había dicho Manolo. Las Ramblas también estaban llenas de gente, pero se podía pasear sin temor a que la conversación fuera del dominio público; únicamente había que sortear de vez en cuando a los grupos de turistas que taponaban el paso estancados frente a los quioscos.

—Explícame cómo es que te paso la información sobre Florencio Roca y dos días después aparece muerto —inquirió Manolo de sopetón, cuando ya habían sobrepasado el Liceo.

—No hay mucho que pueda explicarte. Si yo supiera lo que ha pasado, quizá tendría ya resuelto el caso.

—¿El caso? ¿Qué caso? ¿El de los moros ésos? ¿El de mi compañero asesinado?

—Joder, Manolo.

—Ni joder, ni hostias. Yo te doy los datos de Florencio y alguien se lo carga. ¿Qué cojones ha pasado ahí? ¿Sabes que me has hecho cómplice del asesinato de un compañero?

—¡Déjate de chorradas, Manolo!

—¿Chorradas? ¡¿Un compañero fiambre es una chorrada?!

—Ni tú ni yo tenemos la culpa de lo que ha pasado, o sea que…

—¿Ah, no? ¿Te crees que soy…?

—Vamos a ver, Manolo, escucha bien: la jueza que instruye el caso habló con tus jefes de Madrid para desarrollar la investigación sobre los tres guardias, de modo que, desde el viernes, había más gente que lo sabía. Ha podido haber una filtración desde Madrid; o Juan Pablo Lindo ha podido decirle a alguien que había delatado a sus tres compañeros; o…

—O tú te has ido de la lengua con quien no debías.

—¡O tú, no te jode!

Los dos se quedaron unos segundos callados y con gesto avinagrado. Manolo soltaba pequeños bufidos y movía la cabeza. Samuel pensó que tenía que reconducir esta conversación ya que debía pedir al guardia que siguiera proveyéndolo de datos y si seguían así iba a ser muy difícil hacerlo.

—Lo que ahora necesitamos es tener la cabeza bien fría —dijo el inspector—. ¿Tú sabes si Juan Pablo Lindo ha podido hablar con alguien…?

—Ah, no, conmigo ya no cuentes. Yo me bajo de este barco.

—No puedes bajarte cuando ya está navegando. O sea que vamos a serenarnos, que yo sigo necesitando tu ayuda.

Nuevo silencio. Samuel insistió:

—Tu ayuda es ahora muy importante, Manolo.

—Seguís creyendo que tanto a los moros como a Florencio se los ha cargado alguien de dentro de la Guardia Civil, ¿no?

El inspector no podía contestar claramente a esa pregunta, pero se quedó callado e hizo un leve gesto de asentimiento cuando notó que el teniente lo miraba.

—¡Joder! —concluyó Manolo.

Cuando pasaban a la altura de la plaza Real, el guardia propuso entrar y tomar una cerveza en el Glaciar. Hacia allí se dirigieron y durante unos minutos no hablaron de crímenes ni nada que se le pareciese. Encontraron una mesa dentro, se sentaron y Samuel echó un vistazo a su alrededor; también hacía bastantes años que no visitaba este bar de encanto modernista al que había acudido con frecuencia en los tiempos en los que trabajaba en la comisaría del Raval.

Tras los primeros tragos de cerveza, el inspector volvió a la carga.

—Necesito saber cómo ha reaccionado Juan Pablo Lindo a la emboscada que le tendimos el jueves pasado. ¿Contigo cómo…?

—Está cagado, creo yo. El viernes hice lo posible por verlo y di con él por la tarde. Le dije: «Qué, echarías un buen polvo, ¿no?», «Vaya par de cabrones esos dos polis, ¿eh?», y cosas así. Y él, con una risilla estúpida, me siguió el juego y me dijo que erais dos tíos cojonudos.

—Pero ¿ha podido hablar con alguien de lo que pasó?

—No lo creo. De ser así, me habría mencionado a mí, y yo habría notado algo raro a mi alrededor. No creo que esa filtración que dices venga de ahí.

—Estate al tanto.

Charlaron un poco más sobre Juan Pablo Lindo y después la conversación giró en torno a Lázaro Costa y al capitán Ángel Laguna. Manolo no había advertido ningún gesto ni movimiento extraño en estos dos oficiales que estaban en la Zona con él. Lázaro Costa ni siquiera había hecho comentarios sobre la muerte de Florencio Roca, o al menos Manolo no los había oído. Finalmente, el inspector planteó sin rodeos la demanda que más le interesaba.

—Necesito información sobre dieciséis guardias civiles.

—¿Cómo? ¿Dieciséis? ¿Y cuántos van a palmarla esta vez?

—Venga, Manolo, no empieces de nuevo.

El teniente iba a decir algo, pero en lugar de hablar bebió un trago con el que se acabó su cerveza. Después dijo:

—¿Qué quieres saber?

—Dónde están ahora y, sobre todo, sus características físicas: color de pelo, estatura, gordura, ese tipo de cosas.

—¿No te digo yo? Lo mismo que me pediste sobre los otros tres.

—Pues sí, lo mismo.

—Venga, dame los nombres de esos guardias, antes de que te

mande a tomar por el culo.

Samuel le tendió el papel que llevaba preparado.

El miércoles por la mañana, Ramón Jiménez recibió una llamada telefónica que explicó de inmediato a Samuel Montcada. Aún tenía el móvil en la mano cuando entró en el despacho de su jefe.

—Jamal Fadel dice que quiere vernos —dijo el cabo, mostrando el móvil al inspector, como si aún estuviera caliente por la llamada recibida—. Me ha telefoneado desde un móvil que le han dejado porque dice que el suyo puede estar pinchado.

—¿Pinchado? ¿Por quién?

—No lo sé. Dice también que cree que están siguiéndolo y que debemos tomar algunas precauciones antes de encontrarnos con él.

Al inspector esto le sonaba muy raro, y además no tenía muchas ganas de salir ahora de la comisaría, pero optó por levantarse de la silla, coger la parka y preguntarle a Ramón cuáles eran esas precauciones que Jamal Fadel había pedido. El cabo se las explicó mientras salían de la comisaría y se dirigían hacia el metro.

Se bajaron en la estación Liceu y se internaron por la calle Nou de la Rambla hacia el interior del Raval. Llegaron hasta un bar que por su aspecto debía de estar ya ahí mucho antes de que Samuel fuera policía en este barrio, aunque él no lo recordaba. «Bocadillos y platos combinados», rezaba el rótulo debajo del nombre. Dentro, nadie comía ningún bocadillo y sólo había dos viejos sentados, cada uno en una mesa y tomándose sendos carajillos, o quizá eran cafés largos. Ramón y Samuel se sentaron a la barra y pidieron dos cortados. El inspector pagó y se los fueron tomando sin que nadie apareciera por allí para darles instrucción alguna; pero, de pronto, como salido del interior del bar o aparecido de la nada, un chico de aspecto magrebí pasó a su lado y les dijo, de forma casi inaudible, que lo siguieran.

Ellos salieron unos segundos después que el chaval y caminaron detrás de él a una distancia de unos veinte metros. Tales eran las instrucciones que había dado Jamal.

Giraron a la derecha para entrar en la calle Sant Ramon y volvieron a hacerlo para caminar por la calle Sant Pau. Seguían al chico tratando de no perderlo de vista porque había mucha gente por esta calle estrecha y peatonal, hasta que lo vieron meterse en un portal. Ellos hicieron lo mismo, se internaron por un pasillo oscuro y, al fondo, encontraron una puerta abierta. La cruzaron y avanzaron por otro corredor, pero ya no vieron al chaval, por lo que el inspector temió que pudieran haberse equivocado de camino en algún punto. Quizá deberían haber subido por la escalera en lugar de cruzar esa puerta. Sin embargo, otra puerta se abrió y el mismo chico les hizo un gesto para que avanzaran.

Enseguida se encontraron en lo que parecía un gran almacén bien iluminado y lleno de estanterías con mantas, paquetes de sábanas, anoraks, pantalones, camisas, cajas de ropa interior, cortinas, toallas… Había estanterías por las paredes y también por toda la superficie interior, de modo que avanzaron por los pasillos que quedaban entre ellas. Al hacer un giro, se abrió ante ellos un espacio libre de anaqueles, alfombrado y con cinco sillas y una mesa pequeña en medio.

Allí estaba Jamal Fadel, con una tetera preparada y tres vasos sobre la mesita. El chico que los había guiado desapareció.

—Buenos días, inspector. Buenos días, Ramón.

Ellos también saludaron y estrecharon la mano del marroquí, que lucía una amplia y afable sonrisa.

—Qué bien huele ese té de menta —dijo Samuel.

—Sí… Perdonad que os haya hecho tomar estas precauciones para que pudiéramos vernos de nuevo. Debéis de suponer que son manías de espía.

Samuel lo había pensado, pero dijo que no importaba. Jamal comenzó a verter el té sobre los vasos.

En los primeros minutos, mientras iban tomando el té a pequeños sorbos, hablaron sobre el almacén en el que se hallaban. Era la trastienda de un comercio que daba a la calle Sant Pau, pero la puerta por la que los policías habían accedido estaba a más de diez metros de la entrada del comercio, de modo que nadie que estuviera vigilando esta entrada habría reparado en las personas que entraban por la otra. El comercio era de un amigo de Jamal. De toda confianza, dijo.

—Bueno, ¿qué es eso que querías explicarnos? —preguntó Ramón tras una pausa en la que los tres habían bebido de sus vasos.

Jamal Fadel adelantó el tronco, pero antes de hablar volvió a llenar los tres vasos.

—¿Os dije que sigo teniendo buenos contactos en los servicios de inteligencia marroquíes? Yo había notado que alguien me seguía. Como espía, tuve formación para detectar esas cosas y mantengo algunos hábitos de vigilancia que quizá se han convertido ya en manías pero que esta vez me han sido útiles.

Se calló unos instantes, pero los policías lo siguieron mirando a la espera de que continuara.

—Indagué a través de mis contactos y logré saber que estaban siguiéndome agentes de la DST. ¿Sabéis que la DGED, a la que yo pertenecía, son los servicios de inteligencia del ejército, y la DST son los del Ministerio del Interior?

—¿Actúan los dos fuera de Marruecos? —preguntó el inspector.

—Sí, claro. Y a veces no se coordinan muy bien. Pasa lo mismo con la inteligencia y los cuerpos de seguridad españoles.

Samuel asintió.

—A partir de ahí, traté de indagar un poco más y supe que tanto la DGED como la DST están investigando por su cuenta los asesinatos de mi primo Hammed y su hijo.

—Investigando por su cuenta… —repitió el inspector, pensativo—. ¿Eso qué puede suponer?

—Puede suponer muchas cosas, pero ¿qué es lo mejor que saben hacer los servicios de espionaje?: ocultar cosas. Según lo que descubran, quizá quieran ocultarlo. O acaso lo que están haciendo, con el pretexto de una investigación, sea ya un intento de ocultar algo.

En ese instante, Samuel pensó en el asesinato de Florencio Roca. ¿Formaba parte de un trabajo de ocultación relacionado con lo que Jamal estaba diciendo? ¿Habían matado a Florencio esos agentes secretos que investigaban el asesinato de Hammed Benali para que no contara algo relacionado con este asesinato? Pero enseguida se contestó que tal cosa no tenía sentido, ya que el asesino de Florencio era el mismo que el de Hammed y su hijo.

—¿Por qué piensas que pueden intentar ocultar algo? También es posible que simplemente quieran averiguar quién asesinó a su agente.

—Es posible. Pero mi informador me dijo que la noticia de la muerte de Hammed Benali desató algo de nerviosismo entre algunos mandos. Él mismo me sugirió que yo tuviera cuidado. Eso fue hace tres días, pero ayer noche me llamó para darme un dato que yo no sabía.

Jamal Fadel miró alternativamente a los dos policías, como para asegurarse de que le prestaban buena atención.

—Mi primo Hammed Benali había sido nombrado, hace unos meses, algo así como coordinador en Cataluña de la lucha contra el yihadismo violento. ¿Qué hacía? Pues coordinar a todos los agentes marroquíes, fuesen de un servicio o del otro. Y algo más: era el encargado de enlazar con los servicios de inteligencia españoles en lo relacionado con lucha antiterrorista en Cataluña.

Hizo una nueva pausa y cogió su vaso de té. Se lo llevó lentamente a los labios.

Samuel sintió cierto malestar. Todo esto que Jamal desvelaba estaba situado en un terreno que no era el que los Mossos estaban trillando para investigar el asesinato de Hammed y su hijo Farid, y mucho menos el de Florencio Roca. Era, además, un terreno difícil de abarcar para el inspector de homicidios de Barcelona. Y resultaba casi imposible saber si las funciones de Hammed como agente secreto marroquí tenían algo que ver con su asesinato. Pero Jamal les hablaba de hechos reales, que no podían obviar, cuando, por otra parte, toda la investigación estaba cogida con alfileres y no había una línea sólida que anunciara una solución clara de los crímenes. Nada podía dejarse

de lado estando la investigación como estaba.

—Una cosa más —dijo Jamal—: el agente o colaborador de los servicios españoles, del CNI, con el que mi primo estaba en contacto es un guardia civil.

Todos los músculos se le pusieron en tensión a Samuel. Él y Ramón cruzaron una expresiva mirada. Los dos adelantaron un poco el tronco hacia Jamal. Los mohínos pensamientos que habían invadido al inspector un instante antes desaparecieron como volatilizados.

—¿Y sabes quién es ese guardia civil?

—Sí, un oficial que está en la Zona de Barcelona. ¿Queréis saber su nombre? —dijo, mientras sacaba un papel del bolsillo derecho de su chaqueta.

Por muy aficionado que fuera Jamal a las preguntas retóricas, esta vez el inspector la contestó:

—Sí, claro.

Jamal leyó el papel.

—Ángel Laguna. Es capitán.

18

El inspector Samuel Montcada llevaba un rato retrepado en la silla de su despacho, con las manos entrelazadas detrás de la nuca y mirando al techo. Seguía preguntándose qué importancia podía tener lo que Jamal Fadel les había dicho. Lo había discutido con el cabo Ramón Jiménez mientras volvían del Raval sin que ninguna idea clara hubieran sacado entre los dos. Ahora entendía, eso sí, la inquietud del capitán Ángel Laguna cuando supo que el teniente Manolo González iba a hablar con él sobre el marroquí asesinado. Laguna, además, había ocultado a los investigadores que conocía a Hammed Benali. ¿Por qué? ¿Sólo para que no se airearan chismes de los servicios de inteligencia?

Fuera como fuese, lo que tocaba hacer era tomar declaración al capitán de la Guardia Civil. Llamó a la jueza Lorena Rivas, le explicó lo que acababa de saber y le hizo la propuesta. Ella estuvo de acuerdo.

Unos segundos después de dejar el teléfono, entró la subinspectora en el despacho.

—Hola, jefe.

—Hola, Eulàlia. Tengo que explicarte una cosa.

—¿Lo de Ángel Laguna? Ya me lo ha contado Ramón. Nos hemos encontrado abajo. Yo también tengo algo. He hablado con el presidente de la Asociación de Senegaleses.

—¿Por teléfono o lo has visto…?

—He estado con él en un bar de Sants. Hemos charlado largo y tendido sobre lo que pasó en la playa de Ceuta en febrero del 2014. Babacar conoce bien los hechos porque se los han contado dos de los supervivientes. No es que me haya explicado muchas más cosas de las que ya habíamos visto por Internet, pero, oído por boca de alguien, el relato resulta escalofriante. —Eulàlia perdió la vista en un rincón del despacho por unos instantes.

—Me hubiera gustado oír ese relato, sí.

—Podrás hacerlo. Va a facilitarnos una entrevista con uno de los supervivientes. Se llama Lamine Diop, es senegalés, está en situación irregular y vive en una de esas naves ocupadas que están por el Poblenou o cerca de allí, y que además de servirles de techo les sirven de almacén para la chatarra que recogen.

Samuel asintió con la cabeza y sonrió. No cabía duda de que Eulàlia tenía dotes persuasivas. Conseguir que le facilitaran la entrevista con un inmigrante en situación irregular no hubiera sido fácil para ningún

policía. Pero Eulàlia era especial, y quizá Babacar había detectado esa alma solidaria y antirracista que ella tenía, no muy común en los cuerpos policiales. O acaso era el vínculo que estaba desarrollando con Ibra Faye lo que le había allanado el camino.

El inspector se atrevió a soltarle una indirecta:

—Ya me dirás cómo te lo has hecho para conseguir tal cosa.

—No he sido yo. Has sido tú.

—¿Cómo?

—Me lo ha dicho Babacar. —Eulàlia sonreía con picardía.

—¿Qué te ha dicho?

—Que Aminata lo llamó desde Tánger y le dijo que te ayudara. Que podía fiarse plenamente de ti. O sea que tendrás que ser tú el que me diga cómo te lo haces. ¿Es guapa?

—*Cagüen* la leche, Eulàlia… —Samuel no supo qué más añadir y temió haberse puesto colorado. Esa familiaridad que tenía con la subinspectora resultaba a veces incómoda, como en esta ocasión.

Ella se rio.

Finalmente, él también.

—Pues sí, la verdad es que es muy guapa, pero yo me limité a oír su relato.

—Pues ella vio algo más, porque lo que le ha dicho a Babacar ha sido contundente.

Samuel recordó que, tras oír el relato, no quiso engañar a Aminata sobre lo que lo había llevado hasta Tánger. En aquel momento pensó que a ella le había decepcionado lo que él dijo, pero quizá fue justo al revés. Acaso los africanos daban un valor a la verdad superior al que él estaba acostumbrado.

—¿Y cuándo podremos hablar con ese…?

—Lamine Diop. Me llamará Babacar en cuanto lo haya convencido; pero me dijo que seguramente esta misma tarde.

A la hora de comer, le propuso a la subinspectora ir juntos y esta vez ella aceptó. Aprovecharon para repasar todos los aspectos relacionados con la investigación, pero nada nuevo salió de esa charla; ninguna inspiración les enviaron las musas mientras comían el primer plato, el segundo y el postre de un menú de once euros.

Cuando caminaban de nuevo hacia la comisaría, Eulàlia recibió la llamada de Babacar.

—Nos espera a la salida de la estación de metro Encants. Dentro de media hora.

—Pues vamos —dijo el inspector, y se dieron la vuelta para dirigirse hacia el metro.

Cuando Babacar dijo: «Es aquí», ninguna puerta había a la vista. Lo que él había señalado era una tapia de unos cuatro metros de alta que

se prolongaba junto a la acera a lo largo de unos cincuenta metros.

Al doblar la esquina, vieron unas ventanas sobre las que aún quedaban los restos de un rótulo grande pintado en la pared que parecía decir «Comidas caseras». Detrás había un entrante con un viejo portón metálico destartalado pero cerrado con una cadena, y la puerta de lo que en alguna época fue el restaurante que aquel rótulo anunciaba. Tres africanos charlaban y fumaban distraídamente junto a esa puerta. Olía a mariguana. Los tres saludaron alegremente a Babacar —hablando en algún idioma desconocido para Samuel—, sin prestar demasiada atención a sus acompañantes, aunque uno de ellos comenzó enseguida a prestársela a Eulàlia y cambió de idioma para decir:

—¿No nos presentas a tu amiga…, a tus amigos?

—Eulàlia y Samuel —dijo secamente Babacar.

—¿De alguna oenegé? —preguntó directamente a Eulàlia.

—Algo así —respondió ella, sonriente.

Babacar dijo que tenían prisa y cruzó la puerta. Los policías lo siguieron.

El interior estaba en penumbra, pero podía apreciarse lo que había. Aquello no tenía estructura de bar, en absoluto. La impresión que daba era que se hubieran ido añadiendo paredes a base de tablas o pequeñas obras. Lo primero que aparecía era una sala pequeña, o pasillo, de unos tres metros de ancha, con cuatro sillas y dos bicicletas ocupando parte de ella. Las paredes estaban decoradas con algunas telas de dibujos africanos y un montón de cosas enganchadas a las puntas que había por toda su superficie: sencillos instrumentos de música africanos que parecían rotos, muñecos de trapo, cascos de bici, un mapa de África, una bandera catalana… Desde ahí se accedía a otro pasillo más estrecho y un poco más oscuro que enseguida daba a otra sala en la que había una mesa rodeada de bancos. Poca luz, también. Tres africanos y un blanco de aspecto andino charlaban en una esquina de esa mesa. En otro recoveco, dos mujeres africanas prestaban atención a la pantalla de un ordenador. Otros pasaban por allí con bicicletas de la mano o carritos de supermercado. Babacar iba saludando a todo el mundo y daba la impresión de que tenía ascendiente sobre ellos. Algunos hacían un gesto de saludo a los dos blancos que acompañaban al senegalés, pero la mayoría no les prestaba atención. Finalmente, avanzaron por otro pasillo que, a juzgar por la luz solar que había al final, daba a un terreno descubierto.

Era un recinto despejado y rectangular de unos mil metros cuadrados, que a un lado tenía ese supuesto restaurante que acababan de cruzar y una pequeña nave industrial, otros dos lados tenían sólo la tapia que lo delimitaba, y el cuarto lo formaba la misma tapia pero

con chabolas adosadas, hechas a base de uralitas, tablas, plásticos y otros materiales. Por ese patio —soleado en ese momento— se movían, charlaban o trabajaban unos treinta o cuarenta negros y algunos blancos, la mayoría hombres. Los que estaban trabajando pelaban trozos de cable fino para separar el plástico del cobre, o movían chatarra de un lado a otro. Junto a los que pelaban cables, había varios montones de cobre ya separado del plástico, que abultaban mucho pero daban la impresión de pesar muy poco, como las bolas de matojo que mueve el viento en las viejas películas del oeste.

Babacar siguió saludando a muchos de los presentes, y Eulàlia se le acercó a uno para preguntarle a cuánto les pagaban el kilo de cobre.

—A tres euros —le respondió el joven.

Samuel oyó la respuesta y pensó que para lograr un kilo deberían pelar muchos metros de cable y, de la manera que lo hacían, tendrían que emplear varias horas.

Babacar hizo un gesto a los dos policías para que lo siguieran; se acercaron a una de las chabolas y entraron. Dentro había dos colchones en el suelo, una bombona de butano con un infiernillo, una nevera, sillas, cajas, maletas, una bicicleta, dos radiadores eléctricos, un televisor… Todo muy viejo y bastante amontonado. En la pared de enfrente había una cortina que parecía dar paso a otro espacio.

—¿Lamine? —dijo Babacar.

Una voz se oyó desde el otro lado de la cortina.

Los tres pasaron a ese nuevo espacio, que aún era más pequeño y tenía buena parte de su superficie ocupada por dos colchones. También había una nevera, un televisor y un infiernillo sobre el cual había una tetera humeante.

Un joven africano se levantó de uno de los colchones al tiempo que entraban sus visitantes. Era alto y podría haber sido guapo, pero tenía la cara marcada por varias cicatrices y algunos bultos. Babacar le presentó a los policías.

—Sentaos, por favor —dijo.

Sólo había opción a sentarse sobre los colchones, y eso hicieron los tres recién llegados, mientras Lamine colocaba cuatro vasos en el espacio que quedaba entre los dos colchones, cogía la tetera y los llenaba.

Cada uno cogió el suyo y Babacar se recostó sobre la pared para ponerse cómodo. Lo mismo hicieron los policías. Ninguno se había quitado el abrigo porque el radiador encendido que había a un lado no resultaba suficiente para caldear la chabola, pero con el abrigo puesto no se estaba mal.

—Queréis que os cuente lo que pasó en la playa del Tarajal, me ha dicho Babacar.

Lo dijo en buen castellano, para alivio del inspector, que un momento antes había pensado que quizá la conversación tuviera que hacerse mediatizada por la traducción de Babacar.

—Sí, te lo agradeceríamos mucho —dijo Eulàlia.

—¿Sólo queréis saber eso?

La pregunta desconcertó un poco a Samuel, pero Eulàlia estaba más lúcida:

—Queremos saber todo lo que tú quieras contarnos.

Lamine se recostó también sobre la pared, frente a los policías.

—Ayer me llamó mi madre y me dio la noticia de la muerte de mi hermana pequeña.

Tras esas palabras, se quedó callado. Todos guardaron silencio. No había tristeza en su cara, pensó Samuel, o quizá era tan intensa y tan continua que ya no podía cambiarle el gesto.

—Yo salí de Senegal para que eso no le pasara a mi familia. Pero tardé tanto en llegar hasta aquí…

Lamine Diop

Yo no quería emigrar, pese a que mis amigos desaparecían uno tras otro.

En mi casa había escasez de todo, pero no pasábamos hambre. Y no quería separarme de mis padres, y menos aún de mis cinco hermanos, todos menores que yo.

Aunque a veces era difícil no pensar en ello, sobre todo cuando cumplí diecinueve años y me di cuenta de que apenas quedaban en el pueblo chicos de mi edad. El día que mi mejor amigo me dijo que ya había pagado el precio del viaje en cayuco me sentí terriblemente solo, como si todos estuvieran abandonándome. Pero no quería irme. Miraba hacia el mar y pensaba que algún día volverían los peces.

Los peces.

Cuando era pequeño, mi familia, como casi todas las familias de mi pueblo, vivía de la pesca. Entonces había peces. Pero yo veía ya los grandes barcos frente a nuestra costa. Barcos europeos y japoneses. Me gustaba verlos y pensar en los largos viajes que hacían sus marineros. No sabía que aquellos barcos estaban trayéndonos la mayor catástrofe que los pueblos de la costa habían vivido jamás. A finales de los años noventa se acabaron los peces y la pobreza se adueñó de todos nosotros. Por eso los jóvenes empezaron a marcharse.

Irse a la aventura, lo llamaban algunos. Quizá era una forma de vencer el miedo.

Al final fue como una epidemia. A algunos los animaban sus padres, a otros se lo prohibían, pero todos iban marchándose porque sabían que a la edad de dieciocho o veinte años ya tenían la responsabilidad de sacar a su familia de la pobreza. Esa obligación también la sentía yo, porque yo había podido ir a la escuela pero mis hermanos no, para ellos ya no hubo dinero. Así que vivía un poco angustiado: no quería irme, pero sabía que no estaba cumpliendo con mi deber.

Por eso, el día que un tío mío me dijo aquellas cinco palabras, «Tienes que irte a Europa», supe que mi momento había llegado. Aquel día, mi hermana se debatía entre la vida y la muerte, pero no teníamos dinero para darle una buena atención médica, de modo que nos limitábamos a esperar un milagro; mi tío vino a visitarnos y, antes de irse, me dijo aquello.

Mi hermana sobrevivió en aquella ocasión.

Lo supe cuando ya estaba de viaje.

Salí con el dinero que me dio mi tío. No era suficiente para pagar el

viaje en cayuco, de modo que opté por ir por tierra. Fue sencillo recorrer los casi tres mil primeros kilómetros hasta la capital de Níger, a base de trayectos en autobús, pero allí tuve un problema: me robaron todo el dinero que llevaba. Unos tipos se habían ofrecido a llevarme desde Niamey hasta Agadez, pero cuando estábamos negociando aparecieron otros que dijeron que eran policías y nos lo quitaron todo. Aquel día deseé morirme. Ya no iba a poder ayudar a mi familia ni tampoco saldar la deuda con mi tío. Lloré mucho y estuve varios días sin comer y durmiendo en la calle. Ni siquiera me atreví a volver al hogar senegalés en el que me había instalado cuando llegué a Niamey.

Entonces conocí a Adama.

En realidad, lo había conocido en el hogar senegalés, pero aún no había hablado con él. Adama se sentó a mi lado, en el suelo, me preguntó por qué estaba así, se lo expliqué y él me levantó y me ayudó a llegar hasta el hogar. Me dijo que él pagaría mis gastos. Así pude comer y tener techo en los días siguientes.

Desde aquel día, ya no me separé de él. Nos hicimos muy amigos y juntos empezamos a planificar todas las etapas que tendríamos que cubrir en nuestro viaje hasta Europa. Con él me sentía seguro porque era más listo que yo. A él también habían intentado robarle, pero no lo habían conseguido. Aunque tampoco le quedaba mucho dinero, de modo que tuvimos que esperar ocho meses antes de haber ahorrado lo necesario para salir de Niamey. En ese tiempo hicimos todo tipo de trabajos, pero era muy poco lo que cobrábamos, de modo que tuvimos que privarnos de todo para poder ahorrar.

Llegamos a Agadez, y allí estuvimos otros cinco meses antes de poder pagar el transporte con el que teníamos que atravesar el desierto.

El desierto fue peor de lo que nos habíamos pensado. Aunque ya sabíamos que podía ser un infierno.

Cuando llevábamos casi un día atravesándolo en una caravana formada por cinco coches todoterreno, los pasadores nos hicieron bajar de los vehículos y nos dijeron hacia dónde debíamos caminar para llegar a Tamanrasset. Éramos unos cuarenta y de varias nacionalidades: senegaleses, gambianos, cameruneses… Pero mientras caminábamos, fuimos separándonos unos de otros, y después de casi ocho horas, Adama, otros tres senegaleses y yo formábamos un grupo que había quedado apartado de todos los demás. Cuando se hizo de noche, no sabíamos si nos habíamos perdido y no teníamos ni idea de hacia dónde debíamos seguir caminando. Pero tampoco podíamos quedarnos quietos, de modo que al amanecer seguimos hacia donde suponíamos que estaba el norte.

Cada uno llevaba su agua y su comida, pero unos llevaban menos que otros, o la tomaban más deprisa, y pronto empezó a escasearles a algunos, sobre todo el agua. Dos se quedaron sin una gota al segundo día, y Adama comenzó a compartir la suya con ellos. Yo me enfadé con él.

—De esa agua que les das depende tu vida. ¿No te das cuenta, Adama? —le dije.

Pero él ni siquiera me contestó, y dos horas después volvió a compartir su agua.

En algún momento de la tarde nos encontramos un grupo de cadáveres esparcidos sobre la arena por una amplia zona. Unos boca abajo, otros de lado, unos estirados, otros encogidos. Fue terrible. Fue como vernos a nosotros mismos cuando hubieran pasado unas horas más. No eran del grupo que había partido con nosotros porque estaban muy descompuestos, pero seguramente habían sufrido el mismo engaño.

Después de eso, aún me enfadé más con Adama al ver que seguía compartiendo su agua; pero me enfadé sólo para mis adentros, porque ya no tenía fuerzas para hablar. Ni fuerzas ni ganas. Sentía una angustia inmensa porque estaba seguro de que en aquel desierto se acababan mis días. No volvería a ver a mi familia ni ellos sabrían jamás nada de mí. Mis hermanos pensarían que estaba viviendo en Europa como un blanco sin acordarme de ellos para nada.

Entonces aparecieron unos coches en la lejanía. Ver que se nos acercaban fue como si se nos hubiera aparecido un dios salvador. Yo caí de rodillas y lloré. Y recé.

Eran gendarmes argelinos. Iban en tres vehículos todoterreno y nos repartieron en dos de ellos. Por la distancia que recorrimos hasta llegar a Tamanrasset, supe que mis pensamientos no habían estado del todo errados: de no habernos encontrado aquellos policías, con toda seguridad habríamos muerto. Pero al llegar a la ciudad nos metieron en un calabozo y no tardaron en decirnos que iban a llevarnos de nuevo a la frontera de Níger.

Esa posibilidad me produjo mucho desconsuelo, pero por suerte no lo hicieron. Un día nos abrieron la puerta y nos dijeron que desapareciésemos de su vista. Adama y yo nos acomodamos en el hogar senegalés de la ciudad.

Pasaron otros tres meses hasta que pudimos pagar otro transporte con el que acabamos de atravesar el desierto y llegamos hasta el norte de Argelia.

En Orán comprendimos que no íbamos a poder reunir todo el dinero que se requería para cruzar el Mediterráneo en barco o en patera, de modo que, después de pasar cuatro meses en esa ciudad, optamos por ir a Marruecos para acercarnos a Melilla.

Después de varios días de camino, alcanzamos el monte Gurugú.

En los ocho meses que estuvimos en el Gurugú, logramos cruzar dos veces la valla, pero en las dos ocasiones la Guardia Civil nos devolvió a través de la que se conoce como «puerta trece». En ese tiempo recibimos varias palizas de los gendarmes marroquíes y en una ocasión nos llevaron hasta el desierto de Argelia, dejándonos allí sin agua ni comida. Pudimos salir del desierto, pero decidimos no volver a Melilla. Teníamos que probar

suerte en otro sitio y nos dirigimos hacia Castillejos, al lado de Ceuta.

A esas alturas, después de más de dos años fuera de mi casa, mis esperanzas en que un día podría comenzar a ayudar a mi familia eran ya muy escasas. Pero qué podía hacer. Estaba atrapado en medio de la nada. Soñaba con no haber salido nunca de Senegal, pero lo había hecho, y sabía que no podía volver. Al menos no podía desde el punto en el que me encontraba en ese momento. Eso era imposible porque no había ruta de regreso. Y además, era mejor morir antes que volver a casa con las manos vacías, sin ni siquiera haber podido devolver la deuda que tenía con mi tío y sin que mis hermanos pudieran recibir ninguna ayuda mía. Sin embargo, tampoco veía posible ya entrar en España. Sabía que muchos lo conseguían, pero creía que yo jamás sería uno de ellos. Además, enseguida me enteré de que saltar la valla en Ceuta era mucho más difícil que en Melilla, y eso acabó de liquidar mis esperanzas. Muchas noches me sentía tan angustiado que me surgía un fuerte dolor en el pecho que duraba horas. A veces soñaba con que estaba muerto, y al despertar me llevaba una triste decepción.

En los montes cercanos a Ceuta las cosas no estaban mejor que en el Gurugú. Las batidas de los gendarmes marroquíes eran igual de terribles: nos pegaban las mismas palizas y hacían los mismos destrozos con todo lo que nosotros dejábamos en los campamentos cuando ellos irrumpían. Aquel invierno, el del 2014, además, era muy frío, y ver nuestras mantas quemadas cuando volvíamos al campamento, después de una batida de la policía, producía un dolor enorme.

Un día, yo estaba sentado en el suelo y Adama se me acercó, un poco excitado. Venía de hablar con unos cameruneses.

—Está preparándose un intento para pasar por el agua.

Yo lo miré desconfiado y escéptico. Estaba muy deprimido y ya nada era capaz de crearme expectativas.

—Lamine, tienes que animarte. Si nos lanzamos todos al agua, algunos lo lograrán. No podemos dejar de intentarlo. Si dejamos de intentarlo, estamos muertos.

—Yo no lo lograré. Y no sé nadar.

—¡¿Quién sabe nadar?! La gente está preparando flotadores.

—Yo no lo lograré. Ve tú —dije, y rompí a llorar.

Adama se agachó y me abrazó. Después me dijo:

—No te dejaré solo, Lamine. Sabes que no lo haré. Ahora somos hermanos. Hemos sobrevivido juntos al desierto.

Adama era una buena persona. Casi diría que era una persona extraordinaria. En las horas siguientes se afanó en buscar los envases de agua que iban a servirnos de flotadores. Tenían que ser grandes, al menos de ocho litros, y cerrar bien. Él los iba probando, sumergiéndolos en el arroyo, para asegurarse de que no les entraba el agua. También buscó las cuerdas con las que teníamos que atar los bidones a nuestro cuerpo.

Yo apenas lo ayudé, pero a la hora de repartirnos los bidones, él me dio a mí los más grandes. Y también las cuerdas más sólidas.

La noche señalada, todos fuimos bajando sigilosamente del monte para acercarnos a la playa. Todos con los bidones bien enganchados alrededor de nuestro cuerpo. Éramos unos trescientos. Esperamos a que fueran las siete de la mañana porque alguien dijo que a esa hora la marea estaba más baja. Nos detuvimos a la espera de que llegara el momento para echar a correr.

La última carrera. Así habíamos comenzado a llamarla.

Un poco antes de las siete, algunos comenzaron a correr y todos los seguimos.

Pero no tardaron en aparecer los gendarmes marroquíes.

Se interpusieron entre nosotros y comenzaron a pegar palos a diestro y siniestro. Palos, patadas y puñetazos. A los clandestinos que caían les rajaban los flotadores.

Pero no había gendarmes para pararnos a todos. Muchos pudimos evitarlos y conseguimos meternos en el agua con nuestros flotadores intactos. Comenzamos a nadar hacia adentro del mar. El espigón, con su valla metálica, quedaba a nuestra izquierda, a unos veinte metros. Esos eran los metros que nos separaban de España. Y como la marea estaba baja, no era mucho lo que había que nadar para dar la vuelta al espigón.

Yo miré hacia atrás, temeroso de que los gendarmes estuvieran metiéndose también en el agua para pincharnos los flotadores, pero vi que se habían detenido en la playa. Sentí alivio.

Entonces centré toda mi atención en no separarme de Adama. Poco a poco fuimos avanzando. No nadábamos muy deprisa, pero avanzábamos.

De pronto se oyó un disparo que procedía del espigón. Miré hacia allí y vi a unos cuantos guardias civiles armados con escopetas.

Hubo más disparos, pero las escopetas apuntaban al aire. Nosotros seguíamos nadando y avanzando. Ya casi estábamos a la altura del final del espigón.

Pero todo cambió unos instantes después. Vi cómo se reventaba el flotador de uno que nadaba cerca de mí. Fue como si estallara. Y enseguida vi a otros que sufrían el impacto de unas extrañas balas grandes y redondas. A uno le dieron en la cabeza y comenzó a sangrar, a otro en un hombro, a otros en los flotadores. Miré hacia el espigón y vi que tres guardias nos disparaban a nosotros; los demás seguían disparando al aire. El que había recibido el balazo en el hombro se recompuso y continuó nadando, pese a que iba dejando un pequeño rastro de sangre, y eso me animó a seguir también hacia adelante. Pero aquellos tres guardias continuaban disparándonos y yo estaba aterrado. Busqué con la mirada a Adama y no lo encontré. Seguí nadando. Vi cómo se rompían más flotadores. Pero seguí nadando.

Sobre el agua, a nuestro lado, comenzaron a caer unos objetos

diferentes que enseguida empezaron a echar humo. Los que estaban más cerca se vieron frenados. Tosían. Algunos quedaban flotando como desmayados. Yo seguí nadando.

Aparecieron dos lanchas de la Guardia Civil. Pensé que socorrerían a los que se habían desmayado por el gas o por las balas redondas, pero desaparecieron enseguida sin recoger a nadie.

Comencé a girar por el extremo del espigón. Vi que ya no éramos muchos los que seguíamos avanzando. La mayoría había quedado atrás y se volvían hacia la playa marroquí. Los que continuábamos nadando estábamos ya en el lado español.

Entonces vi a Adama.

Se acercaba a las rocas del espigón sin flotadores. Las balas se los habían reventado. Yo sabía que él tendría dificultades para llegar porque apenas sabía nadar y fui hacia donde estaba para que pudiera agarrarse a los míos. Pero él estaba ya muy cerca de las rocas y llegó antes de que yo pudiera avanzar mucho. Vi cómo sus manos se enganchaban a la piedra.

Un guardia civil bajó un poco por las rocas hasta donde estaba Adama. Pensé que lo ayudaría a subir. Pero lo que vi fue que le pegaba con la culata de la escopeta en las manos. Adama se soltó, pero con las manos ensangrentadas volvió a agarrarse. El guardia volvió a machacarle las manos.

Después ya no vi a mi amigo.

Una bala alcanzó uno de mis flotadores y me puse a nadar desesperadamente hacia la playa. Los guardias, desde la orilla, seguían disparando a los que nos acercábamos a ella, pero ya no teníamos más opción que la de avanzar para salir del agua lo antes posible.

Llegamos más de veinte a la playa y enseguida nos hicieron tumbarnos en el suelo. Una mujer guardia civil sacó su porra y le pegó varios golpes al clandestino que estaba a mi lado. No supe por qué la tomó con él, estaba tan quieto como los demás. Después nos obligaron a ponernos de pie y a caminar hacia la valla. Algunos estaban heridos. Uno sangraba abundantemente por la cara. A todos nos hicieron pasar al lado marroquí por una puerta que abrieron en la valla.

Esta vez, los gendarmes marroquíes no nos pegaron. Por el contrario, algunos ayudaban a los clandestinos a sacar a los que flotaban en el agua.

Cuando me acerqué a los cuerpos que habían ido alineando sobre la arena, comprendí que estaban muertos. A su alrededor, había muchos clandestinos, quietos, tristes, mirando hacia los cuerpos. Yo busqué a Adama, primero entre los vivos, pero como no lo encontré lo busqué entre los muertos.

Y lo vi.

Me arrodillé a su lado, le acaricié la cabeza y lloré.

Ante su cadáver, juré que entraría en Europa y enviaría dinero también a su familia. Lo juré en voz alta por si desde algún sitio él podía oírme.

19

Eulàlia se levantó del colchón para llenar ella misma los vasos de té. Las veces anteriores lo había hecho Babacar. Eran las nueve de la noche.

Lamine Diop se había quedado callado y con la vista fijada en el suelo tras mencionar la promesa póstuma que Adama recibió de él. Como si dudara de haberla cumplido.

—Finalmente, pudiste entrar en España —dijo Eulàlia, medio afirmando, medio preguntando cómo.

—Estaba en deuda con Adama. Comprendí que no podía quedarme de brazos cruzados, tenía que encontrar la forma de ayudar a mi familia y a la familia de Adama, además de devolverle el dinero a mi tío. Creo que la muerte de mi amigo fue un revulsivo que a mí me sacó de la depresión que me corroía. Me hizo ver de nuevo cuáles eran mis obligaciones. Así que empecé a buscar por mi cuenta la manera de cruzar la frontera. Lo conseguí metiéndome en los bajos de un camión. Sabía que a muchos los pilla la policía de fronteras cuando hacen eso, pero yo tuve suerte. El camión pasó la frontera de Ceuta y después entró en un ferri para cruzar el estrecho. Yo no me moví de mi escondite. Después comenzó a circular, supongo que por Algeciras, y esperé a que parara, pero no lo hizo. Así que me vi moviéndome a una velocidad cada vez mayor y, por tanto, con cada vez menos posibilidades de salir vivo si me soltaba. Pero el frío era intenso y apenas podía respirar, de modo que acabaron fallándome las fuerzas y caí sobre la calzada. Por suerte, las ruedas no me pasaron por encima, pero quedé muy mal herido.

Hizo una pausa y contorsionó un poco el cuerpo, como si aún le dolieran las heridas.

—Cuando desperté en el hospital, no sólo vi médicos a mi alrededor, también vi policías. Comprendí que esperaban a que me encontrara un poco mejor para deportarme. Pero una noche aproveché un descuido de mis vigilantes y me largué. Deambulé por las calles, muerto de frío, hasta que por la mañana me encontré con unos senegaleses y me enteré de que estaba en Cádiz. Ellos me llevaron a una asociación de las que ayudan a los inmigrantes. Lo primero que me dijo la chica española que me atendió al ver mis heridas fue que tenía que ir a un hospital, pero le expliqué cómo había llegado hasta allí y desistió. Ella misma estuvo limpiándomelas durante más de una semana.

Samuel pensó que las cicatrices que se le veían en el rostro debían de cubrir también otras partes de su cuerpo.

—A partir de ahí, las cosas comenzaron a mejorar un poco para mí. Tuve alojamiento en el piso de otros senegaleses, comencé a hacer algunos trabajos y me apunté a las clases de castellano de la asociación. También comencé a enviar algo de dinero a mi familia. Y a la de Adama. Allí estuve bastantes meses y me esforcé mucho con el castellano porque sabía que de eso dependen los trabajos que se pueden encontrar. Hasta que me enteré de que tres senegaleses se venían a Barcelona y les pedí que me dejaran ir con ellos. Eso fue hace seis meses. Aquí estoy mejor: sólo gasto tres euros al día para comer. El resto puedo enviarlo a Senegal.

—Tres euros… —repitió Eulàlia.

—Sí, es lo que vale la comida que la mujer del imam viene a hacernos al mediodía.

—Hay una chabola —aclaró Babacar— que se utiliza como cocina, y esa mujer viene cada día a cocinar. Es camerunesa. Cobra sólo por el coste de los productos que compra para hacer la comida. Ella no saca ningún beneficio.

—Y no tienes otros gastos… —La subinspectora seguía repitiendo las palabras de Lamine, como si se mostrara incrédula.

—No.

—¿Sigues enviando dinero a tu familia? —preguntó ella.

—Sí. Con la chatarra puedo ganar casi diez euros al día. Suelo enviar unos ciento cincuenta euros cada mes. Los reparto entre mi familia, la de Adama y reducir un poco la deuda que tengo con mi tío. Aquí estoy bien.

—Estás bien. —Eulàlia parecía aturdida.

—No, bueno, no estoy bien, estoy mal. Tengo un papel que me dio la asociación de Cádiz con el que podré demostrar que llevo tres años en España, cuando los lleve. Si entonces encuentro una oferta de empleo pediré el permiso de residencia y podré hacer otro tipo de trabajos… Ésa es mi esperanza. Aunque sé que la oferta de empleo no es fácil de conseguir. Aquí mismo, en este asentamiento, hay muchos africanos que llevan muchos años en España y no tienen papeles porque nadie les hace la oferta de empleo.

Lamine se quedó mirando a Eulàlia, como esperando una nueva pregunta, pero ella no movió ni un solo músculo de la cara.

—Aunque no sé cuánto tardarán en echarnos de aquí. Ya nos desalojaron de una nave de Poblenou. Si nos desalojan otra vez… No sé qué vamos a hacer.

Lamine volvió a estirar un poco el cuello y los brazos. Era evidente que estaba cansado. Todos lo estaban. El inspector pensó que tenían que acabar enseguida.

—Lamine, necesito que me describas al guardia civil que machacó las manos a Adama.

—¿Cómo…?

—Sí, que me digas si era alto o bajo, gordo o flaco, calvo o con pelo…

—Ah, pues… Sí, lo recuerdo. Se distinguía bien de los demás. Era muy alto.

—Y… ¿gordo?

—No, muy delgado.

—El pelo… ¿Viste de qué color lo tenía?

—Eso no lo vi. Llevaba un casco.

—¿Viste algo más, una cicatriz…?

—No. Sólo recuerdo que era alto y delgado. Muy alto.

Samuel no acababa de aceptar estas respuestas, de modo que insistió:

—¿Viste algún guardia civil que estuviera gordo y tuviera el pelo blanco?

—No. No recuerdo cómo eran los demás.

El inspector tuvo que resignarse. Estaba claro que Lamine sólo recordaba al que machacó las manos a su amigo, y no era el Canoso.

Lo primero que hizo el inspector a la mañana siguiente fue llamar a la jueza. Le comentó lo explicado por Lamine Diop y hablaron sobre la declaración que iba a tomar al capitán Ángel Laguna a las once de la mañana. Después habló personalmente con su jefe, Artur Rueda, y por teléfono con el inspector Xavier Domènech y con el teniente Manolo González. Éste le gritó que no lo abrumara, pero eso no hizo mella en la resolución de Samuel, que le exigió celeridad como si el picoleto fuera ya un subordinado suyo. El humor del inspector no estaba este jueves para pamplinas.

El relato de Lamine Diop había sido el segundo que escuchaba cargado de violencia y terror. No acababa de entender cómo era posible que los mismos europeos, que tanto presumían de sus sociedades democráticas, pudieran ejercer tanta crueldad con personas que lo único que buscaban era un lugar en el que tener una vida digna, alimentar a su familia o simplemente alejarse de las persecuciones y la guerra. Un tío carnal de Samuel fue uno de los republicanos que huyó a Francia en plena guerra civil española; se lo imaginó tropezando en la frontera pirenaica con una valla como las de Ceuta y Melilla; lo vio saltándola y siendo devuelto por la policía francesa a los fascistas españoles a través de una puerta de la misma valla. ¿Cómo habían llegado los europeos a creerse con el derecho de convertir su territorio en una fortaleza rodeada de alambradas? ¿Cómo era posible que se dejara morir en vida, en los montes cercanos

a la frontera, a todos esos africanos que los habitaban como seres privados de toda humanidad? ¿Por qué con ellos se prescindía de la aplicación de esos derechos humanos de los que los europeos dábamos tantas lecciones?

Estas preguntas se le habían amontonado en la mente mientras venía hacia la comisaría, antes de las nueve, y pensó en pedirle a Eulàlia en cuanto la viera que se fueran a tomar un café para hablar de todo eso y desahogarse un poco; pero conociendo a su ayudante supuso que su indignación sería aún mucho mayor, de modo que optó por darle sólo los buenos días y meterse rápidamente en el despacho. Sin embargo, ahora creía que necesitaba hablar con alguien y volvió a pensar en el profesor Nadal.

Lo llamó y el profesor cogió enseguida la llamada. Quedaron para comer en el Ateneu Barcelonès. Nadal dijo que, desde que se había jubilado, pasaba muchas mañanas en la biblioteca del Ateneu.

El capitán de la Guardia Civil, Ángel Laguna, estaba ya con la jueza Lorena Rivas cuando llegó el inspector Samuel Montcada. La mirada cargada de rencor con la que lo recibió y la ausencia de todo saludo no auguraban un diálogo amigable, pero eso al inspector le traía sin cuidado; lo único que importaba en esta conversación era que el guardia civil explicara con pelos y señales todo lo que supiera sobre Hammed Benali, porque el hecho era que sabía cosas y se las había callado hasta el momento. Samuel no sospechaba que él fuera el asesino que buscaban, entre otras cosas porque el fin de semana pasado había estado vigilado y no podía haber ido a Teruel a matar a Florencio Roca, pero debería explicar por qué ocultaba información.

La jueza no se anduvo con rodeos y la primera pregunta que le hizo a Ángel Laguna fue si había mantenido con Hammed Benali contactos que tuvieran que ver con la colaboración que se daba entre dos servicios de inteligencia: la DGED marroquí y el CNI español.

—Comprenderá su señoría que ésa no es una pregunta a la que deba contestar —alegó el guardia.

—Comprenderá usted, capitán, que si no contesta a mis preguntas de forma satisfactoria lo imputo como sospechoso del asesinato de Hammed Benali y su hijo, y hago venir a una patrulla de los Mossos d'Esquadra para que se lo lleven detenido y lo interroguen ellos en la comisaría.

—¡Usted no tiene…!

Se mordió la lengua. ¿Qué iba a decir?, se preguntó el inspector, ¿competencias?, ¿cojones?

Ella no se inmutó. Las miradas de ambos se cruzaron como unidas por hilos de alta tensión.

—Le voy a decir lo que tengo —dijo la jueza, al fin—. Tengo

delante a un oficial de un cuerpo de seguridad que tenía información sobre el asesinado Hammed Benali, y diecisiete días después de que se encontrara su cadáver y el de su hijo, aún no había dado tal información al juzgado de instrucción. De modo que le haré la pregunta de nuevo: ¿tenía usted, como agente o colaborador del CNI, relación con Hammed Benali, agente de la DGED?

—Sí.

El guardia se había ablandado, pensó Samuel. O acaso antes de comenzar tenía ya claro que debería explicar a la jueza sus contactos de inteligencia con Benali. Seguramente sabía ya que se sospechaba que el asesino podía ser un miembro de la Guardia Civil y no le interesaba evidenciar que mentía.

—Explíqueme cómo era esa relación.

—Nuestro único y exclusivo tema de colaboración era la lucha contra el yihadismo, y prácticamente se reducía a la información que él me pasaba sobre marroquíes que podían ser sospechosos de estar vinculándose a algún movimiento radical.

—¿Mantuvieron alguna vez diferencias de criterio? —preguntó el inspector.

Ángel Laguna se volvió hacia él y lo miró como si le resultara repulsiva su presencia.

—Mis criterios son cosa mía.

—Conteste al inspector, por favor —pidió la jueza.

El capitán tardó, pero contestó, aunque sólo con otra pregunta:

—¿Diferencias de qué tipo?

—Desacuerdos, disputas… Algo que a él no le gustó de lo que usted hubiera hecho; algo que a usted no le gustó de lo que él hubiera hecho. Alguna culpa que se echaran el uno al otro…

—No recuerdo nada de eso. Nos limitábamos a pasarnos información. No discutíamos estrategias; no realizábamos operaciones conjuntas. No tenía por qué haber disputas. Y, desde luego, no recuerdo ningún tipo de desacuerdo.

—Está bien —dijo Samuel para acabar con ese asunto. Tenía ganas de ir directamente a las preguntas que le interesaban—. Lo que sí le pido que trate de recordar bien es si Hammed Benali tenía contacto con otros guardias civiles.

Antes de que el guardia contestara, la jueza apostilló la pregunta:

—¿A usted le consta que conociera a algún otro guardia civil?

—No.

—¿Sabe si, en sus funciones de contacto de servicios de inteligencia, Hammed se relacionaba con algún otro miembro de la Benemérita? —preguntó el inspector.

—No.

—¿Le dijo alguna vez que hubiera tenido algún problema con algún

guardia?

—No.

—¿Le mencionó, en alguna ocasión, a algún otro guardia?

—No.

—¿Algún guardia le dijo a usted, alguna vez, que sabía algo sobre Hammed Benali, o simplemente que lo conocía?

—No.

Se produjo un silencio de varios segundos.

—¿Por qué no me informó usted de que conocía a Hammed Benali? —preguntó la jueza con gesto arisco y levantando ligeramente la voz.

—No creí que tuviera la obligación de hacerlo. Mis conocimientos sobre el marroquí no aportaban nada a la investigación de su asesinato.

—Eso era algo que me tocaba decidir a mí. Vuelva a pensar, por un momento, en las preguntas que le ha hecho el inspector Montcada. ¿Podía Hammed Benali conocer a algún otro miembro de la Guardia Civil por el motivo que fuera?

—Podía, naturalmente, pero yo no lo supe. Mi contacto con él provino de una orden de mis jefes. Me dijeron: «Ése es el hombre que tiene que pasarte la información»; y por mi parte todo se limitó a eso: a recibir de vez en cuando la información que pasaba. Nunca de gran valor, por cierto. Yo no le preguntaba a quién conocía o dejaba de conocer, y él tampoco me lo decía. ¿Hay algo que no esté claro en lo que estoy diciéndole, señoría?

En ese instante, en la mente de Samuel se dibujó una escena: la jueza se levantaba de su silla y le pegaba un sonoro bofetón al picoleto.

20

El profesor Nadal lo esperaba en la puerta del Ateneu. Entraron, cruzaron una amplia sala de estar y accedieron al jardín romántico en el que, después de observar durante unos segundos el estanque y sus peces, se sentaron junto a un velador situado al lado de uno de los bancos de cerámica que rodeaban el jardín. Ninguno de los dos se quitó el abrigo ni se sentó sobre la cerámica —ambos prefirieron las sillas—, pero la temperatura no le resultó desagradable al inspector.

La hoja del menú estaba sobre la mesa y enseguida pudieron pedirle la comida a una camarera. La conversación giró al inicio en torno al caso de los neonazis; recordaron cómo se resolvió y hablaron de otras amenazas similares que después aparecieron; pero Samuel quería entrar pronto en el tema que hoy los había congregado y no tardó en comentar al profesor algunos aspectos de las historias de Aminata y de Lamine.

En realidad, el inspector no sabía muy bien qué era lo que quería que el profesor le explicara. Quizá, hablar con él sólo era una forma de desahogarse; o acaso esperaba que el profesor le diera la justificación de por qué los cuerpos de seguridad necesitaban actuar de forma tan brutal frente a los inmigrantes; o que le dijera que esas actuaciones eran excepcionales; o simplemente quería oír algo que le permitiera no sentirse responsable como policía de las actuaciones de otros policías.

Nadal debió de detectar esta angustia, porque cuando ya estaban comiendo el segundo plato, lo primero que hizo fue romper una lanza a favor de los cuerpos policiales.

—Dispongo de amplios informes sobre las atrocidades policiales con los inmigrantes y los refugiados, sea en la frontera española con Marruecos, en la frontera del Évros entre Grecia y Turquía, en el mar Egeo o en muchas otras fronteras, y esa barbarie continúa después, cuando se encierra a los inmigrantes en los CIE o cuando se los detiene sin motivo por las calles de cualquier ciudad, pero no todas las actuaciones policiales son de ese tipo. Tú me has hablado de la Guardia Civil y de la policía marroquí, y no creo que tenga que recordarte las imágenes que todos hemos visto de guardias apresurándose a cubrir con mantas a los inmigrantes o refugiados que rescatan en el mar, ayudándolos a caminar cuando están exhaustos, proporcionándoles agua y alimentos, dándoles la primera asistencia sanitaria… No todos se comportan de la misma manera, y hasta me

atrevo a asegurar que la mayor parte de los guardias y los policías actúan de forma humanitaria frente a cualquier inmigrante o refugiado. Y eso incluye a los policías marroquíes.

—No lo pongo en duda. Pero…

—Pero es cierto que también hay actuaciones policiales que si se dieran frente a otras personas las consideraríamos criminales, pero frente a los inmigrantes la saña policial queda desdibujada a ojos de la sociedad.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Pues…, quizá porque nuestra sociedad se ha dotado de las metáforas necesarias para ello. Se habla de las muertes que se producen en la frontera como si fueran fruto de la fatalidad; los crímenes aparecen como hechos accidentales derivados de una labor de protección fronteriza que es inevitable. Y el resultado es que muy pocas veces se investigan. El primero de mis estudios sobre las muertes que se dan en la frontera fue sobre las producidas en el salto de la valla de Ceuta en la noche del 28 al 29 de septiembre del 2005; allí hubo varios muertos de bala, entre cinco y trece según las fuentes, y no quedó claro si los disparos se habían hecho desde la parte marroquí o desde ambas partes de la frontera, pero en ninguno de los dos lados se hizo una investigación cabal sobre lo ocurrido. Después he seguido estudiando las muertes de la frontera, tanto las de las vallas como las del mar, producidas por actuaciones de los cuerpos de seguridad, y puedo asegurarte que muy pocas han llegado a investigarse.

—Como si el derecho a la vida de los inmigrantes fuera distinto al…

—De los inmigrantes y los refugiados.

—Ya…

—Deja que te explique por qué digo «inmigrantes» y «refugiados». También está relacionado con el efecto que las metáforas y el lenguaje que utilizamos tienen sobre nuestra visión de las cosas. Tres cuartas partes de las personas que en los últimos años han tratado de entrar irregularmente en Europa, por mar o por fronteras terrestres, han huido de persecuciones o conflictos bélicos; son sirios, eritreos, afganos, somalíes, gambianos, centroafricanos…, y por tanto, son refugiados, no inmigrantes, ya que Naciones Unidas define al refugiado como la persona que ha huido de su país por causa de una persecución o un conflicto que pone en peligro su vida, aun cuando todavía no haya llegado a otro país que le dé asilo. Entonces, ¿por qué nuestros políticos siguen hablando de inmigrantes cuando se refieren a los que se encaraman a las vallas fronterizas o mueren al hundirse las barcazas en el Mediterráneo? Sencillamente, porque si se los nombrase como refugiados quedaría patente que los gobiernos europeos están

vulnerando sus propias leyes de asilo al impedir que esas personas lleguen a Europa por vías seguras. Desde la gran crisis producida por los refugiados sirios se habla más de refugiados, pero siempre se había tratado de evitar esa palabra.

—El lenguaje… —repitió Samuel, pensativo. En ese momento recordó lo que le había explicado Saíd Tahiri, el abogado marroquí.

—Sí, amigo mío, el lenguaje que se utiliza tiene mucho que ver con el hecho de que a los inmigrantes y los refugiados no les apliquemos los estándares de derechos humanos que sí aplicamos a nuestros ciudadanos. Hablamos de la inmigración con términos como avalancha, invasión, asalto masivo… Siempre nos referimos a ella con metáforas que indican peligro o amenaza, y así la vemos como algo de lo que debemos protegernos y defendernos.

—Y eso nos permite justificar la crueldad con la que tratamos a esas personas, o al menos nos ayuda a mirar para otro lado.

—Así es.

Samuel se giró para mirar hacia el estanque y durante unos instantes ninguno de los dos habló.

—Si quieres otro ejemplo sobre el uso perverso del lenguaje, lo tienes en la referencia constante que se hace a las mafias, a las que se presenta como las responsables de los intentos de llegar a suelo europeo que protagonizan las personas que huyen de determinados conflictos. Parece que nuestra política de fronteras estuviera diseñada para proteger a los refugiados de las mafias. Es decir, en lugar de ver a los inmigrantes y los refugiados como personas que huyen de la miseria o los conflictos los vemos como personas reclutadas y engañadas por las mafias.

—Y de esa forma, cuando les impedimos la entrada, lo que estamos haciendo es luchar contra las mafias, ¿no?

—¡Ajá!

Parecía que el profesor iba a añadir algo más, pero en ese momento la camarera apareció con el postre y los dos comensales se concentraron en dar buena cuenta de los flanes que les había servido. Después, mientras se tomaban los cafés, el inspector explicó al profesor su visita al asentamiento en el que vivía Lamine Diop y comprobó que Nadal estaba muy bien informado sobre los desalojos que durante años habían dejado sin techo a las personas que ocupaban ese tipo de asentamientos. Samuel iba a preguntar si alguna institución había propuesto alternativas para las personas que vivían de recoger chatarra cuando le sonó el móvil.

Comprobó que lo llamaba su amigo, el teniente de la Guardia Civil.

—Dime, Manolo.

—Ya he cumplido. Espero que te des por satisfecho y me dejes descansar un poco, ¿eh? Que este asunto me tiene ya hasta los

mismísimos…

—¿Qué quieres decir con que has cumplido?

—Acabo de enviarte un correo con la información de los dieciséis guardias. Ahí tienes dónde están destinados ahora, tienes la altura y peso de cada uno, y tienes su foto.

—Altura y peso… —repitió el inspector—. ¿Las fotos son con gorra o sin gorra?

—Sin gorra.

—¿Se les ve bien el aspecto?

—Joder, Samuel, si te digo que te he enviado sus fotos… No me fastidies: ahí podrás ver su aspecto, digo yo. Luego ya…, si alguno tiene un lunar en la espalda o una peca en el culo, eso te dejo que lo averigües tú. Yo ya he cumplido. ¿He cumplido o no?

—Sí, Manolo. Gracias.

Cuando colgó le entraron unas prisas enormes por ponerse en un ordenador para analizar la información recibida, así que le explicó al profesor Nadal la urgencia que le había surgido y se despidió de él. Antes de salir, pasó por la barra del bar y pagó las dos comidas.

Mientras caminaba por la calle Canuda hacia las Ramblas, llamó a la jueza y le explicó lo que acababa de enviarle Manolo González. Ella aprovechó para decirle que al día siguiente, viernes, no podía hacer la reunión prevista y le propuso hacerla hoy a las seis de la tarde. Así quedaron.

En una sala del juzgado volvían a encontrarse con Lorena Rivas los inspectores Xavier Domènech y Samuel Montcada, la subinspectora Eulàlia Planells, el técnico forense Ibra Faye, el fiscal y el secretario. La jueza había hecho una introducción resumiendo lo que se sabía hasta el momento y al concluir le dio la palabra al inspector Montcada para que explicase la información recibida sobre los dieciséis guardias civiles que estuvieron procesados por los hechos de la playa del Tarajal.

—Cuatro de ellos fueron trasladados a la península; los otros doce permanecen en Ceuta. Quizá debamos prestar más atención a los que ahora viven en la península, ya que les podría haber resultado más fácil cometer los homicidios, pero no hay que descartar a los otros. Los descartaremos si comprobamos que no habían viajado ni en avión ni en ferri en las fechas en las que se cometieron los crímenes. He encargado a dos miembros de mi equipo que busquen esa información.

—Bien —dijo la jueza—. ¿Qué hay del aspecto físico: canosos, gordos…?

—Os he hecho copia de los datos y las fotografías.

Samuel pasó las hojas que tenía en la mano, primero a la jueza y

después a los demás.

—Las canas, como veis, nos generan un pequeño problema, porque de estos cuatro que están en la península, tres son canosos, y de los que siguen en Ceuta, lo son otros dos más.

—Centrémonos por ahora en los de la península —ordenó la jueza, mientras miraba las fotos.

—Sí. Ya veis que el primero no es canoso. Comenzando por él, podemos afirmar que se trata del que machacó las manos a Adama, ya que de los dieciséis es el único que destaca por ser muy alto y muy delgado, que es como lo describió Lamine Diop. Se llama Arcadi Sorres y está desde principios del 2015 en el GEAS, el Grupo de Especialistas en Actividades Subacuáticas, en L'Estartit. Tiene cuarenta y un años. Los tres canosos son: Juan Torquemada, destinado en Zaragoza, de treinta y siete años y algo gordo; Roberto Palenzuela, destinado en Burgos, de cuarenta y nueve años y no es nada gordo; y Adolfo Buniel, destinado en Valencia, de cincuenta y dos años y algo gordo, algo más que Torquemada, aunque, como veis, muy gordo no es ninguno.

—Y más allá de esa descripción, ¿tú qué opinas? —inquirió la jueza.

—El que tiene el pelo más blanco es Juan Torquemada, y eso viene acompañado por el hecho de que también es el más joven. Cuando Hammed Benali describía al guardia del que se sentía amenazado como el Canoso, es posible que fuera porque le hubiera llamado la atención ese atributo, y creo que tener el pelo blanco llama más la atención en un hombre joven que en otro más mayor. Los otros dos canosos rondan los cincuenta años y, por tanto, es normal que tengan canas.

Cuando acabó de decir esto, Samuel se quedó callado porque temió haber dicho una estupidez. Y una vez más sintió ese malestar que le producía estar dirigiendo una investigación en la que no aparecían indicios sólidos por ningún lado. ¿Cómo podía basar las sospechas sobre alguien en el hecho de que se le hubiese encanecido el pelo de forma temprana? ¿Qué idiotez era ésa?

—Y además está la proximidad entre Zaragoza y Teruel —dijo el inspector Domènech, y a Samuel le pareció que le había echado un cable.

La jueza levantó un poco la mano, como pidiendo silencio, y se quedó pensativa unos instantes. Después se dirigió a Ibra Faye:

—Antes de empezar la reunión me dijiste que tenías cinco notas más, aunque no aportaban nada. ¿Qué puedes decirnos ahora? Aparte de lo que dicen tus notas, ¿la descripción de estos cuatro guardias te recuerda alguna cosa que mencionara Hammed Benali? ¿Hay algo que te haya venido a la memoria en los últimos días, o cuando has visto

las fotografías de estos cuatro guardias?

Ibra miró alternativamente los papeles que él traía y las fotos de los cuatro guardias civiles que le acababan de pasar. Parecía un poco abrumado.

—Bueno… Las cinco notas nuevas que traigo no aportan nada, realmente. Y tampoco estoy seguro de que correspondan a las visitas de Hammed Benali. Sólo hablan de cosas de la infancia del paciente. Las he seleccionado porque he pensado que podían ser de él, pero… Y ya he repasado por completo todas mis notas. El fin de semana estuve leyéndolas todas con detenimiento y creo que puedo asegurar que no hay más notas que pudieran ser de Hammed Benali, aparte de las que ya os he pasado.

—Pero ¿recuerdas algo…? —insistió la jueza.

—Relacionado con estos cuatro guardias civiles, no. Pero días atrás recordé algo que me dijo Hammed Benali en la última visita que hizo conmigo. Aquel día me anunció que ya no vendría más a la consulta; incluso me insinuó que las visitas no le habían servido de mucho. Se mostraba enfadado, pero en realidad a mí me pareció que estaba preocupado por algo. Y me dijo algo sobre alguien que ahora estaba más cerca, o algo así, y que él tenía que estar preparado. Pero esto lo recuerdo muy vagamente.

—¿Se refería al Canoso? —preguntó Eulàlia.

—No recuerdo si lo mencionó, creo que no. Lo que dijo aquel día no lo anoté porque dejaba de ser mi paciente y ya no iba a necesitar mis notas sobre él.

—Más cerca… —dijo Samuel, como si pensara en voz alta—. Si observamos las fechas de los traslados de estos cuatro guardias a la península puede verse que el único que ya estaba trasladado cuando Hammed Benali hacía las visitas al psicólogo era Juan Torquemada.

La jueza asintió con un movimiento de cabeza. Después, la conversación giró en torno a las medidas que cabía tomar: intervención de las comunicaciones telefónicas, vigilancia, etcétera. En esas medidas se tenía en cuenta a los cuatro guardias, pero se ponía especial énfasis en Juan Torquemada.

Cuando parecía que estaban acabando, Samuel hizo otra propuesta dirigiéndose a la jueza:

—Como sabemos que Arcadi Sorres no puede ser el Canoso que buscamos, podríamos interrogarlo para obtener información sobre los otros tres. Él podría saber si alguno de ellos se relacionaba con algún militar marroquí.

—¿Y nos lo diría? —preguntó la jueza.

—Puede.

21

El inspector Xavier Domènech se fue con prisas al acabar la reunión, porque, según dijo, había quedado para cenar. Así, del edificio de los juzgados de instrucción salieron juntos Ibra, Eulàlia y Samuel, y ya en la calle ella le propuso a Ibra ir a tomar algo o a cenar en alguno de los bares de la zona. Ibra aceptó, y de inmediato Eulàlia le pidió a Samuel que propusiera algún sitio, dando así por sentado que irían los tres juntos.

Samuel se excusó en un primer momento, porque pensaba que lo que en realidad quería Eulàlia era irse sola con Ibra, pero ella insistió y le dijo al inspector que esta semana no tenía al niño y carecía de excusa, así que finalmente aceptó y los tres se internaron por Hospitalet en busca de un bar en el que comer algo. Encontraron uno que servía raciones, medias raciones y pinchos de cosas variadas, y ellos pidieron calamares, tortilla de patata y pulpo a la gallega. Para beber, Ibra pidió agua y los policías cerveza.

Comenzaron hablando del trabajo que el africano hacía como técnico forense porque Eulàlia se interesó por ello. A Samuel le dio la impresión de que las preguntas que ella le hacía no eran las de alguien que ya lo ve en privado, es decir, no indicaban que estuviesen viéndose más allá de las reuniones que mantenían en la Ciudad de la Justicia. Pensó que quizá se había equivocado al suponer que había algo entre ellos. Por otra parte, en la reunión de hoy no había detectado las miradas y gestos de atracción que observó en reuniones anteriores. Dedujo de todo ello que había dos posibilidades: la primera, que la atracción hubiese decaído, y la segunda, que ya tuvieran una relación sentimental y estuviesen tratando de disimularla. Pero después de hacerse estas cábalas acabó preguntándose qué leches le importaba a él que fuera una cosa o la otra.

Cuando los platos estaban ya medio vacíos, Ibra dijo que le gustaría hablar de su colaboración con la jueza, como si les pidiera permiso para sacar un nuevo tema de conversación. Eulàlia asintió y el africano adoptó un gesto serio al tiempo que acercaba un poco el tronco a la mesa.

—Me gustaría dejar de colaborar en este caso. Está generándome mucho malestar. No sé, todo eso que tú explicas —miró al inspector—, lo que te contaron a ti Aminata y Lamine, la forma como murieron Mamadou Sega y Adama…

Se quedó callado mirando al centro de la mesa.

—Además, ya he revisado a fondo todas las notas que tenía. Ya tenéis las que podían serviros de algo. Ahora no creo que mi presencia en las reuniones sea útil para vosotros.

—Tienes razón —dijo la subinspectora—. Y entiendo que este caso te produzca desazón.

—Yo vine a España de una forma parecida a como intentaban hacerlo Mamadou y Adama. También atravesé el desierto; también vi morir a dos compañeros del grupo que iniciamos juntos el trayecto; también salté la valla de Melilla… Eso fue en el 2005. Por suerte, fue un poco antes de que pusieran las concertinas, esas cuchillas que dejan unos cortes que… Mis recuerdos son terribles, y necesité mucho tiempo para borrarlos de mi memoria, o al menos borrarlos lo suficiente como para poder dormir por las noches. Y ahora todo aquello ha vuelto…

Hizo una nueva pausa, pero su gesto indicaba que iba a seguir hablando y los policías no lo interrumpieron.

—Además, está lo de Farid… Yo no tengo hijos, pero me impresionó mucho lo que le hicieron al hijo de Hammed Benali. Desde que lo vi muerto en el Instituto de Medicina Legal, con la cara tan deformada, no he dejado de pensar en la crueldad que conlleva hacer algo así. Es como si… —Ibra hablaba con la vista perdida en el fondo del bar—, como si el diablo hubiera poseído al autor de ese crimen. Intento entender el camino que sigue una persona para llegar a hacer algo tan maligno.

—Sí, todos quedamos muy afectados por ese asesinato —dijo Eulàlia.

—Me he pasado años tratando de ver la vida con algo de optimismo. Cuando entré en España, en el 2005, hacía dos años que me había despedido de mi familia. Dos años fue lo que duró mi travesía migratoria. En ese tiempo sufrí todos los golpes que un ser humano pude sufrir en sus carnes y su cerebro, pero podía soportarlo todo porque al final del viaje me esperaba el paraíso. Lo peor viene cuando estás en España y ves que esto, de paraíso, no tiene nada. Y yo vine cuando había trabajo; los que han venido en los últimos años y lo único que pueden hacer es recoger chatarra o cosas parecidas llegan incluso a perder la razón. Se dan cuenta de que han pasado por cosas espantosas y lo que han logrado al final del viaje es estar peor que en su país y, encima, no poder cumplir con su obligación de enviar dinero a la familia. Si no envías dinero te sientes un fracasado y además pierdes la estima de tu familia, porque ellos no alcanzan a comprender que alguien que está en Europa no pueda enviar dinero. ¿Sabéis a cuántos inmigrantes africanos atienden los psicólogos y psiquiatras después de que lleven un tiempo en España?

Cogió un calamar con el tenedor y pareció que iba a llevárselo a la boca, pero volvió a dejarlo en el plato.

—Yo he pasado aquí por etapas muy variadas. A veces me he implicado mucho ayudando a mis compatriotas, pero otras he necesitado alejarme de ellos para no sufrir una depresión. Eso es lo que necesito ahora.

—Está claro, Ibra —dijo Samuel—, no te preocupes. Hablaré con la jueza y creo que podrá librarte de asistir a más reuniones.

Ibra asintió moviendo la cabeza y volvió a juguetear con los calamares, deslizándolos con el tenedor.

—Conseguí la regularización en el 2009 —continuó el africano, pese a que unos segundos antes parecía que no quería seguir con esta conversación—. Los ansiados papeles que te permiten volver a considerarte un ser humano. Pero llegaron tarde. —Los ojos de Ibra se habían humedecido—. No es fácil volver a sentirte persona cuando…

Él se calló y los policías tampoco dijeron nada, como si se hallaran inmersos en un acto de duelo en el que es obligado guardar silencio.

—Cuatro años estuve viviendo en España en situación irregular. Llegué a creer que los estudios que había hecho en Senegal jamás me servirían para nada. Durante esos cuatro años fui peón agrícola, friegaplatos, peón de la construcción…, cobrando a veces tres euros la hora, sufriendo el racismo de algunos encargados… Después me dieron los papeles, pero pude comprobar que mi situación laboral no mejoraba mucho: la crisis había llegado y los trabajos que me daban eran pocos y sin contrato, como cuando no tenía papeles. Eso desanima mucho. Al entrar en el consultorio psicológico mi situación laboral mejoró, pero había cosas difíciles de olvidar.

Bebió un poco de agua y al cabo de un rato miró a los policías como si despertara de un sueño.

—Perdonad, creo que os estoy agobiando con mis neuras.

—¡No, de verdad! —gritó Eulàlia—. Está bien que nos expliques…

—Vosotros sois buenas personas. Hacéis una buena labor. Pero yo prefiero no seguir en esto.

Al día siguiente, viernes, a las once de la mañana, los inspectores Samuel Montcada y Xavier Domènech se hallaban mirando al mar desde unos acantilados cercanos a L'Estartit. Frente a ellos tenían las islas Medas, aunque lo que los inspectores observaban no era el paisaje, sino los movimientos que un grupo de guardias civiles realizaban subiendo y bajando por las rocas, en la misma orilla del mar.

Samuel y Xavier ya sabían, porque un guardia civil se lo había explicado, que tres submarinistas del Grupo Especial de Actividades Subacuáticas de la Guardia Civil estaban tratando de rescatar a un

buceador que había quedado atrapado en una cueva a seis metros de profundidad. Eran dos los buceadores que se habían internado en la cueva, alemanes ambos; uno había salido sin problemas, pero el otro no pudo hacerlo y permanecía, de estar aún vivo, respirando el aire de la burbuja formada entre el agua y el techo de la bóveda. Los inspectores también sabían que uno de los submarinistas que participaban en la operación de rescate era Arcadi Sorres, y que la acción era bastante arriesgada. El guardia civil que les dio las explicaciones acabó diciendo que los submarinistas estaban jugándose la vida.

Hasta la una de la tarde estuvieron Samuel y Xavier de observadores, como si fueran curiosos de los que matan el tiempo viendo trabajar a otras personas. El alemán fue rescatado vivo y se lo llevó una ambulancia, y los submarinistas recibieron todo tipo de felicitaciones de sus compañeros, así como de los políticos y funcionarios que habían ido sumándose a las labores de simple observación.

Arcadi Sorres, ya sin el traje de submarinista, se acercó a los inspectores.

—Un compañero me ha dicho que preguntabais por mí.

—Sí, soy inspector del Cuerpo Nacional de Policía —dijo Xavier, y no presentó a su acompañante porque ambos habían supuesto que sería mejor que el guardia creyera que hablaba sólo con policías nacionales—. Felicidades por esta operación de salvamento. Sois muy buenos haciendo estas cosas.

—Claro, somos la Guardia Civil —dijo Arcadi con sorna y estirando un poco el cuerpo para aprovechar su diferencia de altura con los inspectores y mirarlos de arriba abajo—. ¿De qué queríais hablar conmigo?

—Es un asunto un poquito delicado —respondió Xavier—. En realidad, no venimos de forma oficial. Un alto funcionario de Interior nos ha dicho: «Advertid a ese chico de que hay alguien que quiere crearle problemas», y, la verdad, yo me alegro de haber venido, porque tú te dedicas a salvar vidas, ya lo hemos visto —Xavier señaló hacia el mar—, y hay que ser muy cabrón para acusar a alguien como tú.

Arcadi frunció el ceño, y la sonrisa con la que había dicho su última frase desapareció de su rostro.

—¿Acusarme? ¿De qué coño estás hablando?

—Sí… Ya te he dicho que el asunto es delicado. ¿Qué tal si nos sentamos allí? —Xavier señaló una mesa rodeada por dos bancos, todo rústico y anclado en el suelo.

—¿Qué tal si me dices de qué estás hablándome? —replicó el guardia, aunque se puso a caminar tras los inspectores hacia aquella

mesa.

—Estoy hablándote de que alguien quiere crearte problemas. Por lo del Tarajal. Tú, como tus otros quince compañeros, estuvisteis imputados de una forma genérica, pero a ti ahora quieren encasquetarte un homicidio. Hay gente que ha comenzado a mover hilos.

—*Cagüen* la hostia. Explícate de una puta vez.

—Sí, vamos a sentarnos.

Xavier no dijo nada más mientras se acercaban a la mesa, pese a que Arcadi Sorres lo miraba como esperando sus palabras con impaciencia.

—Ya estamos sentados como tú querías. ¿Ahora qué?

—Verás… Hay unas imágenes grabadas que no se han dado al juzgado de Ceuta y que vamos a intentar que no salgan a la luz.

Xavier se calló, a la espera de una nueva protesta de Arcadi, pero éste tampoco habló, con lo que puso en evidencia que estaba dispuesto a escuchar.

—Uno de los muertos, de los inmigrantes, me refiero, tenía las manos machacadas y lo jodido es que eso consta en la autopsia. Y parece que una de esas putas oenegés que se dedican a ayudar a los inmigrantes ha aportado pruebas de que las manos se las machacaron con la culata de una escopeta cuando intentaba agarrarse a las rocas. Y claro, si el negro la palmó después… Eso es homicidio.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

El gesto del guardia, que ya antes era serio, se tornó sombrío, y sus cejas compusieron un nuevo ceño más desafiante que el de antes. Samuel pensó que las palabras de Xavier le habían hecho mella y que el hombre estaba más asustado de lo que pretendía aparentar. Por su parte, Xavier se tomó un par de segundos para contestar.

—En esas imágenes apareces tú machacando las manos al negro. Pero el problema no son las imágenes, o al menos no son el primer problema, lo peor es que quien te acusa es un compañero tuyo.

Xavier y Arcadi se miraron fijamente, como si ambos esperaran a que el otro dijera algo. Pero Arcadi parecía que comenzaba a practicar la táctica de hablar lo menos posible, quizá por aquello de que todo lo que uno dice puede ser utilizado en su contra, de modo que el silencio se prolongó durante seis u ocho segundos que a Samuel le parecieron una eternidad.

—¿Un compañero mío? —acabó diciendo el guardia.

—Sí, te explico. La oenegé ésa que está tratando de joderos acusa a un guardia de pelo blanco. Está claro que ese guardia no eres tú, porque además dicen que es gordo, pero… ¡Pero! Resulta que, cuando mis compañeros de Ceuta han comenzado a hacer preguntas a los tuyos, alguno se ha debido de dar por aludido. Y uno de ellos ha

enviado un escrito anónimo señalándote a ti.

—¿Un escrito anónimo? ¿Desde cuándo un escrito anónimo es…?

—Un momento. Que la cosa es más compleja. No olvides que también está esa grabación, y en ella a quien se ve golpeando las manos a un africano es a ti. Pero cerca de ti también aparecen otros guardias y probablemente hicieron lo mismo con otros negros que intentaran subirse por las rocas, como es natural. Lo que a ti te convendría es identificar a esos otros guardias, porque además…

—*Cagüen* la hostia. Esto está empezando a cabrearme. ¿De dónde cojones sale esa grabación?

—Ahí está el principal problema. O mejor dicho, los dos principales problemas. Eso es lo que iba a explicarte ahora, o sea que déjame hablar. Y tranquilízate, porque nosotros estamos aquí para echarte un capote. El primer problema lo has señalado tú mismo: de dónde sale esa grabación. Sale de la policía marroquí. Algún gendarme la hizo. A nosotros nos ha llegado vía servicios secretos.

—¡Joder! Bueno, siendo así…, la cosa puede estar controlada, ¿no? No tiene por qué llegar a manos de ningún juez.

Esto lo dijo en un tono completamente distinto al que había utilizado hasta el momento. Parecía pasar de la altivez al ruego, pensó Samuel. Y con ello estaba confirmando que él había machacado las manos a un africano, e incluso que podía saber que había muerto. Al inspector le resultaba sorprendente que un hombre que arriesgaba su vida para salvar a otro, como acababa de hacer Arcadi, hubiera llegado a impedir que otra persona salvara la suya aferrándose a unas rocas. ¿Era eso a lo que se refería Eulàlia el día que le dijo que el racismo impregnaba las sociedades occidentales? ¿Valía más la vida de un blanco y alemán que la de un negro y senegalés?

—Hay un segundo problema —continuó Xavier—: un militar marroquí le ha pasado copia de la grabación al guardia civil que ha hecho la denuncia anónima. Eso también lo sabemos vía servicios secretos.

La cara de Arcadi comenzaba a estar blanca. Samuel tuvo la impresión de que estaba tomándose muy en serio lo que estaba oyendo.

—Hubo otros guardias que se dedicaron a golpear en las manos a los africanos que trataban de agarrarse a las rocas, claro que los hubo —dijo Arcadi con la mirada perdida en el horizonte marino.

—Pero para saber quién es el compañero tuyo que está acusándote necesitamos saber quién puede tener contactos con militares marroquíes. Si no damos con él, al final aparecerá la grabación por algún sitio. Y si sale a la luz, lo que prevalecerá es lo que se ve en ella, y aunque tú no tienes el pelo blanco, la puta oenegé ésa que está tratando de joderos acabará conformándose con meterte a ti el puro.

Hubo un silencio, tras el cual Xavier insistió:

—¿Lo entiendes? Necesitamos saber qué guardia de pelo blanco puede tener amistad con algún militar marroquí, o conocerlo por algún motivo. ¿Sabes de algún guardia que se relacionara con los marroquíes?

De pronto, Arcadi dejó de mirar hacia el mar y clavó una incisiva mirada, primero sobre Xavier y después sobre Samuel.

—¿Y vosotros por qué queréis ayudarme a mí? ¿A mí, precisamente, que no me conocíais de nada?

Samuel se quedó en vilo, a la espera de la respuesta de Xavier. Si no era acertada, podía irse todo al garete; y esa pregunta no la habían previsto cuando prepararon todo el cuento que Xavier estaba representando.

—Porque no podemos consentir que circule información entre miembros de los cuerpos de seguridad españoles y militares marroquíes sin que podamos controlar los canales por los que circula. Ese compañero tuyo va por libre en los tratos que tenga con militares marroquíes, y queremos que reciba un escarmiento. Si la denuncia de la oenegé prospera nos las arreglaremos para que el imputado por homicidio sea él. Pero para eso necesitamos saber quién es. De modo que piénsalo bien: se trata de alguien que por algún motivo tenía contactos con militares marroquíes; ¿quién puede ser?

Arcadi dijo algo ininteligible entre dientes.

—¿Cómo?

—Juan Torquemada, joder. Ahora está destinado en Zaragoza.

—¿Qué tipo de contactos tenía Juan Torquemada con los marroquíes? —preguntó Samuel, abriendo por primera vez la boca en esta conversación.

—También podría ser Arturo Moreno. Éste sigue en Ceuta —dijo Arcadi, como si no hubiera oído la pregunta de Samuel.

Pero el inspector insistió.

—¿Cómo eran esos contactos? ¿Por qué se relacionaban Juan Torquemada y Arturo Moreno con los militares marroquíes?

—No lo sé… Los dos manejaban bastante pasta. Yo sé que a veces, cuando no estaban de servicio, pasaban al otro lado de la frontera y se encontraban con alguien. Un compañero me dijo que se veían con un militar.

—¿Eso lo hacían juntos, o cada uno por separado?

—Juntos. Estaban como asociados. Pero el que manejaba el cotarro era Juan Torquemada. Era el más listo. Y el más cabrón. No me extraña que esté intentando joderme. Yo no le caía muy bien.

—¿No sabes con qué militar se veían? ¿Graduación…?

—Eso no lo sé.

—¿Sabes si en el 2014 seguían viéndose con él? Piénsalo bien. Es

importante.

—Es posible que ya no. Cuando se notaba más que estaban en algún negocio con los marroquíes era en el 2012 y el 2013. Pero… No sé, quizá después comenzaron a disimularlo.

Los tres se quedaron callados. Samuel sintió la urgencia de acabar esta conversación y comenzar a hacer llamadas de teléfono. Xavier también debió de pensar que habían cumplido de sobra su objetivo; le agradeció la información a Arcadi y le dijo que estuviera tranquilo, que ellos se encargarían de Juan Torquemada.

En cuanto salió de L'Estartit, el inspector Samuel Montcada inició su rueda de llamadas. La primera, a la subinspectora Eulàlia Planells:

—¡Creo que lo tenemos! —le dijo a modo de saludo.

Le explicó cómo había ido la entrevista con Arcadi y le pidió que pusiera a trabajar a todos los miembros del grupo de homicidios en la búsqueda de información sobre Juan Torquemada. De manera especial, había que averiguar sus movimientos en las últimas semanas y si pudo estar en Teruel el fin de semana pasado. También tenían que ver el coche que el guardia usaba y si sus neumáticos podían corresponder con los que dejaron marcas en las escenas de los crímenes.

Después llamó a la jueza Lorena Rivas, le dio las mismas explicaciones y hablaron sobre cómo incrementar la vigilancia sobre el sospechoso. Cuando acabó de hablar con ella, se dio cuenta de que había pronunciado la palabra «sospechoso». ¡Por fin! Por fin tenían a alguien que encajaba con todos los indicios que habían ido apareciendo.

Sintió euforia.

Aunque ésta comenzó a apagarse cuando se preguntó por los motivos que pudo tener Juan Torquemada para cometer los tres homicidios. Todo crimen tenía su motivo, pero ¿cuál era el de Juan Torquemada? Suponiendo que hubiera tenido diferencias y disputas con Hammed Benali en los negocios sucios que ambos se llevaran entre manos, ¿qué tipo de conflicto pudo llevarle a organizar su asesinato cuando ya llevaban bastante tiempo sin verse? ¿Qué utilidad tenía para él ese crimen? ¿Y por qué asesinar también al hijo? Estos interrogantes le hacían temer al inspector que aún estaban lejos de haber resuelto el caso. Y todavía eran mayores cuando se preguntaba por los motivos que pudo tener Juan Torquemada para asesinar a Florencio Roca. Habían supuesto que lo mató para cerrarle el pico. Algo sabía Roca que Torquemada había necesitado callar para siempre. ¿Qué? Si Torquemada era el asesino y a Florencio Roca lo mató cuando supo que a éste se le investigaba como sospechoso de haber asesinado a los marroquíes, ¿qué era lo que Roca pudiera haber dicho contra Torquemada en un interrogatorio?

Estas cuestiones todavía no tenían respuestas. Y había, además, otra pregunta que al inspector Montcada le resultaba aún más inquietante: ¿por qué Juan Torquemada quiso asesinar a Florencio Roca haciéndole morir de la misma manera que había muerto Mamadou Sega?

22

A lo largo de la tarde del viernes y de todo el sábado el inspector Montcada fue acumulando información sobre Juan Torquemada. Tenía a todos los miembros de su grupo trabajando en ello y, además, le llegaba lo que el inspector Xavier Domènech obtenía por sus medios en el Cuerpo Nacional de Policía. Así, reunió mucha información sobre los amigos y familiares de Torquemada, sus aficiones, los conflictos que en distintos momentos de su vida había protagonizado y otros muchos aspectos que, sin embargo, no aportaban nada a lo que tenía que ver con los homicidios que el guardia podía haber realizado.

El problema estaba, precisamente, en aquello que sí tenía que ver con los homicidios, pues los datos que le llegaban al inspector eran poco concluyentes y nada satisfactorios.

El coche que tenía Juan Torquemada no era el que había dejado huellas de sus neumáticos en las escenas de los crímenes. Naturalmente, el guardia podría haber utilizado otro coche, incluso uno de alquiler, pero de momento nadie había descubierto nada relacionado con eso. En las empresas de alquiler de vehículos de Zaragoza no aparecía el nombre de Torquemada, y no se había obtenido ningún indicio de que alguien le hubiera dejado un coche.

Tampoco se había podido establecer con claridad qué hizo el guardia durante el fin de semana anterior, cuando Florencio Roca fue asesinado. Sin embargo, los datos aportados por la compañía operadora de su teléfono móvil, tanto en tarifación como en posicionamiento, indicaban que no se había movido de Zaragoza.

Samuel Montcada siguió recibiendo algunas informaciones nuevas a lo largo de la mañana del domingo, pero ninguna sirvió para relacionar un poco más a Juan Torquemada con los crímenes.

A las seis de la tarde, el inspector estaba atascado. O ésta era la sensación que tenía él. Dos días antes, tras la conversación que mantuvieron con Arcadi Sorres, creyó haber dado con el asesino, pero a medida que había ido acumulando información sobre Juan Torquemada, tal creencia, en lugar de consolidarse, se disipaba. Y esto había comenzado a ponerlo de muy mal humor. Si las sospechas sobre Torquemada se desvanecían, ¿qué quedaba en pie en esta puñetera investigación?

Para no verse abatido por el pesimismo, decidió hacer algo más, algo distinto a reunir información sobre Juan Torquemada.

Llamó a Jamal Fadel.

—Ya sé que no tenías mucha relación con tu primo Hammed, pero me gustaría que me dijeras si en algún momento él mencionó a alguien que viviera en Zaragoza, o si dijo que tenía que ir a Zaragoza por algún motivo, o que esperaba que alguien viniera de allí… O sea, cualquier cosa en la que esta ciudad se mencionara.

Hubo unos segundos de silencio en la línea y, finalmente, respondió Jamal:

—No recuerdo que nombrara nunca esa ciudad. Por ningún motivo.

El inspector se quedó sin preguntas.

—Bueno… Sólo era eso. Ya sabes, si tienes cualquier novedad…

—Sí, pensaba llamarte… ¿Te dije que mañana me iba a Marruecos? Van a facilitarme un encuentro con un agente que trabajó junto a mi primo. Parece que era algo así como mano derecha de Hammed y que ambos tenían mucha confianza el uno con el otro. Intentaré que me explique todo lo que sepa sobre aquellas detenciones por tráfico de drogas en las que cayó el ayudante de mi primo.

El teléfono de Samuel le hizo dos pitidos al oído. Alguien estaba llamándolo.

—Recuerda lo que te pedí. Es muy importante que esa persona con la que vas a hablar te dé nombres de españoles que pudieron estar implicados en aquella red de tráfico de drogas, especialmente si eran funcionarios: militares, guardias civiles… Cualquier uniformado con el que Hammed Benali hubiera tenido algún tipo de relación.

—Sí, eso es lo que trataré de averiguar. Lo tengo claro.

Cuando colgó, Samuel vio que la llamada perdida era del inspector Xavier Domènech. Lo llamó.

—Hola, Samuel. Tengo noticias.

—Cuenta.

—Son sobre Arcadi Sorres. Desde ayer está desaparecido. No fue a dormir a su casa. Esta mañana, su mujer ha ido a explicárselo a sus compañeros de la Guardia Civil.

El cerebro de Samuel hervía buscando explicaciones a esa desaparición, conexiones con lo que a él le interesaba, implicaciones que pudiera tener.

—¿Han puesto en marcha algún operativo de búsqueda?

—Sí, pero parece que no le dan mucha importancia al asunto. No le creen desaparecido. El que me ha llamado ha definido a Arcadi como bastante mujeriego, así lo ha dicho, y más bien cree que anda de picos pardos.

—Ya, pero una cosa es lo que ellos crean y otra lo que nosotros podemos temernos, ¿no?

—Pues sí, por eso te he llamado.

—Además, si pasó de picos pardos la noche del sábado, a estas horas, las siete de la tarde del domingo, ya tendría que haber

aparecido.

Hubo unos instantes de silencio.

—¿Crees que deberíamos hacer algo? —preguntó Xavier.

—No sé… Sí, creo que nosotros también tendríamos que participar en la búsqueda. Voy a hablar con mis compañeros de la comisaría de la Bisbal. Que comiencen a moverse.

Cuando colgó, Samuel advirtió que estaba inquieto, angustiado, y no sabía por qué. O sí lo sabía: la desaparición de Arcadi Sorres, en caso de que no se debiera a una simple juerga, volvía a poner en evidencia que la investigación que él estaba dirigiendo iba a la deriva. Había dado por supuesto que Sorres no era el guardia civil por el que Hammed Benali se sentía amenazado y, por tanto, no era el asesino que estaba buscando. Pero su desaparición debía de tener necesariamente algún significado. Podía estar huyendo, en cuyo caso estaba más implicado de lo que habían creído; o alguien le había hecho algo, y si era así… Mejor no pensarlo. Parecía como si un espíritu malvado sobrevolara por encima de la investigación policial y actuara cada vez que lo hacían los policías.

Trató de quitarse de encima esta desazón y llamó a un compañero que conocía de la comisaría de la Bisbal, el sargento Jordi Bosch. Le explicó el interés que él tenía por la posible desaparición del guardia civil Arcadi Sorres y le pidió que, discretamente, comenzaran a hacer averiguaciones en L'Estartit y zonas colindantes.

Cuando se acostó, se dio cuenta de que el desasosiego que sufría iba a impedirle conciliar pronto el sueño. Se levantó para hacerse una tila. Se la llevó a la cama y fue dándole pequeños sorbos recostado sobre el cabezal. Cuando empezó a relajarse un poco, pensó en María. Lo había hecho en distintos momentos a lo largo de este fin de semana que había pasado solo, pese a haber estado bastante ocupado con el trabajo. ¿Qué le dijo una vez su exmujer, la madre de Raúl: que tenía miedo a atarse a otras personas, que era alérgico al compromiso? Se equivocó. Nada le gustaría más en este momento que estar bien atado a María. Tenerla a su lado. Poder comentar con ella los galimatías de este caso. Escuchar sus consejos. Acaso así él hubiera estado menos perdido desde el principio; quizá ella le hubiera ayudado a encontrar otra línea que llevara a resultados más claros. O quizá no, pero él se habría sentido menos solo. Porque, tanto o más que sus consejos, también necesitaba tenerla entre sus brazos, hacerle el amor, despertar por la mañana oyendo su respiración.

El lunes se levantó a las siete de la mañana. Quería estar en la comisaría a las ocho y contactar enseguida con distintas personas. Pero a las siete y media, justo cuando acababa de salir de la ducha, le sonó el teléfono y vio que la llamada la hacía el sargento Bosch.

—Hola, Jordi. Dime.

—Hola, Samuel. Se ha encontrado el coche de Arcadi Sorres.

—¿Se ha encontrado? ¿Quién lo ha encontrado? ¿Dónde? —El inspector notaba los latidos de su corazón.

—Lo ha encontrado la Guardia Civil, y un guardia me lo ha dicho.

—¿Dónde? —repitió Samuel.

—En L'Estartit. Al final del paseo del Molinet. Es un paseo de unos cuatrocientos metros a orillas del mar, que nace donde acaba el pueblo, por la parte norte. Por cierto: el coche de Arcadi estaba abierto.

Mientras oía esas explicaciones, la mente de Samuel trabajaba a toda prisa no sólo para descifrar su significado, sino para determinar lo que convenía hacer a partir de ese instante.

—¿El paseo está asfaltado o es de tierra?

—Al inicio está asfaltado, porque hay unas casas y un par de restaurantes, pero los últimos cien metros son de tierra y gravilla.

—Bueno, pues… Escúchame bien, Jordi. Vais a ir allí con todas las dotaciones que tengáis en la zona. Vais a acordonar todo el paseo, y no vais a dejar acercarse ni a Dios. ¿Entendido?

—Joder, Samuel, a Dios es fácil, pero…, ¿qué hacemos con la Guardia Civil?

—Escucha —repitió el inspector, nervioso—, la desaparición de Arcadi Sorres forma parte de un caso que está bajo secreto de sumario. Un caso que se investiga conjuntamente entre los Mossos d'Esquadra y la Policía Nacional, pero en el que es importante que no meta las narices la Guardia Civil. Ahora mismo voy a hablar con la jueza que lo instruye y ella dará las órdenes pertinentes.

—Vale, vale. Vamos para allí de inmediato. Tú vendrás, ¿no?

—Salgo echando leches para estar lo antes posible. Pero atiende: es muy importante que nadie pise la zona de tierra porque las huellas de zapatos son clave en esta investigación, y que ningún coche se acerque, porque también lo son las de neumáticos. Y que no se acerque al coche de Sorres ni María santísima, ¿vale?

—Vale, sí, tranquilo.

Lo primero que hizo Samuel fue llamar a la jueza. Después se vistió, echó un trago de la botella de leche del frigorífico, se comió dos magdalenas y salió a la calle. Montado en su coche, llamó a la subinspectora Planells y quedaron en que la recogía a la puerta de su casa.

También llamó a su amigo Jaume, inspector de la policía científica, y le dijo que fueran a L'Estartit con toda la caballería: seguramente tocaría analizar una zona amplia.

La conversación con la subinspectora Planells, cuando los dos iban en el coche a gran velocidad y con la sirena ululando, no le sirvió al

inspector Montcada para sosegarse, ni para salir de la confusión que estaba invadiéndolo. Ella también se temía que Arcadi Sorres hubiera sufrido una agresión; y si era así, sucedía justo después de que los Mossos lo hubieran incluido en la investigación del caso Hammed Benali, tal como antes ocurrió con Florencio Roca.

—Es inquietante —concluyó Eulàlia, pensativa y mirando hacia fuera de la ventanilla, como si no lo dijera para Samuel sino para sí misma.

En L'Estartit fueron circulando por el paseo marítimo en dirección noreste, viendo primero la playa a la derecha y después el puerto. La calle acabó en un ensanchamiento que servía de parking y que en ese momento ocupaban varios coches policiales. Había nada menos que dos coches de los Mossos d'Esquadra, tres de la Guardia Civil y otros dos de la policía local, y un montón de agentes uniformados de todos los colores que se movían cerca de los coches, además de los curiosos que habían ido aproximándose.

—Vaya circo —dijo el inspector, al tiempo que detenía el vehículo a unos veinte metros de todos los demás.

Cuando se bajaron del coche, el primero que se les acercó fue Jordi Bosch.

—Joder, Samuel —dijo el sargento—, hemos estado a punto de iniciar un conflicto armado con la Guardia Civil.

—Te llegó la orden de la jueza, ¿no?

—Sí, claro, por eso he podido contener a los picoletos, si no… No sé qué hubiera pasado.

Cuando llegaron al precinto policial colocado al inicio del camino, el inspector se fijó en el pivote. Era de los que bajan y suben automáticamente para dar o quitar paso a los coches, y ahora estaba bajado.

—¿Ese pivote está siempre así?

—No, justo lo contrario —respondió el sargento Bosch—. Sólo baja para dar paso a los vecinos que tienen tarjeta. Pero está bajado desde el sábado por la noche, según algunos vecinos, y más adelante verás otros tres pivotes fijos, situados donde acaban esas casas, de los que hay uno quitado. Parece que alguien los manipuló el sábado por la tarde, cuando ya había oscurecido.

—Y el coche de Arcadi Sorres está al final, más allá de los otros pivotes, ¿no?

—Sí.

—De modo que Sorres llegó hasta el final del paseo con su coche porque encontró los pivotes bajados o quitados y pudo pasar. Es así, ¿no?

—Así es como lo veo yo —confirmó el sargento Bosch—. No creo que él se entretuviera en manipularlos.

«¿Quién sabe manipular estas cosas?», se preguntó el inspector. Cualquier policía, sin duda. Aunque para muchas otras personas tampoco resultaría muy difícil.

Samuel, Eulàlia y el sargento Jordi Bosch fueron avanzando por el paseo y cruzándose cada treinta o cuarenta metros con los agentes que vigilaban la zona. Las islas Medas ocupaban buena parte del paisaje que se abría ante sus ojos.

Cuando el camino pasó a ser de gravilla, los tres optaron por caminar por uno de los laterales para que sus pisadas no borraran otras hechas con antelación. La roca que llamaban el Molinet se veía al fondo y, en cuanto superaron una curva, también vieron el coche aparcado y varios agentes de los Mossos d'Esquadra custodiando la zona.

Se acercaron.

El suelo de tierra y gravilla mostraba gran cantidad de pisadas al lado del coche, especialmente junto a la puerta del conductor, por lo que el inspector pensó que ahí obtendrían poca información. Observó las huellas que se alejaban del coche en distintas direcciones y pensó que muchas serían de los guardias que descubrieron el vehículo, pero se interesó por las que iban desde el coche hacia las rocas de la orilla. Se dio cuenta de que Eulàlia estaba observando lo mismo, pero ninguno de los dos dijo nada y enseguida ambos dejaron de mirar el suelo y se concentraron en observar el peñasco. El inspector superó una barandilla de madera para internarse un poco por la parte izquierda de la roca, pero no pudo avanzar mucho porque era muy escarpada y temía acabar despeñándose hacia el agua, cuya superficie estaba a unos dos metros por debajo de sus pies. Hacía mucho frío y las olas golpeaban contra las rocas salpicando minúsculas gotas de agua que llegaban a la cara de Samuel. Sintió un espasmo y se volvió hacia suelo seguro.

Eulàlia le hizo un gesto para que mirara hacia el camino y vio acercarse a Jaume con ocho mossos más de la policía científica. Ambos fueron hacia ellos.

—Hola, Samuel. Hola, Eulàlia. ¿Qué tenemos que buscar?

—De entrada, huellas de zapatos y neumáticos por toda la zona. ¿Tienes presentes las que encontrasteis junto a los cadáveres de Hammed Benali y su hijo?

—Sí, claro.

—Y analizad bien el coche, naturalmente. A ver si hay señales de lucha en su interior o…, o lo que sea.

Jaume comenzó de inmediato a dar órdenes a su gente. Samuel y Eulàlia se apartaron un poco y se entretuvieron en observar la zona desde todos los ángulos posibles. Siete u ocho minutos llevaba haciendo eso cuando Jaume pegó un grito al inspector para hacerle

volver hacia el punto en el que estaba el coche.

—Mira este papel.

Lo que ponía ante su vista era una cuartilla que Jaume cogía con unas pinzas y cuyo texto escrito con ordenador podía leerse perfectamente:

Los dos policías que te visitaron ayer están tendiéndote una trampa. Yo puedo explicártelo, pero no quiero que me vean contigo. Ve al final del paseo del Molinet a las ocho.

Samuel echó un bufido. Las ocho de la tarde del sábado. Todo había ocurrido a esa hora. Cuando ya era noche cerrada. ¿Por qué Arcadi Sorres se fio de esa nota y fue hasta ese lugar solitario con su coche y de noche? Probablemente tenía muy mala conciencia por lo que les dijo a los inspectores el viernes; estaba inquieto y la avidez por la información que pudieran darle lo llevó a no tomar precauciones.

Giró la cabeza y volvió a mirar hacia las aguas que golpeaban la punta rocosa. Se dio cuenta de que Eulàlia también miraba hacia allí. Al Molinet.

—Voy a llamar a la unidad subacuática —dijo el inspector.

Cuando llegaron los submarinistas de los Mossos d'Es-quadra, los agentes de la científica llevaban una hora analizando la zona, la misma que Samuel había estado paseando por los entornos para ver si algo le llamaba la atención. Tres de esos agentes se habían encaramado por las rocas del peñasco y lo estaban observando por las partes que quedaban ocultas a la mirada de Samuel. Jaume le había dicho que ninguna de las huellas de neumáticos que encontraron se correspondía con las halladas donde fueron asesinados Hammed y su hijo o donde fue asesinado Florencio Roca. Tampoco había huellas de zapatos que se parecieran a las encontradas en aquellos escenarios.

Los submarinistas dieron unos rodeos con su barca al peñasco, pero tres de ellos no tardaron en sumergirse en el agua.

Pasados unos minutos, uno de los hombres de la científica que se movían a gatas por el peñasco dio un grito para llamar a Jaume. No sólo éste, también Eulàlia y Samuel fueron hacia donde se encontraba el hombre. Estaba agarrado a las rocas, con los pies a medio metro de la superficie del agua.

—Aquí hay sangre. O juraría que es sangre.

Jaume comenzó a trepar por las rocas. Eulàlia hizo lo mismo, y Samuel la siguió, pese a que una hora antes había desistido de moverse por allí por miedo a caer. Todos miraron con atención las manchas que señalaba el agente. Podía ser sangre, pensó el inspector. Estaban sobre una pared de la roca que se metía de forma vertical en el agua, sin que pudiera verse con claridad la profundidad que había

en ese punto. Enseguida llamaron a un submarinista para que se internara ahí, mientras los de la científica se disponían a tomar muestras de aquellas manchas.

Otros dos submarinistas se sumaron a la búsqueda en la zona cercana al punto en el que estaba la sangre, si lo era.

No tardó mucho uno de ellos en emerger para hacer una señal a sus compañeros. Los tres volvieron a sumergirse y unos minutos después aparecieron en la superficie del agua arrastrando algo.

Un cuerpo.

Un hombre muy alto.

Arcadi Sorres. O más bien su cadáver.

No hizo falta que hubieran acabado de subirlo por las rocas hacia el paseo para que Samuel viera con meridiana claridad lo que había sucedido.

Tenía las piernas completamente envueltas con cinta gris. La misma cinta utilizada con Hammed Benali, su hijo Farid y el guardia civil Florencio Roca. A los pies llevaba atada una pieza de hormigón. Y las manos… Éstas no estaban envueltas con cinta alguna. Estaban destrozadas, como machacadas con un martillo, o una piedra, o la culata de una escopeta.

La sangre encontrada completaba la explicación de una escena que no presentaba dudas para Samuel: Arcadi fue tirado al agua en ese punto, con las piernas atadas y la pieza de hormigón enganchada a los pies; intentó agarrarse con las manos a la pared de la roca para no hundirse, pero su asesino se las machacó. Quizá eso ocurrió varias veces, hasta que Arcadi fue incapaz de agarrarse más y se hundió.

Lo mismo que Adama.

La misma muerte.

Arcadi Sorres murió de la misma forma que mató a Adama.

Florencio Roca murió de la misma forma que mató a Mamadou Sega.

Como una sacudida, una pregunta brotó de manera violenta en la mente del inspector Samuel Montcada. No supo por qué. No vino acompañada de ningún razonamiento. Surgió espontáneamente:

¿Quién murió de la misma forma que lo hicieron Hammed Benali y su hijo?

Esa pregunta se transformó de inmediato en otra:

¿A quién mató Hammed Benali de la manera como lo mataron después a él y a su hijo?

23

Sólo quiso hablarlo con Eulàlia Planells.

Samuel Montcada prefirió no explicar a nadie más la nueva perspectiva que había adquirido el caso a partir de la pregunta que se hizo ante el cadáver de Arcadi Sorres. No podía explicarlo porque no sabía qué explicar. Si los crímenes que él investigaba emulaban a otros cometidos años antes, todo lo que habían supuesto hasta el momento quedaba como suspendido en el aire, cual piezas sueltas en una zona ingrávida que no se dejan coger por alguien que pretenda unirlas.

La hipótesis de que a Hammed Benali lo asesinó un guardia civil con el que tenía cuentas pendientes por alguna actividad delictiva realizada en la frontera seguía en pie, pero ahora adolecía de gruesos resquicios. En primer lugar, el inspector no tenía ni idea de cómo vincular esa hipótesis con los asesinatos de Florencio y de Arcadi, y mucho menos con la estrecha relación que tales homicidios guardaban con los de Mamadou y Adama, especialmente por la inquietante semejanza en las formas de morir. Pero además, estaba el hecho de que los sospechosos se difuminaban. El principal de ellos, Juan Torquemada, había sido vigilado durante el fin de semana y no se había movido de Zaragoza, y el inspector también sabía ya que el fin de semana anterior no había ido a Teruel. Los otros guardias civiles a los que vigilaban, Ángel Laguna, Lázaro Costa, Juan Pablo Lindo y Severino Gálibo, tampoco habían ido a L'Estartit durante el fin de semana. Los que estaban más lejos, Roberto Palenzuela en Burgos y Adolfo Buniel en Valencia, habían tenido vigilancia de la Policía Nacional, y Xavier le había dicho a Samuel que no habían salido de sus ciudades. Y los que seguían destinados en Ceuta tampoco se habían movido de allí.

¿Quedaba algún guardia civil a quien no hubieran vigilado y que su nombre hubiera aparecido de una forma u otra en la investigación? El inspector creía que no. Pero de pronto comenzó a pensar en el teniente Manolo González, su amigo. Él le había dado las descripciones de los tres guardias que intervinieron en la muerte de Mamadou Sega y de los dieciséis que intervinieron en las quince muertes del Tarajal. Samuel estuvo dándole vueltas durante un buen rato a los hechos sucedidos y a la relación que podían tener con Manolo González, pero no encontró inspiración alguna. Concluyó que había tenido un pensamiento descabellado.

Con Eulàlia no habló de ese hilo de sospecha, pero sí de la pregunta

que sintió emerger de las aguas cuando lo hacía el cuerpo de Arcadi Sorres. Ambos vieron muy claro que la única persona que podía responderles era el presidente de la Asociación de Senegaleses de Barcelona, y discutieron durante un rato si podían fiarse de Babacar. La conclusión fue que no les quedaba más remedio. Así que la subinspectora lo llamó y le propuso el encuentro, pero él no podía verlos hasta el día siguiente y quedaron a las nueve de la mañana. Después, Samuel le pidió a Eulàlia que dedicara lo que quedaba de la tarde a repasar los destinos de Hammed Benali y acotar al máximo las fechas relacionadas con lo que iban a preguntarle a Babacar.

A las cinco de la tarde, Samuel decidió irse de la comisaría. Este lunes volvía a tener a su hijo Raúl consigo y quería estar en casa antes de que el chico llegara. Lo que se había propuesto hacer, desde que salieron de L'Estartit y emprendieron la vuelta a Barcelona, estaba ya hecho: había hablado por teléfono con la jueza Lorena Rivas y con el inspector Xavier Domènech, también se había reunido con su grupo en cuanto llegó a la comisaría y, durante unos minutos, con su jefe Artur Rueda, y de todas esas conversaciones no había salido ninguna idea luminosa.

En la conversación del inspector con Lorena Rivas hubo cierta tirantez, quizá porque la jueza estaba sufriendo ya la tensión que procedía de la dirección de la Guardia Civil. El hecho de que fueran cayendo guardias a medida que se los incluía en la investigación no resultaba fácil de obviar, por mucho secreto de sumario que ella hubiera decretado, y le exigió a Samuel que se espabilara para encontrar una explicación a todo lo que estaba pasando. Él se despidió diciendo que en ello estaba. No tenía ganas de discutir.

Cuando iba por el pasillo para coger el ascensor, decidió acercarse al despacho de Jaume para comprobar si había vuelto a la comisaría.

—Hola, Jaume, ¿habéis acabado en L'Estartit?

—No, he dejado allí a tres compañeros, pero yo he vuelto para hacer algunos análisis.

—¿Y hay algo…?

—Sí, hay varias cosas. La sangre que había en la roca era de Arcadi Sorres, como ya suponíamos. Pero no hemos encontrado nada que nos permita señalar la presencia de otras personas.

—¿Y las huellas?

—¿De zapatos? Sí, las hay, pero ninguna se corresponde con las encontradas en las escenas de los otros crímenes. Y antes de que me lo preguntes, ya te digo que las de neumáticos tampoco. Había huellas de neumáticos, pero ninguna como las que teníamos antes.

—Joder. ¿Señales de lucha?

—Yo no las he encontrado, pero el cuerpo lo tiene ya el forense. Él podrá decirte si lo anestesiaron como a los otros o qué fue lo que le

hicieron para reducirlo. Ah, otra cosa: la cinta adhesiva con la que ataron las piernas de Arcadi Sorres no era igual a la utilizada con los marroquíes y el guardia de Teruel. Es de otra marca.

El inspector se despidió y se fue a su casa.

Cuando Raúl entró en el piso, Samuel le preguntó cómo le había ido hoy en el colegio. El chico contestó explicando algunas cosas, algo poco habitual en él, y Samuel logró ir apartando la investigación de su mente. Después, mientras Raúl hacía los deberes, Samuel se puso manos a la obra en la cocina para hacer unos espaguetis carbonara que Raúl llevaba semanas reclamándole. Le quedaron bien y los dos los disfrutaron. Y acabada la cena, se sentaron juntos para ver la televisión. Podría decirse que todo ello resultó terapéutico para el inspector.

El martes, a las nueve de la mañana, Eulàlia y Samuel se encontraron con Babacar en el mismo bar marroquí en el que tres viernes atrás comieron cuscús con él y con Ibra.

Pidieron cafés y pastas árabes.

De camino hacia el barrio del Raval, el inspector le había preguntado a la subinspectora por los resultados de su repaso al historial de destinos que había tenido Hammed Benali en el norte de Marruecos. Lo que el día anterior le encargó que buscara eran destinos en los que Hammed hubiera estado en relación con el agua. Con mucha agua, es decir, con el mar, aunque también podrían ser ríos, lagos o piscinas.

La respuesta de la subinspectora fue que podía tratarse del año 2008, en el que Hammed Benali estuvo destinado en una patrullera de vigilancia costera cuya zona de navegación era la bahía de Alhucemas. En esta ciudad, Hammed había estado ocho años, entre el 2002 y el 2010, pero sólo durante el 2008 había navegado con la patrullera.

De modo que la pregunta que había que hacer a Babacar estaba clara, y Samuel se la hizo en cuanto les sirvieron los cafés y todos dieron los primeros sorbos.

—Algo parecido a lo que nos dijiste cuando te preguntamos por la muerte de Mamadou. Lo que ahora queremos es saber si durante el año 2008, en la bahía de Alhucemas, murió algún inmigrante ahogado por alguna acción de la Marina marroquí.

—¿Otra vez lo mismo? ¿Si murió algún inmigrante? ¿Nadie os ha dicho la cantidad de inmigrantes y refugiados que mueren en el Mediterráneo?

—Sí…, sí, sabemos lo que pasa en el Mediterráneo. Pero buscamos alguna acción concreta de los militares en la que se ahogara gente. Niños, por ejemplo.

Niños. Samuel lo había dicho sin pensarlo. Como si la palabra

saliera de su subconsciente. Pero, de inmediato, se dio cuenta de que la había dicho por algo. Hammed Benali fue obligado a presenciar el ahogamiento de su hijo Farid, de once años. Si esa muerte emulaba otra, como ocurría en los homicidios de Florencio y Arcadi, era más que probable que lo que emulara fuera la muerte de un niño.

—Niños —volvió a repetir—. Uno, o más de uno, que murieran ahogados.

Babacar se quedó mirando, serio y con gesto de enfado, a los dos policías. Samuel se temió que su disposición a colaborar estuviera resquebrajándose. Había supuesto que colaboraría, como lo hizo para llevarlos hasta Lamine Diop, porque Aminata Awa Diallo le dijo que confiara en el inspector Montcada, pero cabía la posibilidad de que ya no encontrara motivos para seguir colaborando.

Sin embargo, Babacar bajó la vista y cogió una pasta, pensativo.

—¿En el 2008?

—Sí.

—¿En la bahía de Alhucemas? —Empezó a mordisquear la pasta.

—Sí. O por allí cerca.

—Tengo que repasar mis archivos y mis recuerdos. Y preguntar por ahí.

—Gracias, Babacar —dijo Eulàlia con un tono suave que a Samuel le pareció perfecto para reforzar la buena predisposición del senegalés.

—O sea, que han asesinado a Florencio Roca y a Arcadi Sorres sólo para calcar la forma como murieron Mamadou Sega y Adama, y por eso supones que la muerte del hijo de Hammed Benali fue también un acto de imitación, ¿es eso, Samuel?

Parecía que a la jueza Lorena Rivas se la llevaban los demonios. Samuel la había llamado a la una de la tarde para explicarle sus temores de que los asesinatos fueran emulación de otros, incluidos los de Hammed Benali y su hijo, y la reacción de ella fue hacerle ir de inmediato a su despacho y convocar también al inspector Xavier Domènech. Lo primero que les dijo fue que los había convocado a ellos dos solos porque la investigación estaba dando tantos tumbos que no quería que hicieran el ridículo ante nadie más. Después le había pedido a Samuel que repitiera su teoría, y ahora la repetía ella como si tratara de hacer recapacitar al inspector.

Samuel quiso contestar, pero fue la jueza la que continuó hablando.

—Teníamos unos objetos pertenecientes a la Guardia Civil en la escena del crimen de Hammed Benali y su hijo; después supimos que Hammed había tenido relaciones conflictivas con algunos guardias y que temía que uno, al que llamaba el Canoso, fuera a por él; ello nos llevó a indagar quiénes podían ser esos guardias y, sobre todo, a buscar al Canoso; así llegamos a identificar a algunos que pudieron

tener relación con él, y primero asesinan a uno y después a otro, ambos en fin de semana, por cierto. Eso es lo que teníamos hasta el momento. ¿Y ahora qué? ¿Hemos de olvidarnos de los guardias y buscar un imitador? ¿Podrías explicarme cómo se relaciona lo que hemos hecho hasta ahora con tu nueva teoría?

El inspector Montcada se cabreó.

—No hay ninguna teoría —dijo, sin gritar pero con tono áspero—. Y yo no he dicho que tengamos que olvidarnos de nuestras sospechas sobre los guardias civiles. Pero tampoco creo que debamos despreciar el hecho evidente de que a Florencio lo mataron imitando la forma como mató él a Mamadou, y a Arcadi imitando la forma como mató a Adama.

—Voy a obviar, porque no viene a cuento de lo que ahora nos interesa, que estás dando por hecho que Florencio Roca y Arcadi Sorres eran homicidas, y también voy a obviar que das por hecho que el que pinchó el flotador de Mamadou Sega fue Florencio, cuando había otros dos guardias civiles con él, pero sigue.

Sí, en la forma de decirlo se había pasado un poco, pensó Samuel, pero como había dicho la jueza, eso ahora no importaba. Iba a seguir con su razonamiento, pero se quedó paralizado por un instante. ¿Qué acababa de decir la jueza? Realmente, él no sabía si el flotador de Mamadou Sega lo pinchó Florencio Roca o lo hizo Lázaro Costa o Severino Gálibo; sin embargo, el asesino de Florencio sí lo sabía. Si su teoría de la emulación era cierta, a Florencio Roca lo asesinó alguien que sabía muy bien quién de los tres guardias que iban en la lancha había pinchado el flotador. Teniendo en cuenta que el asesino no podía ser ni Lázaro ni Severino porque en el momento del asesinato estaban vigilados, ¿cómo había llegado a saberlo?

—¿Qué pasa, Samuel?

—Ah, no, estaba pensando… Lo que decía es que, si el asesino de Hammed Benali y su hijo sólo trataba de cerrar la boca a Florencio y a Arcadi, no tenía por qué matarlos de esa forma. Si el asesino es un guardia civil, ¿por qué utiliza ese *modus operandi* con el que parece que está vengando la muerte de Mamadou y de Adama? Es un poco absurdo, ¿no?

La jueza también debió de pensar que lo era, porque no replicó. Los tres se quedaron callados unos instantes y ella acabó mirando al inspector Domènech, que hasta el momento no había abierto la boca, como esperando que lo hiciera. Pero él se encogió de hombros y continuó con su mutismo.

—O sea que el asesino podría ser alguien que no tiene nada que ver con la Guardia Civil —concluyó la jueza—. ¿No?

Samuel tardó un par de segundos en responder.

—Podría.

—¿Cuatro homicidios y estamos así todavía?

Nuevo silencio.

—Antes has dicho —continuó Lorena— que estáis tratando de averiguar si el asesinato del hijo de Hammed Benali fue imitación de otro crimen parecido que él hubiera perpetrado. Averígualo cuanto antes y, si lo encuentras, nos reunimos para rediscutirlo todo.

Acabada la reunión, Samuel y Xavier se fueron a buscar un bar por Hospitalet en el que sirvieran menú del día.

Xavier pidió garbanzos con espinacas de primero y callos a la riojana de segundo; Samuel, ensalada y pechugas de pollo a la plancha. Mientras comían, repasaron lo que podían dar por cierto y no encontraron demasiadas cosas. Cuando tomaban café, sonó el móvil de Samuel. La llamada era de Antoni Sereno.

—No hay nada de mucho interés en el cadáver que no supiéramos —dijo el médico forense tras los saludos—. Arcadi Sorres murió ahogado. Las manos se las machacaron con una piedra. Y lo único novedoso es que no lo anestesiaron como a los marroquíes y al guardia de Teruel, a éste lo redujeron con una descarga eléctrica, seguramente utilizando una pistola eléctrica.

Cuando se despidieron, Samuel se lo contó a Xavier.

—¿Podría haber dos asesinos? —reflexionó el policía nacional—. La cinta de embalaje no era la misma que en los otros crímenes, las huellas de pisadas y neumáticos tampoco, y la forma de reducir a la víctima tampoco.

—Ya, sí, podría ser, pero uno no lleva siempre los mismos zapatos, y si se le acaba una cinta adhesiva compra otra, y si tiene que reducir a alguien más fuerte puede cambiar de método…

—Tienes razón.

A las seis de la tarde, Samuel volvía a estar en su casa para recibir a su hijo. Pese a la magnitud y la complejidad de la investigación que estaba realizando, no parecía que hubiera tareas urgentes que le impidieran atender a Raúl. Este caso era cada vez más raro, pensó.

A las ocho y media lo llamó Babacar.

—Hay unos hechos que cuadran a la perfección con lo que me pediste.

Samuel sintió que emergía de la postración en la que se había sumido en las últimas horas.

—¿Sí?

—Y hay un testigo que los presenció. Vive en Barcelona. Taye Okeke. Es nigeriano.

—¿Cuándo podremos verlo?

—Mañana. He quedado con él a la una de la tarde.

Samuel se imaginó a sí mismo yendo de nuevo al asentamiento de los inmigrantes que recogían chatarra y pensó en pedir a Babacar que

adelantara la cita a primera hora de la mañana.

—¿Dónde has quedado? ¿Podríamos verlo antes?

—En el Parque de Investigación Biomédica de Barcelona. Trabaja allí. Me ha dicho a la una porque es la hora a la que sale.

El miércoles, a la una de la tarde, Samuel volvía a estar frente al mar, con Eulàlia, pero esta vez en la Barceloneta, a las puertas del Parque de Investigación Biomédica. Enseguida vieron a Babacar. Con él se encontraba otro africano, alto y delgado, vestido con traje, corbata y un abrigo clásico, de unos treinta y cinco años, que lucía unas gafas redondas que le daban aire de intelectual. Babacar lo presentó como Taye Okeke y a los policías también por sus nombres. Los cuatro se dirigieron hacia el puerto olímpico con la intención de encontrar un bar en el que sentarse. Mientras caminaban, el nigeriano les dijo que sus especialidades eran la bioinformática y la biología de sistemas, pero su contrato era sólo de lo primero, temporal y a tiempo parcial.

—En el 2011 obtuve la residencia en España y en el 2014 pude convalidar mis estudios de Biología. Pero en el 2011 comencé ya a trabajar de ayudante en un laboratorio y, cuando tuve los estudios homologados, me contrataron como investigador porque aquí tenéis pocos especialistas en lo que yo hago.

Samuel se preguntaba si Babacar no se había equivocado de hombre. Taye no parecía un tipo del que cupiera escuchar una historia de muertes en el mar y crímenes protagonizados por militares marroquíes.

Entraron en el primer bar en el que vieron mesas libres y poca gente. Se sentaron y el inspector quiso sacar de inmediato el tema que le interesaba.

—Ya te ha explicado Babacar la información que necesitamos. Algo que ocurriera en el 2008, en aguas marroquíes, donde muriera algún niño…

—Sí, sí. Ya sé de qué habláis. Yo lo viví y forma parte de mi historia. Pero…, ¿qué queréis saber? ¿Quiénes eran los niños?

El inspector tuvo un instante de confusión. Parecía que Taye daba por hecho que ellos conocían los acontecimientos por los que estaban preguntando. Además, había dicho «niños», en plural. Iba a responder al nigeriano, pero lo hizo Eulàlia primero.

—En realidad, no sabemos a qué hechos te refieres. Sólo sabemos que algo pasó allí y que se ahogó algún niño. Bueno… Lo que queremos es que nos expliques desde el principio esa historia que tú viviste.

—¿Desde el principio?

—Sí, y con todo detalle. Todo lo que recuerdes.

—Lo recuerdo todo. Lo recordaré toda mi vida.
—Explícanoslo —repitió ella.

Taye Okeke

El día que la Guardia Civil me devolvió, por tercera vez, a través de la puerta trece, sentí que todo se había acabado para mí, que estaba ya muerto, aunque aún pudiera respirar.

Hacía cuatro años que había salido de mi casa, y llevaba dos viviendo en el monte Gurugú, si lo que allí hacíamos podía considerarse vivir. Había intentado saltar la valla siete veces, en dos había conseguido entrar en Melilla, pero la Guardia Civil me había devuelto a los gendarmes marroquíes. Una de ellas me alcanzaron los guardias cuando ya estaba entrando en la ciudad. Tres veces estuve detenido por los gendarmes, dos de ellas cuando la Guardia Civil me entregó, y las tres me enviaron al desierto de Argelia, como a otros, sin agua ni comida. Las tres sobreviví, aunque vi morir a algunos compañeros. Las tres volví a la frontera para intentarlo de nuevo. Y lo seguí intentando. Pero aquel día, cuando la Guardia Civil me devolvió por tercera vez, sentí que ya no podía más.

Al entregarme por la puerta trece, los gendarmes me habían recibido a golpes, como siempre, pegándome con barras de hierro en los brazos y las piernas, pero esa vez no me detuvieron y pude arrastrarme hasta el bosque. Por eso estaba allí, tumbado boca arriba, viendo las copas de los árboles y el sol que se filtraba entre ellas, con el cuerpo dolorido, pero ya sin alma. Ya no quería seguir adelante. Había soportado todo lo que un ser humano puede soportar, no me quedaban fuerzas para más.

Mientras miraba los destellos del sol que radiaban las hojas altas de los árboles, pensé en mi familia, en las habitaciones de mi casa, en la cama en la que dormía, en las vacas que nos daban leche y en las gallinas que nos daban huevos. ¿Cuántas veces me había arrepentido de aquel viaje que emprendí cuatro años antes? Muchas, como todos. Todos los que estábamos en el monte Gurugú daríamos cualquier cosa por volver a nuestras casas, pero ninguno podía hacerlo. Unos porque no podían incumplir la obligación que adquirieron con su familia cuando salieron de casa, otros porque habían huido de una guerra. Mi caso era una mezcla de ambas situaciones.

Mi familia es del norte pobre y musulmán de Nigeria, pero a mí me enviaron a Abuja para estudiar. Hice biología e informática, y cuando me titulé volví a casa. Pero no volvía sólo con mis títulos, volvía también con indignación y ganas de luchar para cambiar las cosas. Nigeria es uno de los países más desiguales de la Tierra, y también uno de los más corruptos. Cuando nació Boko Haram, en el 2002, lo hizo denunciando la corrupción, la pobreza, las desigualdades y los abusos policiales; no

predicaba el fanatismo religioso, y así consiguió seguidores al principio. Los musulmanes del norte de Nigeria no somos amigos del fanatismo. Pero Mohamed Yusuf, el líder de Boko Haram, no tardó en llevar su movimiento hacia el yihadismo extremista y entonces empezó a encontrar rechazo entre la población musulmana. También encontraba seguidores en aquel ambiente de pobreza y marginación. Yo volví con mi familia en el 2003 y enseguida me vinculé a los que se oponían a Boko Haram. Vivíamos al lado de Maidiguri, la ciudad en la que había nacido esa organización, y por tanto fui de los que se opusieron a ella desde el principio, cuando aún no era tan potente como lo es ahora. Pero no teníamos ningún apoyo, porque el norte de Nigeria está abandonado por el sur rico, ese sur donde los privilegiados viven en la opulencia que emana del petróleo, la industria del cine y las telecomunicaciones, donde hay más coches de lujo que probablemente en ninguna otra parte del mundo y donde la corrupción alcanza niveles cósmicos. No teníamos apoyo porque al mismo tiempo que nos oponíamos a Boko Haram también lo hacíamos a la corrupción del poder y a las desigualdades.

Empecé a tener problemas y mi padre me dijo que tenía que marcharme. Además, mi familia se había empobrecido aún más de lo que estaba cuando me enviaron a estudiar. Comprendí que tenía que devolverles de alguna manera el enorme esfuerzo que habían hecho para que yo obtuviera aquellos títulos con los que había vuelto a casa.

Y emprendí el viaje.

Ese viaje que no me había llevado a ninguna parte y que cuatro años después acababa allí, en medio del bosque, en aquel suelo pedregoso del que no tenía intención de levantarme.

Sólo esperaba que la muerte no tardara en llegarme.

No sé las horas que estuve acercándome a ella.

Pero oí una voz que en el primer instante no supe si venía de este mundo o del más allá.

—¿Puedes ayudarme?

Era voz de mujer.

Repitió varias veces la misma pregunta hasta que volví la cara hacia ella. Me pregunté cómo era posible que alguien me pidiera ayuda a mí.

Entonces, ella dijo mi nombre.

—Taye.

Poco a poco fui recuperando la consciencia y acabé incorporando un poco el cuerpo.

La mujer estaba acompañada por una niña de unos cinco años.

La reconocí. Era Patience, nigeriana como yo, y la niña supuse que era Mary, su hija. Las había conocido en los montes cercanos a Ceuta, cuando llegué allí, en junio del 2005. De aquello hacía ya tres años.

—Patience. Tú tampoco has podido acabar tu viaje —dije.

—Sigo intentándolo. No dejaré nunca de intentarlo —dijo ella, mientras

rodeaba con su brazo el cuerpo de la niña.

Acabé de cambiar de postura y me senté apoyando la espalda contra un árbol.

—Tienes mucha sangre —añadió Patience—. Tengo que curarte.

Yo iba a decir que no hacía falta, que para irme al otro mundo no necesitaba curarme las heridas, pero ella era una persona resuelta y enseguida empezó a quitarme la ropa y a limpiarme las llagas. Eso aumentaba mi dolor, pero yo sabía cómo era ella y estaba seguro de que no dejaría de limpiarme por mucho que me quejara.

Patience había salido de Nigeria diez años atrás, cuando aún era una niña. En realidad, habría que decir que la sacaron del país. Su historia me la había explicado en los montes de Beliones, mientras esperábamos la oportunidad para pasar a Ceuta.

Tras una ceremonia de vudú, en la que participó un sacerdote y parte de su familia, ella fue entregada a unos hombres que primero la llevaron, junto con otras mujeres o niñas, a Benín, y de ahí a Mali. En Bamako estuvo un tiempo largo, en el que ya la obligaron a prostituirse; después la siguieron explotando en otras ciudades de Mali, Burkina Faso y Níger, hasta que la llevaron al norte de Argelia. En los bosques de Maghnia estuvo más de un año, y de ahí la pasaron a Marruecos y acabó en los montes de Beliones. Tenían intención de trasladarla a Europa.

Cuando llevaba unos meses en Beliones, Patience vio dónde guardaban otros clandestinos unos flotadores y unos chalecos salvavidas, y un día que pudo zafarse de la vigilancia de los tratantes robó uno de aquellos flotadores y un chaleco e intentó pasar a Ceuta por el agua. Casi lo consiguió, ya que llegó a aguas españolas, pero una lancha de la Guardia Civil la recogió, se la llevaron de nuevo a aguas marroquíes y volvieron a lanzarla al agua.

Los tratantes le dieron una paliza, pero un tiempo después relajaron la vigilancia sobre ella. Patience comenzó a vivir un poco por su cuenta, aunque sabía que ellos seguían ahí y que jamás olvidarían la deuda que ella contrajo en aquel rito de vudú.

En Beliones encontró un marido que no pertenecía a la red que la controlaba y él consiguió apartarla un poco más de sus vigilantes. Con él tuvo a su hija Mary.

Yo la conocí el mismo día que murió su marido. Llevaba poco tiempo en Beliones y me sumé a la ceremonia que hicieron los nigerianos para enterrarlo. Comencé a hablar con ella y me ofrecí a ayudarla.

Desde el principio vi que era una mujer extraordinaria. En aquel momento, Patience tenía ya muy claro que no viviría sometida a los tratantes de mujeres. Si lograba entrar en España, los denunciaría y comenzaría una vida nueva. Ella se había desembarazado por sí misma del vínculo creado por el vudú, cosa que muy pocas mujeres logran hacer. Era inteligente, generosa y resuelta.

Por eso quiso participar en el salto de la valla de Ceuta, aquel día de septiembre del 2005 en el que lo intentamos todos juntos.

Había amanecido como un día cualquiera, pero a nuestro campamento comenzó a llegar gente de otros campamentos. Todos comentaban lo mismo: que se iba a intentar el salto de la valla; que después de los muertos que había habido en la valla de Melilla, los marroquíes iban a hacer desaparecer todos los campamentos; que era ahora o nunca. En las conversaciones, unos se mostraban más convencidos que otros, pero de pronto nos dimos cuenta de que la policía marroquí estaba rodeando el monte y eso fue lo que nos acabó de decidir a todos. Sólo había una salida: correr hacia la valla.

Patience corría a mi lado con su hija en brazos, que entonces tenía ya dos años.

La gente comenzó a poner las escaleras por distintos puntos de la valla.

Patience y yo nos encaramamos a dos de ellas que estaban casi juntas. Pero, cuando yo había subido un par de metros, vi que ella apenas podía avanzar con su hija en brazos, así que me bajé para coger a la niña.

Fue entonces cuando se oyeron los disparos; no sé de qué lado de la valla procedían, quizá de los dos. Un chico que se había subido a la escalera cuando yo bajé de ella cayó desplomado. Me acerqué a él y comprendí que estaba muerto. Puede que lo que me salvara la vida fue bajar de la escalera para ayudar a Patience.

Enseguida vi que de la valla caía más gente, herida o muerta. Entonces me giré hacia Patience y la vi corriendo de vuelta en dirección al monte con su hija en brazos. Fui tras ella, pero ya no la encontré.

La busqué en los días y las semanas siguientes, pero no di con ella.

Hasta que tres años después me encontró ella a mí en el Gurugú, frente a la ciudad de Melilla.

—¿Qué pasó después de que volvieras al bosque aquel día? —le pregunté, mientras ella seguía lavándome y envolviéndome las heridas con unos trapos.

—Me junté con otras mujeres y sus niños en una zona del bosque alejada de la valla, y una asociación marroquí nos rescató y nos escondieron en un albergue en el que pude pasar unos meses. Después he estado en muchos sitios: Casablanca, Rabat… He tratado de pedir asilo, pero nadie me ha atendido. Ahora llevo un tiempo intentando de nuevo pasar a España. Algún día lo conseguiré.

Hablar con ella estaba devolviéndome a la vida. Era como si Patience irradiara una fuerza y una valentía contagiosas.

—¿Y qué haces aquí?

—Me he perdido.

—¿Te has perdido?

—Sí. Llevo un tiempo en el Gurugú, pero hoy había salido con un grupo que va a Alhucemas. Los he perdido y he tenido que volver al bosque. ¿Tú

sabes cómo ir a Alhucemas?

Así fue como Patience me involucró en un nuevo intento de seguir viviendo. Esperamos a que yo me hubiera recuperado de las heridas e iniciamos el camino hacia el oeste. Dos días después llegamos a Alhucemas y, tras otro día más, logramos contactar con los nigerianos que ella conocía.

Encontramos alojamiento en un caserón en el que, además de nigerianos, había senegaleses y cameruneses. Yo temía que eso pudiese ser conflictivo, pero enseguida comprobé que reinaba cierto clima de cooperación.

Allí conocí a Khady, una senegalesa que tenía un hijo de seis años. Patience y Khady se hicieron amigas en poco tiempo.

Khady tenía a su marido en España, y la intención de ambos era esperar a que a él le dieran la residencia para reagrupar a su mujer y su hijo; pero pasaban los años y no se la daban, así que ella juntó sus ahorros y los de su familia y pagó un transporte hasta el norte de Marruecos. Sólo hacía cuatro meses que había salido de Senegal.

No tardé mucho en saber que lo que allí trataban de hacer era comprar una barca neumática, con motor, para pasar a España por mar. Habían contactado con los vendedores y ya tenían decidida la barca que querían comprar. Éramos setenta personas y se había fijado un precio por persona que debería cubrir la compra de la barca y la gasolina. Cuando yo llevaba dos meses viviendo con aquel grupo de gente, un día dijeron que había llegado el momento de juntar todo el dinero porque la barca estaba ya lista.

Yo no tenía nada de dinero, pero Patience y Khady sí tenían lo necesario para ellas y sus hijos. Patience había conseguido ahorrarlo con trabajos y mendicidad en distintas partes de Marruecos, y Khady lo traía de Senegal. Al final, ellas dos negociaron aportar un poco más cada una para que se me incluyera a mí también en la barca.

La noche señalada para nuestra empresa nos dirigimos todos hacia la playa de la bahía de Alhucemas, donde nos esperaba la barca con el combustible necesario. Cuando la vi, me pareció demasiado pequeña para soportar el peso de tanta gente. Me entró pánico. La noche era oscura y el mar parecía negro. Yo sabía nadar un poco, pero no lo había hecho desde pequeño, y no llevábamos chalecos salvavidas porque el dinero no daba para tanto. Pero, pese a estar aterrado, hice lo mismo que todos los demás: arrastrar la barca hacia el agua y después montarme en ella. Al fin y al cabo, morir era algo que ya no me importaba demasiado. No quería morir ahogado en unas aguas frías y oscuras, pero tampoco podía haber temor alguno que me impidiera hacer ese nuevo intento de volver a la vida.

Patience y Khady, con la niña y el niño, estaban a mi lado. Había otros tres niños con sus madres y quizá sus padres; también había algunas mujeres más, todos los demás éramos hombres. El niño de menor edad

llevaba en la mano un globo rojo que una mujer le había inflado.

Alguien puso el motor en marcha y comenzamos a internarnos en la negrura.

Vi cómo, poco a poco, se alejaba la costa marroquí y quedábamos cada vez más rodeados por el agua y por la noche.

Así pasó la primera hora. Yo había ido tranquilizándome y empezaba a ver mi sueño cumplido.

Llamaría desde España a mi padre.

Él daría la noticia a toda la familia y se haría una fiesta en mi casa. Mi madre lloraría de alegría. Todos lo harían.

Pronto empezaría a enviar dinero a casa. Mis hermanos pequeños podrían estudiar.

Se me saltaban las lágrimas de emoción al pensar que por fin podría dar a mi familia la ayuda que necesitaba. Iba a ganarme su respeto, ellos sabrían muy pronto que no les había fallado, sería un héroe para mis hermanos, sería el hijo responsable con el que mis padres contaban.

Vi las caras de los demás y noté una mezcla de miedo y esperanza. Todos estarían pensando lo mismo que yo.

Entonces comenzamos a oír el ruido de un motor. Otro distinto del nuestro. Más potente. En cuanto miramos hacia atrás, en la dirección de la que venía el ruido, vimos un barco grande. Enseguida nos dimos cuenta de que era un barco militar.

Un barco militar marroquí.

Nos enfocaron con sus linternas.

Nos dijeron que diéramos la vuelta. Naturalmente, nosotros no lo hicimos.

Al cabo de un rato, vimos una lancha acercándose a nosotros. Seguramente había sido fletada desde el barco.

No tardó en ponerse a nuestro lado.

Había cuatro militares en la lancha. Y volvieron a decirnos que diéramos la vuelta. Nosotros empezamos a suplicarles que nos dejaran seguir.

Ellos nos gritaban. Se mostraban cabreados. Pero nosotros seguíamos avanzando.

La lancha marroquí se pegó a nuestra barca, y un militar que llevaba un cuchillo en la mano lo clavó en el neumático. Todos comenzamos a gritar aterrados, y seguimos suplicando. Les dijimos que había niños. Se los mostramos.

En la barca llevábamos parches, y un nigeriano logró poner uno y el neumático dejó de soplar. Habíamos perdido aire, pero parecía que podíamos seguir.

Entonces vimos cómo discutían los militares de la lancha. El que parecía que mandaba le quitó el cuchillo al que había hecho el pinchazo. Eso nos tranquilizó. Era un oficial, quizá un teniente, por las estrellas que después

le vi en la solapa.

Pero enseguida vimos cómo enganchaba el cuchillo en la punta de un palo y volvió a invadirnos el pánico.

La lancha se acercó de nuevo a nosotros y el oficial comenzó a dar pinchazos al neumático por distintos puntos, sin que nuestros gritos y súplicas detuvieran su frenesí. Le decíamos que mirara a los niños, pero él no parecía querer entendernos.

La barca se desinfló de inmediato y comenzamos a caer al agua. Las mujeres agarraban a sus niños y suplicaban a los marroquíes.

Desde el agua, busqué con la vista a Patience y a su hija. No las vi. Había muchos haciendo aspavientos con los brazos, hundiéndose y emergiendo para volver a hundirse. Otros se agarraban a la barca, pero la parte que quedaba sobre la superficie era cada vez más pequeña.

A unos seis metros de mí, vi a Khady que trataba de mantener a su hijo a flote. Ambos se hundían y ella empujaba a su hijo hacia arriba y emergía con él. Pero volvían a hundirse. Traté de nadar hacia donde estaban, pero mi habilidad para ello apenas daba para mantenerme yo a flote, y entre tantos cuerpos me resultaba difícil avanzar. Aun así, pude ir acercándome y, mientras lo hacía, vi que cada vez tardaban más en emerger. Miré a los militares marroquíes y les grité que salvaran al niño. El oficial que había pinchado la barca estaba ahora con los brazos cruzados y miraba hacia donde estaban Khady y su hijo; pensé que haría algo; le volví a gritar; pero no se inmutó. Yo seguí avanzando hacia ella.

Cuando llegué, ya no había ni rastro de ellos, ni de la madre ni del niño. Miré a mi alrededor y busqué con las manos por el agua, pero no los encontré.

Tampoco vi a Patience y a su hija Mary.

Los que podíamos mantenernos a flote seguíamos mostrando nuestras cabezas, pero cada vez eran menos.

Apareció una segunda lancha marroquí, discutieron con los militares de la primera y enseguida comenzaron a sacarnos del agua.

Cuando todos los que nos habíamos mantenido a flote estuvimos a salvo en la lancha, conté que éramos cuarenta.

Treinta se habían ahogado.

En la lancha no estaban Khady y su hijo.

Tampoco Patience y su hija.

No había ningún niño.

Sobre el agua flotaba el globo rojo del más pequeño.

24

Samuel había llamado a su hijo a las cinco y media para decirle que llegaría tarde, pero el chico respondió que se iría a casa de un compañero. Dos horas después, quien llamó fue Raúl y pidió permiso a su padre para quedarse a cenar y a dormir. Samuel se lo dio de buen grado, porque así podía seguir con Taye Okeke el tiempo que fuera necesario.

—¿Qué pasó después con los supervivientes? —preguntó la subinspectora.

—En la playa nos entregaron a los gendarmes. A la mayoría nos metieron en un camión y nos llevaron al desierto de Argelia. Como tantas veces.

—Pero tú volviste a…

—Sí. Volví al Gurugú. Dos meses después salté la valla. Esa vez lo hice solo.

—Y no te encontró la Guardia Civil.

—Sí, me encontró. Al caer de la valla me hice daño en una pierna. Además, las cuchillas me habían hecho cortes en varias partes del cuerpo. Estaba bastante malherido y no podía correr, así que cuando apareció un coche de la Guardia Civil me dejé caer en el suelo y volví a desear estar muerto. Me puse a llorar y me maldije a mí mismo por haber seguido intentándolo. Del coche se bajaron cuatro guardias y lo primero que hicieron fue mirarme los cortes y preguntarme si la pierna me dolía mucho. Me habían visto cojear. Yo sabía ya algo de español y me daba cuenta de que lo único que parecía interesarles eran mis heridas. Sacaron vendas y otros productos y me las curaron. Después, uno me preguntó de dónde era. «De Nigeria», dije. «¿De qué parte?» «Del noreste.» «Allí es donde está Boko Haram, ¿no?» Le respondí que sí y entonces dijo: «Pues deberías solicitar asilo». Todo aquello me sorprendió mucho: el cuidado con el que me limpiaron y me vendaron las heridas, lo que me dijeron del asilo… Parecía irreal. Me montaron en el coche y pensé que todo había sido un engaño, que iban a llevarme a la puerta trece para pasarme al otro lado. Pero no fue así: el coche comenzó a alejarse de la valla y acabamos entrando en Melilla. Me llevaron primero a un hospital y después a una comisaría de policía. Allí solicité asilo.

—¿Te lo dieron?

—Me aceptaron la solicitud. Pero en el 2011 obtuve la residencia por arraigo.

Hubo un rato de silencio y después Taye añadió:

—Cada año, por Navidad, envío una postal al cuartel de la Guardia Civil de Melilla haciendo mención a aquellos cuatro guardias. Pero no sé sus nombres, y no sé si ellos la ven.

Se produjo un nuevo silencio más prolongado. El inspector tenía ganas de hacer algunas preguntas concretas, pero no las había hecho aún por si Taye quería añadir algo a su historia. Parecía que contarla le resultaba liberador, algo que Samuel también había apreciado en Aminata y en Lamine, de modo que prefería no interrumpirlo.

Pero como Taye no continuaba, Samuel preguntó:

—¿Podrías describirme al oficial marroquí que pinchó la barca? Me refiero a su aspecto físico.

—Era fuerte, no muy alto. De unos cuarenta años… No sé qué más decirte. Era de noche y no les veíamos bien las caras.

Samuel sacó de su bolsillo el teléfono móvil, puso en pantalla una fotografía de Hammed Benali y se la mostró. Taye la miró detenidamente y alzó los hombros. Sí, podía ser aquel oficial, pero no podía asegurarlo.

El inspector se guardó el teléfono. Pensaba en el ahogamiento del hijo de Khady y de la hija de Patience. Y también en el de Farid, el hijo de Hammed.

En el caso de que el oficial que pinchó la barca hubiera sido Hammed Benali, el esquema era idéntico en todos los casos. Los homicidas sufrían la misma suerte que sus víctimas.

Eso se parecía mucho a una venganza general.

Pero si era una venganza, ¿por qué tenía que perpetrarla un guardia civil?

¿O la implicación de un guardia civil había sido una hipótesis errónea desde el principio?

Se sentía dominado por la confusión, pero de forma súbita le vino un recuerdo a la memoria; algo que estaba ahí desde que él inició la investigación, algo a lo que no había dado valor. Un papel que se encontraba en la escena de los primeros crímenes, aunque no supieron si tenía algo que ver con ellos o no.

—Taye, ¿llegaste a saber cómo se llamaba el hijo de Khady?

—Sí, claro, y no se me olvidará jamás, porque su madre lo gritaba constantemente cuando el niño se cayó de la barca al comenzar a desinflarse.

—¿Cómo se llamaba?

—Jimmy.

El jueves por la mañana, Samuel habló con la jueza, con su jefe, con el inspector Domènech y con los miembros de su grupo de homicidios. A todos les dijo que se confirmaba que todos los homicidios de este

caso eran emulación de otros cometidos en años anteriores y que había que replantearse la investigación teniendo esto en cuenta. La jueza tuvo que reconocer que la coincidencia entre el nombre del hijo de Khady y el que aparecía en el papel que se encontró junto al cuerpo de Hammed Benali, donde se había escrito «en memoria de Jimmy», confirmaba que los asesinatos de Hammed y su hijo también eran, como los otros, macabras representaciones de crímenes anteriores. Lo que no quedaba confirmado, y la jueza se lo hizo notar al inspector, era que el oficial marroquí que pinchó aquella barca provocando treinta muertos fuera Hammed Benali, pero eso, a la postre, poco importaba, ya que lo determinante era que el asesino sí creía que lo fuera.

Hasta ahí estaba todo muy claro, pero lo que atormentaba al inspector Samuel Montcada era no encontrar el vínculo entre esas evidencias y todos los indicios que apuntaban hacia la culpabilidad de algún miembro de la Benemérita. Y no podía descartar esos indicios ya que eran los que les habían llevado hasta Florencio y Arcadi, que fueron asesinados precisamente cuando los investigadores hurgaban dentro de la Guardia Civil a partir de las pistas encontradas.

Con este interrogante pesándole como una losa sobre la cabeza, el inspector había llamado cuatro veces al primo de Hammed, pero en ninguna había tenido respuesta. El teléfono de Jamal Fadel daba señal, pero él no cogía la llamada. Samuel se propuso seguir intentándolo, aunque sabía que hoy estaba en Marruecos, porque era su última esperanza para obtener datos concretos sobre las relaciones que Hammed Benali hubiera podido tener con guardias civiles mientras estuvo destinado en Tetuán.

A las dos de la tarde, Samuel se fue con Eulàlia a comer a uno de los bares cercanos a la comisaría.

Ambos pidieron ensalada y pescado. Los dos se mostraban afectados por su incapacidad para encontrar la punta del hilo que les permitiera desenredar la madeja en la que este caso se había convertido.

Con el primer plato sobre la mesa, Eulàlia dijo:

—Esta mañana, en la reunión del grupo, no hemos hablado sobre la posibilidad de que haya dos asesinos, puesto que en el homicidio de Arcadi no aparecieron las mismas huellas de zapatos y neumáticos que en los otros, y tampoco la cinta adhesiva y la forma de reducir a la víctima fueron las mismas.

—¿Tú crees que puede haber dos asesinos?

—La verdad es que no. La música es la misma en todos los crímenes. Si hay dos, son dos personas organizadas para realizar la misma acción. Pero me extrañan esas pequeñas diferencias en el último crimen. Claro que, como tú dijiste, todo el mundo tiene más de un par de zapatos.

Ambos se concentraron en acabarse las ensaladas.

—Quizá la pregunta que debamos hacernos sea otra —dijo al cabo de un rato el inspector—. ¿Por qué en el segundo crimen, el de Florencio Roca, el asesino dejó ver las mismas huellas que en el primero?

—¿Quieres decir que lo hizo intencionadamente?

—No sé… Me he pasado la noche dándole vueltas a esto, y en algunos momentos se me ocurría la posibilidad de que ningún miembro de la Guardia Civil haya tenido nada que ver con estos crímenes —dijo Samuel, de forma dubitativa.

—Supones, entonces, que el asesino dejó esas huellas en el segundo crimen para que siguiéramos pensando en la Guardia Civil.

Samuel asintió con la cabeza, pero no dijo nada porque en ese momento el camarero estaba llevándose los platos.

—Pero de ser así —continuó después Eulàlia—, ¿por qué no dejó las mismas huellas en el tercero?

—Quizá porque ya no piensa matar más.

El camarero les puso el segundo plato.

—Hay demasiadas cosas que apuntan a la Guardia Civil —dijo la subinspectora—. La llave de los grilletes y el pasamontañas, los temores de Hammed Benali de que un guardia civil iría a por él, la frase «No haga eso, mi teniente» que dijo el asesino de Florencio Roca… Y luego está el hecho de que el capitán Ángel Laguna nos esconde cosas, y que nuestras indagaciones entre picoletos parezcan haber despertado a la bestia.

—Sí, todo eso es cierto, pero ¿adónde nos lleva? ¿Acaso hay un Llanero Solitario dentro de la Guardia Civil, amigo de los inmigrantes y los refugiados, que se dedica a vengar sus muertes?

—Lo veo poco probable —dijo ella, y se concentró en separar la espina de la carne del pescado.

Samuel hizo lo mismo.

—Y hay que tener en cuenta —añadió el inspector— que el asesino conocía al hijo de Khady. El papel que dejó en el escenario del primer crimen no ponía «en memoria de los niños asesinados», o algo parecido, ponía «en memoria de Jimmy».

—Sí, parece que ese papel estaba ahí porque se lo quiso mostrar a Hammed Benali. Quiso que éste supiera la razón por la que su hijo Farid iba a morir ahogado.

Con el café apenas hablaron. Como si las conclusiones que cupiera extraer de sus últimos descubrimientos se hubieran agotado.

Cuando caminaban hacia la comisaría, Eulàlia dijo:

—Es terrible lo que pasa en la frontera sur, ¿no?

Ella tenía la mirada perdida en el fondo de la calle y Samuel supo que no esperaba respuesta. Aun así, al cabo de unos segundos le

contestó.

—Sí, lo es.

—¡Cuántos crímenes impunes! —espetó Eulàlia, moviendo la cabeza como si negara.

Sentado ante la mesa de su despacho, lo primero que hizo el inspector Montcada fue volver a llamar a Jamal Fadel. Una vez más, no cogió la llamada. Pero dos minutos después sonó el teléfono de Samuel y vio el nombre del marroquí en su pantalla.

—Hola, Jamal, perdona que haya insistido con mis llamadas, pero…

—Sí, no te preocupes, yo iba a llamarte enseguida. Tengo noticias.

El inspector enderezó el tronco, como si con ello aguzara su sentido auditivo.

—Dime.

—A última hora de esta mañana, por fin he podido hablar con el compañero de mi primo. Los dos trabajaban para la DGED y lo hacían juntos, en equipo. ¿Te lo dije?

—Sí, sí.

—Por lo que me ha dicho, la confianza mutua entre ellos era total. Mientras hablaba con él he tenido la impresión de que ha sido el único amigo que Hammed ha tenido en las últimas décadas.

—Ya. Sigue.

—Sí, voy a lo importante. Ambos recibieron en el 2011 el encargo de desarticular una red de tráfico de drogas que manejaba un grupo de gendarmes y miembros del ejército marroquí por la zona de Tetuán, y lo lograron en el 2013. Entre los desenmascarados estaba un sargento que era ayudante de mi primo. Cayeron también algunos oficiales. Ésa fue la razón por la que trasladaron a Hammed al consulado de Barcelona: quisieron apartarlo un poco de la gente a la que había descubierto, o de los compañeros de esa gente. Además, estaba lo de desbaratar los planes de construcción.

—Espera. A ver si lo entiendo. Tú me habías dicho que tu primo pudo estar implicado en alguna red de tráfico de drogas, pero lo que ahora me dices es que fue el encargado de descubrirla y desarticularla.

—Exacto. Y por las explicaciones que me ha dado su colega, no me queda ninguna duda de que fue así.

Samuel sintió un malestar interno que le hizo pensar que la calefacción del despacho estaba muy alta, pese a que al entrar le había parecido lo contrario. Casi se le quitaron las ganas de hacerle a Jamal la pregunta por la que había estado llamándolo durante la mañana, aunque no hizo falta que la hiciera porque el marroquí la contestó como si la hubiera hecho:

—Y sobre lo que te interesaba a ti, relaciones de Hammed con

militares o policías españoles, lo que su colega me ha dicho es que no tuvo ninguna.

A Samuel no le sorprendió ya esa información; se la temía antes de que Jamal la hubiera dado. Pese a ello, preguntó:

—¿Estás seguro de eso?

—Él dice que en aquella red de traficantes no encontraron ninguna conexión con españoles, y que, si había alguna, a ellos no les interesaba. Me ha asegurado que mi primo no conocía a ningún militar ni policía español.

—¿No conocía a ninguno ni por el asunto del tráfico de drogas ni por ningún otro motivo?

—Su compañero estuvo bastantes años a su lado, y dice que Hammed nunca se relacionó con españoles. Puede que el primero con el que estableciera contacto fuese el capitán de la Guardia Civil, Ángel Laguna, pero eso fue cuando Hammed estaba ya en Barcelona.

—Gracias, Jamal. Si te enteras de algo más, llámame, por favor.

Se despidieron y el inspector tiró su teléfono móvil sobre la mesa, que resbaló lo suficiente como para ir directo al suelo, pero él no se molestó en moverse para recogerlo. Cruzó los dedos de las manos por detrás de la nuca, se arrellanó en la silla y miró al techo.

—Joder, joder, joder.

Entonces, se dio cuenta de que había una pregunta más que le tenía que hacer a Jamal, una pregunta que ahora no entendía por qué no se la hizo mucho antes. Se levantó de la silla y recogió el teléfono del suelo. Todavía funcionaba y milagrosamente la pantalla no se había roto. Llamó al exespía y le hizo la pregunta.

—¿Mi primo? Imposible —respondió Jamal—. Eso él jamás lo haría. No creía en esas cosas.

El inspector Samuel Montcada se despidió de él y llamó a la jueza Lorena Rivas.

Necesitaba una orden de detención.

Ya sabía quién era el homicida.

También sabía que el homicida lo había manipulado a él de forma ominosa. Se preguntó si después de esto él podría seguir siendo el jefe del grupo de homicidios.

Casi le entraron ganas de llorar.

25

El inspector pidió a los agentes que lo acompañaban que se quedaran en la puerta. Quería entrar solo en aquel despacho. Necesitaba oír las explicaciones que el homicida pudiera darle. Escuchar sus razones. Ponerse en su piel. Nada de eso le tocaba hacer como policía, pero él quería hacerlo.

Abrió la puerta y comprobó que en esa sala no había nadie, pero eso Samuel ya lo sabía, de modo que avanzó hacia la otra puerta situada al fondo y accedió a un pequeño despacho; ahí sí encontró al hombre a quien debía detener. Él levantó la vista del ordenador con el que estaba trabajando y saludó al inspector con una sonrisa. Éste se sentó al otro lado de la mesa.

—Nunca existieron aquellas sesiones de terapia psicológica, ¿verdad? —dijo el inspector.

A Ibra Faye se le heló la sonrisa y miró hacia la puerta.

—No te molestes —le advirtió Samuel—. Hay una patrulla en el pasillo.

Ibra miró a la pantalla de su ordenador, después al teclado y finalmente se retrepó en la silla y dejó descansar su mirada sobre una esquina de la habitación. Así estuvo unos segundos, hasta que se irguió de nuevo, apartó un poco el teclado, cruzó los brazos y los apoyó sobre la mesa. Entonces miró a Samuel.

—Ni siquiera me titulé en Psicología, aunque sí había hecho unos cursos. En lo único que me titulé en Senegal fue en Patología forense.

—Sabías que esto acabaría como está acabando, ¿verdad?

—Lo suponía. Al fin y al cabo, las huellas de neumáticos que descubristeis son las de mi coche, y las de los zapatos son de los que ahora mismo llevo puestos. Los he llevado puestos cada vez que me he reunido con vosotros. Y si os hubierais recorrido las tiendas de productos militares de segunda mano de Madrid, en una de ellas el dependiente os podría haber dicho que un negro fue a comprar unos grilletes asegurándose de que fueran de alguna partida adquirida por la Guardia Civil, y lo mismo respecto al pasamontañas. Claro que sí, ya suponía que en un momento u otro podías venir a detenerme, pero ¿crees que me importa? Hace ya tiempo que lo único que me mantenía vivo era mi deseo de venganza. Yo empecé a morir un día de septiembre del 2008 en el que Hammed Benali asesinó a mi mujer Khady y a mi hijo Jimmy. ¿Quieres que te explique lo que les pasó a mi mujer y a mi hijo?

—No es necesario, ésa es la única historia que me han contado sin que tú hicieras lo posible por que me la contaran.

—Entonces ya puedes suponer que el hecho de que al final llegaras a descubrirme era algo que me importaba bastante poco.

—Asesinaste a un niño de once años. Un niño que nada tenía que ver con los crímenes de su padre. ¿Eso tampoco te importa?

—Eso es lo único que ahora me importa. Con las muertes de Florencio Roca y de Arcadi Sorres mi venganza ha concluido, y ahora lo que ocupa mi mente es ese niño. Durante años, lo que me quitó el sueño fue imaginarme a mi hijo Jimmy ahogándose, pero en estas últimas semanas me lo quita más Farid. No me arrepiento de lo que he hecho; quería que Hammed Benali sufriera lo mismo que sufrió mi mujer viendo cómo Jimmy se ahogaba, y lo mismo que sufrí yo cuando uno de los supervivientes me explicó cómo había sucedido todo; pero sé que mientras viva veré por las noches a Farid ahogándose lentamente en la piscina. Ése será mi castigo, no la cárcel a la que tú y tu justicia vais a llevarme.

—¿Por qué mataste a Florencio Roca y a Arcadi Sorres? ¿Qué eran para ti Mamadou Sega y Adama?

—Mamadou Sega era mi mejor amigo. Crecimos juntos. Era como un hermano. O más que un hermano. Él salió de Senegal dos años más tarde que yo. En realidad, él nunca quiso emigrar. Cuando salí yo, en el año 2003, casi lo tenía convencido para que se fuera conmigo, pero al final se echó atrás. Él no tenía las mismas obligaciones que yo, porque no estaba casado, no tenía un hijo que acababa de cumplir un año como tenía yo, y su familia no estaba tan necesitada. Pero el día que lo llamé desde España, en el 2005, algo había cambiado en su forma de ver las cosas; me dijo que todos nuestros amigos se habían ido ya del pueblo y que él también quería emigrar.

Ibra hizo una pausa mientras se miraba las manos que ahora tenía sobre la mesa con los dedos enlazados.

—Ese día traté de disuadirlo. No lo engañé como hacen muchos emigrantes. Le expliqué lo que pasaba al cruzar el desierto y lo que le esperaba en el norte de Marruecos. Pero él estaba ya muy inquieto; la soledad que le producía ver cómo se iban todos los de su edad tenía más fuerza que todo lo que yo pudiera decirle. Al final, yo mismo le envié algo de dinero desde España para que pudiera iniciar el viaje. Después no supe nada de él hasta que en las asociaciones de senegaleses comenzó a hablarse de su caso. Su muerte se había convertido en *un caso*, a diferencia de tantas otras miles de muertes que se producen en el Mediterráneo, porque los testigos lo contaron y la Comisión Española de Ayuda al Refugiado lo denunció, como tú ya sabes.

—Entonces decidiste vengarte —afirmó el inspector.

—¡No! Ni se me pasó por la cabeza. Yo era aún un inmigrante sin papeles. ¿Crees que podía ni siquiera soñar con disponer de medios para una venganza, y nada menos que contra la Guardia Civil? La idea de la venganza vino mucho después. En aquel momento, lo único que me atreví a pensar fue que tras aquella denuncia de la CEAR se hiciera justicia, aunque ya sabía que eso era harto improbable. Sufrí mucho la muerte de mi amigo, incluso me culpé de ella, pero ese sufrimiento me lo guardaba para mí, no tenía ninguna intención de hacer nada con él. Sólo me sirvió para oponerme con dureza a la idea que mi mujer tuvo de venirse también a España con nuestro hijo, de la misma forma peligrosa que lo habíamos hecho los demás. Pero Khady era testaruda, y decía que nuestro hijo no podía estar más tiempo separado de su padre. Y yo me moría de ganas de tenerlos a mi lado. Mi intención era esperar a tener la residencia en España para traerlos legalmente, pero la residencia no llegaba y al final acepté que hicieran el viaje. Eso fue un año después de que muriera Mamadou. El dinero de ese viaje que acabó con la vida de mi mujer y mi hijo también lo envié yo. Jamás me perdonaré por ello.

Ibra volvió a quedarse callado, pero enseguida continuó hablando.

—La residencia me llegó al año siguiente, unos meses después de la muerte de Khady y Jimmy. Llegó tarde, creo que ya os lo dije. Y si vas a preguntarme si fue entonces cuando decidí vengarme, también te diré que no. Lo que quise fue denunciar al militar que pinchó la barca. Pensé que treinta muertos eran más que suficientes como para que la justicia marroquí actuara, y cuando tuve la residencia en España viajé a Marruecos para contactar con las asociaciones que apoyan a los inmigrantes. Hablé con un abogado de una asociación de derechos humanos y sé que él hizo después todo lo que pudo por llevar el caso a la justicia, pero el primer día que hablé con él ya me advirtió de que iba a ser muy difícil: aunque se pudiera probar que la barca fue pinchada, ningún militar testificaría diciendo quién la pinchó. Al final quedó claro que no había nada que hacer. Fue entonces cuando el odio comenzó a invadir mi corazón. Me transformé en alguien diferente a quien yo había sido. A veces no me reconocía a mí mismo, no sabía con claridad quién era. A medida que iba quedando en evidencia que no había justicia posible para mis seres queridos, mi mente se llenaba de inquina y resentimiento.

Ibra miró fijamente al inspector durante unos instantes de silencio. Después bajó la vista y se mantuvo otros tres o cuatro segundos callado, hasta que volvió a mirar a Samuel y siguió hablando.

—Aquel abogado marroquí desistió, finalmente, pero gracias a sus pesquisas supe que quien pinchó la barca fue Hammed Benali y le fui siguiendo los pasos. Así me enteré de que en el 2010 lo trasladaron a Tetuán y en el 2013 a Barcelona. Internet también me ayudó a saber

cosas de él. Como de Florencio Roca y de Arcadi Sorres, una vez que tú me diste estos dos nombres.

—¿Y Adama, qué era para ti?

—Adama era hermano de mi mujer. Era más pequeño que ella y emigró varios años después. Cuando murió, en febrero del 2014, mi odio se volvió aún más feroz. Se extendió hacia todos los responsables de tantos crímenes, hacia los que hacen las leyes de extranjería y hacia los policías que nos matan en la frontera. En aquel momento, yo acariciaba ya la idea de vengarme de Hammed Benali, y la muerte de Adama fue lo que me dio el último empujón para decidirme. Pensé que se lo debía a Khady. Fue entonces cuando me vine a Barcelona. Antes vivía en Madrid, creo que eso no os lo había dicho.

—¿Planificaste vengarte de todos…?

—No, no, ni mucho menos. Cuando me vine a Barcelona sólo pensaba en Hammed Benali. Enseguida comencé a vigilarlo y a diseñar cómo sería la venganza. Busqué sitios en los que podría ejecutarla y di con aquella casa de la piscina. Pero mientras hacía eso encontré trabajo en el Instituto de Medicina Legal y comencé a ver el tipo de relación que se da aquí entre los forenses y los jueces que instruyen los casos de homicidio. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea de vengar también las muertes de Mamadou y de Adama. Pensé que vosotros podríais decirme quiénes fueron sus asesinos.

—Y te inventaste lo del Canoso, el Pálido y todo eso para que nos fijásemos en los rasgos físicos de los guardias civiles y los explicáramos en las reuniones junto con sus nombres.

—Así es. Yo sabía que el que pinchó el flotador de Mamadou Sega era bizco. Eso era lo único que sabía. Pero os di otras señales para que dijerais los rasgos físicos de los tres guardias que participaron y no os interesarais demasiado por el bizco.

—De esa forma llegaste a Florencio Roca, y allí te aseguraste de que su hermana viera una peluca blanca bajo el pasamontañas, que oyera aquello de «No haga eso, mi teniente», y que quedaran las mismas huellas de neumáticos y zapatos de la casa de la piscina, para que nosotros siguiéramos buscando entre los guardias civiles y te lleváramos también hasta Arcadi Sorres.

—Sí. Sabía que el que machacó las manos a Adama era muy alto y delgado, eso es algo que aparece en los informes de algunas organizaciones de derechos humanos, y tú dijiste en la reunión su nombre y dónde estaba. Pero vosotros seguíais buscando al Canoso, al que yo os había dicho que Hammed Benali temía, y os descuidasteis de vigilar a Arcadi Sorres.

—Te pusimos en bandeja a tus víctimas —dijo el inspector con rabia.

—La verdad es que tuve mucha suerte. Mi plan podía haber fallado

en muchos momentos: si hubierais querido saber dónde estaba ese consultorio psicológico en el que os dije que había trabajado, si la jueza no me hubiera incluido en las reuniones…

—Nos utilizaste a todos como simples peones de tu plan macabro. Maldito cabrón.

Ibra bajó la vista y no dijo nada. Samuel pensó en Eulàlia. ¿Había llegado a haber algo afectivo entre el senegalés y la subinspectora? Él creía que no, porque en la última semana no había observado ningún indicio de que algo así estuviera ocurriendo, pero no estaba seguro. En cualquier caso, las simpatías de Eulàlia hacia Ibra eran evidentes, y ella iba a llevarse un buen disgusto cuando supiera la verdad. Además, Samuel había venido a detener a Ibra sin decírselo a Eulàlia porque quería mantener esta conversación a solas con el homicida, pero a ella no iba a gustarle este silencio. Le esperaba un período de distanciamiento y mal humor de su subordinada, que a la vez era su amiga, aunque confiaba en que fuera sólo transitorio.

Tras una pausa, Ibra preguntó:

—¿Vamos ya?

Apoyó las manos sobre los brazos de la silla, como dispuesto a levantarse, pero el inspector no se movió y el senegalés tampoco acabó de hacerlo.

—¿Por qué no escapaste una vez concluida tu venganza?

Ibra se tomó un par de segundos para responder.

—De eso no estoy muy seguro. Pero a veces pensaba que si me deteníais y había un juicio podría explicar los crímenes que se cometen en la frontera. Los medios de comunicación lo difundirían. Las atrocidades de la frontera saldrían a la luz. Así haría justicia, no sólo con mis seres queridos, sino también con todos los demás inmigrantes y refugiados que mueren en las fronteras de vuestra fortaleza.

—¿De verdad crees que los cuatro crímenes que has cometido son una forma de hacer justicia?

—No del todo. He ajusticiado a los responsables directos de la muerte de mis familiares, pero no se ha hecho justicia con los jefes policiales que ordenan sus acciones, ni con los delegados del Gobierno en Ceuta y en Melilla que mandan sobre ellos, ni con los ministros del Interior o los jefes de Gobierno que diseñan las políticas de extranjería… Pero al menos denunciaré sus crímenes en el juicio.

—Ingenuo. Hubieras sido un gran activista denunciando todos esos crímenes de otra forma. Pero tus propios crímenes te han inhabilitado para ello. Nadie va a escucharte. Sólo verán al hombre que asesinó a un niño inocente. Has perdido toda credibilidad.

Ibra miró a algún punto de la pared por detrás de la cabeza del inspector, pero era una mirada vacía. Todas las partes de su cara se

quedaron inmóviles, como petrificadas.

Después volvió a mirarlo.

—Quizá te escuchen a ti. Tú sabes ahora todo lo que pasó.

—Yo sólo soy un policía.

Samuel pensó que esta conversación no tenía sentido alargarla más. Por muchas horas que siguieran hablando no lograría captar todas las dimensiones del hombre que tenía ante sí. Ibra Faye era, al mismo tiempo, un asesino y una pavorosa víctima, merecía tanto el castigo más severo como la más amplia comprensión y condescendencia. Era un hombre bueno que se había transformado en una bestia capaz de asesinar a un niño, y Samuel no se sentía competente para establecer qué grado de responsabilidad tenía Ibra de sus crímenes y qué grado tenían todos los que sobre él habían cometido las más horrendas atrocidades.

Iba a levantarse de la silla cuando le oyó decir, con voz muy baja, casi inaudible:

—Sí, creo que he hecho justicia.

Samuel sintió una mezcla de lástima y animadversión.

—No se hace justicia de ningún crimen si no interviene un juez, o un jurado, y si el criminal no tiene un abogado que lo defienda. Tú no has hecho justicia, tú has cometido cuatro nuevos crímenes. Has añadido tus crímenes a los que antes habían cometido otros.

—¿Que yo no he hecho justicia, dices? En eso te equivocas. Hablas de juicio y de derecho a la defensa, pero no tienes en cuenta que esa justicia oficial e institucional no llega a todas partes. En estas semanas has podido saber la enorme cantidad de crímenes que se cometen en la frontera, crímenes que cometen los miembros de los cuerpos de seguridad, pero recibiendo órdenes de sus jefes y de los políticos que mandan sobre esos jefes, así que dime: ¿cuántos de esos crímenes han sido juzgados? ¿Cuántos policías, o jefes de los policías, o políticos jefes de los jefes de los policías están condenados por esos crímenes? Hay terrenos a los que la justicia institucional no llega. Qué más hubiera deseado yo que ver procesados a los que han ido asesinando a mis seres más queridos. Pero no ha sido así, y por tanto tienes que admitir que hay rincones a los que no llega la justicia. De modo que la cuestión que yo te planteo es bien sencilla: ¿allá donde no hay instituciones que impartan justicia, no es lícito que las víctimas traten de impartirla por su cuenta?

Samuel no tenía respuesta a esa pregunta, o eso fue lo que sintió en ese momento. Sólo fue capaz de repetir lo que ya había dicho:

—Tus crímenes no hacen justicia, sólo se suman a los que antes habías sufrido.

Los dos se quedaron callados después de esas palabras, mirándose fijamente. Samuel trató de encontrar en la mirada de Ibra la de un

asesino, pero no lo logró. Así que optó por limitarse a cumplir con su deber. Se levantó de la silla, salió al pasillo, hizo entrar a los agentes, leyó los derechos al detenido y pidió que se lo llevaran.

Él salió solo del Instituto de Medicina Legal.

El día era frío pero soleado. Decidió dar un paseo.

Una vez más, había resuelto un difícil caso policial.

Sin embargo, el desenlace de esta investigación le dejaba un intenso mal sabor de boca. Y había buenos motivos para que así fuera.

Los asesinatos de Florencio Roca y de Arcadi Sorres podían haberse evitado fácilmente. De hecho, sólo eran atribuibles a su propia torpeza como investigador. Por un momento, trató de ser autocomplaciente pensando en que él no estaba en su mejor momento emocional; también se dijo a sí mismo que se había fiado de Ibra por desesperación, a causa de que no habían aparecido otras líneas de investigación que se pudieran seguir. Pero el hecho era que se había dejado engañar, y el resultado de ello era la muerte de dos personas. No había indulgencia posible ante semejante desenlace. Temió que su futuro como policía hubiera quedado en entredicho.

Pero además, una idea se había ido incrustando en su cerebro en las últimas horas, pese a que él hacía esfuerzos por despejarla: en este caso habían aparecido más crímenes de los que a él le había tocado investigar. Muchos más. Y la conclusión estaba muy clara: Ibra pagaría por sus crímenes, pero nadie pagaría por todos los demás.

Nota del autor

El 26 de septiembre del 2007, Lauding Sonko, senegalés de veintinueve años, y tres personas más intentaron entrar en Ceuta nadando y provistos de flotadores. Fueron interceptados por una lancha de la Guardia Civil, subidos a la misma y llevados de nuevo a aguas marroquíes, donde los guardias los lanzaron al agua. Lauding Sonko murió ahogado. CEAR denunció que su muerte fue debida a que les pincharon los flotadores antes de tirarlos al agua. La Fiscalía General del Estado ordenó una investigación, pero el juzgado de Ceuta la archivó. Sin embargo, el Comité contra la Tortura de la ONU realizó su propia investigación y a principios del 2012 condenó a España por el caso Sonko como violación de la Convención Internacional contra la Tortura y responsable de su muerte.[1]

El 28 de abril del 2008, setenta personas salieron en una barca hinchable de la playa de Alhucemas con dirección a Almería. Fueron interceptados por un barco de la Marina marroquí desde el que se fletó una lancha rápida para acercarse a la barca hinchable. El resultado de la acción fue de treinta muertos, entre ellos cuatro niños, y cuarenta supervivientes. Uno de éstos perdió a su esposa Loveth, de veinticinco años, y a su hija Sandra, de tres, y denunció que desde la lancha un militar marroquí que portaba un palo con un cuchillo enganchado en la punta pinchó por varios puntos la barca hinchable hasta que se hundió. Otra lancha marroquí rescató a los supervivientes. A partir de éste y otros testigos, la prensa española explicó los hechos a principios de mayo del mismo año. También la organización internacional Women's Link Worldwide hizo un informe[2] en el que se resaltó la muerte en aquellos hechos de la nigeriana Precious y su hija Feber de cinco años. Precious quería encontrar refugio en España tras haber logrado escapar de una organización de trata de mujeres que la había sometido durante años a esclavitud sexual. Según el informe de Women's Link, Precious, antes de tener a su hija, había hecho otro intento de escapar de los tratantes nadando hacia Ceuta con un chaleco salvavidas, pero la Guardia Civil la recogió del mar y la llevó a aguas marroquíes, donde la devolvió al agua.

El 6 de febrero del 2014, un grupo de inmigrantes y refugiados intentó entrar en Ceuta a nado desde la playa marroquí, portando flotadores sujetos al cuerpo. Cuando estaban ya en el agua, la Guardia Civil les disparó pelotas de goma y botes de humo. Murieron quince

personas. La oenegé Ca-minando Fronteras realizó un informe[3] basado en las entrevistas a veintiocho supervivientes, muchas de ellas realizadas en los hospitales Hassan II de Castillejos y Mohamed V de Tánger, en el que se recogen sus testimonios y se muestran imágenes de las numerosas heridas en la cabeza y otras partes del cuerpo causadas presuntamente por las pelotas de goma. Un informe forense de la Universidad del País Vasco[4] señaló la incidencia del material antidisturbios en las muertes producidas. Los hechos comenzaron a ser investigados por el juzgado de Ceuta y la jueza solicitó su sobreseimiento con el visto bueno del fiscal, sin ni siquiera practicar diligencias como la identificación de los agentes que participaron en los hechos o la toma de declaración a los supervivientes. La Audiencia Provincial de Cádiz devolvió las actuaciones al juzgado de Ceuta obligándolo a seguir investigando. Así, dieciséis guardias civiles fueron imputados, pero a mediados de octubre del 2015 la jueza sobreseyó el caso.

Estos tres casos son hechos ampliamente relatados en distintos informes y reportajes.

Esta novela, en cambio, sólo es ficción.

Está inspirada en los relatos con los que yo he contado, pero me apresuro a decir que todos los nombres de militares marroquíes y de guardias civiles que aparecen en la novela son creación literaria. Como también son pura ficción todos los rasgos físicos con los que se los identifica, así como sus rangos militares, destinos y lugares de residencia. Si se produjera alguna coincidencia con nombres, rasgos físicos, rangos militares o destinos de personas reales sería por simple casualidad.

Son igualmente ficción los nombres de todos los demás personajes de la novela. No así los de las oenegés y organismos internacionales que se mencionan, que todos existen realmente.

Esta novela no pretende hacer ningún juicio de los hechos en los que se inspira. Eso es cosa de los tribunales de justicia.

Quiero manifestar mi agradecimiento a Karim Chaïri y a Jannat El Harrak, por la ayuda que me prestaron en mi visita a Tánger; a Esteban Velázquez, por la ayuda que me prestó en mi visita a Nador y a los campamentos del Gurugú; a Ibrahima Seydi, por haberme mostrado el asentamiento de la plaza de Les Glòries de Barcelona, asentamiento que fue derruido un tiempo después de que yo escribiera el capítulo 18; al médico forense, Santiago Crespo, por instruirme sobre aspectos relacionados con los cadáveres; y al subinspector de homicidios de Barcelona, Josep Ramon Porta, por sus comentarios sobre formas de investigar.

También expreso mi agradecimiento a las cuatro personas que

leyeron el borrador y me hicieron comentarios para mejorarlo: la jueza de instrucción, Míriam de Rosa, la activista pro refugiados, Mama Diédhiou, el inspector de los Mossos d'Esquadra, Jordi Ollé, y la responsable jurídica de CEAR, Paloma Favieres. No todo lo que estas cuatro personas me dijeron lo traduje en modificaciones de mi texto y, por tanto, soy el único responsable de los errores que pueda contener, especialmente en lo referido a la investigación policial y la instrucción judicial.

Por último, le quedo muy agradecido a Gregori Dolz Kerrigan por su decisión de publicar la novela, y a todos los miembros de su equipo de la editorial Alrevés por el estupendo trabajo de edición que han realizado.

1 http://www.mjusticia.gob.es/cs/Satellite/1292349120156?blobheader=a
2 www.womenslinkworldwide.org/wlw/bajarFS.php?tl=3&per=95
3 https://colectivoansur.files.wordpress.com/2015/01/informe_tarajal-caminando-fronteras-20141.pdf
4 http://cadenaser.com/ser/2015/04/02/sociedad/1427926990_106104.html